

PATRICIA GELLER

*Miénteme
esta noche*

zafiro[♥]

Si nos obsesionamos con algo,
podemos llegar a perderlo todo.

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

1. Nicholas Thompson

2. Un encuentro accidentado

3. Teorías

4. La última copa

5. Un error

6. Cambio de planes

7. No era suficiente

8. Juego

9. Rechazo

10. Cambio de planes

11. Necesidad

12. Ella

13. Contradicción

14. Respuestas

15. Calma (Nicholas)

16. Golpe de realidad

17. Miénteme

18. ¿Qué está pasando? (Nicholas)

19. Londres

20. Sentimientos

21. La distancia

22. Traición (Nicholas)

23. Mentiras

24. Miénteme esta noche

25. Una vez más

26. Recuerdos

27. Decepción

28. Refugio

29. Perdón

30. Lealtad (Nicholas)

31. Demasiado tarde

32. Promesas rotas

33. Tú

Epílogo

Agradecimientos

Referencias de las canciones

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Cuando Abie Olsen termina la carrera de Interiorismo, decide aceptar la propuesta de su hermano y alejarse temporalmente de Londres para meditar sobre su futuro. Sin embargo, tras un accidentado encuentro con Nicholas Thompson, el propietario del hotel en el que se hospedará, sus planes se verán truncados desde el principio.

A pesar de la explosiva personalidad de ambos, una velada inesperada invitará a Abie a adentrarse en un mundo lleno de deseo y pasión.

Todo cuanto vivirá y sentirá en la mágica California marcará un antes y un después en su vida, aunque ella no crea en los cuentos de hadas y Thompson tampoco sea un príncipe azul, pues ni puede borrar su pasado ni está dispuesto a dejarlo atrás.

Sin embargo, cada vez es más consciente de que lo que siente por ella no es una simple atracción, y que la necesidad de tenerla cerca y de tocarla se ha convertido en una adicción... ¿Admitirá, antes de perderla, que podría ser su salvación?

MIÉNTEME ESTA NOCHE

Patricia Geller

zafiro The logo for zafiro features the word "zafiro" in a lowercase, serif font. To the right of the text is a small, blue, stylized heart icon.

*A mis tres hijos, David, Sheila y Mía.
Ellos son la fuerza que necesito,
los que me impulsan cada día;
mi vida entera*

Nicholas Thompson

—Ian, he avisado a mamá de que ya he llegado y me ha felicitado. Te manda besos.

—Bien.. Ya casi estamos. —Pongo los ojos en blanco; odio que nunca entable una conversación sobre este tema y que la evada, sin darme opción a que pueda mostrarle mi apoyo—. ¿Estás segura de que no quieres alojarte en mi casa?

—Que no —repito, adormilada, en el coche—. Tú estarás trabajando, así que no tiene sentido que me quede allí, sola. He venido a disfrutar.

—No a visitarme, entendido.

—Nos vamos a ver todos los días, ¿te parece poco?

Como era de esperar, mi hermano se queda callado.

En el fondo somos iguales y sé que, a pesar de su insistente propuesta, prefiere que me hospede en un hotel en lugar de hacerlo en su piso. A ambos nos gusta tener intimidad; es decir, estar en contacto, pero ser independientes. Hace tres años que no vengo a verlo, aunque él estuvo en Londres hace seis meses... y, que no volverá pronto, lo tenemos claro.

No somos una familia ejemplar, ¡en absoluto!

Su relación con nuestra madre es distante. Ése el motivo que lo trajo hasta California cuando cumplió la mayoría de edad. Ahora, doce años después, ha conseguido sus objetivos profesionales, hace lo que le da la gana sin dar cuentas a nadie y, debido a sus encantos ocultos, es el soltero de oro que muchas mujeres codician aquí, en San Diego.

Abro los ojos entre bostezos y lo miro de reojo; está bastante serio desde que me ha recogido en el aeropuerto, pensativo. Físicamente somos tan distintos... Es rubio y de ojos marrones, en contraste con mi mirada gris y mi cabello color café. No le gusta que le recuerde el porqué de esas diferencias y yo, para qué engañarnos, opto por no ponerlo de mal humor, ¡menudo carácter tiene! En ocasiones es insoportable, y ésta es otra de las razones por las que he decidido no instalarme en su casa. Me niego a tener que darle explicaciones o acatar normas al invadir su zona de confort. No va conmigo..., y aún menos cuando vengo con ganas de salir, bailar, beber, conocer gente nueva y disfrutar sin prejuicios, tal como me merezco.

Los últimos meses no han sido fáciles y, aquí, me propongo dejar todo aquello atrás.

Me estiro y, más espabilada, me olvido de mi taciturno hermano. Observo a mi izquierda,

gozando de las preciosas vistas y relajándome tras el viaje en avión, que no es lo mío. Adoro el ambiente que se respira en California, sus playas.

He de confesar que no dudé demasiado cuando Ian me propuso pasar las vacaciones aquí. Dos meses para mí, ¡por fin...! Aunque mi plan perfecto hubiera sido traer conmigo a mi mejor amiga, Alba, pero en otra ocasión será.

¡Con la falta que nos hacía liberarnos!

Llevo tanto tiempo centrada en mi carrera que he aparcado un poco el resto, algo nada típico en mí, pues no va con mi forma de ser ni con mi sociable carácter. Sin embargo, necesitaba dar prioridad a los estudios, concentrarme para lograr alcanzar la estabilidad profesional que persigo. Detesto los futuros inciertos. Siempre he de ponerme metas y ambicionar cumplirlas, ver realizados mis sueños. Me gusta tener aspiraciones en la vida, no conformarme.

Suelo ser realista, e inmadura a veces..., si no, ¡qué aburrido sería todo!

Debo admitir, a pesar de lo dicho, que, coaccionada por situaciones y por personas, para no hacer daño, en ocasiones me he comportado de una manera tal que ni me reconocía. Aquí empieza mi punto de inflexión. Quiero recuperar a la Abie que una vez fui, en una de las etapas más felices de mi vida..., cuando nadie me imponía lo que tenía o no que hacer con mi existencia.

—Abie, es ese hotel del fondo. —Ian rompe el silencio—. ¿Qué te parece?

—¿Love on the Beach?

—Sí —comenta a la expectativa; está guapísimo. El traje azul marino le queda muy bien a conjunto con la corbata y combinado con camisa blanca—. ¿Qué me dices?

—Tiene buena pinta —murmuro, distraída.

Observo con atención los jardines que rodean la entrada.

Las palmeras a pie de playa que he visto en cientos de películas están a escasos metros de mí. La estructura es impresionante, con grandes ventanales, blanco. Sin duda alguna, el estilo sofisticado de la parte exterior del hotel evidencia que éste es de cinco estrellas, y que no todo el mundo se puede permitir unas vacaciones aquí. Su elegancia es indiscutible, y queda patente que tiene contratado a un amplio personal cuando veo a varios chóferes y botones apostados al lado de la robusta puerta de cristal que da paso al interior de las instalaciones para recibir a los huéspedes. El nombre del hotel y los detalles en dorado que acompañan a la visible decoración del exterior le dan un toque único.

—¿Tenías alguna razón especial para escoger este establecimiento y no cualquier otro? —le pregunto, intrigada. Mi hermano estaciona, se abotona la chaqueta de corte clásico, como es él, y se mantiene en silencio, a pesar de saber cuánto me molesta—. ¿Te he dicho que te odio cuando te pones tan misterioso? Me sacas de quicio. Y, por cierto, ¿no tienes calor?

—No. Y esto es un regalo por tu vigésimo quinto cumpleaños y por haber acabado la carrera, que ya era hora. ¿No puedes aceptarlo y punto? Sé lo que estás pensando: caro, lujoso..., que no es tu estilo, pero te sentirás como en casa.

—¿Y por qué lo das por hecho si ya me conoces? —replico, bostezando.

—Mi empresa se ha encargado de la decoración de la cadena hotelera de Tristán Thompson, que es el tío de mi socio, Kellan Brown..., y con el hijo, el dueño de este hotel y primo de Kellan, Nicholas Thompson, he entablado amistad, por lo que me da la garantía que necesito de saber que aquí estarás bien.

—No lo habrás hecho para que me vigile, ¿no? Porque vengo con intención de lo que surja.

—Me parece estupendo. ¿Y de verdad me ves en ese plan? —protesta, a la defensiva—. Además, créeme si te digo que Thompson jamás se prestaría a algo así, y yo aún menos. Soy tu hermano mayor, pero nunca me he metido en tu vida. Si tienes que aprender, que sea equivocándote, por lo que no seré yo quien te frene. De lo contrario, con John...

—Por tu bien, ni lo menciones.

—Mejor. —Aprieta los dientes—. Vamos, te acompaño a recepción.

—Un segundo.

—Date prisa.

—¡Que sí, Ian!

Me miro en el espejo retrovisor, analizando el cansancio en mi bronceado rostro. Aun así, y a pesar de las ojeras, mis ojos no han perdido el brillo que tanto me define..., esa frescura que, con cinco años menos que mi hermano, siempre está presente, a diferencia de lo que le ocurre a él. El viaje no ha sido de mi agrado, pues me da pánico volar y no he podido descansar. Necesito una buena ducha y una larga siesta y, más tarde, me espera una cena con Ian.

Hoy es mi cumpleaños y ¡toca celebrarlo!

—¿Sales o te vas a quedar ahí? —protesta Ian a través de la ventanilla, empleando ese tono tan seco que lo caracteriza últimamente—. ¿De qué te ríes?

—De lo gruñón que te has vuelto. Me aburres.

—Vamos, Abie, no estoy para tonterías.

—Voy, rubio, voy —farfullo por lo bajo—. No me extraña que estés soltero... ninguna mujer te aguanta.

—Gracias por el piropo y, ahora, baja de una vez.

—Ya...

En cuanto me apeo del coche, sé que he acertado en la decisión de cambiarme de atuendo en los baños del aeropuerto y optar por uno cómodo, fresco: *shorts*, camisa de botones con un nudo en la cintura y deportivas; también moño alto.

El calor es insoportable en la zona sur de California a principios de julio. Qué ganas tengo de desconectar en tal paraíso, olvidándome de las obligaciones, presiones y preocupaciones que me han agobiado en los últimos tiempos.

—Entra —me indica, dándole mi equipaje a uno de los chicos que hay en la puerta. Pongo los ojos en blanco, ¡puedo hacerlo yo sola! Son sólo dos maletas y un neceser, por Dios—. Dame tu documentación para registrarte.

—Cuánta urgencia... Cualquiera diría que tienes ganas de deshacerte ya de mí.

—Dame la documentación —insiste, serio.

—Toma, simpático —replico con evidente ironía.

Le entrego los papeles y me quedo atenta a lo concurrido que está el *hall*. Me maravilla coincidir con gente de otros países, de otras culturas, la diversidad, por no mencionar lo que me flipa el hotel desde dentro. Ian habla con la recepcionista, que se halla a su derecha, pero enseguida se percata de mi curiosidad y, vanidoso, masculla:

—Cuando acabes de escanear el vestíbulo, ven, que te enseñaré la parte inferior del establecimiento. Ya me dirás qué te parece el trabajo que hemos realizado. Interiorismos CarBro va en ascenso.

—Ya, me lo imagino —suelto entre dientes—; para poder pagar esto...

—No te preocupes por eso. Además, Thompson todavía no sabe que vas a estar alojada aquí; ahora mismo está de viaje..., y la verdad es que no suelo hablarle de nuestra familia —confiesa, mirándome de soslayo; finjo no prestar atención a su última frase—, pero, cuando llegue, le pediré que me haga una rebaja por tu estancia. Sin embargo, hazme el favor de no agradecersele personalmente, ya me encargará yo. Tiene un carácter especial, sobre todo... con las mujeres; digamos que las trata de una manera un tanto peculiar...

—Ah, ya, es gay.

—¿Qué? No, ¿qué te ha hecho pensar eso?

—No sé, olvídalo. —Hago un aspaviento con una mano—. Me traen sin cuidado los detalles. Y, sí, señor: lo tuyo es morro. ¿Para qué están los amigos? Pues para pedir descuentos y favores.

—Abie, no empieces.

—Bah, que era una broma. Dime, ¿cuánto hace que os conocéis?

—Algunos meses. Se convirtió en un gran apoyo justo cuando lo necesité.

Su voz se vuelve dura, por lo que estoy a punto de preguntarle en qué momento y por qué fue así, pero continúa caminando hacia delante, llevándome al fondo.

Si su intención era despistarme, lo consigue.

Jardines, tres piscinas y un minibar en el centro de éstas terminan por sorprenderme y convencerme de que serán unas vacaciones de ensueño. La playa está a tan sólo unos pasos. El aire que se respira es totalmente diferente al de Londres. Cerca hay más hoteles y bares repletos de gente, que se percibe que disfruta por sus gestos y risas.

A continuación, me muestra la parte izquierda, donde se encuentran los restaurantes y la zona de ocio; imagino que esta área estará más animada por la noche.

Sí..., estoy orgullosa de su trabajo y, evaluándolo como la decoradora de interiores que ahora sí soy, reconozco, en silencio, cuánto lo admiro. Se lo merece, ha luchado muchísimo por ser independiente a todos los niveles. Su ambición nunca le permitió rendirse.

Una vez hemos acabado el recorrido, volvemos a la recepción sin cruzar palabra alguna.

—¿Nada que decir? —pregunta, sin disfrazar su prepotencia.

—Eres el mejor y lo sabes, pero prepárate porque te superaré en breve..., aunque no lo verás,

ya que llevaré a cabo mis trabajos en Londres y como no sueles ir por allí...

—Si quisieras, podrías quedarte y formar parte de mi equipo. Estamos a punto de iniciar un proyecto grande con el propietario de este hotel. Piénsatelo. —Percibo la nostalgia en sus facciones ante la idea de que trabajemos juntos. Si no fuese por la distancia, elegiría trabajar con él antes que a mis padres—. Tienes tiempo, Abie.

—Ian...

—Toma, la tarjeta para acceder a la *suite*. Es en la quinta planta, donde también están las demás. Las cuatro restantes son estándares. La tuya es la cuatrocientos noventa y nueve, la última habitable.

—Vale, nos vemos luego.

—Espera. Te acompañan...

—No. —Me niego en redondo—. Puedo sola. Explicáselo al chico y que deje de estar parado detrás de mí, por favor. Me está poniendo nerviosa.

—Abie...

—Que no —discuto en voz baja—. Paso de estar incómoda, ¿sabes lo que es ir en ascensor, en silencio, con alguien que no conoces?

—Créeme que lo sé. Apáñatelas, entonces.

—Está bien, lo haré yo —refunfuño—. No pongas esa cara, prometo ser educada.

Me dirijo hacia el empleado, que me espera amablemente, y con una sonrisa le comento que, si no le importa, prefiero encargarme personalmente de mis cosas. Al principio lo veo dudar; deduzco que por la responsabilidad de ejercer bien su trabajo, ya que esto es parte de sus obligaciones. Luego asiente, dejando mi equipaje en la puerta de uno de los ascensores. Antes de que se retire, me disculpo sutilmente con él.

—Es que esto es demasiado sofisticado para mí —le confieso entre cuchicheos—. No te lo tomes como algo personal, por favor.

—Como desee, no es la única. Bienvenida.

—Gracias.

Disfraza una simpática sonrisa, alejándose sin insistir, lo que consigue hacerme sentir menos culpable por prescindir de sus servicios. Y es que, si lo pienso, sólo a Ian se le ocurriría traerme a un lugar como éste. ¡Qué mala elección para alguien como yo!

Lo ideal hubiese sido un hotel en el que se estuviera de fiesta las veinticuatro horas.

—¿Siempre te tienes que salir con la tuya? —Hago oídos sordos a la protesta de mi hermano—. Compórtate, por favor. No te tomes estas vacaciones como un desahogo para liberarte de la formalidad que debes mantener en Londres. Cuando te vayas, yo seguiré aquí, así que no me comprometas con tu actitud —me exige. Y añade, más brusco—: Recuerda, nada de escándalos.

—Nunca te he fallado —le replico, dándole un beso en la mejilla. Como era de esperar, gruñe ante mi muestra de cariño—. Aunque... ojos que no ven...

—Te veo un tanto desesperada por salir de la rutina. ¿Todo en orden?

—Pues... teniendo en cuenta que he pasado una mala racha debido a que he perdido a mi ex y a una amiga; que me ha resultado duro concentrarme en los estudios y que he estado a punto de abandonarlos; que he tenido problemas con mamá y mi padre... En fin, como ves, la lista es interminable... He venido a desfogarme y no creo que te deba más explicaciones.

—Abie, haz lo que te plazca, pero sin excesos. Y, si puedes, olvida a ese cabrón.

—Eso está hecho. ¿Sabes? Te he echado de menos —declaro a la ligera, restándole importancia a mi frase—. A las nueve, en la puerta principal del hotel.

—Sí; espero que sea una noche especial para ti.

—Mmm..., suena interesante.

Rebusca las llaves del coche en sus bolsillos, caminando sin apartar la mirada de mí, y, antes de desaparecer, no me decepciona, a pesar de su frialdad, y leo en sus labios «yo también a ti».

Negando con la cabeza y sonriendo como una estúpida por la complicidad que sigue existiendo entre Ian y yo, empujo el equipaje hacia el interior del ascensor, le doy al botón de la quinta planta, tal como me ha indicado, y apoyo la cabeza contra el cristal que tengo detrás. El cuerpo me pesa y tengo los músculos agarrotados, pidiendo a gritos una templada ducha. Mientras espero que las puertas se cierren y el aparato se ponga en marcha, empiezo a canturrear la sensual canción *Love on the brain*, de Rihanna, que últimamente me apasiona. Estoy obsesionada con su letra y su melodía.

Las personas que pasan por delante me observan, supongo que doy vergüenza ajena, pero a mí no me importa en absoluto. Soy bastante payasa. En cambio, sí que rezo para que las puertas se cierren y nadie se cuele a mi lado durante el breve trayecto en ascensor.

—Joder —protesto para mí misma—, vamos de una vez.

¿Por qué no sube? Me acerco a la entrada y le doy al botón con insistencia. ¿Nada? Oigo una voz que me alerta de que alguien viene hacia aquí. «No, por favor.»

Odio los silencios incómodos en espacios cerrados. Me agobian muchísimo.

Vuelvo a ocupar mi lugar, con la esperanza de subir pronto. ¡Venga!

—Pues entonces dile que no es su problema, ¿de acuerdo?!

¡Hostia, qué susto!

Mierda y mierda... Entra un hombre al que ni me da tiempo a verle la cara, ya que lo hace como un rayo, sin prestarme atención, hablando alterado por teléfono y dándome la espalda. Intento fingir que no estoy oyendo su conversación, pero, a medida que los segundos transcurren, el tono de ésta va subiendo más si cabe.

Finalmente, las puertas del maldito y traidor ascensor se cierran de una vez.

¡Qué oportuno!

Si es que la mala suerte me viene persiguiendo desde que rompí con todo...

—Es mío —brama mi acompañante, asustándome al propinar un golpe en seco a las puertas del elevador. Un extraño ruido me alarma, pues indica que algo no va bien. Él no le da importancia—.

Ya está todo dicho. Para colmo, esto se ha parado de nuevo. Gracias por joderme el puto día. ¡Que os den!

Un momento, me toco la sien. Los sudores fríos empiezan a invadirme.

¿*Esto*? ¿Qué quiere decir *esto*?

Me niego a sufrir un brote. No me produce vértigo quedarme encerrada; sin embargo, la situación no es que ayude..., no con un tipo que ha irrumpido en el cubículo sin saludar, al que no puedo verle el rostro debido a que está mostrándome su amplia espalda y que, además, tiene un carácter aparentemente agresivo. ¿Lo peor? ¡Estoy sola aquí con él!

¿Por qué no le habré hecho caso a Ian?

—Eh... —Con el dedo índice, toco su hombro—. ¿No funciona?

Tengo la sensación de que no se ha percatado de mi presencia hasta que llamo su atención, ya que se da la vuelta lentamente y frunce el ceño una vez que estamos cara a cara. Por su forma de mirarme, no sé a qué atenerme. Lo creo más sosegado o, al menos, aparenta estarlo... La verdad es que no lo sé, no lo conozco de nada. Sus ojos, de un azul profundo, se clavan en mí, obligándome a tragar el nudo que se me ha formado en la garganta.

Es moreno, y alto y musculoso como mi hermano. Diría que puede tener un par de años más que él. ¿Treinta y dos? Quizá me equivoque en eso, pero es muy guapo, con un gran atractivo físico. Va vestido con un elegante traje gris de corte italiano, corbata oscura y camisa blanca. Además, está perfumado con una fragancia tan intensa que ésta se extiende a mi alrededor.

Madre mía..., es el típico buenorro por el que nos romperíamos el cuello si nos cruzáramos con él por la calle, pues no podríamos dejar de mirarlo hasta perderlo de vista.

—¿To-todo bien?

No sé de dónde me sale la voz frente al exhaustivo examen que hace por cada rincón de mi cuerpo hasta volver a mis ojos; los suyos se muestran coléricos, desencajados, y no me inspiran confianza alguna tras su ataque de ira.

—Quiero decir, ¿vendrá alguien pronto?

—Por supuesto —masculla con un carraspeo, tecleando en el móvil. No tarda en observarme y añadir a regañadientes—: Ya están de camino.

—¿Tan fácil? —bromeo para quitarle hierro al asunto, pero su postura, tensa y a la defensiva, no varía. ¡¿Qué le pasa?!—. Ejem..., menos mal que es sencillo contactarlos... porque..., para ser un hotel tan caro, ¡con qué ligereza se queda el ascensor trabado! Ha sido un simple golpecito de nada...

—¿Algún problema con este hotel?

—Pues no lo sé..., como quien dice, acabo de llegar. —Señalo mi equipaje sin disimular el sarcasmo. Su tono acusatorio no me ha gustado un pelo y su prepotencia me enerva por segundos—. De todas formas, me lo ha recomendado uno de los jefes de la empresa que lo decoró, y son unas vacaciones pagadas por él. ¿Cómo negarme?

—Un momento... —murmura, ceñudo—. No estarás hablando de Ian Carter, ¿verdad?

—Sí, ¿lo conoces? —pregunto, esperanzada.

—No puede ser. ¿Eres tú la que lo está volviendo loco constantemente?

Su pregunta tan directa me descoloca y su rostro, que manifiesta un excesivo interés, me produce una especie de ansiedad que provoca que hasta me falte el aire. Tanto es así que, como debajo llevo puesto un bikini, me desabrocho el primer botón de la camisa.

Su mirada me atraviesa; casi diría que se horroriza ante mi inocente gesto.

El vértigo me invade ante un nuevo escrutinio.

—A ver... —trato de salir del paso—, *loco* no sería la palabra..., pero me temo que sí, soy quien lo llama a menudo. ¿Lo conoces? Dime que sí. Pensaba que eras un psicó...

—¿Eres consciente del daño que le causas cada vez que lo llamas?

¡Madre mía! Doy un paso atrás. Ahora me estudia como si fuese un bicho raro, y parece indignado. ¿Qué está pasando? Cada vez siento las paredes del ascensor más reducidas, aunque sé que eso no es posible. El agobio está haciendo mella en mí.

—Ahora lo entiendo todo —bufa, negando con la cabeza—. Con estos espectáculos consigues tenerlo a tus pies, ¿verdad? Es patético.

Mi cara debe de ser un poema. ¿Quién narices es este tío?

—¿Perdona? —replico, fingiendo que no me vengo abajo. Odio mostrar debilidad—. No te he visto en mi vida y no entiendo tu actitud hacia mí, que, por cierto, no es nada educada. ¿Daño? ¿Espectáculo? ¿A mis pies? Te estás confundiendo.

—Imposible. No nos habremos visto nunca, pero él habla excesivamente de ti.

—No creo que mal —farfullo, manoteando.

Chasquea la lengua y, con movimientos lentos, empieza a acortar la distancia en el espacio tan reducido en el que estamos. Doy otro paso atrás..., el último que puedo dar.

Su reacción ya me provoca escalofríos.

—No tienes vergüenza aceptando este regalo... aquí, en mi propiedad. No lo pienso consentir, ¿entendido? —Abro los ojos como platos ante su ofensa—. No te imaginaba tan descarada. Si lo aprecias, vete antes de que regrese a buscarte.

—¿Estás desvariando?

—No, pero tú sí, ya que me tomas por idiota, según parece. Ahora me cuadra todo. —Me encierra con su cuerpo, colocando las manos a los lados de mi cabeza, mostrando desprecio. Lo miro a través de las pestañas; apenas tengo espacio—. Vas de inocente, lo llamas cuando te apetece y te escapabas cuando más te necesita. Eres una...

—Basta —balbuceo entre temblores—. No sé de qué estás hablando.

—Mentirosa compulsiva también; era de esperar.

Vuelvo el rostro hacia mi izquierda al percibir su aproximación.

Me llega incluso su aliento, acelerándome la respiración.

El corazón no puede palpitarme más deprisa. Reconozco que su cuerpo tan cerca me suscita un miedo desconocido hasta ahora, que incluso eriza mi piel.

—No es divertido cuando es al revés, ¿verdad? —insiste en torturarme con frases en clave—. Carter tiene razón, no mereces la pena.

—¿Estás loco? ¡Jamás diría eso de...!

Me silencia cuando me atrapa el mentón y me obliga a mirarlo fijamente.

Por un segundo creo que me dará un infarto. En sus masculinas facciones, bastante definidas y endurecidas, adivino su contención frente a mi desafiante actitud. ¡¿De qué va?! La frente se le arruga, y también se le marca una cerca de sus bonitos labios.

—¡Suéltame! —me quejo, sin poder escapar—. *Me-estás-haciendo-daño.*

—Más daño le causas tú a él con tu presencia, aunque necesite tenerte cerca para martirizarse. ¿Por qué lo haces?

¡No doy crédito! ¿Qué les ha contado mi hermano a sus amigos de mí? Entiendo su relación con parte de nuestra familia, pero ¿conmigo? Nunca me he aprovechado de su dinero; es más, es la primera vez que acepto este tipo de regalos tan caros..., por Dios, y además yo misma podría habérmelo permitido. ¡Tengo ahorros!

Estoy tan bloqueada que quiero pensar que, en un momento de enfado, sin pensar con la mente fría, nos ha podido meter a todos en el mismo saco. Raro en él, pero...

—¿Te has quedado sin argumentos? —me presiona con dureza.

—Pues...

Me percató de la gota de sudor que nace en el inicio de su frente, abrumándome más si cabe..., ¡que no creo! Tengo hasta mareo, náuseas. El ambiente tan cargado, cerrado y con un desconocido sobre mí me tiene al límite.

No estoy acostumbrada a este tipo de trato, ni de ataques.

—A ver —contesto finalmente, incrédula y, por qué no decirlo, muy ofendida, enfadada e impresionada—. Esto es absurdo. No tenía ni idea de que Ian tuviera amigos que ejercen de guardaespaldas o de detectives como tú. ¡Es innecesario conmigo!

—Lo dudo.

—¡Pero ¿qui-quién coño eres?!

—No me grites y cuida esa lengua conmigo. Carter y yo somos muy diferentes, te lo advierto... y soy alguien que de verdad se preocupa por él, a diferencia de ti.

—¿Ah, sí? —Pongo los ojos en blanco—. Qué estúpida comparación.

—Carter valora la lealtad. —Me encojo de hombros, asintiendo. Es algo que tenemos en común—. No estás a la altura y nunca lo estarás.

—Me estás poniendo muy nerviosa, que lo sepas.

—Imagino el motivo; estás acostumbrada a que cedan ante ti con facilidad.

—¿Qué insinúas? —lo desafío, altiva.

Libera mi mandíbula, me mira los labios y se muerde el centro del suyo superior, como controlándose, lo que propicia que se me acelere el pulso. La saliva se me atasca en la garganta,

no puedo tragar. Él, que se percata de mi desconcierto, dibuja una mueca de asco. ¿Qué mierda me está ocultando Ian? ¿A qué juegan?

—No finjas inocencia, ahora intuyo cuántos han probado esa boca.

—¡Te estás pasando!

Llena de impotencia, lo empujo y, levantando la mano, empleo todas mis fuerzas para darle el bofetón que se merece. Su rostro se gira por el impacto de mi mano contra su dura mejilla. La palma de aquélla hasta me pica. Sin respiración y confusa, me toco los labios, asesinándolo con la mirada. Él se queda unos segundos en la misma postura, sin disculparse, en silencio, hasta que oímos cerca varias voces entremezcladas. Cuando se digna darme la cara tras su injustificada ofensa, descubro que, a pesar de haber sido el único culpable de esta violenta situación, se halla tan desconcertado como yo.

¿Por qué, entonces, vislumbro el odio en su severo semblante?

¿Por qué está acelerado?

¿Por qué sigo temblando?

Lo miro a los ojos esperando ver su arrepentimiento, explicaciones acerca de qué pretende, qué cree saber de mí —¿qué cojones le ha contado el rubio para que me trate así?!—, pero todo lo que me encuentro es impotencia..., y las voces nos recuerdan que en breve esto acabará, y que podré poner en aprietos al hotel si denuncio su comportamiento.

¿No le importa?!

—Ahora voy a llamar a Ian —lo amenazo desde el rincón más alejado.

Con los dientes apretados, levanta el dedo índice y, amenazante, añade:

—Soy Nicholas Thompson, el propietario del hotel, y te quiero fuera de aquí ¡ya! ¿Me has entendido? —Soy incapaz de moverme o articular palabra tras su afirmación—. Carter no debe saber esto..., y no es un consejo, es una advertencia.

—¿P-Por qué?

—Porque no querrás verlo perder la calma. Después de todo lo que piensa de ti, si quiere seguir manteniendo contacto contigo, aquí no será.

Pero ¿qué malditos códigos maneja con este salvaje?

«¡Reacciona, Abie!» Se acabó. No le pienso consentir ni una más.

—No suelo obedecer a gilipollas, trogloditas y prepotentes. Lo siento.

—En esta ocasión, más te vale.

Sale disparado en cuanto el personal nos libera y las puertas se abren, sin importarle en qué planta nos hayamos detenido. Yo me quedo asimilando qué ha pasado, pero no tengo ni idea. Sólo sé que las rodillas me flaquean y que me es imposible entender absolutamente nada..., ni siquiera las sensaciones tan contradictorias que navegan por mi débil cuerpo. Incluso me cuesta pensar con claridad.

—¿Todo bien? —se preocupa un empleado.

—Sí..., gracias.

Sin más explicaciones, aunque con poco equilibrio, vuelvo a pulsar el botón de la quinta planta. No me apetece hablar con nadie sabiendo quién es la persona que me ha intimidado..., indignándome aún más al conocer su identidad.

¿Qué manera es ésa de tratar a sus huéspedes?

Debería mantener la profesionalidad por encima de todo, pese a lo que «sepa de mí». Pero ¿qué sabe? ¡Si mi vida no puede ser más transparente!

Me ha increpado, ofendido y echado.

¡¿De qué va esto?!

¿A este carácter hacía alusión Ian?

¿El numerito será por el descuento que imagina que le piensa pedir?

¡No tiene sentido!

Al llegar a mi destino, cojo mis maletas, arrastrándolas con dificultad, y voy a la *suite* cuatrocientos noventa y nueve. Es la última numerada, y al lado hay otra en la que se indica «Suite privada. Prohibido el acceso», y es con esa con la que realmente finalizan las habitaciones. No atino a la primera, pero finalmente reconoce la tarjeta. Entro lo antes posible para no arriesgarme a volver a cruzarme con Nicholas Thompson, a quien imaginaba más amable y menos... intenso.

Saco el móvil y, mientras contacto con mi hermano, inspecciono la estancia. La *suite*, desde luego, no es una habitación de hotel cualquiera. El violeta la caracteriza en cada pequeño detalle. Lo primero que veo es una sala de estar a la que no le falta absolutamente nada y, contiguo a ésta, está el dormitorio, con una cama enorme situada en el centro y todo tipo de detalles que hacen de la estancia aquí una lujosa experiencia. Al fondo vislumbro una terraza que se comunica con otras, lo que supone tener poca privacidad, pero es amplia y sin duda perfecta para tomar unas copas mientras se disfruta de unas vistas maravillosas: la playa de Pacific Beach. Cuando llego al baño y veo el jacuzzi, casi me desmayo. No he gozado de nada y ya me han invitado a marcharme.

¡Todo parece una cómica pesadilla!

—Ian, ¿me oyes? —me adelanto cuando descuelga.

—Sí, dime. ¿Todo de tu gusto?

—No —confieso, histérica, caminando de un lado a otro—. Creo que a tu amigo no le caigo bien. ¡¿Se puede saber qué le has contado de mí?!

—¿Kellan?

—No... —Me cuesta pronunciar su nombre—. Nicholas.

—¿Hablas de Thompson?

—Sí, ése...

—No puede ser. Está de viaje.

—Me ha dicho que es el dueño del hotel, y que yo soy la que te está volviendo loco. ¡Joder! Sé que a veces soy pesada, pero no tanto como para que... —Decido omitir el detalle de su cuerpo amenazante intimidándome y añadido—: Nos ha dejado encerrados en el ascensor porque iba muy

enfadado hablando por teléfono, y luego no ha sido muy simpático conmigo que digamos... ¿Me lo explicas? ¡Estoy muy rayada!

—A ver, tranquila. ¿Estás segura de que era Nicholas?

¡¿Que si estoy segura?!

Con tan sólo recordar su nombre, el calor me invade. Dejo el teléfono un segundo, me quito la camisa, cojo de nuevo el móvil y salgo a la terraza. Necesito aire; por momentos siento que me ahogo al recordar la escena tan humillante que acabo de vivir.

—¿Abie? —reclama Ian, alarmado—. Habla o salgo enseguida para allá.

—¡Que sí! Él mismo ha sido lo bastante claro respecto a eso..., es el propietario del hotel. Parecía conocerme o... ¡eso creía él! El detalle de que soy la mujer que te estaba volviendo loco ha sido el detonante de un encuentro surrealista y... —Me atraganto, quedándome sin palabras al mirar a mi alrededor—. No puede ser cierto...

—¿El qué, Abie? Me estás poniendo nervioso con tantas frases a medias.

Observo a mi izquierda repetidas veces. ¡No y no! Maldita casualidad. ¿O no? En la terraza de la habitación de al lado, aquella de cuya puerta cuelga un cartel en el que se puede leer «suite privada», está él..., ¡¡él!!..., sin camisa, con unas mancuernas en las manos y haciendo ejercicio hasta que oye mi voz. Sus ojos no tardan en expresar la rabia que experimenta al verme.

¡Pero ¿por qué?!

No sé cómo, pero adivino sus intenciones al percatarme de la ligereza con la que se desprende de las piezas, prácticamente lanzándolas al suelo, y, sin pensárselo, se aferra a la fina pared de cristal de media altura que nos separa para coger impulso.

Yo suelto el teléfono y salgo corriendo hacia la salida.

De camino a la puerta, salto por encima de mi equipaje, que está en el centro de la habitación, tropezándome con el pie izquierdo; me golpeo el hombro contra el filo del escritorio antes de aterrizar en el suelo. Él me atrapa al vuelo, evitando que me parta los dientes y, no sé cómo, termino bocarriba. Nicholas Thompson queda arrodillado, con las piernas a los lados de mis caderas y encarcelando mis muñecas con sus grandes y ágiles manos... Emito un gemido doloroso al mover la zona que acabo de herirme.

—¡¿No te ha quedado claro antes?! *No-te-quiero-aquí* —me recuerda fríamente, ronco. Desvía la mirada hacia la parte que quiero mover y me duele, rechinando los dientes al toparse con lo que quiera que haya—. Lo que me faltaba, maldita seas. Estás sangrando.

Él se vuelve borroso.

Su enfurecida voz es lo último que percibo...

Es la primera vez en mi vida que no me produce miedo desmayarme. ¡Al revés!

Sólo espero que, al despertar..., esos fieros ojos azules hayan desaparecido.

Un encuentro accidentado

Tengo un sabor amargo en el paladar. Estoy dolorida, me pesan los párpados. La claridad me molesta cuando intento abrir los ojos. ¿Y qué es esto? Noto frialdad en el hombro, algo mojado que me espabila un poco, trayéndome de vuelta una sucesión de imágenes, todas con el mismo protagonista. Me niego a creer que el animal que ha provocado mi tonta caída sea el que esté curándome con tanto tacto. Finalmente me envalentono y, no sin esfuerzo, localizo a la persona que está a mi lado, arrodillada junto a la cama.

Trago... ¿Me ha acomodado él? No hay nadie más...

Y sí. Mi temor está aquí, no se trata de otro distinto a Nicholas Thompson..., la misma mirada contemplándome sin darme una tregua, aunque menos feroz, y su expresión también lo parece. Y el resto, caray con el resto. Intento no prestar atención a sus abdominales, pero es que..., madre mía... Sí, ¡madre mía! Está cuadrado.

—Eh..., he llamado a Carter y viene de camino. Ya verá qué hace contigo —dice, déspota, estudiando mi reacción. Me limito a asentir—. Ha sido apenas un rasguño, pero la sangre es muy escandalosa y tú, según he comprobado, muy débil para lo que te conviene.

¡Estúpido, imbécil!

Busco la herida, pero tengo una gasa que está empapada de agua y no me permite verla. Nicholas la sujeta con una mano, sin ejercer presión, manteniendo la distancia y tan erguido que denota su incomodidad. ¿Por qué me ha ayudado? ¡No entiendo nada! ¿Qué se me escapa, que no soy capaz de encontrarle una razón lógica a la situación?

—¿No vas a decir nada de una maldita vez?

—Sí..., que estás chiflado.

—No sigas con el juego y explícame qué está sucediendo.

—Esto es el colmo. —Me desprendo de su agarre de malas maneras, ocupándome de cubrirme personalmente el hombro—. Lo mismo me pregunto.

—¿Vas a continuar?!

—¿Con qué?! —reclamo, desesperada—. ¿A qué viene todo esto?

Me incorporo lo justo y me arrastro hasta estar sentada sobre la almohada, ya que él se toma la libertad de situarse en la orilla de la cama. Su nariz casi perfecta se ensancha, y suelta una risita

irónica. ¿Y ahora qué trama o qué piensa, mejor dicho?

No dejo de preguntarme de dónde ha salido este tipo.

—Dime —interrumpe mis pensamientos, señalándome de pronto, con el ceño fruncido—, quiero saber el nombre de la mujer tan especial en la vida de Carter.

Cojo aire antes de volver a hablar. Quiero hacerlo con contundencia, sin demostrar lo confusa que sigo por lo que está ocurriendo desde que me he topado con él.

—Soy Abie..., Abie Olsen. Tarde para preguntarlo, ¿no?

—No es algo que me haya quitado el sueño. En realidad es lo de menos, después de conocer los rasgos de tu personalidad. —Mantiene la distancia, comedido—. Ahora sé lo único que le atrae de ti, tu físico. Más allá, poco le puedes aportar.

—Gracias por el desagradable cumplido; lo estás arreglando con frases tan insolentes como tú. ¿No vas a pedirme disculpas?

—No. Por querer proteger a un amigo no creo que deba hacerlo.

—Te estás confundiendo. Yo no le causo ningún sufrimiento.

—No imaginaba otra respuesta por tu parte. —Alza la mandíbula, soberbio—. Pero, tranquila, ésta será la última vez que nos veamos, por lo que no tendrás que intentar convencerme.

—No te vas a librar de mí hasta saber qué...

—No me pongas a prueba. Saldrás perdiendo, Abie.

Su lengua acaricia cada letra de mi nombre al pronunciarlo. Su voz incluso se ha vuelto más peligrosa, al igual que la expresión de su cara. Me reta sin decir nada, permitiendo que se exteriorice la extraña y precipitada ¿antipatía? que ha surgido entre nosotros no sé por qué. No suelo juzgar de buenas a primeras a nadie, y mucho menos desde que descubrí que alguien a quien creía conocer muy bien, después de años, me la estaba jugando. John era calmado, cariñoso, paciente... Nos conocíamos desde niños. Fue mi primer amor, no el único..., ¡y me fue infiel con una compañera de trabajo!

A veces las apariencias engañan y quizá esto haya sido lo que me ha intrigado de este desconocido que desde que se ha cruzado en mi camino me ha tratado con tanta dureza. No estoy acostumbrada a relacionarme con hombres como él...

No doy pie con facilidad a personas que se esconden detrás de... ¿un personaje? Algo así mencionó Ian sobre el trato que tenía su amigo con las mujeres. Y paso. En lo personal no me gusta complicarme con este tipo de gente. Sin embargo, odio esta curiosidad que ha despertado en mi interior con tan sólo posar sus ojos en mí. El saber lo protector que es con mi hermano me ha gustado y descolocado al mismo tiempo, pero se confunde, ¿no? No sé qué mal podré haberle hecho yo a Ian.

—Te quedas callada. Veo que lo has entendido —masculla, atrayendo mi atención mientras me quito la gasa limpia de sangre. «No es nada», trato de relajarme, inspirando—. Tengo que irme. No puedo decir que haya sido un placer conocerte.

—Espera.

Lo sujeto por su brazo desnudo, sin permitirle que se levante. Apunta con la mirada hacia mi agarre, mordiéndose el labio superior con tanta fuerza que podría incluso hacerlo sangrar; ahí vislumbro una casi imperceptible cicatriz.

Aun así, no, no lo suelto.

—¿P-Por qué tenéis esa conexión si en realidad no hace mucho tiempo que os conocéis? Si no me equivoco, son sólo unos meses...

—¿Es necesario que te explique que el tiempo no es importante? Por encima de todo, valoro los hechos; las palabras son sólo eso y es algo que Carter y yo tenemos en común.

—Hechos que yo desconozco, por lo que veo —musito con rotundidad, poniéndome de rodillas a su lado, frente a frente. Chasquea la lengua, se libera y suelta un intenso bufido—. ¿Qué pasa?

—Conmigo no juegues al despiste. No te funcionará.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy borde?

—Sí, pero tú, especialmente, no mereces otro trato —gruñe, y se toca una sien al observarme de arriba abajo—. Voy a ser muy claro: la mayoría de las mujeres y yo no solemos congeniar nada bien, ni me interesa, sobre todo cuando hay que tocar temas serios, y contigo ni siquiera haré el intento de llegar a un entendimiento.

Por un segundo su arrogancia me provoca unas terribles ganas de mandarlo a la mierda, hasta que recuerdo que no me importa lo que haga con su vida, pero sí qué pinta en la de mi hermano, por lo que no pretendo ser su enemiga; no todavía.

—Pues será la primera vez que le concedas ese honor a una chica..., entenderla, digo —lo desafío, señalándole mi hombro herido—. Me lo debes.

—No me hagas reír, maldición.

—No sólo me lo debes a mí, a mi hermano también...

—¿Perdón...? Repite eso. A tu... ¿qué?

Se incorpora de un salto, estudiándome con interés y esperando una respuesta inmediata. Yo creo volverme loca con la actitud tan desconcertante de este hombre.

¿Es lo que está buscando o qué pretende?!

—¿Estás bien de la cabeza? —lo increpo, sin disfrazar mi mala leche—. Ya me has hartado. Estoy soportando un trato y situaciones que están fuera de lugar.

—¿Como qué?

—Como que estés en mi habitación, los dos solos, ambos sin camiseta, además de permitiéndote el lujo de ofenderme con tus continuos y ofensivos comentarios.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros al analizarnos con tanta rabia como contradicción y ser realmente conscientes de la íntima situación en la que nos encontramos pasado el susto. Los músculos visibles de su cuerpo se agarrotan, acentuándose. Mi respiración se acelera sin control, estoy nerviosa..., sobre todo al percatarme de que sus ojos ya no están sólo en mi rostro. Diría que, de poder ser, me estaría desnudando con su violenta mirada, aunque ya casi lo estoy.

El bikini sin tirantes deja poco a la imaginación y lo único que cubre mi piel inferior es un minúsculo *short* y un...

—V-Vete —tartamudeo, alterada, levantándome—. ¡Ahora mismo!

—¿Me vas a obligar? Vamos, no me jodas. Todo esto —señala la *suite*— es mío... Y aclárame lo de tu hermano.

—¿En serio? No me jodas tú a mí, llevamos hablando de él desde que...

—¿Me estás diciendo que eres la hermana de Ian Carter?

Lo ignoro, decidida a dejar este estúpido bucle en el que hemos entrado, pero, sin esperarlo, me atrapa de la muñeca, volviéndome bruscamente hacia él antes de que pueda llegar a la puerta para echarlo a la puta calle. Intento soltarme, aunque es imposible.

¡Me cago en todo! Esto ya está yendo demasiado lejos.

—*Res-pón-de-me.*

—¿Me estáis tomando el pelo los dos o de qué coño va esto?

—Basta ya. —De nuevo me empuja contra la pared, intimidándome. ¡Qué atrevida manía! Al tenerlo tan cerca descubro preocupación en sus facciones. Entonces clavo desesperadamente la mirada en la suya cuando una sensata idea surca mi mente—. ¡No mientas! ¿Y por qué me observas así?

—Porque creo que empiezo a entender qué está pasando aquí. Tengo una teoría... o tal vez dos: o realmente eres el psicópata que he pensado que eras en el ascensor o bien estás protegiendo a Ian de una mujer que sí lo está perjudicando, y créeme que no soy yo.

—¿De qué cojones hablas?

—Ya lo has oído. —Trago saliva—. No le encuentro otro sentido a todo esto.

—No voy a permitir que sigas haciéndome creer que eres la hermana del tío al que te follas cuando te da la gana para permanecer aquí.

—Eso..., eso... ¡Eso que has dicho es asqueroso!

Le golpeo el pecho, desencajada por su repulsiva afirmación.

Nicholas me aprisiona con más fuerza.

—Me vas a tener que pedir perdón de rodillas, ¡te lo advierto! —lo amonesto.

—Yo sólo me arrodillaría para algo que jamás haría contigo. Me das asco.

—¡Y dale! Puto cerdo, no me conoces de nada para decir esas burradas. —No soporto más su insolencia, y añado—: Me pareces un maldito fantasma que abusa de su posición. ¡Lárgate ahora mismo! Ian te pondrá en tu lugar y yo seré testigo de ello. Esperaré tus disculpas.

Repasa visualmente nuestros cuerpos tan próximos y, contemplándome como queriendo ver más allá de mí, me retira sin ninguna delicadeza un mechón de pelo que, con el forcejeo, ha caído sobre mi rostro, a lo que yo respondo encogiéndome de pies a cabeza, como si con ese simple toque pudiera aplastarme, haciéndome sentir muy pequeña.

«¿Por qué le permites esto después de todo, Abie?», me planteo, pero, antes de que yo reaccione, él se anticipa.

No sé lo que lee en mis confusas facciones, pero masculla entre dientes:

—No puedes estar aquí.

—P-Però ¿por qué...?

—No eres bienvenida.

Con una última mirada de advertencia, me suelta con rudeza, abre violentamente la puerta del dormitorio, cruza la estancia contigua y se marcha con un estruendoso portazo. Doy un respingo e, indignada, confusa y nerviosa, procuro calmarme durante varios minutos; una vez que han transcurrido y me he relajado un poco, no del todo, alcanzo la botella de vino que me han dejado por cortesía sobre el escritorio. Voy hasta la terraza y la lanzo contra la suya, reventándola en mil pedazos. Supongo que, al oír el ruido, saldrá a averiguar qué está pasando.

Triunfante, le hago la peineta con el dedo corazón cuando aparece.

—¡Mal anfitrión!

—Disfruta de tu corta victoria, porque en pocos minutos estarás fuera de aquí.

Me dispongo a responder, pero me deja con la palabra en la boca, dando una patada a los restos de cristal que han quedado esparcidos por el suelo antes de desaparecer.

Sinceramente, no sé si reír o llorar.

Cuando se lo cuente a mi amiga Alba, pensaré que le estoy tomando el pelo, y no me extraña. En mi vida olvidaré este cumpleaños tan irreal y extraño.

El del 7 de julio de 2018.

Casi en *shock*, me dejo caer en la tumbona de la terraza, oyendo las risas procedentes de abajo, de los huéspedes que están aprovechando las piscinas, divirtiéndose mientras yo, sin moverme, subo y bajo de una montaña rusa por las diferentes sensaciones que me invaden.

Mi teléfono, que milagrosamente sigue vivo, aunque con la pantalla agrietada, suena, sacándome de mis ensimismados pensamientos. ¡El rey de Roma...!

Por fin alguien que me va a sacar de este bucle.

—A ver, Abie, ¿estás bien? Respóndeme —exige Ian—. Thompson me acaba de llamar. Me ha comentado que te has herido, aunque afirma que ha sido un simple susto, y me ha pedido que acuda a verlo inmediatamente. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, es sólo un rasguño, la herida está limpia... Ya sabes lo que produce la sangre en mí, pero estoy bien. —Cómo me cuesta mentir—. Y estoy de acuerdo, será mejor que hables con ese capullo..., que, por cierto, no entiendo qué hace ocupando una *suite* del hotel como si fuese un huésped más. ¿Lo tendré que ver cada día hasta que me vaya? Estando tan presente, seguro que intimida a los clientes; conmigo lo ha hecho y no sabes de qué forma.

—Esta noche me lo cuentas con todo lujo de detalle; ahora me están esperando y no puedo entretenerme mucho, pero esto ha sido un hecho aislado. Y él está ahí porque vive ahí.

—¿¡Cómo?! Con el pastón que ha de tener ya podría comprarse una casa.

—La tiene, pero se niega a pisarla de nuevo. Es una historia muy larga y en este momento no tengo tiempo. Estoy entrando, hablamos luego o a este paso me vais a volver loco.

—¡Bienvenido al club! —me burlo, colgándole sin más explicaciones.

Antes de volver a dejar el teléfono, me doy cuenta de que tengo dos mensajes de Alba..., mi querida amiga... Desde que nos conocimos, somos inseparables. Nos unió el hecho de convertirse en la novia del que era mi cuñado, el hermano de John; eso, sumado a nuestra pasión por la carrera que ambas estábamos cursando, aunque en distintos lugares.

¿Qué más podríamos pedir?

Es como la hermana que nunca he tenido.

¿Cómo ha ido el viaje? ¿Todo bien por allí? Felicidades, cariño.

12.00

John ya lo sabe y no ha dejado de preguntarme. Es un pesado. ¿Cómo

llevas el cambio de hora? ¿Ya has echado el ojo a algún chico guapo?

¿Me vas a responder o he de preocuparme? 12.30

Te hago un resumen, ¡que menudo día! El viaje, más o menos, ya me conoces.

A ese idiota ni le hables de mí. Mi llegada, de telenovela, ¡ya te contaré! Sólo te digo que me han recibido ¡a gritos! ¡Muy cómico todo! Gracias por felicitarme. Disfruta de las vacaciones con Max. El horario, bien..., y chico guapo, mmm..., rodeada de ellos.

Te echo de menos. 14.00

Me levanto para hacer una foto de las increíbles vistas que tengo desde aquí arriba, de las palmeras, la playa y las piscinas, y enviársela, pero unos chillidos en la *suite* de al lado me distraen..., o más bien me alertan. Aguzo el oído, con lo que distingo a mi hermano y a... «¡Basta, Abie!» Como una estúpida, tiemblo ante su autoritario tono.

¿Qué relación lo une con Ian para permitirse esas libertades?

¿Y por qué no quiere pisar su casa? «¡Es lo de menos!», me regaño.

Dejo de pensar y directamente actúo. Salgo de mi habitación con la intención de irrumpir sin permiso en la de Nicholas y preguntar qué está pasando, pero la suerte está de mi parte y descubro que la puerta está entreabierta. Sé que no debo; sin embargo..., apoyo la cabeza en ella, pues necesito escuchar la conversación para arrojar un poco de luz en este caos. No los puedo ver o quizá cambiarán de tema, pero con oír es suficiente... por ahora.

—No quieras tomarme por idiota tú también. He pedido sus datos a recepción y se ha registrado como Abie Olsen. ¡¿Cómo diablos va a ser tu hermana?! No tenéis los mismos apellidos ni tampoco os parecéis. Deja de encubrirela y, sobre todo, de caer tan bajo.

—A ver, es una historia muy larga, y ya te he dicho que no me gusta hablar de mi familia, aunque ella no sea la culpable de eso. ¿Qué sentido tendría engañarte?

—¡¿Quizá porque cada vez que nos tomamos unas copas me hablas de una misteriosa mujer que te está amargando la puta vida?! Te conocí así hace ocho meses, ¿recuerdas? Y no me jodas desviando el asunto, te lo advierto. No me jodas. No hoy. Sabes el motivo.

«¿Perdona?»

Ocho meses han bastado para que el vínculo entre ellos sea tan estrecho que comparta cosas que no habla conmigo, ¡con su único apoyo! Definitivamente, algo se me escapa de las manos. ¿Y qué día es hoy, para que lo recalque con tanto ímpetu?

—Espera, ¿piensas que es *ella*? —Ian resalta la última palabra. Un breve silencio inunda la estancia, hasta que añade—: ¿No se lo habrás dicho a mi hermana?

—Basta, Carter. No sigas por ahí —advierte, sin paciencia alguna—. Estoy intentando ayudarte, pero me lo estás poniendo muy difícil. ¡La has traído aquí después de todo! ¿Cómo puedes ser tan manejable?

—Te hablo en serio, Abie se tiene que mantener al margen. Bastante jodida ha estado por su ex como para amargarle las vacaciones. De hecho, ha venido para olvidarlo.

Me he perdido..., ¿qué tontería acaba de decir? ¡Está exagerando!

Ya lo tengo superado.

—Entonces, ¿por qué no me has contado que venía? —insiste Nicholas.

—Llevas una semana fuera, procurando solucionar los problemas con tu padre. Esperaba tu regreso para hacerlo en persona, no hay más. Dime que no se ha lastimado por tu culpa.

—No. La oí gritar y fui a ver qué pasaba, punto. —¿Y por qué iba a gritar estando sola? No creo que Ian se trague esa mentira—. Ha sido un encuentro accidentado, nada más.

¡Morro no le falta!

—La sangre no le ha gustado y de ahí su desmayo. Entonces te he llamado. Por supuesto, me he informado en recepción de sus apellidos, como ya te he dicho, y no coinciden con los tuyos.

—¿Por qué eres tan cabezón? Carter es el apellido de mi padre y Olsen, el del suyo. ¿Contento? No pienso hablar más del tema, queda zanjado aquí.

—No te creo. ¡¿Me estás jodiendo...?! ¿En serio he perdido mi tiempo en esta estupidez? Sabes lo que necesitaba nada más llegar en el día de hoy.

—Ya y...

—Sal y déjame solo. Mañana hablaremos con más calma..., o el lunes en la reunión.

—Escúchame, lo sé, te entiendo... y lo siento. Thompson, nos conocemos; de intuir los problemas que iba a ocasionar este malentendido, te habría avisado para evitar el error.

—Déjalo ya y vete.

—Espera, quiero proponerte algo. Necesito tu apoyo, es un tema profesional.

—Joder, no es el momento. ¡¿No lo ves?! He tenido suficiente ya. Será mejor que hablemos cuando esté más tranquilo. Hoy... ¡Necesito pasar página!

—Y lo harás, Nicholas, pero tienes que poner de tu parte. Empieza de nuevo.

—¡¿Cómo?!

—Cambiando de actitud.

—Con qué facilidad das consejos que no aplicas, Carter.

—No estamos hablando de mí, y préstame atención, por favor.

¡¿Qué quieren decir?! ¡¿Por qué se preocupan tanto uno del otro?!

Ante el silencio, abro un poco la puerta y asomo la cabeza. El color granate destaca en lo que puedo ver de la estancia que, a simple vista, está distribuida como la mía. Tiene una decoración bonita..., aunque la escena no me lo parece tanto.

¿Qué narices ocurre aquí?

Ian está de pie delante de Nicholas y éste, sentado sobre la cama, sosteniéndose la cabeza entre las manos, ambos respetando el espacio del otro. Yo no puedo apartar mis ojos de la imagen de los dos juntos, convirtiendo la unión que comparten en un enigma que necesito resolver. ¿Qué diablos están ocultando?

Mi obstinada mente me anima a iniciar un plan para descubrirlo.

Mi corazón me advierte que aventurarme puede no ser divertido.

Teorías

De fondo y todavía ensimismada en mis especulaciones, oigo un carraspeo que me obliga a volver a la realidad..., una que no espero. Por un segundo quiero que la tierra me trague. Él, sí, Nicholas Thompson, me ha pillado, y no sé cómo actuar.

Me impone demasiado.

Hay nervios, tensión. Los ojos desencajados de Nicholas se clavan en mí y, sin apartarlos, le hace un gesto con la cabeza a mi hermano. Éste corre en mi dirección en cuanto me ve y, por su expresión, resulta evidente que no está muy contento. ¡Vale! Sé que no está bien espiarlos..., aunque... ¿cómo actuar entonces si ambos son tan discretos?

No sé qué hacer. ¡Necesito respuestas o me volveré loca!, y me temo que Nicholas es el único que me puede dar información...

—Vamos, anda —protesta Ian, cerrando la puerta tras de sí.

—Yo...

—A tu *suite*, por favor.

¡Pero ¿por qué tanto secretismo?! No entiendo nada. Estoy un poco perdida por lo que acabo de presenciar, ¡Ian jamás ha sido sumiso! Todo esto es un sinvivir... ¿Qué estará pasando? La cabeza me da vueltas, ¡menuda llegada! Tengo tantas preguntas que hacer y, al mismo tiempo, miedo a formularlas... Mi hermano ha cambiado muchísimo y la complicidad que tiene con Nicholas Thompson me da que pensar y, cómo no, tengo teorías: él ha ayudado a Ian a salir de algo en lo que estaba o sigue metido, algo que desconozco y, lo peor, en mala compañía..., la de una misteriosa mujer. Por ello, está agradecido con Nicholas y de ahí la relación tan estrecha existente entre ellos. ¡Es lo único que se me ocurre!

Finalmente llegamos a la puerta de mi alojamiento. Ian está serio y se apoya en el quicio, pero niego con el dedo y lo invito a pasar. Me importa muy poco si tiene prisa o no, me conoce lo suficiente como para saber que no me quedaré de brazos cruzados.

—¿Estás bien? —pregunta, y se rinde, accediendo a mi petición.

—Eso es lo de menos. ¿Me puedes explicar qué está sucediendo aquí?

Asiente, rascándose la frente, sin moverse de la entrada. Yo deambulo por la habitación, caminando de una punta a la otra mientras lo miro de reojo, en plan detective.

Sólo tiene una opción: contarme la verdad.

—Vamos, Ian, estoy esperando y no tengo todo el día. ¿Qué pasa?

—Nada; sólo a Thompson se le ocurre confundirte sin más con una antigua amiga mía con la que no terminé muy bien.

—Si era amiga tuya, ¿cómo es que no ha sabido desde el principio que no era yo?

—Él no la llegó a conocer y nunca le he enseñado una foto tuya ni le he hablado de ti, y de ahí el malentendido. Supongo que sabes el motivo —comenta, esquivo, ¡qué pesado con el monotema! Sé que miente. La forma en la que gesticula lo delata—. No se lo tengas en cuenta... Somos muy parecidos, aunque se niegue a reconocerlo.

—No lo excuses. Y sí, ya lo he comprobado.

—No creo que haya sido la mejor manera de empezar un cumpleaños —intenta mofarse. ¡Ni siquiera eso se le da bien ya! No es ni una sombra de lo que fue—. Thompson, porque no lo celebra, y tú, porque haces cualquier cosa por llamar la atención. No imagino la escena de «tu accidente».

Inconscientemente, me toco la herida, intrigada.

—¿Qué quieres decir, Ian?

—Que el día de hoy no lo olvidará, y no sólo por la fecha en común. Hacía mucho que no lo veía tan exaltado y me temo que una de las razones ha sido la confusión..., es decir, tú. Que no se lo pones fácil a cualquiera.

—Espera... —Detengo mis pasos en seco—. ¿También es su cumpleaños?

—Sí, ha cumplido treinta. Hace dos años que para él este día se convirtió en una fecha más en el calendario, y entiendo el porqué. —Mi curiosidad va creciendo a medida que se explica—. Ni siquiera la menciona, encerrándose, según cuenta él, ya que es el primero que pasamos juntos, hasta el día siguiente..., y hoy he podido comprobar que es así. De ahí que haya estado tan irritado. Lo has tenido ocupado y no ha podido evadirse en soledad.

—Ah, no tenía ni idea. Y qué casualidad eso de las fechas... —Finjo indiferencia, disfrazando mis verdaderos pensamientos. Aun así, intento sonsacarle información—. ¿También por ese asunto personal vive aquí? ¿Todo tiene relación entre sí?

—Digamos que sí, aunque con sus matices. Ya te he comentado que es un tanto peculiar. Dejó su casa y alquiló una, pero en el fondo odia el silencio y, cuando inauguró el hotel hace unos meses, decidió venir.

—Ah, entiendo..., pero es raro si quiere privacidad y se viene aquí, a un hotel...

—En este caso el error ha sido mío. Esta *suite* en la que te alojas jamás ha sido ocupada por nadie, está prohibido; es un espacio muerto precisamente para eso, para que no lo molesten, pero, como conozco a los empleados, les he dicho que Thompson me había dado su permiso.

—¡Qué fuerte! —protesto, recogíendome el cabello—. ¿Y por qué has hecho eso?

—Porque no quería un alojamiento sencillo para ti. Es un regalo, ¿recuerdas? En cuanto a él, ya se le pasará. —¡No le queda otra! Encima ya conoce mi identidad—. Sabe que conmigo no hay

problema y te aceptará. Lo hablaré con él por la noche, ya que, cuando bebe, se relaja y parece otro. De hecho, lo es... En fin, dejemos el tema, no son cosas que deba contar ni te tienen por qué interesar.

—Ya..., si me da igual. —Me encojo de hombros y, para romper el hielo, me acerco a la botella de agua que hay sobre el escritorio, ofreciéndole a Ian—. Tengo asuntos más importantes en los que pensar, como mi futuro cuando vuelva a Londres.

—Ya lo tienes decidido, ¿no? —escupe, dando un lento sorbo.

—En principio, sí. Voy a trabajar en la empresa de mamá y de mi padre como decoradora de interiores..., bueno —matizo, y al tiempo saco una lata de Coca-Cola del minibar para mí—, como aprendiz. De momento, empezaré así.

—Pero no estás convencida. —Dejo que especule sin darle importancia—. Te mereces brillar por ti misma, podrías permitirte. Arriesga, Abie, y no te quedes a la sombra de ambos, trabajando como una más. Hazme caso. El lunes tengo una reunión con Thompson para cerrar todos los detalles de la decoración de su próximo hotel; en pocos meses será la apertura y hay que trabajar duro. Te dejaré al mando en cuanto a mi parte se refiere, y mi socio lo respetará.

El corazón me da un vuelco, emocionada.

—¿Tanto confías en una novata como yo? —susurro con apenas un hilo de voz.

—No se trata de alguien como tú, sino de ti —especifica con ímpetu, señalándome con el dedo índice—. Llevas años en este mundo de una manera u otra, y te apasiona. Inténtalo y luego decide. Yo me encargo de Nicholas; no le hará especial ilusión que una mujer esté en el proyecto, pero sé cómo convencerlo.

—¿Cómo? —murmuro, ofendida. ¡Lo que faltaba!—. ¿Tan machista es que...?

—No, no tiene nada que ver con eso. Se trata de un asunto personal para él y, precisamente, lo hace para evitar malentendidos que en un futuro le puedan perjudicar. Aunque, si me hace caso, estará en proceso de cambios y todo pasará.

—¿Qué lío! No estoy entendiendo nada.

—Lo sé, pero no es mi vida y respeto su privacidad. —A buenas horas, después de lo que ha rajado ya—. Tú preocúpate de mi propuesta.

Pongo los ojos en blanco mientras bebo un poco de refresco y luego añado, retomando el asunto:

—Mmm..., creo recordar que esta conversación ya la mantuvimos hace meses.

—Sí, pero no me convenció tu respuesta. Piénsalo. Y, ahora, tengo que irme; he de terminar una conversación con Thompson y bajar rápido, ya que Kellan está esperándome en el coche y hace demasiado calor.

—Pobre, ¿y por qué no sube a ver a su primo?

—Ése es otro asunto que tampoco me corresponde aclararte.

—¡Vaya con los misterios! —me desespero—. ¿Puedo bajar a conocerlo?

—En otro momento.

Deja el vaso sobre el escritorio y me da un fugaz beso en la frente.

—Nos vemos luego, enana. A las nueve, en la puerta principal del hotel; mira el plano para no perderte. No olvides ser puntual..., y feliz cumpleaños.

—Gracias. —Me doy por vencida. Iré con calma, acabo de llegar—. Por cierto, espero una noche especial, ¿eh? Tráeme chicos guapos.

—No tengas expectativas tan altas —me advierte de camino a la salida, mirándome con cara de pillo. Por fin un gesto conocido—, no si se trata de mí.

—¡Aguafiestas!

Sonriendo al sentir que no está todo perdido con él, veo cómo se marcha. Entonces me doy cuenta de que se le ha caído algo del bolsillo. Me dispongo a salir detrás de él para dárselo, pero antes, cómo no, la curiosidad me puede. Cuando estoy a un paso de llamar a la habitación de Nicholas Thompson, donde se supone que acaba de entrar Ian, analizo la llamativa tarjeta. Es de un color rojo muy vivo, con la silueta de una chica que baila en una barra, y el texto que aparece en ella, «Club nocturno de encuentros especiales»...

¿Y esto? Una de mis teorías me asalta y espero no estar en lo cierto. ¿Allí ha conocido Ian a la mujer que lo tiene así? ¿Para ella es un juego y él se ha enamorado?

Más preguntas sin respuesta. Necesito una tila, pero ya.

* * *

A las nueve menos diez de la noche me encuentro a punto de salir de la habitación en la que he estado recluida desde que abandoné la puerta de la *suite* contigua. Ian no ha vuelto a aparecer por aquí; me debe explicaciones, aunque será durante la cena cuando se las pida. No he querido presionarlo y por ello lo he dejado ir sin esperar a que saliera de la estancia de su amigo como me había planteado al descubrir la tarjeta.

Las preguntas me bombardean y necesitaba tiempo para asimilar la poca información que tenía y que me preocupa.

Y ha llegado la hora.

Me repaso por última vez en el espejo antes de salir y reviso mi *look*: un sencillo vestido verde menta con escote de cisne, ceñido al cuerpo, y unos zapatos de cuña; el cabello, suelto, con su onda natural, y maquillaje neutro. Nada de complementos, los odio.

Cojo mi bolso, abro la puerta y no puedo evitar mirar de reojo la de al lado.

¿Se comportará de manera diferente Nicholas Thompson conociendo mi identidad?

¿Me ayudará a resolver las dudas que tengo acerca de Ian?

Sacudo la cabeza e intento desconectar en la medida de lo posible. El rubio me va a tener que escuchar durante la velada. Me tiene tan desconcertada... Un mensaje de Alba me hace olvidar momentáneamente el caos que hay en mi mente.

Hola, ¿qué tal por allí? Aquí es muy tarde, sí, casi las cinco de la

madrugada, pero he salido con Max a tomar unas copas. Ha sido un día largo. ¿Cómo va la celebración del cumpleaños? Espero que tu hermano te esté tratando como mereces. 20.54

Me pillas saliendo de la habitación. Mi hermano, ¿quién es ése?
No lo reconozco, no sé qué ha pasado con él, así que me toca descubrirlo. ¡Planazo! 20.55

Suena aburrido. ¿Muchos chicos guapos por allí? ¿Ya le has echado el ojo a alguno? 20.55

Aún no me ha dado tiempo, pero, vamos, me he cruzado con el amigo de mi hermano y, guapo, es. Eso sí, borde como él solo. Espero que nuestro próximo encuentro sea menos accidentado y más amable. En fin, te iré informando.
Me despido, que Ian odia la impuntualidad y ya voy muy justa de tiempo. Te quiero. Mañana te cuento qué tal la noche. 20.56

Guardo el móvil y pongo la mano en el pomo para cerrar la puerta, pero justo en ese instante me topo con un camarero que se detiene a mi izquierda, como si viniera a servirme a mí. Lleva un carrito, con bandejas cubiertas, bebida... Lo típico que sale en las películas cuando se llama al servicio de habitaciones. Deduzco que se ha confundido.

—Abie Olsen, ¿verdad? —Asiendo, dubitativa—. Su hermano, Ian Carter, me ha encargado que le subiera la cena. Ha dejado una nota para usted, es importante.

—¿Qué? Debe de haber un error. Hemos quedado abajo.

—Nos ha comentado que no va a poder acudir —susurra, incómodo, aunque no tanto como yo. Estoy alucinando—. Ha insistido en que lea la nota. ¿Puedo pasar para dejarle la cena? Hay una tarta...

—No, gracias..., ya lo hago yo.

Molesta, empujo el puñetero carro y cierro la puerta con el talón. La nota es lo primero que busco, soltando una y mil maldiciones mientras tanto. La encuentro entre los cubiertos y la leo apresuradamente, sin poder creer que Ian me esté haciendo esto.

Abie, lo siento. Me ha surgido un problema que he de resolver esta misma noche. Prometo compensarte. Disfruta de la cena. Si está en mi mano, procuraré que tengas compañía. Feliz cumpleaños, te quiero y no te enfades, tengo mis motivos.

—¡Será capullo!

Esto es el colmo. ¡Surrealista! No, no doy crédito. ¡Es mi cumpleaños! Y además acabo de llegar..., se supone que esta noche no había nada más importante que yo.

¿De qué me sorprende?

Tengo un jodido nudo en el estómago que apenas me permite respirar. Necesito desahogarme, por lo que estoy a punto de llamar a Alba; sin embargo, no quiero ser tan egoísta y fastidiarle su noche de diversión con Max. Sé que, de contárselo, se quedaría preocupada... Ella y yo tenemos

una conexión tan especial que ahora soy consciente de lo sola que me encuentro y de cuánto la echo de menos..., de lo mucho que me gustaría estar allí... y no haber venido.

Noto que me falta el aire, que me ahogo. No dudo en salir a la terraza con el móvil en la mano. Una vez allí, respiro profundamente. Finalmente, no puedo más y rompo en llanto mientras dejo un mensaje en el frío contestador de Ian.

—¡No esperaba esto de ti!, y menos en el día de mi cumpleaños. No me creo que nada sea más importante en estos momentos que celebrarlo juntos. ¡Te odio! ¿Por qué todos los que me rodeáis os comportáis igual? ¡Sois unos insensibles! Sólo buscáis vuestro bienestar y yo soy la opción que está ahí por si acaso. ¡Eso ha cambiado, os lo advertí! Y que sepas que esto no va a quedar así. ¡Que te den!

—Eh... —Sobresaltada, me giro hacia la derecha—. ¿Estás llorando?

Los temblores brotan en cuanto lo veo. Nicholas está sentado, con sus ojos puestos en mí, bebiendo de una botella con la serenidad que no he percibido hoy en ningún momento en él. Analizo su vestimenta, que ha cambiado. Ahora lleva pantalones y chaqueta negros, con el mismo estilo de corte italiano, y la camisa granate, sin corbata... más informal. El cabello, mojado... y algo despeinado.

—No, se me ha metido...

—Ya. Esa excusa es muy antigua. —Se incorpora y avanza hasta apoyar las manos en el cristal que nos separa—. Carter te ha dejado tirada, ¿no?

Me limpio las lágrimas, pero, al oír su afirmación, me cabreo todavía más.

¡Me siento tan patética!

—No me jodas. ¡Maldición! —protesta con voz ronca—, no sirvo para esto.

—Lo siento... —musito, caminando hacia él—. ¿Podemos hablar?

Su cuerpo se agarrota.

Se queda sin saber qué hacer y no lo culpo, la situación es bochornosa.

—Siento lo sucedido esta tarde —masculla, serio—. Ha sido un malentendido.

—Lo imagino...

—¿La herida?

—Bien...

—Nicholas Thompson —se presenta de repente y, con los pulgares, enjuga mis lágrimas. La piel se me eriza. Sobre todo cuando quedamos cara a cara y nos miramos a los ojos desde tan cerca. Los suyos están inyectados en sangre—. Bienvenida.

—Gracias...

Su mano está ardiendo. El contacto quema.

—¿Me puedes decir qué está pasando con mi hermano, por favor? —le pido con un hilo de voz, y me aparto un poco. Lo justo para evitar su toque—. Estoy preocupada.

—No es para menos.

—¿Me lo cuentas? —casi suplico.

—Por supuesto que no. No tengo por qué.

—Claro que sí. Es importante conocer tu opinión. Si mi hermano confía en ti incluso por encima de su familia, por algo será. Lo cuidas, y eso es lo que me importa.

—Estás exagerando y..., un consejo: nunca te fíes de alguien como yo.

«¿Intimidándome?» Se me escapa una risita tonta.

—Ahora entiendo por qué sois tan amigos —protesto con los ojos en blanco—. Queréis aparentar ser unos tipos malotes, aunque en el fondo tenéis un generoso corazón.

Chasquea la lengua, esbozando un amargo mohín en sus húmedos labios.

—Mis problemas son comunes, como los de cualquiera —recalca con un despreocupado gesto de la mano—. No te montes historias raras de las que crees que hacen más interesantes a ciertos hombres.

—Mmm, no me gustan esas historias. Eres así de imbécil, entonces. ¡Qué pena!

—Lo soy. Y ahora, si no te importa, déjame solo. Me incomoda la compañía.

—Igual prefieres la de Ian —replico ante su falta de empatía.

—¿A qué viene ese comentario?

—Se me ha ocurrido una teoría. Creo que no te gusta mi presencia porque tendrás que compartir a Ian conmigo. —Pongo voz de burla, añadiendo—: ¿Se te hace difícil saber que no lo tendrás sólo para ti?

—¿Qué diablos estás insinuando? —Se arrima cuanto puede. Me cuesta tragar al tenerlo de nuevo tan cerca. Huele a alcohol—. ¿Qué has querido decir con esa última frase?

—¿Yo? Absolutamente nada... —Me cruzo de brazos—. ¿Qué has entendido tú?

—No me tomes el pelo, maldita sea.

—Entonces, ¿por qué esta repentina tirantez? —Bajo el tono de voz, pretendo parecer más vulnerable—. Soy la hermana de alguien a quien aprecias mucho y por el que yo también me preocupo. Ponte en mi lugar, no lo reconozco. Dime, ¿qué te he hecho para que te comportes así conmigo?

No sé si son mis palabras o la forma en la que se las expreso, pero me parece intuir que se da por vencido. Sus hombros se vienen abajo y su actitud se torna más indulgente..., similar a la que debería haber tenido desde el principio, aunque decido no tenérselo en cuenta.

Si Ian no me ha mentado, está pasando por un momento delicado.

—No eres tú ni es por ti, simplemente hoy no es el día. Pero acabemos con esto cuanto antes. ¿Qué necesitas saber? —masculla, evitándome la mirada—. Habla.

—Lo que sepas o puedas contarme, por favor.

Creo que me dejará con la intriga cuando, de buenas a primeras, se aleja bruscamente sin darme explicación ninguna..., aunque algo dentro de mí me dice que no es lo que parece, de modo que me armo de paciencia y aguardo unos segundos y, entonces, vuelvo a respirar. Ha ido a por una botella, que en esta ocasión parece de vino, no estoy muy puesta en ese tema, y a por un par de copas... Sirve ambas y me ofrece una.

No dudo en aceptarla. Me muero de sed.

—Gracias... —le digo, secándome el rostro, que todavía sigue húmedo por las lágrimas, e insisto—. ¿Me lo puedes contar?

Asiente, atusándose el cabello. La imagen es... No tiene descripción.

«¿De qué vas, Abie?!»

No me deslumbro con facilidad, eso no es nada común en mí, pero con él me está sucediendo algo extraño que soy incapaz de entender. No razono. Quizá por ser y hacer todo lo que no me llama la atención, está ocasionando en mí justo lo contrario..., o tal vez es que el golpe que me he dado me ha afectado más de lo que creía.

—Como habrás podido deducir, no la conozco personalmente —empieza a decir tras un intenso e incómodo silencio—. Ian estaba trabajando en la decoración de uno de los hoteles de mi padre cuando me lo encontré en un bar, casi inconsciente. Lo reconocí. Me habló de una mujer que lo estaba volviendo loco, palabra que repite todavía en la actualidad. Eso es básicamente lo que causa en él. Se emborracha y se encierra algunos días.

—Y te llama a ti...

—Desde entonces, sí —murmura, observando mis piernas, lo que me provoca estar tensa, inquieta. Carraspeo y él continúa—: Ese día lo llevé a mi casa, intenté hacerlo reaccionar y, a partir de ahí, entablamos una relación profesional, convirtiéndonos poco tiempo después en amigos. Compartimos cosas importantes, vivencias...

—Que no me vas a contar —adivino, mojándome después los labios. La boca se me ha quedado seca. Nicholas Thompson resopla, como si le molestara—. Falta mucha historia.

—Y no me corresponde a mí narrártela. Quizá no ha llegado el momento.

—Le he oído decir que es porque no quiere preocuparme, porque, según él, ya estaba bastante jodida en Londres y he venido a olvidar a mi ex —aclaro inconscientemente, como si le debiera algún tipo de explicación, como si necesitara hacerlo—. No sé de dónde ha sacado eso, y es falso. ¿Sabes quién se lo ha podido...?

—No. —Se pone más serio, con los ojos entrecerrados, pensativo—. No suele hablar de la familia y, como yo tampoco lo hago, nos entendemos; sólo compartimos de ésta lo que no queremos que nadie sepa. ¿El resto? Sé de la existencia de una hermana y unos padres con los que no tiene una relación convencional. Hoy he creído conocer el motivo.

—Uno de ellos, ¿no? —puntualizo, presionándolo, y alzo una ceja—. No me engañas. Antes adoraba a su padre. Aquí hay mucha tela que cortar.

—Puede ser. —Levanta el vaso y brinda a mi salud. ¡Oh!—. Ahora que sabes lo que debes, disfruta de tu cumpleaños... y procura que Carter no se entere de esta conversación.

—No le diré nada —murmuro, jugando con el dedo índice en el borde de la copa—. A él tampoco le gustaría que yo te contara que sé que no celebras este día y que, por alguna razón, prefieres ni mencionarlo.

La expresión le varía de inmediato. Hay dureza en ella, desconfianza.

No le ha gustado mi confianza.

—Lo que me faltaba. Es un puto traidor.

—Igual que tú —contraataco, sonriendo.

—Veo que estás mejor —apunta secamente.

—No del todo. Quiero saber más.

—Preguntas demasiado.

—Soy curiosa.

—Se acabó —zanja con exasperación—. Tengo cosas que hacer.

—¿Como qué? ¿Encerrarte?

—¿Perdona? —farfulla, sin dar crédito.

—Perdonado...

—No me hace ni puta gracia. Por cierto —señala mi vestimenta con su dedo índice. Trago, nerviosa. ¿Qué pretende?—, ¿acaso te vendes?

—¿Q-Qué estás sugiriendo? —Le devuelvo la copa de malas maneras, entrando en cólera a medida que analizo la frase—. ¿A qué ha venido eso? ¡Serás...!

—Llevas la etiqueta colgando —escupe, cortante.

¿Qué? No, joder, no. ¡Qué vergüenza!

¿Por ese motivo me miraba tanto?, ¿es el único? Me tanteo el lateral izquierdo del vestido y me arranco la etiqueta, que no es discreta, de un limpio tirón. Sonrojada, camino hacia la puerta, pero, antes de irme, echo un vistazo hacia atrás para disculparme.

Está observándome fijamente. ¿He vislumbrado una fugaz sonrisa? No lo sé y la verdad es que me encantaría hacerlo. ¿La causa? La desconozco. Simplemente hay cosas en él que me provocan demasiadas sensaciones.

—Gracias de nuevo —musito, y me despido con la mano—. Será mejor que me marche. Ninguno tenemos el día, por lo que parece..., y lo siento...

—Estamos en paz. —Aunque está restándole importancia al asunto, su voz es grave. Suena serio, brusco. Está tenso. Parece cansado y agobiado—. Por lo sucedido a tu llegada.

—Olvidado..., no ha sido culpa tuya.

—Tienes razón, es del estúpido de tu hermano.

Ian... La sangre me hierve al recordar lo que ha sido capaz de hacerme. Incluso me dan ganas de comprar el primer pasaje de regreso a Londres, aunque aborrezca volar; lo paso fatal en las alturas, ya que me dan pánico. Lo peor es que él lo sabe y no lo ha valorado. Me propuso que acudiera hoy o ayer justo para celebrar esta noche con él..., hecho del que me arrepiento, pues ahora estaría con Alba, divirtiéndome de verdad.

¿Con qué derecho me ha fastidiado mi cumpleaños? ¿Para esto quería que viniera?

Me siento un cero a la izquierda.

¿Y me voy a quedar de brazos cruzados? ¡Me niego!

—Una pregunta, ¿sabes dónde está el Club nocturno de encuentros especiales...? —Nicholas

ladea la cabeza, interesado en mi consulta—. A Ian se le ha caído una tarjeta y, pensándolo bien, igual está allí ahora, el muy idiota. No me apetece verlo, pero, si es tan valiente como para dejarme tirada, va a tener que darme las razones a la cara.

—Dudo mucho que a Carter le guste frecuentar ese tipo de sitios —se muerde el labio superior un breve segundo y añade con dureza— y no es lugar para ti.

—Igual es de mi agrado —replico, confusa.

—Tú misma; no obstante, yo de ti no iría sola, y aún menos sin saber qué vas a encontrarte allí.

—Gracias por el consejo.

Dicho esto, me marcho de una vez.

Paso de largo por mi habitación, enfureciéndome más si cabe al ver el carrito con la cena. Es el primer año que no soplaré las velas, el primero que estaré sola y tan lejos de casa. Será mi primer cumpleaños en el que me encantaría que no lo fuera. Este día siempre es especial para mí, y no porque sume un año de vida simplemente, sino por cómo me arropan, miman y cuidan. En casa, nada más despertar, suelo tener preparado el desayuno, con una tarjeta bonita y palabras entrañables de mis padres. El resto del día, Alba, Sacha y Olivia lo hacen, año a año, inolvidable. También lo hacía John, pero, ahora que sé la verdad, todo lo bueno que vivimos no me sirve de nada. Quizá fingía. ¡Qué más da! No sé ni por qué me acuerdo de él.

Y mis padres, bueno..., desde que rompí con John nada ha sido igual tampoco. Hay cosas que no he querido aceptar hasta la ruptura. Todo iba bien cuando, de una manera u otra, me podían manipular o controlar sin que yo me diera cuenta de ello o no lo interpretara así. Debo admitir que, estando en pareja, he sido bastante... ¿conformista? La típica relación en la que estás ciega de amor y no ves más allá de ésta; de ahí mi decisión actual de volver a ser yo sin dejar que nadie me condicione, aunque no sé si he elegido el lugar adecuado...

Una vez abajo, voy directa hacia la salida y llamo la atención de un taxista. Cuando le indico la dirección que consta en la tarjeta al conductor, parece sorprenderse un poco e incluso pregunta si no me estoy equivocando de localización; por supuesto, le digo que no es asunto suyo y, como es su deber, me lleva al local. Durante el trayecto, las teorías vienen y van. No sé si acierto presentándome en ese club, pero si algo me caracteriza es que suelo dejarme llevar por las circunstancias, aunque luego descubra que me he excedido o equivocado... Pero si no arriesgas, no ganas y no aprendes.

—Aquí es, señorita.

—Gracias.

Pago la carrera y, suspirado, persigo mi propósito.

La entrada es muy discreta. Me piden identificación antes de acceder al local y también me preguntan si soy la chica que viene a la entrevista; miento y digo que sí. Qué nervios... Una vez dentro, lo entiendo todo y no soy capaz de dar un paso más ante el impacto que me produce la escena que tengo delante.

Sólo hay hombres en la zona inferior. Las mujeres, que son pocas, bailan prácticamente

desnudas sobre una tarima; apenas llevan unas braguitas y tacones altos. Van muy maquilladas, llamativas, preciosas. Impresionan.

¿Es un club de alterne?

—¿Me acompañas? —me pregunta un señor mayor, sujetándome de la muñeca.

—¡No!

Intento zafarme, con horror.

Entonces su voz retumba por encima de la música.

—Suéltala. Ella está conmigo.

La última copa

Nicholas me agarra por el codo y me arrastra hacia un lugar más apartado, el pasillo donde presumo que están los servicios..., aunque pronto descubro que me equivocaba, que son habitaciones numeradas donde se distraen los clientes con las chicas. El bullicio queda atrás, o simplemente soy yo, que he desconectado de todo por el *shock* que me ha provocado la situación.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza contra la pared, aliviada de que Nicholas, sin tener por qué, de alguna manera haya acudido a rescatarme. No es que me escandalice el erotismo o el sexo, pero sin lugar a dudas éste no es un ambiente que me agrade. Había imaginado que se trataba de un club al que acudían tanto mujeres como hombres, donde se hacían estriptis, se bebía y se disfrutaba de las vistas, poco más, no que se tratase de un sitio en el que contratar en exclusiva los servicios de las bailarinas más allá de las tarimas.

Nicholas Thompson tenía razón y sólo hay una culpable de que me hayan confundido con una chica de compañía. Por tanto, recapacito y tomo una decisión en firme; a pesar de las disculpas de Ian, que sé que vendrán, no daré marcha atrás.

Me voy a Londres a primera hora de la mañana.

A raíz de mi última ruptura, soy de las que piensan que, si algo empieza mal, no hay que forzarlo, y es justo lo que me está pasando. Menos de veinticuatro horas en California me han servido para tener la certeza de que no es lugar para mí..., no en esta etapa de mi vida.

Ayer mis planes eran totalmente diferentes, y resulta curioso cómo en tan poco tiempo todo ha cambiado, incluso yo. Aquí me he dado cuenta de que no soy tan importante para mi hermano como él lo es para mí. No lo culpo, o no quisiera hacerlo, es cuestión de prioridades. Son demasiados años viviendo tan lejos el uno del otro y, al final, eso nos ha terminado pasando factura. Es lógico; ha planificado su futuro y yo sobre en él. Ha aprendido a no echarme de menos, aunque, con su propuesta de trabajo, por un rato he creído justamente lo contrario.

—Vamos, se acabó la diversión. —Abro los ojos, apretando los puños con fuerza. Estoy tan furiosa que lo que menos me apetece es aislarme en el día de mi cumpleaños—. Tenías razón. Carter ha venido, pero ya se ha marchado.

Su afirmación me desconcierta.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto. Vamos, ya no tienes nada que hacer aquí.

Me cede el paso para que vaya delante y en esta ocasión no pongo ninguna objeción. Necesito salir pronto de aquí. Para protegerme, me sujeta de la cintura desde atrás, propiciando que aguante por segundos la respiración. Noto su cuerpo pegado al mío..., su aliento en mi oído.

Cuando llegamos al exterior, me libera sin darme opción a que le dé las gracias, o a que pueda ver su reacción tras ceñirse a mí como lo ha hecho, pues se muestra impasible, indicándome cuál es su coche con la cabeza, sin más.

Se trata de un modelo deportivo, negro, precioso.

Me instalo en el asiento del copiloto y suspiro.

—¿Adónde te apetece ir?

—¿Me puedes dejar en un lugar tranquilo donde tomar una copa? —le pido sin rodeos. Nicholas me observa de reojo, oprimiéndose las sienes—. ¿Qué? No te estoy diciendo que me escoltes. Sé que me he equivocado viniendo aquí y te agradezco que te hayas preocupado por mí, supongo que por la amistad que te une a Ian, pero ahora sólo quiero divertirme. No he venido a California para encerrarme en un puñetero hotel.

Asiente, con semblante sereno.

—No te lo diría de pensar lo contrario, pero Carter ha tenido sus motivos para no acudir esta noche a la cena contigo. —Coloca ambas manos sobre el volante y mira al frente. Está agarrotado—. No te lo tomes a mal ni se lo tengas en cuenta. Cuando habléis, lo entenderás todo.

—No tiene excusa ni perdón.

—Créeme que lo tiene.

—¿Por qué estás tan seguro? ¿Has hablado con él?

—No exactamente.

—¿Entonces?! —Pierdo la paciencia ante tanto secretismo—. ¿¿Qué más me oculta?!

—Mañana —asegura, arrancando el vehículo y rehuendo posar sus ojos en mí—. Esta noche celebra tu cumpleaños como estás pidiendo a gritos. Te acompañaré.

Quizá no debería cuestionarlo, pero es algo que no sé evitar y susurro:

—¿Por qué lo harías?

—Deja de hacer preguntas que esta noche no puedo responder, joder.

—Vale... Gracias por adoptar un papel que no te corresponde y ejercer de él... —Acelera y mantiene la mirada fija en la calzada—. Y por no dejarme sola, a pesar de no conocerme de nada...

—Déjalo ya —insiste, sin disimular su incomodidad.

Enciende la radio, en la que está sonando la canción *Sex on fire*, de Kings of Leon. Él parece que ni la oye, está ensimismado en sus pensamientos. Diría que su rostro refleja, además de cansancio, preocupación. Me pregunto por qué habrá cambiado de opinión y, en vez de encerrarse como de costumbre, accede a cumplir con el encargo que imagino que le habrá hecho mi hermano

para compensarme por su plantón..., aunque de poco le servirá a Ian, y será consciente de ello cuando, sin explicación alguna, descubra que me he marchado.

Estoy muy decepcionada con él, pero no me joderá lo que queda de noche. Con seguridad estará pasándoselo de fábula con quien quiera que sea ella... No tardo en plantearme si no es muy egoísta y radical por mi parte largarme habiéndome dicho que me necesita... y conociendo la tóxica relación que parece tener con una mujer que no es capaz de dejar. Pero es que ni siquiera me ha dado la oportunidad de que hablásemos esta noche.

—Éste es un lugar tranquilo —comenta Nicholas, deteniendo el coche—, y no hay nadie conocido que pueda malinterpretar este encuentro.

—Ya... Es bonito —contesto, intentando entablar una conversación con él—. ¿No vienes mucho por aquí, entonces?

Es imposible.

Baja del vehículo, se abotona la chaqueta y se dirige hacia el bar al que me ha traído. Lo sigo, respirando hondo. El lugar tiene un encanto especial. La mayor parte del local está al aire libre, con palmeras rodeándolo. La decoración es en tonos blancos y azul turquesa; los espacios, abiertos; la música, lenta. Huele a mar, a libertad. El ambiente es sosegado. Nicholas elige una de las mesas del fondo, en la zona exterior, que está prácticamente vacía. Me siento a su lado justo cuando llega el camarero.

—Whisky, por favor —pide él.

—Yo quiero una bebida típica de por aquí. ¿Qué me aconseja?

—Licor de Damiana —me dice el chico, sonriendo.

—No creo que sea buena idea —interviene Nicholas bruscamente.

—No le haga caso.

Uh, qué cara. ¿Por qué está tan indignado? Empiezo a pensar que es su estado natural. ¿O no? Descanso los codos en la mesa y le pregunto con curiosidad:

—¿Por qué no es buena idea?

—No es una bebida normal —responde, muy ronco.

La pantalla de mi teléfono se ilumina, avisándome de que me están llegando mensajes. Es John... Me limito a leer las notificaciones, sin responderle.

No me apetece. Me cansa que continuamente esté llamando mi atención.

¿Qué estás haciendo? Te has conectado hace poco. ¿Con quién hablas? 23.01

Sin duda habrá visto que he usado WhatsApp hace poco. Lo que no sabe es que, sencillamente, he respondido un emoticono, el del beso, a una felicitación de cumpleaños de una tía.

Respóndeme, lo estoy pasando mal. Mira la hora que es y sigo despierto. 23.02

—A ver qué dicen sobre la famosa bebida —disimulo, como si en realidad hubiera cogido el

teléfono para informarme sobre eso. Luego entro en Google y enseguida obtengo las respuestas. ¡Vaya! Con efecto digestivo, relajante y poder afrodisíaco.

No puedo evitar echarme a reír ante la descripción de dicha bebida.

—¿Y tú te crees esto? —me burlo, sin parar de reír—. Menuda tontería.

No se pronuncia, y tampoco parece hacerle gracia mi actitud..., lo que me hace reflexionar en voz alta, sin disimular lo que estoy sintiendo en estos instantes.

—Creo que venir a California ha sido un error. Ian ya no me necesita como antes y he tomado la decisión de largarme de vuelta mañana mismo. —Su mirada se clava en mis facciones—. Tenía otra idea de lo que sería mi estancia aquí y, mírame, tomando algo con un amigo de mi hermano al que ni siquiera le apetece esto. Es patético.

—Te aconsejaría que no te fueras. —No suena como tal. Lo interpreto como una clara advertencia, hasta que apostilla—: No sólo te necesita a ti, sino tu ayuda.

—¿Qué quieres decir?

—La paciencia no es una de tus virtudes —hace una pausa—, ¿verdad?

—Oye —le doy un ligero empujón que no se toma mal—, ¿estás bromeando?

—No creo.

¡Lo hace! El camarero nos sirve las copas y se retira con el mismo sigilo con el que ha llegado. Y aquí estamos, de nuevo solos, sin saber qué decir, y no precisamente porque me falten temas de conversación, de modo que opto por exteriorizar mis sentimientos..., esos que hoy parecen un tanto locos.

—Ay..., yo sólo necesitaba unas vacaciones —confieso en voz baja.

Se humedece los labios muy despacio y, en ese preciso momento, me estremezco de pies a cabeza. Y, teniendo en cuenta que no es la primera vez debido a su presencia, no me agrada sentirme así en absoluto, pero es que... es muy seductor, y quizá ni siquiera lo sepa.

¿Por qué me está pasando esto? Estoy tan confundida...

—Q-Quería liberarme, acabar con mi mala racha, reflexionar, relajarme, ver otras caras..., vivir nuevas e inolvidables experiencias, disfrutar, salir de la rutina...

—¿Qué te lo impide, igualmente? —masculla, revisando brevemente el móvil.

—Responsabilidades de un hermano que pasa de mí y del que apenas sé nada.

—A veces creemos conocer a las personas y, cuando menos lo esperamos, cambian.

—¿Lo dices por... la persona que te hizo daño hace dos años?

Asiente, cogiendo aire violentamente.

—¿Una mujer?

—No quiero hablar de ello —gruñe como un animal herido—. Es una historia cerrada.

—¿Y por qué tengo la sensación de que no es así? —susurro, empatizando con él.

Se cruje los dedos con fuerza, violento. Está dolido, lo percibo. Me impresiona el desprecio que transmite su semblante. Podría quedarme aquí, pero no, me hace ir más allá. Quiero saber, y

ya no precisamente por Ian, sino por él mismo. Ha conseguido despertar mi interés sobre esa relación que lo ha dejado tan hecho polvo. No lo disimula.

Quizá lo entienda mejor de lo que Nicholas pueda llegar a imaginar.

—Por ese motivo entiendes tan bien a Ian y lo proteges.

—No quiero que sufra tanto como yo por quien no merece la pena —confiesa de manera despectiva—. Duele demasiado.

—Sí... —estoy de acuerdo—. El amor es una mierda.

—Esa palabra, para mí, dejó de existir.

Cuanta tensión, resentimiento, rabia, tristeza... ¿Le habrán sido infiel también? Si fue así, menudo regalo de cumpleaños. Me transmite tanta soledad que quisiera poder acercarme un poco más a él y decirle que puede contar conmigo..., aunque es obvio que no quiere hablar, que le molesta estar aquí, mi compañía. Sin duda, sólo me aguanta por Ian.

¡Menudo consuelo!

De fondo suena la canción de Ed Sheeran *Perfect*... Tarareándola, opto por probar la famosa bebida. Me gusta; su sabor es diferente..., aunque bien es cierto que no suelo tomar alcohol y mis referentes son escasos... El mutismo se prolonga. Él me observa; no lo miro, pero percibo el peso de sus ojos recayendo sobre mí.

Se mantiene en silencio, hasta que lo rompe.

—¿Por qué nos has espiado a tu hermano y a mí? —pregunta sin tapujos.

—No he debido...

—Así es. He descubierto que has oído más de lo que debías cuando me has comentado lo de tu exnovio. Ian está preocupado por ese tema. No quiere que lo perdones.

—No tengo ninguna intención de hacerlo —confieso, sorprendida—; me ha hecho mucho daño.

—Cuánto es «mucho daño» para ti.

Hablar de John me enfurece; me recuerda lo estúpida que he sido y lo poco que me he valorado por estar compartiendo mi vida con alguien como él.

—Era mi primer amor y, ya sabes, estaba cegada, pero me puso los cuernos con alguien muy cercano, vamos, con una compañera de trabajo, y todo se fue a la mierda —revelo, avergonzada. No me atrevo ni a mirarlo. No quiero que descubra tanta vulnerabilidad en mí—. Lo dejé y meses después conocí a otro chico que me trataba como una reina...

—¿Pero? —me invita a continuar.

—Cuando John me pidió una nueva oportunidad, corté la relación con Philip, a pesar de estar enamorándome de él, y todo para volver a ser engañada no mucho tiempo después; en esa ocasión, con una amiga mía.

Al exteriorizarlo, soy consciente de que todavía duele y de que la herida sigue abierta. Pasé un sinfín de noches llorando por él y, sobre todo, por mí. Sentía que había pisoteado mi orgullo, que se había reído de mí, y lo peor era que, con mi carácter, yo se lo había consentido. La sensación de ser una muñeca en sus brazos es la mejor descripción.

—Por culpa de esta traición, incluso estuve a punto de abandonar mi carrera estando ya al final de ésta... Perdí las ganas de todo. Me ha costado entender que no me quiere ni me quería, aunque siga diciendo lo contrario. Cuando amas a alguien, no lo lastimas como él a mí.

—Estoy de acuerdo.

—Lo has vivido en tu propia piel —susurro con una congoja en la garganta que me mortifica hasta odiarme por flaquear así—, ¿me equivoco?

—Es complicado —masculla, desganado.

—Tenemos toda la noche y nada mejor que hacer.

—He dicho que no quiero hablar de ello. Suficiente hago con estar aquí.

—¿Sabes? —reflexiono en voz alta, pensativa. Él está esquivo, bebiendo sin pausa. Pronto pide la siguiente copa—. Mi hermano tiene suerte de tenerte en su vida. Lo cuidas y esta noche estás demostrando que puede contar contigo siempre que te necesite.

—Eso no hace disminuir mis ganas de matarlo hoy.

Es evidente que también está furioso con él, aunque ha dicho que lo comprende. ¿En qué quedamos? Con el tiempo he aprendido que los hombres se entienden entre ellos porque se justifican los unos a los otros, da igual lo mal que lo hagan. Y estos dos no van a ser la excepción. Ojalá algún día las mujeres hagamos piña igual.

—Camarero, por favor —reclama Nicholas.

Me cruzo de piernas, agobiada, sin saber qué más decir. Él endurece la mandíbula ante mi gesto y empiezo a creer que también le suscito algún tipo de interés. Se toma la copa de un rápido sorbo y pide otra más. Aguarda hasta que llega, la vacía como si tuviera mucha sed o estuviese muy ansioso y, mirando al horizonte, murmura:

—Un día como hoy, hace dos años, perdí a la que era mi novia. Llevábamos tres años juntos. Me despedí de ella la noche anterior con normalidad en su piso y luego desapareció, sin más. Me mandó un mensaje al móvil en el que se disculpaba y decía que era lo mejor, que no quería hacerme daño..., que tenía que irse. Cambió de teléfono, o al menos dio de baja el que tenía, y no sé nada de su vida desde entonces.

¡Joder! Ni de lejos mis teorías han sido acertadas.

—Pero ¿denunciaste su desaparición?

—Sí, fue todo tan extraño que no creí posible que me hiciera aquello —revela con resentimiento, centrado en la copa que presiona entre los dedos, con la mirada ausente—. La policía me confirmó que ella estaba bien y que no quería que yo supiera dónde se encontraba..., que respetara su privacidad. No me dieron más explicaciones y me prohibieron expresamente que contratara a un detective. Su desaparición había sido voluntaria.

—Es muy fuerte esto que me estás contando —confieso, impactada.

—Me destrozó.

No sé ni qué decir. No hay consuelo ante tanto dolor, que entiendo a la perfección. Cuando rompes con alguien queriéndolo aún, es muy duro; imaginar que desaparece de tu vida de repente,

como si nunca hubiese pertenecido a ella, tiene que ser horrible, como para volverse loco.

No me extraña su actitud.

—Mi primo y mi padre saben su paradero, estoy convencido de ello, pero ninguno abre el maldito pico. —Cierra los ojos momentáneamente—. Mi padre hizo todo lo posible por ahuyentarla, aunque hoy por hoy lo sigue negando, y su buena relación con Kellan me inclina a pensar que ambos la querían sacar de mi vida y todavía no sé por qué.

—Quizá quisieran protegerte, por tu dinero.

—A ella eso no le importaba —rebate con amargura.

—Lo siento... —Intento acariciarle la mano. La aparta sin vacilar un segundo. Me sonrojo, avergonzada por su desplante—. Perdona si te he molestado con mis...

—Tranquila, supongo que no me ha venido mal del todo —me interrumpe con dureza—. Hacía mucho que alguien no me escuchaba.

—Tal vez no ha sido culpa de los demás...

—Tu hermano me ha dicho exactamente lo mismo. —Sonríe sin ganas—. Es difícil.

—Lo sé. Él tiene razón, debes pasar página.

—¿Y cómo se hace? —Endurece las facciones y me observa de reojo—. ¿Cómo?

—No lo sé, también estoy en ello.

Nos miramos fijamente, sin parpadear..., y, sin darnos cuenta, me percaté de que nos hemos acercado un poco, no sólo emocionalmente, sino físicamente. Me encanta cómo huele... Estamos inclinados hacia delante, acortando la distancia que había entre ambos. Y es que hablar de sentimientos es dar pie a conocer a la otra persona. En ese momento es cuando realmente somos nosotros; cuando mostramos nuestro lado herido, las corazas se debilitan y sólo queda la verdad que hay en nuestro interior. Irremediablemente, no se puede ocultar.

—¿Te puedo preguntar algo? —me aventuro, ahora que lo creo receptivo.

—Es a lo que te has limitado desde que has llegado, así que no puedes.

—¿Por qué vives en el hotel? —ignoro su respuesta.

—Te cuesta darte por vencida, ¿eh? —Me encojo de hombros, pestañeando con fingida inocencia. Resopla—. No tiene misterio. Simplemente no soportaba los recuerdos en la casa en la que vivimos tanto, así que la vendí y alquilé otra, pero la soledad me supera.

—Suená deprimente...

—Lo es.

—Vaya dos patas para un banco. Damos pena. —No le agrada mi comentario, a pesar de saber que no va con maldad. Me dedica una mirada que podría hundirme en el asiento. Menudo carácter—. Venga, la última copa.

Lo que iba a ser una copa, termina en dos o tres más, he perdido la cuenta. Jamás bebo más de una..., e Ian tiene razón, Nicholas parece otra persona. Es igual de serio, de distante..., sin embargo, se vuelve menos discreto. La bebida lo hace vulnerable y se desahoga, situación que no

quisiera aprovechar para mi beneficio, aunque ciertamente me cuesta. Sé que él es la persona indicada para resolver muchos de los enigmas de mi hermano.

—Qué calor, creo que en mi vida he bebido tanto.

—Es tarde —murmura, mirando el teléfono— y tenemos que coger un taxi.

—Chico responsable... Punto a tu favor —bromeo, chasqueando los dedos hacia él—, pero todavía no quiero irme. Cuéntame cosas.

—¿Cosas? —repite con un bufido—. ¿Como qué?

—Mmm... ¿Comida favorita?

No puedo evitar sonreír, pues supongo que esperaba otro tipo de preguntas y así lo manifiesta su sorprendido rostro, lo que me provoca diversión. Esto le pasa por juzgarme. ¿De qué imaginaba que íbamos a hablar? Para ser sincera, me encantaría que me respondiera a algo más picante, pero no es tan accesible como para prestarse a ese juego... Una pena, pues el ambiente invita a un acercamiento..., a terminar la noche en la playa, tirados..., quizá desnudos, no lo sé. Mi imaginación vuela con cada nueva mueca que descubro de él.

—¿No me vas a responder? —Nicholas se aprieta el puente de la nariz—. Vamos, ni siquiera son las doce, demasiado pronto como para irnos como dos aburridos. ¿Cuál es tu comida favorita?

—Ninguna en particular, tengo buena boca.

Mi sucia mente enseguida se fija en sus labios... Nicholas traga saliva, gruñendo. Dudo que su frase haya ido con segundas, pero me temo que los calores me están advirtiéndome de que el licor está haciendo mella en mí y no por su «poder afrodisíaco», sino por el alcohol.

—A ver, más cosas —continúo diciendo, distraída—. ¿Un viaje pendiente?

—Londres.

—¿De verdad? —Asiente, con la ceja alzada por mi respuesta y la arruga incluida en su frente—. Yo te podría invitar a que pasaras unos días allí. Sería tu guía turística.

Aprieta la mandíbula y sé que disfruta una sonrisa. ¡Quiero verla!

—Tu color favorito —insisto con el juego.

—Antes, el verde; ahora, el negro.

—Mmm, interesante.

Se presiona las sienes, cansado, aunque no me quita ojo, a diferencia de cuando estábamos en el coche. Está distinto. Ciertamente su mirada es cada vez más oscura; sumado a lo profunda que es, podría quedarme embobada con ella durante horas.

Qué manera de desvariar la mía...

—Ahora quiero saber... —ronroneo, pícara— un recuerdo bonito.

—Los he borrado todos.

—¿En qué sentido? —Su voz se ha teñido de tormento—. ¿Por qué?

—Me hacía daño recordar todo lo que tuve y perdí sin más.

—Entiendo...

Joder. Estoy a un paso de darme por vencida, pero entonces no sería yo. Busco el modo de

distraerlo, pues me siento mal tras la última respuesta, con la que posiblemente lo he llevado hasta esos momentos que su corazón pretende arrinconar.

Soy una bocazas que no aprenderá nunca.

—¿Tú no tienes nada que preguntarme? —Finjo hacer un puchero. Nicholas me estudia con fiereza y con un matiz de ¿ternura?—. Qué poco interés.

—No te ofendas, pero, sinceramente, me es indiferente.

—¿Por qué será que no imaginaba otra contestación? —replico, simulando que su comentario me ha ofendido—. Pues te diré que mi color favorito es el blanco, que no me canso jamás de las ensaladas y que me encanta ir a correr por las mañanas. ¿Qué más? Ah, sí, sueño con conocer las Maldivas, y adoro desayunar yogur natural con avena y cacao.

Finalmente, se ríe sin ocultarse, aunque en menos tiempo del que me gustaría deja de hacerlo, negando con la cabeza. Lo sé, soy muy insistente, es uno de mis grandes defectos. Y yo, cómo no, como la idiota en la que me convierto en ocasiones, termino regalándole una tímida sonrisa sin que haya hecho esfuerzo alguno por ganársela.

—Se te ha olvidado apuntar que nunca te das por vencida.

—Mmm, ¿sí? —Me hago la loca—. ¿Por qué lo dices?

—Porque me cuentas tu vida cuando te he dejado claro que no me interesa.

—Eres muy borde —farfullo con desgana.

—Ya me lo has dicho antes.

—Bah, no lo eches todo a perder. —Sin incorporarme por completo, empujo el asiento para estar más cerca de él. Nicholas no aprueba mi actitud; aun así, no se distancia..., pero su mal humor es evidente. ¿Por qué?—. Olvidémonos de las tonterías y sigamos.

—Déjalo ya —advierte con firmeza.

—La última. ¿Un olor que recuerdes?

—El de ella.

¡Me rindo! A partir de ahí no sé qué más añadir. Supongo que el juego ha terminado, como la copa a la que doy el último sorbo, de modo que me levanto con la intención de hacerle saber que es hora de marcharnos. Él se incorpora rebuscando algo en su bolsillo izquierdo sin preguntar el porqué de mi repentino cambio. Deduzco que no es preciso.

Son las doce menos cuarto de la noche. En apenas quince minutos acaban nuestros cumpleaños..., y la sensación de no haberlo disfrutado como preveía me entristece.

—Lo he pasado muy bien —confieso, planchándome el vestido con las manos—. Por cierto, felicidades...

—No lo jodas todo. —Apunta hacia la barra—. Voy a pagar la cuenta.

—No, espera, yo invito...

Doy un paso y no es precisamente firme. Acabo de rodillas delante de Nicholas Thompson, quien, protestando por mi torpeza, me auxilia enseguida. Me ofrece su enorme y cuidada mano, en la que, por cierto, no tiene anillos. La acepto y miro hacia arriba.

La escena es tan tonta que podríamos echarnos a reír. Sin embargo, él suspira con intensidad sin manifestar un ápice de diversión y a mí el contacto de nuestros dedos me provoca un sutil hormigueo por toda la espalda... hasta sufrir un fugaz escalofrío.

Su tacto es suave, cálido; su actitud, áspera.

—¿Te encuentras mal?

—No... —balbuceo con un hilo de voz—, y gracias.

—¿Vas a dejar de hacer el ridículo hoy? —me regaña, y al ver que me indigno, me dedica una de sus efímeras sonrisas, que consigue que se me olvide el mosqueo.

Las palabras no me salen... Lo reconozco, es muchísimo más guapo aún cuando sus labios se curvan así... y... «¡Abie, basta!» Es vergonzoso cómo me embobo. Parezco idiota. Que me pase esto con mi cantante favorito, Adam Levine, o con mi actor preferido, Chris Hemsworth..., es normal, pero con un desconocido que, vale, está cañón pero tampoco es nada del otro mundo... Bueno, un poco sí. Ni punto de comparación con John.

Hay un abismo entre ambos.

—¿Y bien? —insiste, mordiéndose el labio, interrumpiendo mis pensamientos al tiempo que deja caer mi mano una vez que estoy de pie.

Me sostengo a duras penas, pues se me nubla la vista... Qué bochorno.

—No, me temo que no. Todavía queda mucha noche por delante para terminar peor.

La última frase la suelto sin pensar y sin imaginar cuánta verdad esconden esas palabras.

Un error

Cuando llegamos a la barra, los dos competimos por pagar la cuenta, pero el camarero no acepta mi tarjeta; en cambio, sí la de Nicholas, con una cómplice sonrisa. Estoy a punto de protestarle; sin embargo, justo en ese instante, suena en el local la canción *Happy birthday*. Qué casualidad, otro cumpleaños, ya que no creo que Nicholas tenga dicho detalle conmigo. Un segundo después, soy consciente de lo equivocada que estoy...

He criticado justo lo que acabo de hacer, prejuzgarlo.

El corazón se me acelera a mil por hora.

Otro de los camareros viene con un pequeño pastel, concretamente una generosa porción de tarta de chocolate con nata, mi favorita, con las velas, que supongo que son veinticinco, pues no las cuento, pero hay muchísimas encendidas sobre el apetitoso dulce.

No hay ningún sentimiento que haya sentido a lo largo del día parecido a éste. Me colma de una inesperada felicidad, como si de una niña pequeña se tratara. Era ese algo que me faltaba para creer que verdaderamente es mi día, con el que, de alguna forma, me siento un poco mimada. Me dan igual las circunstancias; el hecho es que alguien se ha preocupado de que el 7 de julio de 2018 no haya acabado como un día cualquiera.

—Le diré a Ian que has cumplido con lo prometido —susurro, emocionada—. Gracias por esta noche, de verdad.

—Pide un deseo —comenta con su rigidez habitual.

¿Nunca se relaja?

Cierro los ojos y soplo con fuerza al tiempo que pido el deseo. Lo único que necesito es que Ian sea capaz de salir del oscuro pozo en el que parece metido. «Que sea feliz.» Cuando abro los ojos, soy consciente de que todo el aire que ha emergido de mis pulmones ha sido en vano... No me lo puedo creer. ¿Ha sido idea de él?

—¡Son de las que no se apagan!

Nicholas finge indiferencia, pero sé que le divierte.

—Malvado —farfullo, riendo.

Su expresión manifiesta una emoción diferente, placentera. Podrá parecer una locura, pero eso lo hace aún más atractivo... Tiene ese misterio que te intriga, engancha, y del que querías saber

más. Es extraño. Nunca había experimentado algo así.

—¿Puedo probar la tarta? —pregunto a Nicholas, que se desconcierta—. Lo digo por si tienes demasiada prisa.

—Nadie me espera.

—A mí tampoco —replico para restarle importancia a su frase. Sé que tiene doble sentido—. No sabes la suerte que tenemos. Estar en pareja sólo trae problemas.

—Déjalo, por favor.

—Lo siento... —me disculpo, no he estado acertada.

—No deberías.

Le sonrío con una timidez que no reconozco en mí.

—Adelante —me recuerda, ladeando la cabeza hacia la barra para señalarla.

Impaciente, espero a que retiren las velas y luego parto un pedazo de tarta. Mmm, no puedo evitar gemir ante el sabor. Está rellena de chocolate blanco y es un placer que pocas veces me permito. Me gusta cuidarme y por ello mi consumo de azúcar es bastante reducido.

—Madre mía, está deliciosa. —Dejo un trozo en la cucharilla y se la ofrezco a Nicholas, que da un paso atrás ante mi cercanía—. ¿N-No quieres?

—No, gracias.

—¿Te puedo dar yo un consejo en esta ocasión? —Niega, pero no me importa en absoluto—. Disfruta y relájate. Si ella te quiere, volverá y tendrá que entender que no podías seguir teniendo tu vida en pausa hasta su regreso. Es eso, ¿verdad?

—¿El qué? —pregunta, a la defensiva.

—No quieres hablar con mujeres, ni que te vean cerca de ninguna, e incluso te niegas a trabajar con nosotras por si se llega a malinterpretar la relación y la chica a la que esperas decide no volver contigo por dicho motivo.

Ladea la cabeza y carraspea, aclarándose la garganta.

—Sabes leer muy bien entre líneas.

—Y te molesta —aseguro con certeza. Él mira a los lados, con expresión hosca. Yo continúo—: Te molesta que sin conocernos de nada...

—Tengo la impresión de que lo hago desde hace mucho.

Zas..., da en el centro de la diana.

No es sólo cosa mía. Me muevo por sensaciones y las que él me transmite, a pesar de su manera de comportarse, son de las que consiguen que la adrenalina me recorra de pies a cabeza; de las que me ponen la piel de gallina sin entender el porqué..., de las que me propagan cosquillas por todo el cuerpo sin la necesidad ni siquiera de rozarme.

—Me sucede algo parecido y no creo que sea bueno —confieso, y jugueteo con la tarta.

—¿Por qué? —inquire, apoyando las palmas de las manos en la barra—. Cuéntame una de tus teorías. Estoy deseando escucharla. ¿Por qué no es bueno?

De pronto el entorno me parece diferente, más íntimo.

—No he venido a complicarme la vida —manifiesto con un hilo de voz.

—Y yo jamás daría pie a ello.

Vuelve a dedicarme esa mirada penetrante, fija, aunque fría y recelosa, que me acalora, y empiezo a agobiarme por la confusión que habita dentro de mí sin sentido alguno.

—Tienes chocolate en la cara. —Se señala la comisura de los labios—. Y nata.

—¿Qué?

Me presta su móvil y me invita que me mire en la oscura pantalla, donde se refleja mi rostro. ¡Esto ya es caer demasiado bajo! Tengo varios manchurroneos de chocolate en la mejilla, mezclados con la nata de la tarta. Entre esto, la etiqueta y mi caída de rodillas... Lo peor es su comportamiento. ¿Por qué le tendría que mosquear que yo sea así? Si la única que está quedando fatal soy yo...

—Ups, se me ha olvidado comentarte que a veces soy un poco patosa y bruta.

—Ya.

—Voy al baño.

—Será lo mejor. —Carraspea tan tenso como yo—. Están a tu izquierda.

—Gracias.

Cojo mi bolso tan rápido que me resbalo, pero me repongo enseguida y me encierro en el amplio espacio. ¡Menuda novecita! Me examino en el espejo; estoy un poco pálida, de modo que me pellizco las mejillas y me limpio los restos de chocolate y nata que evidencian que he devorado el pedazo de pastel. Mis ojos reflejan más luz que de costumbre; me temo que he bebido más de lo que debía. ¿Qué diría Alba si me viera?

Me echo a reír.

Ella tiene la capacidad de relajarme y animarme sólo con su voz. Si estuviera aquí, mis problemas quedarían reducidos a nada, porque es capaz de conseguir todo lo que se propone enseguida..., y las incógnitas sobre Ian, a estas horas, serían historia. Aunque la ventaja de que no haya venido es que, gracias a mi soledad, estoy conociendo a Nicholas. La primera impresión no es que haya sido positiva del todo, pero el detalle de las velas nunca lo olvidaré. De pensar que no iba a soplarlas a no poder ni apagarlas hay una gran diferencia. Y luego está él. Él, que..., en fin... Él. Es una pena que exista otra en su vida, con seguridad podríamos pasarlo muy bien... esta misma noche si quisiera.

Cuando llego de nuevo a la barra, Nicholas resopla. Sus ojos se vuelven más pequeños. ¿Está intentando camuflar otra de sus atractivas sonrisas?

—El pie —masculla, mirándome de soslayo y, cómo no, repasa mi atuendo.

Qué manía tan... ¿insolente? Qué más da, reconozco que no me disgusta, sino todo lo contrario.

—El pie —insiste.

—¿Perdón?

—Que llevas en el zapato del pie derecho un trozo de papel higiénico. —¿En serio?!—. Quítatelo, igual tienes mierda pegada y vamos a ir todo el camino oliéndola.

—Vaya...

¡Qué manera de hacer el ridículo!

Llevo más de diez centímetros de papel arrastrando del baño. Suspiro antes de marcharme, pues estaré colorada como un tomate. Mi cara está ardiendo. Esto es increíble. Me he sentido más avergonzada en California en horas que en Londres en toda la vida.

—Lo tiro y... regreso.

Es justo lo que hago. Dos minutos después, estoy de vuelta.

—Si tengo algo más, dímelo ya —puntualizo, señalándome de arriba abajo, recorrido que él ya ha hecho un segundo atrás. ¿Le gustaré? Apuesto a que no lo reconocería.

—De momento, todo en orden.

—¿Te has estado riendo a carcajadas? —trato de adivinar, al apreciar el brillo en sus ojos—. Pero ¿por qué te escondes? Si tienes una sonrisa preciosa.

—¿Estás coqueteando conmigo? —Ahora la que sonrío soy yo. Pese a que él continúa con su frialdad, su lenguaje corporal manifiesta otra cosa—. A tu hermano no sé si le gustaría la idea; de hecho, te deja en mis manos porque confía demasiado en mí.

—¿Y debería hacerlo? —se me escapa la pregunta, aunque no doy marcha atrás.

—Sin lugar a dudas.

—Pues ¿te confieso algo? —Le guiño un ojo. Él se rasca el mentón, incómodo—. Soy caprichosa, y que me lo pongan difícil multiplica mis ganas..., así que cuidado.

—Será mejor que nos vayamos.

—¿Por qué te ofende mi comportamiento? —cuestiono con naturalidad.

—Alguno de los dos tendrá que poner un poco de cordura aquí.

Emplea un tono más cercano, ¿juguetón?

—Mmm, supongo que durante estos dos años algún lío habrás tenido.

—Puede ser. —Chasquea la lengua.

—¿Estás bromeando conmigo?

—No lo creo —contesta, pero sonrío, y en esta ocasión no trata de disfrazar su diversión, aunque al mismo tiempo no la comparte conmigo y se gira para pedirle al camarero que nos llame a un taxi y le explica que dejará el coche allí hasta el día siguiente, ya que ha bebido.

—¿No podemos quedarnos un poco más? —me quejo, arrepintiéndome de haber tomado la iniciativa de marcharnos—. Todavía faltan cinco minutos para... ¡Oh!

Una de mis canciones favoritas, *You sang to me*, empieza a sonar, y entonces no me puedo resistir, tiro de su muñeca, aunque me cuesta, porque no sé qué me pasa..., o sí..., he bebido y mi estabilidad no es muy buena. Finalmente lo llevo hasta el centro de la pista. Nicholas se resiste, tratando de que no se note precisamente para no montar un numerito, por lo que juego con ello a mi favor. Cuando quedamos de frente y sin importarme su gruñona actitud, pongo las manos en sus hombros, danzando al suave ritmo de la canción.

Como era de esperar, ni se mueve.

—¿Qué es un cumpleaños sin música ni baile? —musito, encogiéndome de hombros. Estamos muy cerca y parece no gustarle, o ésa es la sensación que me transmite. Con él todo son suposiciones—. Agárrame, que no voy a morderte.

—No me gusta bailar.

—¿Y qué te gusta? —Como no responde ni hace el intento de seguirme el ritmo, cojo sus manos y las anclo a mi cintura..., y ahí está de nuevo el cosquilleo. Lo peor llega cuando comienza con su característico gesto que me altera tanto, la mordida de labio—. ¿Por qué lo haces? Lo de morderte...

—¿Qué pretendes? —me interrumpe, y percibo cierta hostilidad en su voz.

—¿Q-Qué?

—No finjas no saber de qué te estoy hablando.

—Ésta soy yo. —Sin ser consciente, está moviéndose a mi compás. Sus dedos se clavan en mi piel. Contengo un jadeo—. S-Soy traviesa, divertida, incansable. Sociable.

—Entonces deduzco que no debo sentirme especial.

—Bueno... —musito, siguiéndole el juego. Me divierte así de sarcástico—, depende.

—¿De qué?

—Ahora mismo no lo sé.

—Supongo que por lo nerviosa que estás —apunta, ciñéndome más a su cuerpo.

—¿C-Cómo lo sabes?

—También eres como un libro abierto.

—Ya... —Ambos, como sincronizados, interrumpimos el baile—. Suelen decírmelo.

—¿Estás temblando?

¿Lo pregunta? Estoy hecha un maldito flan. ¿Cómo consigue debilitarme tanto? Ésta sí que no soy yo; después de mi ruptura con John, me he vuelto más fría, seca..., aunque parece que todo eso se ha quedado en Londres, con él y la Abie que modificó a su antojo.

—No...

—Mientes.

—Vale, lo reconozco —murmuro sin vergüenza—. ¿Y tú por qué niegas lo evidente?

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes, no me has podido quitar los ojos de encima incluso creyendo que era la mujer con la que estaba mi hermano y a la que odias profundamente...

—Tienes razón. Pero ella se cuela en mi mente y me vuelvo un témpano de hielo —admite de mal humor—. Me tortura y no consigo avanzar.

—Sería capaz de hacértela olvidar en la cama —lo reto con picardía.

Nicholas no esperaba mi respuesta tan clara y directa. Mira a nuestro alrededor, colocándose el cuello de la camisa y los puños de la chaqueta, hasta que no puede contenerse más y, frente a mi risilla al saberlo nervioso, aprieta la mandíbula y añade:

—Lo dudo.

—¿No querías pasar página?

—No contigo. Eres la hermana de Carter —asevera, distanciándose, y, con las manos en alto, me prohíbe que vuelva a acercarme—. No me gustaría que se rompiera la relación que tenemos por un simple juego contigo..., o una noche de sexo.

—Por su culpa estamos aquí.

—¿Y qué? Es mi amigo por encima de todo.

Bajo la voz y confieso sin vacilar:

—Quizá por ello me produce cierto morbo la situación.

—¿Por qué no me sorprende?

Voy a responderle, cuando alguien pasa con prisas detrás de mí y me coloca accidentalmente muy cerca de Nicholas, de su boca. Oigo las disculpas de lo que me parece ser la voz de un chico, al que maleducadamente no presto atención, pues no puedo apartar los ojos de los labios de mi acompañante y pensar qué sabor tendrán.

—Quieta —masculla al advertir mis intenciones—. ¿Qué estás haciendo?

Inclino el cuerpo hacia él. Nos rozamos.

Nuestras bocas quedan a escasos centímetros. Nicholas se echa hacia atrás y, al mostrar él tanta resistencia, pierdo mi batalla interior. La lista de razones por las que me apetece una noche con Nicholas Thompson aumenta. Es obvio, y al mismo tiempo inútil que sigamos negándolo, que, por alguna razón, la tensión sexual entre nosotros ha surgido desde que nos hemos cruzamos en el hotel o, mejor dicho, desde que lo hicieron nuestras miradas.

Hubo chispa, química, sin más.

Todo él irradia un magnetismo que me engancha a pesar de apenas conocerlo, y no quiero retraerme por ese motivo. Ya somos adultos como para andarnos con tonterías. Confieso que me enloquece este tira y afloja, que sea tan distinto a los tipos con los que me he topado. Su personalidad tan cambiante despierta a la diabla que habita dentro de mí y que me propuse sacar a pasear durante mis vacaciones. Cuando me vaya, todo quedará resumido en la típica frase de «si te he visto, no me acuerdo». Fin. Sería nuestro secreto.

¿Que es precipitado?

No es indispensable ni necesario conocer a la persona interiormente para intimar, no para mí. Si hay atracción física, ¿por qué contener las ganas? No creo en el amor para toda la vida, no después de lo de John, y mucho menos en los denominados hombres perfectos, príncipes de película..., pues ya aprendí la lección.

Necesito salir de la rutina, y Alba tiene razón: cuando regrese, todo será igual.

Nicholas podría ser un buen entretenimiento durante mi estancia aquí. Mi refugio en el sexo. La libertad que persigo lejos de todo. No me importa su pasado.

Nunca me implicaría tanto como para que así fuese.

—¿Qué piensas? —reclama, impaciente.

Cojo aire y acorto la pequeña distancia que ha establecido.

Esta vez no me rehúye.

—No te atrevas —me ordena nuevamente, agarrotado.

—¿O qué...?

Descanso mi frente en la suya, coqueta, emitiendo un agonizante gemido al respirar de su mismo aire. Y no es el único que se oye. El suyo es salvaje, primitivo.

—No sabré parar —gruñe, humedeciéndose los labios.

—No quiero que lo hagas... —Su nariz roza a la mía—. Y seré discreta...

—¿Qué me estás proponiendo? —Me aprieta la cintura con fuerza—. Dime.

—Buenos momentos, ratos de confianzas. Sexo sin compromiso. Si surge, claro. Igual estamos hablando de más y no congeniamos en la cama... No sé... —termino la frase, insegura. Su rostro se contrae, con los ojos entrecerrados, negando con la cabeza—. ¿Qué?

—Derrochas tanta sensualidad como dulzura y te aprovechas de ello.

—No es cierto... —puntualizo, jugando con un mechón de mi pelo—, de momento.

Ríe irónicamente. A mí se me escapa una tonta sonrisa, contagiada por él.

—Nos estamos precipitando —intenta convencerme, aunque me temo que no es a mí, sino a sí mismo—. No llevas ni veinticuatro horas aquí.

—¿Y qué? Nos apetece... —balbuceo—. Me encanta hacer locuras, ¿a ti no?

—Estás utilizándome para olvidar a tu ex.

Su reproche me confunde. ¿De qué habla? Aun así, no le hago creer lo contrario. ¿Qué más dan los sentimientos para lo que ambos deseamos: sexo?

—O igual te sirve para olvidar a la tuya.

—Hemos bebido demasiado —cambia de tema, estrechándome con fuerza por la parte baja de la espalda. Mi pulso no puede ir más acelerado, como su respiración. El contacto entre ambos nos hace arder, desprendemos fuego—. Tienes que detener este juego.

Reconozco que me encuentro un poco tontorrón, pero pienso con claridad.

—P-Pero ¿por qué?

—Mañana me arrepentiré de esto —asegura, mortificado.

—Mañana podríamos estar muertos —lo desafío sin aliento—. La vida es efímera.

Nicholas rechina los dientes. Me coge de la mano y, con urgencia, me lleva a la zona de los baños. Cierro los ojos, aturdida, y al abrirlos me encuentro con los suyos, feroces, salvajes, y, sin esperármelo, impacta contra mi boca, inmovilizando con firmeza mi cara entre sus manos. Gimo sin oponer resistencia. Su lengua, esa que lame ferozmente la comisura de mis labios y reclama la mía con ansiedad, no me da tregua.

Me sujeto a su chaqueta, entregándome al beso como si realmente no hubiese un mañana. En cuestión de segundos, Nicholas me está subiendo el vestido con desesperación y, haciéndose un hueco entre mis piernas, impulsa su cintura contra la mía, demostrándome las ganas que tiene de mí..., de sexo. Está duro, mucho.

Gimo. Su sabor, el amargo y excitante del alcohol, me invade.

Entonces su teléfono suena y se aparta repentinamente, como si de alguna forma hubiese estado ausente y volviera de golpe a la realidad.

Está confuso, cabreado.

—Tenemos que irnos —me ordena, acelerado—. Esto no ha pasado, ¿me entiendes?

—Pero...

—Ha sido un puto error, joder.

Se aprieta una sien y ojea su teléfono. Se maldice en voz baja una y otra vez.

—Eh..., ¿por qué tanto drama? —murmuro, bajándome el vestido que él ha subido con impaciencia. El temblor todavía me dura—. No me digas que en este tiempo nunca te has liado con una tía porque estás enamorado, no me lo creo.

—¡Esto es diferente!

—¿Por Ian? —Trato de entender su postura tan radical.

—Ian... —repite con tormento—. Te espero en la puerta.

No entiendo por qué debo sentirme culpable. ¿Qué podría molestarle a mi hermano? Mi vida sexual no es de su incumbencia y no sería la primera vez que me voy con un tío a la cama en nuestro primer encuentro. Si nos apetece, ¿por qué no dejarnos llevar?

Mi filosofía de vida dio un vuelco hace cuatro meses, desde mi última ruptura con John..., o más bien desde cuando acepté que lo primero soy yo, por encima de todo y de todos, para realizar mis sueños, necesidades y deseos, sin pensar en lo que está mal o bien para el resto de la sociedad, limitándome a vivir el presente, sin quedarme con la duda de «¿y si hubiera...?».

Lo único que me pide el cuerpo es olvidarme de lo que he dejado en Londres; quiero desatarme y hacer lo que me dé la gana, sin darle explicaciones a nadie. Eso es algo muy común en los seres humanos después de romper con una pareja que ha perdurado en el tiempo y con la que sientes que has perdido el tiempo, ambas cosas.

Cuando salgo, él me está esperando montado en el taxi; va en el asiento del copiloto, y yo entro detrás. Lo miro a través del espejo, pero sólo tiene ojos para el móvil.

¿Está preocupado?, ¿escandalizado?

No quiero pensar que un tipo como él sea tan primitivo en ese sentido. Las mujeres podemos tomar la iniciativa también, sin prejuicios.

—¿Adónde vamos?

Nadie me contesta.

No conozco las calles de aquí y, al ver que tomamos un desvío en el que se puede leer la palabra *hospital*, me alarmo. Nada más llegar, Nicholas me abre la puerta y suspira.

Tengo la impresión de que no sabe por dónde empezar.

—Le prometí que no te lo diría hasta mañana —masculla entre dientes. Apenas puedo tragar—. Dado el cambio que han dado los acontecimientos, no puedo ocultártelo. Carter está aquí.

—¿Q-Qué?

Hace un ligero movimiento con la cabeza, señalando hacia el hospital. Siento que las piernas

me fallan, que el corazón me late frenéticamente, que tiritó de los nervios.

—¿Q-Qué ha pasado?

—Que es un maldito idiota y ha tenido una pelea que lo va a dejar en cama unas cuantas semanas. Tiene varias costillas fracturadas y la pierna bastante jodida.

—¿Por qué no me has avisado antes?!

Lo zarandeo.

—Lo llamé cuando te fuiste al club para recriminarle que te dejara tirada y entonces me contó lo sucedido. Lo acababan de pasar a planta y me pidió que te hiciera disfrutar de tu cumpleaños, pero se nos ha ido de las manos. —No puedo pensar con claridad. Me estalla la cabeza—. No me culpes de haber querido cumplir con cada puta promesa.

No sé ni qué decir.

—Lo siento... —Ahora soy consciente de su preocupación y remordimientos después de lo sucedido en el baño—. Llévame con él, por favor.

—Kellan le ha estado haciendo compañía —intenta tranquilizarme, aunque la distancia es abismal entre nuestros cuerpos—. Vamos.

¿Cómo ha dado la noche un giro tan radical?! La culpabilidad me aplasta.

Mientras lo juzgaba y pensaba en marcharme, Ian buscaba el modo de que no viviera uno de mis peores cumpleaños..., y yo queriendo enrollarme con su amigo mientras él, posiblemente, estaba retorciéndose de dolor en una fría cama de hospital... Las preguntas se agolpan en mi mente, sumándose a las que siguen sin tener respuestas.

¿Cuándo ha sido?

¿La razón del altercado es ella?

La odio con toda mi alma aun sin conocerla.

—Es aquí —oigo de fondo a Nicholas.

Abro la puerta. Lo primero que me encuentro es a un chico moreno, de ojos verdes y cabello muy corto. Resulta bastante elegante, aunque con un estilo diferente al de Ian y Nicholas, lejos de lo clásico y del corte italiano. Es muy guapo. ¿Kellan?

Al desviar la mirada, sofoco un grito. Mi hermano está acostado, dormido o quizá afectado por la medicación, con una pierna en alto envuelta en vendas; también lleva un brazo en cabestrillo y su rostro está lleno de magulladuras, de sangre seca. La visión se me nubla. Si mi estabilidad hace apenas diez minutos no andaba muy allá, ahora es nula.

Intento hacerme la dura, pero no lo consigo. Voy a desmayarme. Entonces siento unos brazos que me envuelven, amortiguando la caída.

En esta ocasión no es Nicholas..., sino Kellan.

Cambio de planes

Al abrir los ojos, me llevo la sorpresa de que estoy tumbada.

Atontada, investigo a mi alrededor.

El que presumo que es el socio de mi hermano está a los pies de la camilla, en un asiento. Me sonrío con simpatía al ver que me desvelo. No me puedo creer que haya hecho el ridículo así, desmayándome con los dos primos en nuestros primeros encuentros..., aunque, por suerte, el recibimiento de éste es muy diferente al anterior.

—¿Estás mejor? —Asiento con un suspiro, tratando de incorporarme. Él me lo impide—. Puede que te dé un mareo de nuevo, espera unos minutos.

—Necesito ver a Ian.

—Tu hermano está bien; impacta un poco su aspecto, pero sólo porque lo han dejado descansar sin limpiarle todavía las heridas. Nicholas está con él; se ocupará de ello para que lo veas una vez lavado y te sientas más aliviada. Por cierto, no nos conocemos. Soy socio y amigo de Ian, Kellan Brown.

—Un placer. Supongo que ya sabes quién soy. —Asiente con la cabeza, muy pendiente de mí—. Gracias por cuidarlo en mi ausencia.

—Para eso estamos los amigos.

Sin duda alguna. Me tranquiliza saber qué clase de amistades tiene Ian. Es muy afortunado de poder contar con ellos. Me recuerda la relación que tengo con Alba.

Nunca nos fallamos.

—¿A qué hora ha sucedido?

—Sobre las ocho de la tarde. —Me ofrece su mano para ayudarme a levantarme—. Si te encuentras peor, avísame y nos quedaremos un poco más.

—Pero ¿cuánto tiempo llevo aquí?

—No mucho. En realidad pretendían ponerte un calmante, pero mi primo ha comentado que habías bebido alcohol y quizá no era prudente.

No, no lo era. Ya he cometido bastantes tonterías esta noche.

Una vez de pie, Kellan me escolta hasta la doctora que está de guardia. Ésta insiste en que me relaje y descanse un poco más después de mi desvanecimiento, pero, al comprobar que me niego

en redondo y que no me convencerá de lo contrario, incluso detallándome el estado de salud de Ian, que es menos grave de lo que pensaba, me permiten, a pesar de las altas horas de la noche, pasar a la habitación en la que se encuentra ingresado.

—Espero fuera para no molestar —comenta Kellan.

—Vale, pero amigos como tú jamás importunarían.

—Veo que Ian tiene una hermana muy amable, nada parecida a él.

Le guiño un ojo y abro de nuevo la puerta. Creo que estoy preparada. Entonces otra escena me impacta o, más bien, me conmueve. Un enfermero está acabando de limpiar con bastante tacto las heridas de Ian, que ahora ya se encuentra espabilado, y Nicholas está a su lado, ayudándolo a acomodarse en la medida de lo posible. No puedo evitar sonreír.

El momento tensión ya ha quedado atrás.

—Hola —musito muy bajito—. ¿Puedo pasar?

Dos pares de ojos enseguida están puestos sobre mí.

Ian asiente con gran pesar. Nicholas se mesa el pelo e intenta pasar de largo sin mediar palabra, esquivándome. Sin embargo, antes de que salga de la habitación, lo detengo por el codo. Ni siquiera repara en mí cuando se libera.

—Gracias por la paciencia con él y conmigo...

—Espera —interviene Ian al percibir nuestra tirantez—, ¿qué ha pasado aquí?

—Nada, ¿qué va a pasar? —murmuro, dubitativa.

—Estás mintiendo.

—¿Qué? No, no. ¿Por qué piensas eso?

—Estás nerviosa, Abie. —Mira a su amigo—. ¿Qué está pasando?

—Tu hermana me ha sacado de mis casillas y ya sabes... —se inventa a la ligera.

—¿Yo?

Nicholas se ajusta la chaqueta con la intención de huir.

—Thompson, espera. ¿Podéis quedaros un segundo, por favor?

No dudo en aceptar la petición de Ian y, sin frenar más mis ganas de arrojárselo, ocupo el asiento más cercano a él, apoderándome de su mano, que beso repetidas veces hasta que la arrincona con la sequedad de costumbre. ¡El colmo! Me inquieto por su estado y me lo agradece de esta manera... Pues no se lo pienso consentir.

Me cansa su rechazo cuando yo me preocupo por su bienestar.

—Ian...

—¿Qué ha sucedido durante la celebración? —nos pregunta, pasándose la mano libre por la nuca. Hace una mueca de dolor—. ¿No tenéis nada que contarme?

—¿Qué insinúas? —balbuceo al interpretar que intuye algo.

—No lo sé, decídmelo vosotros.

—No ha sido una noche fácil. —Maldito poder de control que ejerce sobre su cuerpo. Nicholas se muestra aparentemente tranquilo desde el umbral de la puerta y le da las

explicaciones a mi hermano como si no estuviera escupiendo mentiras. Quizá está acostumbrado a ello—. En resumidas cuentas, fue un poco descortés con el servicio del hotel, y también en el bar, y he tenido que llamarle la atención en repetidas ocasiones.

—¿En serio, Abie?

¡Joder! Las ganas de matarlo me dominan. Al final el marrón me lo comeré yo. ¿Por qué siempre he de ceder? «La última vez», me recuerdo. Sólo una más.

—Ya sabes que soy independiente y...

—Y has actuado como con las maletas —acaba el rubio la frase.

—Algo así —admito falsamente, dando toquecitos en el suelo—. No lo volveré a hacer.

—Quizá lo más prudente es que te la lleves a tu casa —le propone Nicholas a Ian.

¡Será gilipollas! Pero ¿por qué pretende evitarme? Si no insistiré más... Ha sido un calentón..., un juego..., una tontería pasajera que no tiene mayor importancia.

—Thompson, es un regalo que le he hecho y allí tiene todo lo que necesita para desconectar. Déjala pasar allí unos días. Dale un voto de confianza.

—Tienes un amigo muy radical —murmuro por lo bajo.

—No me has dejado otra opción —puntualiza de malas maneras.

—Thompson —Ian se pellizca el puente de la nariz—, no empecemos; hicimos un trato.

—Algo ha cambiado.

—¿El qué?

—Que se ha vuelto más idiota —murmuro sin controlar mi indisciplinada lengua.

—¿Perdón?

—Perdonado —le replico, pese a que sé que no iba por ahí.

—Carter, he de irme. Cualquier cosa que necesites, tienes mi teléfono.

Mi hermano está impresionado, no me quita ojo de encima. Nicholas se marcha, dejándome con tanta rabia que provoca en mí ciertas ganas de contarle a Ian los verdaderos motivos por los cuales su amigo se está mostrando tan indignado conmigo.

Ni que le hubiese obligado.

—¿Te quedas callada? ¿Me puedes explicar qué le has hecho tan grave como para que esté así? Joder, que te ha invitado a abandonar el hotel. ¿Qué me he perdido?

—Los insulté a todos. —Pongo los ojos en blanco al tener que agravar una situación que jamás ha existido; de lo contrario, ¿qué explicación le doy?—. Me tiraron un vaso de zumo por encima y, oye, me puse de muy mal humor..., tanto que él tuvo que intervenir. Le caigo mal, punto.

—¿Estás loca? Te advertí que te comportaras. Vas a tener que pedirle disculpas.

—No te preocupes, yo me encargo de solucionar esto.

—Bien.

Nos quedamos en silencio y, de pronto, se fija en mi hombro. Instintivamente me llevo la mano hasta él. Siento un leve escozor, tan insignificante que no me había acordado de que me había lastimado hasta que me ha mirado ahí. Quizá son paranoias, pero ahora incluso me duele.

—¿Cómo tienes la herida? —¿Él lo pregunta?—. ¿Te molesta?

—No..., bueno, a ratos, pero estoy bien. No es la mía la que me preocupa... —Me muestro impasible, aunque le permito que descubra lo decepcionada que estoy con su actitud—. Si no me cuentas qué está sucediendo, me iré a Londres en cuanto te recuperes.

—No serás capaz.

—Por supuesto que sí, me he cansado de ser la última mierda.

El silencio se cierne sobre nosotros. Aun así, le doy su espacio. Sé que de un momento a otro acabará confesando. Me necesita, es obvio, y ha llegado la hora de confiar en mí... aunque le cueste, pues parece ausente, tiene la mirada vidriosa y los puños cerrados. Finalmente asiente y traga; parece haberse formado un nudo en la garganta.

—Se llama Leila y trabaja en un club. —¡Ay, Dios! Me temo que las sorpresas están por llegar y que no serán positivas—. Un club de alterne..., pero no siempre. Nunca sé cuándo acudirá y voy cada noche a esperarla. Hoy quería verla antes de la cena y la he pillado tonteando con otro y..., bueno... —se señala de pies a cabeza—, éste es el resultado.

—¿Qué me estás contando, Ian? —Es más una súplica que una pregunta—. Por favor, no me digas que estás metido en un lío como ése.

—Cuando trabaja ahí, pasa la noche conmigo y luego se va. Me quedo roto.

¡Madre mía! Lo último que me esperaba era algo de este estilo. Se echa el brazo sobre la frente para que no pueda ver cómo su rostro se contrae al hablar de ella. Me duele mucho que esté así, y en sus condiciones hace que todavía me inspire más tristeza si cabe, que lo dudo.

Es increíble cómo el puñetero amor nos transforma hasta convertirnos en otras personas, en un espejismo de lo que fuimos, en lo que odiamos ser. El amor sólo trae sufrimientos.

—Pero, si está enamorada de ti, ¿por qué no deja ese mundo?

—No siente lo mismo por mí, y aun así no puedo olvidarla, Abie —expresa, desesperado—, pero me avergüenza decirles a mis amigos que la mujer a la que amo se va cada noche a la cama con otro tipo, la mayoría de las veces con uno diferente, con otros que no soy yo.

—¡Ian, estás loco!

Controlo las ganas de zarandearlo y pedirle que recapacite.

—Lo sé. No puedo sacármela de la cabeza. Cuando se va de casa después de haber pasado la noche juntos, lo único que necesito es beber para olvidar..., porque estoy furioso, porque la odio, pero, cuando vuelve, me niego a no aprovechar las horas o días que pueda pasar con ella..., los pocos que me concede.

—Podrías tener a cualquier mujer —le recuerdo con impotencia.

—Y, sin embargo, sólo la quiero a ella.

No vacilo en levantarme y rodearlo con delicadeza. Lo abrazo como cuando éramos pequeños y nos reconciliábamos después de habernos peleado por cualquier juguete, en la mayoría de las ocasiones, míos. Los suyos eran escasos... Ahora la sensación que tengo es que el juguete es él y

no puedo hacer nada por repararlo. ¿Dónde ha quedado mi Ian, el chico que, cuando estábamos solos, era amable, sensible, risueño y muy protector?

Me consuela que en esta ocasión no me rechace; al contrario, se apoya en mi hombro, sé que emocionado, y a mí me parte el alma. Por fin exterioriza que me necesita más que nunca, aunque la verdad es que quisiera que no fuese así, pues significaría que no estaría sufriendo por nadie, y aún menos por alguien que no lo merece.

—Ya sabes qué está ocurriendo —susurra en mi oído—, pero no quiero volver a hablar de ello. Si te lo he contado es porque quiero que te quedes. Nadie debe saberlo.

—No te preocupes. Eres consciente de que te quiero mucho, ¿verdad?

—Lo sé, Abie, lo sé. Cuidado, me estás asfixiando.

Me aparta para dejarlo respirar mejor, pero no me doy por vencida y repaso con mis dedos las heridas de sus pómulos. No son profundas, sino superficiales. Ian gira la cabeza, cansado.

Son cerca de las dos de la madrugada.

—Descansa, Abie, y no olvides llamar a mamá cuando amanezca; de lo contrario se pondrá en contacto conmigo para saber de ti, ya que hoy lo ha hecho durante la tarde.

—¿Tanto te molesta? —pregunto sin disimular mi melancolía.

—Me he acostumbrado y la verdad es que no tengo ningún interés en que la situación cambie; no cuando ella sigue siendo la misma egoísta de siempre.

—Vale... —No hurgo más. Tiene razón—. ¿Puedo tumbarme en este sofá, verdad?

—Vete al hotel.

—No pienso dejarte solo. Ya lo he hecho durante bastante tiempo.

—Abie... —me regaña sin alzar la voz.

—Me quedaré hasta que sea necesario.

* * *

Durante los siguientes días me veo obligada a cambiar de planes.

Me entrego en cuerpo y alma a cuidar de mi hermano, pendiente de su recuperación. Kellan es mi mayor apoyo; Nicholas, en cambio, es el que me hace el relevo para no coincidir nunca conmigo. Sube justo cuando yo ya me he marchado y yo tampoco pongo empeño en encontrármelo. No es el momento ni el lugar para hablar de lo sucedido.

Hoy le han dado el alta a Ian, aunque debe estar en reposo. Cuando llegamos a su piso, entre frases escuetas, me propone que vea la vivienda. Es la primera vez que estoy en ella; me gusta su estilo rústico, aunque no le comento que la decoración me parece un tanto triste, oscura. También me ha sorprendido lo amplia que es para él solo...

Supongo que espera que Leila cambie de opinión. ¡Iluso!

—Estás muy callada, ¿todo va bien?

—Sí, sólo estoy algo cansada. Voy a colocar algunas cosas en mi habitación, ¿vale?

—Bien...

Hemos llegado al acuerdo de que pasaré algunos días aquí hasta que contrate a una enfermera personal. Mientras tanto, por las noches, me turnaré con sus amigos y así podré descansar en el hotel, ya que mi hermano se pasa las horas quejándose a gritos.

Entro en la habitación; es la más pequeña y acogedora, la que yo he elegido. Tiene una cama en el centro, escritorio al lado derecho, junto a la ventana, y al izquierdo, el vestidor. Está a escasos metros de la sala; de hecho, puedo oír desde aquí los gruñidos de Ian. Guardo mi diminuta maleta con la intención de darme una ducha y ponerme ropa de estar por casa, pero llaman al timbre. Mi hermano suelta maldiciones al ver que no puede abrir y que depende de mí, y yo cruzo la sala sin prestarle atención. Ya lo conozco y no desistirá.

Echo un ojo por la mirilla y, sin que sepa evitarlo, se me escapa un suspiro. Es Nicholas, vestido más informal. No trae chaqueta y lleva pantalón color crema y camisa negra.

Está muy guapo.

Finalmente, abro. Su postura es rígida. No abandona la frialdad al encontrarse conmigo. Trae una cartulina gigante bajo el brazo, muy doblada, por lo que no me da pistas sobre de qué puede tratarse. No creo que sea algo de trabajo. Ian no está en condiciones.

—¿Puedo pasar? —Niego con la cabeza—. ¿Qué sucede?

—Tenemos que hablar —cuchicheo, lo más discreta posible que soy capaz—. No es necesario que nos comportemos así. ¿Te parece que lo del otro día fue un error? Vale, lo asumo, pero basta. Le estás dando demasiada importancia y no lo entiendo.

—No han sido días fáciles.

—Estoy de acuerdo. —Ambos tenemos ojeras por el cansancio acumulado, aunque a mí me quedan peor—. Tenemos una conversación pendiente.

—Quizá esta noche.

Le sonrío y ahora sí que permito que pase, aunque no sin antes saludarlo con dos besos en las mejillas, con los que él se queda congelado. Madre mía, ¿qué perfume utilizará? Es tan intenso como él.

—Adelante, el gruñón está en la sala. —Suelto aire, alejándome cuando carraspea y se escapa de mi alcance—. ¿Un café?

—No, gracias.

—Ian, ¿tú quieres uno?

—Sí... Thompson, ve con ella y coméntale el plan.

—¿Qué plan? —pregunto, entrando en la cocina.

—Tu hermano y yo hemos llegado a un acuerdo y, aunque al principio me negué, ahora opino que es lo más sensato. —Hace una pausa—. Te va a proponer que te encargues del trabajo de mi próximo hotel a cambio de que mi primo quede fuera.

—¿Qué? —Le doy la espalda y bebo un poco de agua de cara a la ventana; la verdad es que no veo más allá del cristal—. No puedo hacerle eso.

—No lo quiero a mi lado y tu hermano no tiene más opciones. Todo depende de ti.

—Además, no sé si estoy preparada para...

—Estarás a la altura —agacho la cabeza—, así me lo ha asegurado Carter.

—Madre mía, está loco.

Me tapo la cara con ambas manos. Tengo tanto miedo al fracaso..., a que mi familia, que son expertos en este mundo del interiorismo, no se sienta orgullosa de mí... ¿Y si no encajo? ¿Y si no logro desenvolverme? ¿Y si las cosas se tuercen? Enseguida me freno al retroceder y repetir «y si...», «y si...». ¡¿Y si no lo intento?! ¡Entonces jamás sabré qué habría sucedido! El miedo nos ciega, es el peor enemigo que tenemos y por el que solemos perder grandes oportunidades. He estudiado y trabajado muchísimo para conseguir lo que tengo, pero ser la última me hace estar sometida a demasiada presión que no sé si soportaré.

Cuando me giro para razonar con Nicholas, él ya no está. Voy corriendo a la sala.

Ian se encuentra solo...

—No lo busques, porque se ha ido —me informa ante mi desconcierto—. Deja el café para luego mejor, ahora estoy un poco nervioso y necesito concentración.

—Yo no sé si...

—Te necesito —recalca con ímpetu—, ¿lo entiendes?

—Sí.

—Pues pon atención aquí, Abie.

Despliega uno de los planos en la mesa. Lo ayudo, ya que apenas puede moverse y no quiero complicarle más la situación. Es suficientemente frustrante para él tener que dirigirme desde el sofá o la cama. No está acostumbrado y la exigencia consigo mismo le está pasando factura en esta etapa.

—Céntrate en este plano, que te voy a explicar lo que busca Nicholas para su nuevo hotel. Quiere el mismo estilo que en el que estás alojada..., mantener su sello y que sea una cadena hotelera reconocible, no proyectos individuales. De todas formas, éste es muy selectivo. ¿Me explico?

—Sí... Éste es muchísimo más pequeño, ¿no?

—Buena observación, y ahí está nuestro reto. Empecemos, entonces.

Me centro en el plano, cuyo edificio sólo dispone de dos plantas: la superior, con diez *suites* de lujo, y la inferior, donde habrá *spa*, restaurante, piscinas, sauna y gimnasio. Lo que no me cuadra es que, si persigue mantener el estilo del anterior, ¿por qué cambia de decorador?

—Una duda, ¿por qué Nicholas, si Kellan estuvo al mando del anterior hotel, ahora no lo quiere en éste? Es contradictorio. Si ella hace dos años que se fue...

—La relación entre ellos era normal hasta que Nicholas vio que su padre y Kellan hablaban en voz baja e hizo sus suposiciones. Kellan lo convenció de lo contrario y retomaron la relación, aunque ya no se fiaba de él y, simplemente, mantenían la cordialidad.

»Hace unos días, como se acercaba la fecha en la que ella se fue, Nicholas decidió hablar de

nuevo con su padre para hallar respuestas y lo llamó por teléfono para concretar una cita para ir a verlo..., y volvió a suceder: oyó, a través del móvil, que Kellan estaba allí, con su padre, y que la mencionaba..., y enloqueció, de ahí el distanciamiento actual.

Me percató de que mi hermano tampoco se refiere a esa mujer por su nombre; cualquiera diría que está prohibido nombrarla. «Ella, ella, ella.» Hay tanto misterio en torno a esta historia que me preocupa el triángulo que forman los tres: Nicholas, Kellan e Ian. Temo que la relación no sea tan sana como me quieren hacer creer. Hay algo que no encaja..., que se me escapa de las manos..., y necesito descubrir qué es.

—¿Cómo se llama *ella*?

—Abie, no es asunto tuyo. Prométeme que no me vas a fallar con este proyecto.

—Te lo prometo.

—Pues céntrate.

Aunque no las tengo todas conmigo, me esfuerzo durante el día para grabar en mi memoria hasta el último de los detalles. Nicholas es muy exigente en el ámbito laboral, según me cuenta Ian; tiene las ideas muy claras y ha marcado cada pauta para que se obedezcan minuciosamente. Es una labor muy importante, como la responsabilidad que conlleva este tipo de proyectos, y ha de ser un trabajo codo con codo. Enseguida me entusiasmo imaginando cómo quedará el nuevo hotel. Casi puedo visualizar el estilo de las paredes, la distribución de los muebles, el revestimiento de las habitaciones, la decoración gracias a pequeños complementos. Se trata de un alojamiento especial, para ir a desconectar. Está pensado para parejas y para que sea muy exclusivo, con la idea de que las personas que se alojen en él reciban todo tipo de atenciones durante un día y una noche. Se tratará de un alojamiento de veinticuatro horas, que para las parejas serán inolvidables. También se podrá ajustar la estancia para celebraciones especiales, como bodas o este tipo de eventos privados, en los que el servicio será completo y las familias o amigos dispondrán íntegramente del hotel el fin de semana.

Repentinamente me siento como si estuviera dentro y ahí me vuelvo a dar cuenta de por qué estudié para dedicarme a esta profesión. La adoro y haré todo lo posible para que Ian esté orgulloso de mí cuando lo demos por finalizado. Me dejaré la piel hasta el día que sea inaugurado.

Lo único que necesito es que Nicholas no me lo ponga muy difícil.

* * *

Cuando llego a las ocho de la tarde al hotel, en vez de quedarme en la habitación, opto por tomarme un descanso en la piscina principal, para disfrutar del buen tiempo, del maravilloso ambiente. No tardo en relacionarme e integrarme en un grupo cuyos componentes también están de vacaciones, ellos hasta el próximo mes: Martí, Lía, Ben, Jessica y Penélope.

Hay buena sintonía. Ben y Jessica son pareja, y el resto ha venido con la misma filosofía que

yo, pues están dispuestos a conocer gente, pasárselo bien y lo que surja. Quizá me equivoco, pero he pillado a Martí haciéndome ojitos, aunque no le he seguido el rollo... A las diez y cinco de la noche me despido de ellos después de haber degustado una ligera cena. Soy la única que se marcha tan pronto, pero aludo a que mañana he de relevar a Kellan, que pasará la noche con mi hermano.

¿Y dónde termino?

En nuestro punto de conexión: la terraza. Me tumbo en la solitaria tumbona que hay en el lateral derecho del espacio, en bikini todavía. ¿Dónde estará Nicholas? Tengo la sensación de que no ha regresado, está todo muy oscuro.

Entre bostezos por el cansancio acumulado, ya que estas noches pasadas apenas he podido conciliar el sueño, respondo algunos mensajes. Mamá se interesa por Ian y no me queda otra que adornar la situación. Finjo que está todo bien. Ella da por buenas mis explicaciones, sin indagar demasiado, por no decir nada. Nunca ha sido una madre excesivamente entregada, e Ian se lo ha recriminado toda la vida.

Mira qué horas son y yo aquí, esperándolo..., está desconectando con unos amigos, como siempre. Estoy intentando tener paciencia, pero se me está acabando. Parece que esta mala racha no termina. No me he ido de vacaciones contigo por intentar solucionar nuestros problemas, pero Max insiste en que exagero. En fin, nada nuevo. ¿Tú cómo estás?, ¿y tu hermano? Perdona que te raye con mis problemas, que con los que tú tienes encima ya es suficiente. 22.24

Espero que lo arregléis pronto. Por aquí más cambios de planes. Estaré trabajando a partir del próximo lunes y ya es viernes de nuevo. Ian me necesita y, aunque no son las vacaciones que imaginaba, podré hacer lo que me gusta. Hoy hemos tenido una charla y demás. 22.25

Demasiadas cosas a tu cargo.

Vás a regresar peor de lo que te fuiste. 22.25

Será duro, sí, porque, aunque Ian contrate a alguien para que lo cuide, no me fío del todo. Pero es algo temporal y así me consuelo. Por cierto, te echo de menos. 22.26

No más que yo a ti. 22.26

—¿Vas a dormir ahí? —Abro los ojos, ¿en qué momento los he cerrado? Mi vecino favorito está sentado en su terraza y, cómo no, bebiendo—. Puedes coger frío.

—¿Y te preocupa?

—Carter depende de ti, así que supongo que sí.

—Oh —me burlo, estirándome—, me había hecho ilusiones.

—Deja la broma. ¿Has visto los planos?

—Sí, y haré un trabajo con el que todos alucinaréis.

—Me parece que no será para tanto.

Sube los pies en otra de sus sillas, acomodándose con la cabeza hacia atrás.

—No me pongas a prueba —replico, divertida—, que me encantan los retos.

—Ya lo he comprobado.

Evita mirarme y no entiendo el porqué hasta que recuerdo que estoy en bikini.

—Por cierto, tengo algunas dudas —le comento más seria—. Cuando puedas, me gustaría que le echaras un vistazo conmigo.

—Ahora mismo si quieres. Mañana estaré todo el día ocupado y por la noche me quedaré con tu hermano. Quiere que te libres de él un par de noches.

—No es necesario.

—Pareces cansada —rebate, dejando a un lado la copa de la que bebe.

—En el móvil tengo capturas de los planos; te los enseño. —Ignoro su comentario, pues odio que descubran mi vulnerabilidad. No me gusta que especulen con que no puedo llegar a todo. Disimulando mi verdadero estado, voy hasta donde delimitan su terraza y la mía. Él no se acerca ni repara en mi dirección—. ¿Puedes venir? Desde ahí no verás nada.

—Igual convendría que te vistieras.

—Vamos, serán sólo unos minutos.

Cuando accede a mi petición, empiezo a plantearle aceleradamente mis dudas, o más bien mis sugerencias y los cambios que vería oportuno realizar en el hotel. Me encantaría utilizar mi criterio y no sólo basarme en sus gustos. En ello consiste también mi trabajo, en aconsejar y hacer diferentes propuestas. Nicholas parece distraído y en más de una ocasión sus ojos están lejos de la pantalla de mi móvil. Intenta evitarlo, pero termina cayendo y su mirada reincide una y otra vez en mis pechos, en mi cintura e incluso en mis labios cuando hablo.

Así no hay quien se concentre.

El calor se vuelve insoportable, porque la tensión sexual está muy presente, de modo que, abanicándome con una mano, tomo la decisión de finalizar la charla.

—El lunes ya seguiremos —susurro, bloqueando el teléfono, al que están llegando mensajes de John—. Me voy a dormir.

—Buenas noches.

Entro en la *suite*, pero entonces recuerdo algo.

—Por cierto —le digo, asomando la cabeza—..., estos días he entendido tu comportamiento de la otra noche. No querías divertirme sabiendo dónde y cómo estaba Ian.

—Era una de las razones, sí.

—¿Cuáles más hay?

—El hecho de que estuvieras bebida, que eres la hermana de mi mejor amigo y *ella*.

—Siempre *ella*. —Pongo los ojos en blanco, es un fastidio—. El resto de las razones no me sirven. ¿Qué tiene de malo ser la hermana de Ian? Ni que te tuvieras que acostar con él, y respecto al hecho de ir algo bebida..., es cierto, pero estaba en mis cabales y hoy por hoy no me arrepiento.

—¿De haber bebido o insistido? —cuestiona con intensidad.

—La segunda... —Cojo aire—. Me quedé con las ganas..., para qué mentirte. Igual el alcohol sí que hizo su efecto —sonríó al recordarlo—, aunque hoy no lo he tomado y...

—No has cambiado de opinión —gruñe con voz ronca.

—No; de hecho, tienes las puertas de mi habitación abiertas siempre que quieras —nos señalo a los dos— para probar si verdaderamente hay química, ya sabes.

—Te gusta vivir al límite.

—Me gusta vivir la vida, sin más. —Sonríó ante su continua rigidez—. Buenas noches, Nicholas. Que descanses. Y no bebas tanto..., que suele tener consecuencias.

—Es el único modo en el que soy capaz de evadirme.

—Y de hacer cosas que sin beber posiblemente no te atreverías.

Mi comentario no le agrada, así que me da la espalda y, de un portazo, cierra la terraza. Pronto adivino el porqué. Estoy en lo cierto y, al igual que yo, odia exponer sus debilidades.

Y aquí estoy, sola, otra vez.

La cabeza me va a estallar un día de éstos y termino accediendo a los deseos de mi cuerpo. Necesito que los músculos de éste pierdan la tensión acumulada, pues estoy bloqueada. Son tantas emociones en tan poco tiempo que no sé cómo manejarlas. Me desnudo y entro en el jacuzzi, en el que las burbujas son como música para mis oídos.

La calma me dura poco. Apenas estoy mojándome el torso cuando percibo un ruido que proviene de mi dormitorio, seguido de unos pasos.

Miro hacia atrás, angustiada.

Nicholas se queda en el umbral, con las manos en los bolsillos, y me observa..., o quizá ésa no es la mejor descripción: me maldice con su fija mirada. ¿Está enfadado?

Me hundo hasta ocultarme, excepto la cabeza.

—¿Qué haces aquí? —le reclamo, todavía con el nudo en la garganta.

—No puedo dormir.

—¿Y...? N-No deberías entrar sin mi permiso.

—Es importante —se excusa, manteniendo el control. La vena del cuello se le acentúa—. Quiero que te vayas ahora mismo y que no vuelvas a aparecer por aquí.

—P-Però ¿por qué?

—Tú lo has dicho: si bebo, me dejo llevar, y supones un peligro para mí.

—Estás siendo muy... extremista...

Me doy la vuelta y salgo enseguida, envolviéndome con el albornoz para ocultar cuanto antes mi desnudo. Las ganas de provocarlo han desaparecido ante lo que considero su invasión de mi intimidad. Poco me importa si es el propietario del hotel, ha de respetar los espacios de sus huéspedes.

—¿Puedes irte, por favor? —le pido en un suspiro.

No lo hace; de un par de zancadas, se encuentra cerca, muy cerca.

Su olor me envuelve.

Aguanto la respiración cuando sus manos me encierran desde atrás y las baja cautelosamente por la zona de mi vientre, impulsándome al mismo tiempo contra su cadera. Señor, se me escapa un gemido. Sus húmedos labios se posan en mi cuello. Entonces, retira la tela que cubre mis muslos y desliza los dedos por la abertura de mi sexo.

Cierro las piernas, jadeante.

—T-Tienes que marcharte.

—Ya no puedo. —Me vuelve contra él, propiciando con sus dedos que el albornoz se escurra por mi piel. Bajo la mirada al ver cómo arde la suya frente a mi desnudez—. Abie.

—¿Q-Qué...?

—Mírame.

Me levanta el mentón y me acaricia la mejilla. Ahuyento un débil gemido. De cerca huele muchísimo a alcohol. Parece perdido, angustiado, buscando consuelo. El deseo que siento se mezcla con la ternura que también me transmite... y me rindo. Hay algo especial en él que me vuelve loca, que me aturde y excita, que me hace imposible resistirme.

—Abie, no permitas que vuelva a entrar sin tu consentimiento.

—Vale... —baluceo.

—No me lo des si te lo pido.

—De acuerdo...

Dicho esto, me empuja suavemente contra el lavabo que está a mi espalda. Contempla mis labios, rozándolos con la punta de sus dedos, estremeciéndome sin piedad alguna... Por un segundo me olvido del mundo y dejo caer la cabeza hacia atrás, arqueándome. Mi cuerpo queda expuesto ante él, ofreciéndome sin reparo.

Desesperado, tira de mi nuca hacia su rostro y pega su frente a la mía, para friccionar nuestros labios con tormento. Correspondo a su urgencia, jugueteando con su lengua, y, cuando estoy a punto de rogarle que me bese, lo hace posesivamente, dejándome sin aliento. Es un beso duro, en el que perdemos el control, en el que nuestras bocas encajan como las piezas de un puzzle. El deseo nos consume y el beso se torna eterno.

Impaciente, lo rodeo por el cuello; Nicholas me estrecha por la cintura. Apenas puedo respirar, me siento tan vulnerable ante él... Entonces hay una pausa que me causa ansiedad por la necesidad de ir más allá; advierto que sus caricias se pierden en mi piel, ya no las siento. Me quejo. Poco después mete las manos entre nosotros, alejándose un breve segundo en el que repara hacia abajo. Sigo su mirada.

Madre mía... Se saca su hombría al tiempo que con la otra mano se tantea el bolsillo. Tiene un preservativo, que se coloca con agilidad. Un instante después vuelve a reclamar mi húmeda boca, me abre de piernas y su prominente pene me atraviesa.

Grito, extasiada de placer, de pasión..., enredándome en su cuerpo.

—Esto no puede volver a pasar —gruñe, mordiéndome el mentón y embistiéndome con tanta

fuerza que me nubla la razón—. Dime que no lo consentirás.

—N-No —miento, muriendo ya por más.

No era suficiente

Me embiste con dureza y con tanta vehemencia que de lo más hondo de mi garganta escapan quejidos de dolor, pero no lo detengo; es tan fuerte y agudo lo que siento que el estremecimiento en esta ocasión va más allá de la piel.

Apenas puedo pensar, aunque tampoco lo quisiera.

Sólo necesito gozar hasta terminar exhausta. Nicholas no se controla más que yo. Sus manos viajan por mi cuerpo con el mismo desespero con el que mantiene prisioneros mis labios, mi lengua, sin permitirme escapar. No quiero hacerlo.

Él está hambriento y yo no me encuentro menos ansiosa.

La sensación de tenerlo dentro es tan placentera que no quiero que acabe y menea las caderas a su ritmo, entregándome sin límite y yendo a su encuentro en cada colosal embestida. No puedo parar. Nicholas se vuelve más salvaje ante mi entrega; está fuera de sí, abrumándose al mismo tiempo que me excita hasta creer que enloqueceré.

Mi piel siente la ansiedad de sus caricias, que no son suaves..., aunque de alguna manera manifiesta su necesidad de tocarme. Me recorre el cuello con sus posesivos dedos, la espalda, los pechos... Gimo cuando roza mis pezones erguidos.

Pronto desciende hacia mi trasero, llenándose ambas manos de él e impulsándose contra su cuerpo..., profundizando en las estocadas, colmándome hasta que no queda un solo milímetro entre nuestros sexos. El choque de cada impulso retumba en el acalorado espacio.

—No puedo más —jadeo, apretándolo contra mí al tenerlo encerrado entre mis piernas—. Nicholas...

—Contráete.

Lo obedezco y, en un fugaz segundo, el placer se torna infinitamente mayor, recorriéndome de pies a cabeza un inesperado escalofrío, y sucede. El orgasmo me aborda y, como si estuviésemos sincronizados, se sacude conmigo, temblando entre gruñidos, sin saber controlarse. Enloquezco en este instante... con su toque lleno de anhelo a medida que se corre, con su áspera voz pronunciando mi nombre. Los últimos rugidos que libera en mi boca son lo más sensual que he oído en mucho tiempo. Todo él lo es.

Y así nos quedamos, inhalando el aliento del otro, fundidos en uno solo... sin saber cómo

afrontar este inesperado encuentro.

—¿B-Bien? —balbuceo sin aire.

—¿Lo preguntas?

Cuando se retira y me mira a los ojos, percibo la confusión en los suyos, pero no indago. Estoy como pretendía, satisfecha, y no quiero hacerme más preguntas, sino simplemente disfrutar del momento. Nicholas Thompson ha conseguido que lo hiciera y de qué manera. Nunca un polvo tan rápido me había hecho gozar así.

—Tengo que irme —masculla, apartándose, quitándose el preservativo y cerrándose la cremallera, aunque sus ojos no son capaces de apartarse de mi silueta... desnuda, con el trasero apoyado contra el lavabo y la espalda sobre el espejo, sin fuerzas—. Y procura que no...

—Haré como si no hubiese sucedido —interrumpo su advertencia, con un hilo de voz—. Hasta mañana, Nicholas.

—¿Tantas ganas tienes de que me vaya?

Sonrío sin querer. ¿Quién lo entiende? Su constante contradicción me vuelve loca.

—Has sido tú quien se ha despedido —le recuerdo, socarrona.

—Qué sentido tendría quedarme.

Me encojo de hombros y, con un quejido, consigo incorporarme.

Avanzo en su dirección, contoneándome. Enseguida se guarda las manos en los bolsillos, como queriendo evitar volver a posarlas en mí, pues se respira demasiada tensión sexual entre nosotros con sólo mirarnos..., esa química que él no quiere reconocer, que propicia unas terribles ganas en mí de sentirlo de nuevo, confundiéndome. Estoy agotada por lo que acabamos de compartir, pero hay algo que me impulsa hacia él, como si tuviera una cuerda dentro de mí y Nicholas me atrajera hacia él desde el otro extremo.

Ahora que se ha dejado llevar y que he descubierto que me atrae incluso más que antes, confirmo mi teoría: me puede aportar numerosas experiencias en este viaje.

—¿Qué piensas? —me saca de mis reflexiones cuando estamos frente a frente. No sé qué responderle—. Te ha cambiado el semblante.

—¿Y cómo lo sabes? —me burlo, sonriéndole, aprovechando su última frase para cambiar de tema—. Pensaba que era lo último en lo que te fijabas.

—Te equivocabas. Será mejor que me vaya.

—¡Espera!

Lo retengo por el cuello de la camisa y, sin mediar palabra, empiezo a desabrochársela. Él se agarrota, emitiendo un fuerte gruñido, pero no me rechaza. Me permite deleitarme con la sensación de tocar su caliente piel con la yema de mis temblorosos dedos. Sé que es inútil que me sienta así; sin embargo, no puedo evitarlo.

—Abie —me regaña repentinamente. Mi nombre en sus labios suena demasiado..., ¿cómo describirlo? Me excita ese deje de advertencia constante que proyecta su voz tan ronca por la pasión—. Tienes que detener esto de una puta vez.

—Lo he intentado y he sido incapaz —confieso, abrumada por mis propias revelaciones—. Te lo expliqué: venía dispuesta a vivir aventuras distintas, lejos de lo monótono, de lo serio..., y apareciste tú, que enganchas con tu físico, con tu actitud, quizá por ser todo lo contrario a los tíos con los que me he enrollado. Me atraes por esa curiosidad que despiertas en mí y que va en aumento. Te gusto. ¿Por qué tendríamos que reprimirnos?

—Por lo que sabes de mi pasado, por lo que me une a tu hermano. —Carraspea y añade—: No quiero confusiones y que mi relación con él peligre por ti.

—Sobre tu pasado, no me importa, no al menos para pasar buenos ratos —le repito, deshaciéndome de su camisa—. Recuerda que estamos jugando a olvidar.

Sonríe de manera fugaz y me vuelvo más idiota si cabe. Tiene una sonrisa preciosa que no debería ocultar o disfrazar, sino exhibir más. Es torcida, tentadora, y resalta su pequeña cicatriz cuando curva sus labios, lo que, para mí, lo hace más seductor.

—En cuanto a Ian, no tiene por qué saberlo. Esto tiene fecha de caducidad.

—Por supuesto. No obstante, estás hablando de prolongarlo..., como mínimo a corto plazo. —Gime cuando acaricio su pecho. Está duro y la necesidad de lamerlo y besarlo se me hace incontrolable—. Me has asegurado que no me permitirías que volviera a...

—Deja de pensar en el mañana y céntrate en el aquí y ahora. Quizá estemos hablando de más y en un par de días a ninguno nos apetezca volver a vernos. —Paseo los dedos por sus hombros y le guiño un ojo—. Aunque lo dudo.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora me apetece muchísimo más conocerte —lo provoco, sensual.

—No sigas por ahí.

Me aferro a su nuca y, despacio, reparto suaves y breves besos por su cuello. Nicholas se tensa, con la respiración acelerada, pero nada impide que yo continúe con mi camino, descendiendo por su torso, el vientre..., donde él me paraliza, sosteniéndome la cabeza.

—Quieta —me ordena, completamente ronco.

—Por favor...

Llego hasta el inicio de su cadera, el principio de su pantalón y me arrodillo. Mil y una emociones me invaden. Siento un cosquilleo en mis pezones endurecidos muy cerca de su entrepierna, cómo mi sexo se contrae. Mi cuerpo se vuelve muy sensible aun sin que él me esté ni siquiera rozando, y estoy húmeda como si estuviera dentro de mí.

—Maldita seas, Abie.

—Si me llamas así... —siseo con un nudo en la garganta.

—¿Cómo, maldición? Es tu nombre —ruge, alterado—. ¿Qué pretendes?

—Quiero... probarte.

Le desabrocho el pantalón, abro la cremallera e, impaciente, deslizo la tela por sus torneadas piernas; Nicholas, sin abandonar la tensión, colabora y las levanta, permitiéndome que se lo quite por completo. Sin pausa, me encargo del bóxer. Madre mía... Su erección queda ante mí y,

anhelante, no puedo evitar humedecerme los labios al imaginar qué sucederá. Me deshago de la prenda y envuelvo con la mano su grueso miembro.

Nicholas emite un salvaje gemido.

Yo, fuera de control, acerco la boca y lo chupo sin ningún pudor, sin dilatar el momento, sin preliminares. No es lo que necesitamos ninguno, sobre todo al presenciar cómo tengo al hombre que se mostraba tan frío segundos atrás. Ahora acaricia mi cabello, quizá sin ser consciente de ello, y me incita a que lo saboree como estoy deseando. Ni siquiera creo que pueda ser capaz de imaginar lo que está haciendo conmigo al mostrarse así, al tocar tan delicadamente los mechones enredados de mi pelo.

Huele y sabe muy bien.

—¿Te gusta? —susurro aun sabiendo la respuesta.

—No pares, joder.

No lo hago.

Lamo y chupo con deseo, el intenso que él despierta en mí, recorriendo con mi lengua cada centímetro de su hombría. Esparzo besos alrededor de ésta mientras con la mano derecha lo acaricio de arriba abajo, con movimientos precisos, enloqueciéndolo. Su sabor me invade y minutos después me encuentro con un Nicholas agitado, a punto de correrse. Antes de que yo pueda preverlo, se anticipa, apartándose de mí.

Ahora es él quien se sujeta el miembro y, con la cabeza hacia atrás, llega al orgasmo. Me quedo quieta, contemplando desde el suelo la erótica escena.

¿En qué momento su placer se ha convertido en el mío?

Me encuentro tan excitada como si el episodio hubiese sido al revés. Tanto es así que libero un quejido por el que Nicholas centra su atención en mi cara.

—En este instante tienes la misma expresión que cuando te corrías para mí hace apenas unos minutos —masculla entre gruñidos.

—¿Qué? —balbuceo, confusa.

—Ya lo has oído. La imagen se ha quedado grabada en mi mente.

Instintivamente, aprieto las piernas, ejerciendo presión entre ellas, rozándome. El deseo es insoportable. Vuelvo a estar muy mojada, como si hubiese tenido un orgasmo.

Esto es una locura.

—Tengo que irme —dice sin más, y empieza a recoger su ropa. Tiene la mirada perdida—. Mañana me ocuparé de tu hermano por la noche, evita estar allí.

—No te preocupes.

Se va... y de pronto me siento estúpida ante la situación, por mi postura tan sumisa arrodilla ante él. ¿Qué estoy haciendo? Me levanto del suelo a duras penas, aturdida por su nuevo y repentino cambio, pero esta vez no hago nada por convencerlo de que se quede un poco más. A pesar de que mi cuerpo está ardiendo, mi mente me pide una tregua.

Me lavo los dientes, la cara. Entro en la bañera y me relajo como no pude hacer antes. Cuando

salgo, bebo un poco de agua, ya que estoy sedienta, y voy directa a la cama, desnuda, como acostumbro a dormir. Odio el roce de la tela en mi cuerpo mientras descanso. Enciendo la televisión para hacer *zapping* y despejarme, ya que no me quito a Nicholas de la cabeza, y entonces ahí continúa la imagen congelada... de su piel contra la mía invadiéndome mientras me retorció de placer. Incluso puedo oír sus gruñidos sin que ahora mismo así sea, como si lo estuviese reviviendo una y otra vez.

Lucho contra mí misma, intentando arrinconar cada uno de esos instantes, perdiendo, sin poder de control. Lo recuerdo en mi boca y... ¿Qué me está pasando?

Cierro los ojos y, cuando me doy cuenta, tengo la mano en mi clítoris, deslizando los dedos en círculos, complaciéndome sola, como en otras ocasiones..., aunque la noche de hoy no es comparable a éstas. No sé qué sucede conmigo, qué más quiero.

Me sorprendo cuando, con mi propio gemido, rompo el silencio. No puedo parar y deslizo con suavidad un dedo dentro, fuera, y así hasta estar al borde del orgasmo.

—Intuía que llegarías a esto. —Es su voz, y no sé si mi mente me está jugando una mala pasada—. Tu expresión, esa en la que dices que no me fijaría, te delataba.

Me incorporo un poco sobre el codo, jadeante, y aquí está, otra vez..., pero no en la puerta principal, sino en la de la terraza. ¿Ha estado vigilándome todo el tiempo? No lo creo. Su cabello está mojado y lleva otras prendas, camisa blanca y pantalón azul...

Tendría que planearme el recriminarle que invada mi espacio sin previo aviso; sin embargo, no es lo que siento. No puedo disimular que lo anhelo dentro de mí nuevamente; que me he quedado con ganas de más, a pesar de haberlo gozado; que la temperatura tan elevada de mi piel y mis pensamientos son así por su culpa.

—¿No vas a echarme? —Parece enfadado por que no lo haga—. Respóndeme.

Niego sin dejar de tocarme, ya no soy capaz. Mis pies se rozan entre sí, dejando entrever cómo me encuentro en estos instantes, totalmente empapada y excitada.

—Cumple con tu palabra, joder. ¡¿No ves que no soy capaz de irme?!

—Pues no te vayas —susurro o, más bien, suplico; no lo sé.

Mi confusión es tan grande como la suya, ya que duda, se debate, con el rostro contraído. Me temo que se marchará. Sin embargo, y para mi grata sorpresa, me equivoco. Con paso lento, llega a la orilla de mi cama y pronto, sin cuidado alguno, sustituye mi mano por la suya. Gimoteo. Su mirada refleja un sinfín de emociones que no sé interpretar. Tampoco estoy en condiciones de pensar.

Me curvo, apretando las sábanas entre los dedos, disfrutando del exquisito placer que me proporciona con su fricción. Mantengo los ojos cerrados, gimiendo en aumento a medida que los movimientos se vuelven más rápidos. Siento que me mareo.

Mi cuerpo pide a gritos llegar al orgasmo... otra vez.

—Ábrete más —me ordena con voz queda.

Introduce un dedo, dos y, con la palma de la mano, me roza sin pausa alguna. Instintivamente

contraigo las paredes vaginales. Llega y de qué manera. Todo da vueltas a mi alrededor sin que yo sepa cómo controlar los temblores que me recorren de pies a cabeza.

Sí, lo confirmo. Es una locura.

De fondo oigo sus pasos, algún sonido que no identifico... y todavía no me he recuperado cuando Nicholas, con un movimiento vertiginoso, me coloca bocabajo sobre la cama. Él no tarda en posicionarse encima, cubriéndome por completo, apresándome las manos sobre la cabeza e, impaciente, me embiste desde atrás.

—Joder, joder —protesta entre gruñidos.

—Nicholas...

Las palabras se atascan en mi garganta con el bestial vaivén de sus caderas, de su cuerpo desnudo pegado al mío, ambos ardiendo. Es tan salvaje como en el baño, pues se repite la escena del choque de nuestras pieles en cada violenta acometida. Muerdo las sábanas, retorciéndome de placer. Nicholas hunde el rostro en mi cuello y, con su aliento tan cerca, no puedo evitar buscar su boca por encima del hombro. Él no sólo me la cede, sino que se entrega al beso como si lo estuviese deseando tanto como yo.

¿Qué está sucediendo?

—Vamos, Abie, córrete de nuevo para mí.

No tiene que volver a pedirlo.

Un instante después me rindo a él sin alejarme de sus febriles y duros labios, dejándome ir..., maravillándome al percibir cómo se une a mí y vibramos juntos, gimiendo al unísono, compenetrados... hasta que de forma fulminante rompe la armonía.

—Cuidado —me avisa fríamente.

Se aparta de mí, aunque no se marcha. Se queda en la cama. Lo miro con disimulo. Está con las manos detrás de la nuca y la mirada fija en el techo. Sé que ha vuelto a beber.

Mi boca sabe a la suya, a puro alcohol.

—¿Tienes sed? —susurro sin saber qué decir—. ¿Te apetece... algo?

—Ya he bebido demasiado y no quiero perder más la cabeza.

—¿Comer...?

—Ya estoy saciado.

«¡Vamos, Abie!» No puedo ser hipócrita, no es el tipo de pregunta que en realidad quiero hacerle, aunque no sé si me gustarán las respuestas o ni siquiera si me las dará.

—¿Por qué has venido otra vez? —inquiero, apoyándome en los codos, bocabajo. Mi voz es apenas un susurro, débil—. Me desconciertas un poco.

—¿Sólo un poco?

—¿La verdad? —Sonrío. Él asiente—. Responde tú primero.

—No era suficiente.

—¿El... qué?

—Lo del baño. —Cierra los ojos. Hay tanta tristeza y furia en él que me aturde. Lucha consigo

mismo. Está enfadado por haber sucumbido a sus deseos más primitivos—. He necesitado más y, como un puto semental, aquí estoy.

—Pero ¿por qué te atormenta?

Tengo que alejar mi mano de la suya, pues me muero por apretársela, por apoyarlo, por hacerle sentir que, de alguna manera, estoy aquí, que lo entiendo. He pasado por algo parecido y no poder desengancharte de alguien es muy jodido. Te consume sin saberlo. Te aísla.

—Ya conoces el motivo.

—¿Y por qué bebes si sabes adónde te llevará ese estado? —lo presiono, aprovechándome de su generosidad.

—Para olvidar.

Aunque lo que realmente necesito saber es:

—Si ya hemos acabado..., ¿por qué sigues aquí?

—No lo sé.

Miente. Odia la soledad, y su amargo semblante refleja lo mucho que esconde dentro. Sufre, es evidente, y creo que de alguna manera, por su forma de actuar y de recurrir a mi habitación, ha encontrado refugio en mí. Pese a lo que diga, él también siente esa conexión especial que surge de la nada, esa que aparece sin más, que no se busca, que no se puede forzar.

¿O soy una más en la lista?

Siendo sincera, no es algo que me importe.

—¿No vas a decir nada más? —musito, jadeante todavía.

—No tengo nada que decir.

Dispuesta a eliminar su frustración y pesar, gateo por la cama y me acuesto a su lado, apostando la cabeza en la almohada, a escasos centímetros de su hombro. Nicholas me contempla de reojo. Está guapísimo con el cabello tan desordenado.

Tiene los ojos algo enrojecidos, reflexivos, y los músculos de su cuerpo rígidos, a pesar de lo que acabamos de compartir.

—Ya que tú no tienes nada que aportar, yo sí. Nicholas..., me ha gustado mucho que volvieras. ¿Sabes?, me tocaba acordándome de ti...

Con tormento, maldice en voz baja repetidas veces y se cubre de cintura hacia abajo con mi ropa de cama, tapándome también a mí sin querer. Tengo la sensación de que evita que volvamos a caer..., pues aquí estamos los dos, sin poder apartar la mirada del otro.

—¿Qué te dice ahora mi expresión? —lo provoco, con la intención de distraerlo.

—Que necesitas descansar —responde secamente.

—Lo he pasado... muy bien.

—Lo sé. —Se muerde brevemente el labio. Ay...—. Tu sonrojo lo manifiesta.

—¿Y tú?

—¿Lo preguntas? —Suena a acusación—. Esto no tendría que haber ocurrido.

—Otra vez con lo mismo... —Me echo el pelo a un lado, atrayendo su mirada hacia mi espalda,

intuyo que a la curva de ésta—. Yo no me arrepiento.

—No lo dudo. Has conseguido lo que pretendías.

—¿Sabes qué? —replico, entrecerrando los ojos.

—A ver, suéltame una de tus muchas teorías.

—Ahí va —tuerce el gesto—: estás furioso porque has logrado desconectar, gozar, centrarte en mí, y sientes que tus pensamientos deben pertenecer a *ella*.

—Cállate —exige entre dientes.

Sin saber por qué, me siento mejor. De una manera u otra, confirmo que ha disfrutado conmigo en la cama tanto como yo con él. Quizá no debería, pero es importante para mí, pues la sensación de que he sido un maldito consuelo en el sexo, sin más, no me agrada.

El profundo azul de su mirada no sabe disimularlo. Hay rabia, contrariedad.

Ella no ha estado en su mente y él no lo soporta. ¿Será imbécil? Aun así, me niego a que la noche acabe mal. Me gusta su compañía; me transmite cierta calma, pese a que está en constante alerta. Saca una parte de mí que desconocía, la timidez. Incluso me cohibe en determinados momentos, a veces sin la necesidad de hablar.

Es todo tan extraño...

—Cuéntame cosas —le pido una vez más, ahuyentando un bostezo.

Estoy agotada, pero no quiero que se vaya, no todavía.

—¿Como qué? —masculla, cerrando los puños, controlándose—. Ya has repetido esa frase varias veces. Eres más curiosa de lo que creía.

—Lo sé... ¿Tienes hermanos?

—No; soy hijo único, para mi desgracia.

—¿Desgracia? —repito la palabra, frunciendo el ceño.

—Sí, de este modo mi padre está más pendiente de mis propiedades, como si fuese aquel niño ingenuo que creía todo lo que él decía. De tener algún hermano, se habría dividido e incluso, con suerte, a estas alturas estaría centrando toda su atención en él.

—No es malo que se preocupe...

—Sí cuando te miente con lo que más te importa en la vida.

«Ella...»

—¿Y tu madre? —Hago un nuevo intento—. ¿Os lleváis bien?

—Sí, pero vive con él y la veo menos de lo que me gustaría.

—¿Son de California?

—Están en Los Ángeles, a un par de horas de aquí aproximadamente. El día del ascensor venía de allí y hablaba por teléfono con un empleado de mi padre, que intentaba aconsejarme sobre mi nuevo hotel... mandado por el jefe, por supuesto; de ahí mi enfado.

—Bueno, no es nada nuevo. Te pasas el día mosqueado con el mundo.

Comprime la mandíbula, escondiendo una sonrisa. Conozco esa mueca. ¡Me gana! Sobre todo cuando me aparta el odioso mechón de cabello que resbala por mi frente, limitándome la

impresionante visión que tengo enfrente..., a él, desnudo, salvaje.

No puedo evitar sonrojarme ante un detalle tan tonto y, a la vez, cercano, tierno. Hay tanta complicidad entre nosotros que nadie que nos viese adivinaría jamás que somos casi dos desconocidos que se han dejado llevar en la intimidad.

—¿Te gusta hacer deporte? —pregunto para romper el hielo.

—Sí.

Vuelve a marcar distancia, esquivo, quizá porque es consciente del gesto que acaba de tener conmigo. No entiendo por qué insiste en mostrarse así; poco a poco voy conociendo otras facetas tuyas, que son muchas, y ocultar lo evidente ya no tiene sentido.

Se autoimpone una personalidad que no le corresponde.

—Antes de *ella*... ¿también eras así de...?

—Ahora soy otro. Volví a nacer y, al mismo tiempo, morí el día que se fue.

—Entiendo... —susurro, asimilando que cualquier intento es en vano.

Me observa, ceñudo. ¿Se ha percatado de mi decepción?

—¿Por qué te empeñas en conocerme si no hay nada que te pueda aportar?

—Eso todavía no lo sabes... —contraataco, molesta, y añado—: Bueno, sí, sexo.

—Eres muy fogosa.

—Y tú, muy intenso —musito, metiendo las manos debajo de la almohada.

—Odio esa parte de mí.

—Yo estoy descubriéndola y no me desagrada del todo. Sólo cuando...

—Será mejor que me vaya.

En el fondo sé que no quiere hacerlo; de lo contrario, ya se hubiese marchado. Sin embargo, se siente en la obligación moral de guardarle algún tipo de respeto a su ex... a *ella*.

—No he acabado. —Pestañeo con inocencia—. Me gusta este juego.

—Lo intuyo. —Me examina de pies a cabeza. Me agito—. Te da morbo el tira y afloja.

—No sabía cuánto hasta que llegué a California...

Se presiona los párpados y aprovecho su breve distracción para arrimarme un poco más. Él, al ser consciente de mis intenciones, rechina los dientes. No obstante, no me lo tomo a mal y me limito a sonreír sin saber cómo actuar ahora, pues los nervios me abordan por enésima vez al tenerlo tan cerca. Nicholas no se muestra menos inquieto. La mordida de su labio sugiere mucho más que él, que intenta mantenerse frío..., pero es inútil. El destello en sus ojos lo delata. Apenas nos rozamos y, aun así, las chispas saltan entre nosotros.

—¿Por qué a veces te muerdes el labio tan fuerte? —insisto con la necesidad de saciar mi eterna curiosidad—. Lo haces a menudo.

—Sólo cuando estoy furioso, inquieto o excitado.

Rompo a reír. ¿Cómo saber cuál es su estado en cada momento?

—En ocasiones eres muy gracioso.

—No es mi intención.

—Ya... —Pongo los ojos en blanco—. Sigamos.

—No.

—Vaaale, no te pregunto más. Te contaré cosas yo.

—Para follar no necesito saber nada más.

Un jarro de agua fría hubiese sido menos violento. ¡Es un capullo!

Cierro los ojos, prohibiéndome verlo, y me acurruco contra mi propio cuerpo, cabreada en cierta medida. Odio el poco tacto que tiene, que no le importe en absoluto cómo me pueda sentir después de la intimidad compartida, que no ha sido poca y en la que ha conseguido que tuviera varios orgasmos y viceversa.

¿De qué va? No es necesario menospreciarme así.

Aunque asumo que me lo merezco, por permitirme ir más allá sin importarme sus sentimientos en beneficio de mi diversión y placer... He ido demasiado lejos y él me lo ha estado advirtiendo desde el principio. ¿Por qué tengo que ser tan impulsiva?

—¿Abie? —No me muevo, pese a lo que provoca en mí esa voz tan ronca cuando pronuncia mi nombre arrastrando cada letra—. Abie.

Silencio.

No mucho después advierto que el colchón se mueve y que se marcha cuando cree que duermo. Yo, sintiéndome tonta, me prometo no volver a caer.

Nicholas ha sido claro desde el inicio y no tiene sentido que prolongue este juego. ¿Dónde queda mi dignidad? Ya he saciado mi curiosidad tras habernos quedado a medias la otra noche; es hora de dejar los desafíos a un lado, aunque suponga que mi estancia en San Diego no sea tan excitante como prometía desde que me propuse seducir a Nicholas.

¿Que me ha complacido más de lo que creía? Sí.

¿Que esta tontería tiene que acabar por el bien de los dos? Sin duda.

Su corazón está ocupado y el mío, cerrando heridas. No he venido a ser el consuelo de nadie, ni tampoco me gusta la sensación de sentirme utilizada para reemplazar a otra en la cama.

Juego

Sábado por la noche y yo aquí, en casa de Ian, para variar. Llegué con la idea de comerme el mundo y el mundo me está comiendo a mí..., o, mejor dicho, la maldita rutina que tanto he aborrecido en Londres. Menos mal que con la compañía de Kellan todo es mucho más llevadero. También me está aportando cosas buenas a nivel profesional, ya que llevamos hablando de ello prácticamente toda la tarde, entre aburridos y agobiados.

Mi hermano apenas se relaciona con nosotros, y cuando abre la boca es para quejarse, de modo que su socio y yo nos hemos encerrado en la cocina para no tener que aguantar sus continuas protestas. No ha querido cenar y está pendiente del teléfono... deduzco que esperando a que Leila vuelva.

¡Sí, iluso una y otra vez!

—Estaba buenísima, la ensalada con el toque de las nueces y los distintos tipos de quesos — comenta Kellan cuando hemos acabado—. Deberíamos irnos, mi primo ha de estar por llegar y no le gusta que haya nadie.

—Ya... Es un tanto peculiar. —Dejo el tenedor y bebo un poco de agua antes de añadir—: ¿Te puedo preguntar algo?

—Claro.

—¿Por qué te incomoda hablar de él?

—Temas familiares —responde con la simpatía que lo caracteriza. Es tan diferente a Nicholas... Enseguida se me viene a la cabeza mi amiga Oli. A ella le vuelven loca los hombres tan educados y galantes. Son su debilidad—. ¿Te acerco al hotel?

—Vale, ve dándole las pastillas a Ian mientras termino de recoger la cocina.

—Yo me encargo de los platos, ocúpate de tu hermano.

—Oye —me incorporo, bromeando—, ¿y tú por qué no tienes novia? Eres un chico muy apañado, ¿eh? Asumes responsabilidades de todo tipo, nunca te quejas y siempre estás disponible. Menudo partidazo se están perdiendo.

—No te creas —se resta importancia, sonriendo.

Le devuelvo el gesto y amontoño los utensilios para que no se le haga pesada la tarea.

—Voy a por él, que seguro que está deseando verme —ironizo, guiñando un ojo.

—Paciencia.

—¿Más? —Suelto una carcajada—. Bah, creo que podré con ello un poco más.

Suena mi teléfono y, de camino a la sala, continúo mi conversación a través de mensajes con Alba. Al recordar dónde la hemos dejado hace un rato, me hierve la sangre. ¡Es que necesito una tregua! Durante la cena me ha dado la peor de las noticias y he intentado hacer de tripas corazón en presencia de Kellan, pero lo cierto es que se suman ya demasiados problemas desde mi llegada.

Y lo peor es que ella tampoco se encuentra en su mejor momento. Su empresa está a un paso de quebrar, de ahí que le hayan dado vacaciones obligadas y se pase las madrugadas despierta, esperando a Max. Una noche más, aquí seguimos.

Ha sido culpa mía, lo siento. Lo comenté con Max sin imaginar que se lo contaría a su hermano. Habíamos mantenido esta conversación otras veces y nos habíamos propuesto diferenciar lo que es nuestra relación de vuestros líos. Me ha fallado y, con ello, yo a ti. 21.35

Hola de nuevo. Es una putada que sepa mi paradero, sobre todo si realmente tiene intención de venir. Espero que ese estúpido no sea capaz de llegar tan lejos. 22.15

Me tenías preocupada... Lo conoces, amiga, y sabes que lo hará. No soporta la idea de perderte y, según me ha explicado Max, con el que por cierto he tenido una gran discusión por su indiscreción, le dejaste caer a su hermano que ibas dispuesta a conocer a gente allí, a hombres, vamos, y... no está dispuesto, el cara dura. 22.16

¡A buenas horas! Pienso llamarlo y prohibirle que haga esa estupidez. No lo quiero aquí ni me apetece verlo. Ya tengo la cabeza hecha un lío, ¡como para que venga él a joderme más! Menos mal que el lunes por la tarde tengo varias entrevistas para contratar a la persona que cuidará de Ian y todos podremos retomar nuestras vidas. Créeme, no soy la única que lo está deseando. 22.16

Perdón, una breve pausa. «Ya tengo la cabeza hecha un lío.» ¿Me he perdido algo? 22.17

¿Algo? Tenemos que hablar seriamente. En una semana aquí he vivido más que en tres meses allí. Lo sé, sé que me vas a preguntar por qué no te lo he contado, pero es que no quiero hacerlo a través de mensajes y no encuentro el momento... No tengo tiempo y menos con la diferencia horaria. Ahora voy a salir de casa de Ian. ¿Te apetece que mañana hagamos una videollamada? Te prometo que te lo contaré todo con lujo de detalles. En fin, ya me dirás. Y no pelees con Max, hay que entenderlo: se trata de su hermano, por muy idiota que sea. Te quiero. 22.18

Dejemos esa conversación para el lunes. ¿Te he dicho ya que te mataré? Lo haré. 22.18

Si no me mato antes yo sola..., pues, al ir tan pendiente del móvil, colisiono frontalmente contra la puerta de la cocina. ¡Joder! Ni siquiera hago el intento de fingir que no me duele el golpe, pese a las carcajadas de Kellan. Ya me he acostumbrado a hacer el ridículo. Lo que me relaja es que, al tocarme la frente, no hay señal de que esté herida más allá de la superficie, en la piel.

—Abie, ¿estás bien? —pregunta Ian.

—Sí..., sí. No tengo sangre.

—Anda, espera —interviene un divertido Kellan—, te pondré un poco de hielo.

Acude enseguida en mi ayuda y, envueltos en un paño de cocina, trae unos cubitos. Me sonrío al tiempo que lo sostiene contra el posible chichón y, con la otra mano, me sujeta la cabeza. Yo libero quejidos sin disimular el sufrimiento.

No sé cómo a veces soy tan torpe.

—¿Mejor? —susurra tan bajito que apenas es audible.

—Sí... gracias.

Incómoda por la cercanía, me encargo con sutileza del hielo sin apenas tocar a Kellan. Él me suelta al percatarse de mi cambio, de mi forma de eludirlo, pero pronto caigo en la cuenta de que Ian, desde la sala, puede estar viéndonos y malinterpretar la escena. Miro hacia mi izquierda y entonces advierto que no está solo.

No puede ser...

Un silencioso Nicholas nos observa desde el sofá contiguo al del rubio. ¿Cuándo ha entrado? Sé que él tiene llaves, pues suele llegar minutos después de que su primo o yo nos hayamos marchado..., pero no se ha oído la puerta como para presuponer que ya estuviese aquí... Su expresión no deja lugar a dudas, le molesta encontrarse conmigo. Anoche me advirtió claramente de que no quería que se produjese esta situación.

¡Pero ¿cómo lo hace?! A mí me cuesta disimular, gestionar mis emociones, que están a flor de piel con él.

—Será mejor que me vaya —murmuro, acariciándome la frente.

—Sí. Voy al baño y, a la salida, espero que ya no haya nadie.

Estoy a punto de responderle a Nicholas, pero mi hermano me pide con el dedo que no lo haga. La furia me puede cuando pasa por mi lado; aun así, callo. Mantengo la calma. Me muerdo la lengua. Es un gilipollas con mayúsculas y no se merece ni siquiera un minuto más de mi tiempo. Menos mal que Kellan, que es consciente de la tensión, rema a mi favor y me quita el hielo de las manos para ir bajando sin incendiar más el ambiente.

Ya está bastante cargado.

—Te veo ahora —comento guardando mis pertenencias en el bolso.

—Hasta mañana, Ian.

—Adiós, Kellan. Abie, ¿qué te pasa con Nicholas? —¡La pregunta del millón! ¿Cómo decirle a

Ian que ni yo misma lo sé? Ojalá pudiera explicarle que hace apenas unas horas estábamos dándonos placer mutuamente—. Sigo notando cierta tirantez.

—Nada... ya sabes cómo es él.

—Lo sé, y por ese motivo me preocupa. Suele ser brusco, pero contigo ya está rozando los límites y no entiendo tanta adversidad hacia a ti. ¿La has vuelto a liar en el hotel?

Me cuesta tanto mentir que lanzo al vacío un suspiro lleno de impotencia. ¿Por qué soy yo la que siempre tiene que cargar con una culpa que no existe?

—Que no, Ian, simplemente sigue ofuscado por lo del otro día...

—¿Y a qué viene ese sonrojo? —Me señala las mejillas. ¿En serio? Nunca se fija en nada y ahora me pone en un puto aprieto—. Se te han subido los colores.

—Hace muchísimo calor, Ian. Tú también estás rojo como un tomate.

—¿Sí? No tengo esa sensación —comenta, confundido—. Atiéndeme, sólo espero que, con los días, podamos llegar a ser un buen equipo, por el bien del proyecto.

—Lo seremos. No le des más vueltas. —Lo miro de reojo—. Cuéntame, ahora que estamos solos, ¿cómo llevas el no verla? Pareces más...

—No quiero hablar de ello —me interrumpe, mostrándose molesto hasta el punto de dar un manotazo al mando a distancia de la televisión. ¡Pero ¿es que aquí no se puede hablar con normalidad o qué?! Estoy hasta el moño de su mal humor y también del de su amiguito—. Escúchame: mañana por la noche se inaugura una sala de fiestas en la que Kellan y yo hemos trabajado. ¿Te apetece acompañarlo? Como es obvio, yo no podré ir.

—Claro, qué planazo.

Ian sonrío sin ganas, pues esa diversión nunca termina de llegar a sus ojos. Por otro lado, se ha convertido en alguien tan inestable que no sé por dónde saldrá...

—Te gusta, ¿no?

—¿A mí? —Su apreciación me pilla por sorpresa—. No, pero me parece buen chico.

—Lo es. Lleva una vida muy ordenada y discreta.

—Sí, tengo la misma percepción... Ya le he dicho que no sé cómo está solo.

—Podría ser una buena compañía para ti, ¿no crees?

—¿Qué? —Sonrío, negando con la cabeza. Ahora va de celestino—. ¿No te molestaría?

—Kellan es un tipo estupendo y os lo pasáis bien juntos.

—Ya...

Oímos un carraspeo y el modo «alerta» se activa en mi cuerpo como si algún peligro me acechara. Y, aunque me cuesta, ni siquiera me giro para ver a Nicholas, de quien proviene el sonido. Me limito a despedirme de mi hermano y salir a toda prisa.

Únicamente me apetece huir..., pues me duele la cabeza, aunque no tanto por el golpe que me he dado, sino de hacerme preguntas continuamente. Son interminables y cada día se suman más a la lista.

¿A qué viene querer emparejarme con Kellan?

¿Haría lo mismo de tratarse de Nicholas?

¡Lo dudo! Pues, conociendo su historia, no querría que me hiciera daño. Eso es lo único que Nicholas le puede aportar a una mujer, sufrimiento. La frase «un clavo saca otro clavo» jamás debe ponerse en práctica. Nunca funciona y, si lo hace, no sale bien.

—Eh. —¡Joder, qué susto! Nicholas abre las puertas del ascensor forcejeando, ya que estaba a punto de ponerse en marcha. ¿Qué hace aquí? Intento fingir indiferencia, pero la verdad es que no sé si lo consigo—. Tu móvil, te lo dejas.

—Gracias...

Alzo la mano para quitárselo, pero lo esconde detrás de su espalda. ¡Lo que me faltaba! Ahora tiene ganas de jugar..., aunque por su postura cualquiera lo diría.

—¿Qué haces? —le reprocho, y hago un nuevo intento. Da un paso hacia atrás—. ¿Tú estás bien de la cabeza? Mejor límitate a ignorarme como ahí dentro.

No..., no. No.

Hace la pertinente revisión visual de mi cuerpo, como de costumbre, lo que ocasiona que mi pulso se acelere, pues las imágenes de la intimidad compartida irrumpen en mi traidora mente. Agito la cabeza, con la intención de ahuyentarlas.

Como era de esperar, no lo consigo.

—He de irme —murmuro entre dientes—. Dame el teléfono.

—Ahora sí que te espera alguien, ¿verdad?

—No entiendo tu interés. ¿Qué es lo que quieres?

—Nada. —Vuelve a ocupar la misma posición, acercándose quizá más de lo que debería y menos de lo que realmente me gustaría. Su respiración se altera y la confusión hace mella en mí—. Esto va a terminar mal, te lo advierto.

—¿Qué quieres decir? —planteo mientras por fin recupero mi móvil.

Me lanza una severa mirada, se da la vuelta y cierra la puerta, no sin dar un portazo tan violento que podría haber hecho temblar los cimientos del edificio. ¡¿Y esto a qué viene?! ¡¿Acaso pretende volverme loca?! Si espera que lo busque..., puede envejecer mientras tanto, ya que, a orgullosa, no me gana nadie..., y menos él, que no pinta nada en mi vida.

«Tranquilízate, Abie.»

Desconcertada y malhumorada, le doy al botón del ascensor. Una vez abajo, Kellan me espera en el portal y me invita a que lo acompañe hasta el coche. Va distraído, ojeando el teléfono, en el que sin querer veo que se está mensajando con una tal Natacha, pero pronto desvío la vista; no quiero espiarlo a él también, pues parece que no me he dedicado a otra cosa desde que llegué a California: espiar y hacer el ridículo.

—¿Te ha dicho Nicholas algo más? —se preocupa cuando entramos en el vehículo. Es color rojo pasión, precioso y no muy grande—. Está más susceptible de lo normal.

—La verdad, prefiero no hablar de él...

—Pareces inquieta. ¿Te pongo un poco de música y te relajas?

—Por favor.

Suena *Apologize*, una canción que quizá no es la apropiada, no para estos momentos en los que estoy hecha un lío. No me apetece escuchar letras que hablen de amor o de todo lo contrario, desamor, de modo que cierro los ojos, evadiéndome de todo. Estoy tan cansada que, cuando los vuelvo a abrir, estamos ya a las puertas del hotel. Kellan me ayuda a bajar, comportándose como el caballero que es. Ojalá me hubiese gustado él y no su antipático primo... Así soy yo, eligiendo siempre la peor opción.

—¿Subo contigo? —me propone cuando me paro enfrente para despedirme.

—No, gracias...

Miro hacia los lados, incómoda, sin saber qué decir.

—Siento si te he molestado; he creído que te encontrabas mal y de ahí que haya querido acompañarte —explica con total naturalidad—. Espero que no me hayas malinterpretado.

—No..., tranquilo.

—Bien. Hasta mañana, Abie.

—Adiós, Kellan.

—Cualquier cosa, llámame —insiste, algo preocupado.

—Lo haré, gracias.

La realidad es que sólo quiero descansar, dormir y resetear. Hoy ha sido un día bastante agotador, por lo que estoy deseando ponerle fin.

De camino a mi *suite*, mi teléfono suena repetidas veces. Son mensajes. ¿Se tratará de John? Que esté tan callado y ausente me sugiere que no está tramando nada bueno. Menos mal que desconoce mi localización exacta. Sabe que estoy en San Diego, pero no en qué parte de la ciudad... y, por supuesto, no seré yo quien se lo ponga fácil. Él nunca ha viajado conmigo aquí, por lo que no tengo que preocuparme... de momento.

Según entro en el dormitorio, me tiro en la cama, bocabajo. El cuerpo me pesa como si estuviera cargando plomo... y la cosa se me complica cuando, para colmo, un sonido rompe mi calma en cuanto estoy alcanzando el sueño. Ni siquiera me he desmaquillado o desvestido. A estas horas me da todo un poco igual, aunque sé que terminaré despertándome de madrugada para desnudarme. Bostezo y lo intento de nuevo; sin embargo, el teléfono vibra debajo de mi brazo, por lo que doy un respingo.

¡¿En serio?!

Cuando abro la aplicación y leo quién es el remitente de los wasaps, me espabilo en un segundo. ¿Por qué tiene mi número? Yo tampoco disponía del suyo hasta ahora..., pero deduzco que es él por cómo se dirige a mí y por los detalles que da...

¡Será pesado!

Si su intención es molestar, lo consigue con creces.

Me he quedado con ganas de decirte que, como no tenías suficiente con un primo, ahora coqueteas con el otro. ¿No te da vergüenza?

Tu actitud es deplorable...,
y, por cierto, sólo me causa rechazo. Mañana hablaré con Carter, no
te quiero en el proyecto. Si es necesario, lo pararé hasta que él esté
recuperado, pero no pienso estar rodeado de personas con tan pocos
principios. 22.36

Que quede claro que no me molesta que te folles a quien te dé la
gana, pero... ¿a Kellan?, eso es caer demasiado bajo después de lo
sucedido entre nosotros. Es mi primo y sabes cómo nos llevamos. Tu
comportamiento deja mucho que desear, pero, como eres muy
morbosa, tú misma lo has dejado claro en varias ocasiones, doy por
hecho que forma parte de tu juego. Un capricho más. 22.37

Pero ¿tú de qué coño vas? No tienes ni puta idea, jamás haría algo
así..., aunque por respeto a él más que a ti. No sé con qué derecho te
crees para hablarme de este modo, y hazte cuenta de que no tienes mi
número..., que, por cierto, no sé cómo has conseguido. Háblame sólo
si se trata de Ian.
¡Que te den! 22.40

Pregúntale a Kellan si él viene con seguridad por la mañana. 22.40

¿Piensa que soy idiota? No, no paso por alto su comentario. Es muy listo o cree serlo.
Tontamente, se me escapa una sonrisa. ¡Pero ¿qué está sucediendo conmigo?!

Una manera muy sutil de averiguar si está aquí... No, ya se ha ido.
Él irá a primera hora y yo lo relevaré un poco más tarde. Ya lo
habíamos hablado, así que puedes dormir tranquilo..., aunque dudo
mucho que esto fuese realmente lo que pretendías saber. 22.41

Perfecto. 22.41

Perfecto. 22.42

Estoy a punto de soltar el teléfono en el colchón, cuando veo que está «escribiendo». Intento
hacerme la dura, pero, no sé qué pasa o qué es lo que tiene para engancharme así, en vez de
ignorarle por su comportamiento de anoche, de hace un rato y de ahora, me quedo esperando para
saber qué quiere decirme. Me recuerdo que por estas mismas razones no se lo merece; sin
embargo, parece que me he vuelto un poco masoquista.

¿No te importa que te saque del proyecto? 22.44

Tú eres el jefe y, si tanto te perturba mi presencia, paso, así tendré
más tiempo para mí, ya que, con suerte, Ian tendrá quien se ocupe de
él este mismo lunes. 22.44

Te creía más insistente. 22.45

Sólo con lo que me interesa. Y me conoces poco, no lo olvides.

No es mi intención conocerte más. 22.46

¡Qué idiota es recalcando algo que no se cree ni él mismo!

En ese caso, ¿qué haces perdiendo el tiempo hablando conmigo?
Tú solo te delatas, Nicholas. 22.46

Estás coqueteando conmigo de nuevo, pese a mis advertencias. 22.47

Y tú estás sonriendo, aunque no lo vas a reconocer. 22.47

En absoluto. Estoy tomándome unas copas a tu salud. 22.48

Para variar..., ahora entiendo por qué te has atrevido a hablarme.
En fin, buenas noches. Tengo mejores cosas que hacer. Un baño de
espuma me espera. 22.48

¿Es una provocación? 22.49

Ya te gustaría. Ahora soy yo quien te rechaza. 22.49

No te he pedido nada. 22.50

Ni yo te lo estoy ofreciendo, ni lo haré. Hasta la próxima. 22.50

A pesar de lo que acabo de mandar, una última pregunta ronda mi cabeza y no puedo dejar de hacerla.

Por cierto, ¿qué es lo que va a terminar mal? 22.51

Tu juego a dos bandas. 22.51

No sé de qué me hablas. Aun así, ¿eso quiere decir que preferirías
que sólo jugara a una? 22.52

Deja de estar en línea, pero, cuando vuelve a aparecer, se queda tal cual. La respuesta no llega inmediatamente. De hecho, creo que no lo hará, hasta que me sorprende... una vez más.

En estos momentos, a estas horas de la noche y según me encuentro,
sí. A la mía. 22.54

No soy un juguete con el que puedas divertirte sólo cuando a ti te
plazca. 22.54

Tienes razón. Por el mismo motivo es mejor dejarlo así. Eso sí, evita
provocarme con Kellan, porque, llegados a este punto, a tu hermano
no le gustará conocer la historia de un triángulo formado por sus dos
mejores amigos y su hermana. 22.55

Sólo cuando hablo contigo. Buenas noches, caprichosa. 22.56

¿Y ahora quién es capaz de pegar ojo? Me saca de mis casillas y, al mismo tiempo, me arranca una sonrisa... Esto tiene que acabar. No me gusta nada que Nicholas Thompson me robe el sueño... que se cuele en ellos y me haga vibrar como si fuesen realidad, envolviéndome en fantasías llenas de erotismo y sensualidad.

Rechazo

Al día siguiente, ya por la noche, me preparo para el compromiso que tengo con Kellan. En esta ocasión elijo un vestido asimétrico por el escote. Resalto mis ojos con un buen *eyeliner* y máscara de pestañas. Los labios, rojos, como mi atuendo. El cabello, suelto y con algunas ondas marcadas.

De camino a la inauguración, mi acompañante está taciturno, serio y sin apenas ganas de hablar. Una parte de mí se siente aliviada, pues hoy he amanecido apática y, encima, mi hermano no ha querido salir en todo el día de la habitación, Alba está tan ocupada que me ha dejado tirada y John no responde a mis llamadas.

Parece que todos se han puesto de acuerdo. Estoy colapsada. Mañana tendría que empezar con el proyecto, pero ya no estoy en él e Ian todavía no lo sabe. Necesito liberar adrenalina y me temo que no será esta noche. Aunque Kellan está aquí, su mente parece lejos..., demasiado.

Desde que nos conocemos, jamás se ha mostrado así.

Cuando llegamos al bar, éste está abarrotado de gente. El sitio tiene encanto, aunque el estilo de música que suena no es el mío: jazz. Él me lo muestra sin mucho entusiasmo; son de las pocas palabras que cruzamos. ¿Está enfadado porque anoche no le propuse subir? Sinceramente, no creo que sea el motivo. Nos llevamos bien, pero no hay nada más.

—Habéis hecho un buen trabajo, ¿eh? —le cuchicheo, dándole un ligero y cariñoso codazo—. Me gusta, y sólo está a diez minutos del hotel.

A nuestro alrededor hay un camarero con la bandeja alzada por si queremos una copa de cóctel. No dudo en aceptarla, que igual me anima un poco. ¡Lo necesito! A este paso me lo tatuaré en la frente, en la que, por cierto, resalta ligeramente el chichón que me hice anoche.

—¿Estáis satisfechos con este trabajo, Kellan? —añado ante su mutismo.

—Sí, estamos orgullosos de cómo ha quedado... —Comprueba su móvil y luego su reloj de pulsera—. Ahora vengo, espérame aquí.

Lo agarro del brazo. Su semblante, cada minuto que transcurre, es más apagado.

—¿Adónde vas?

—A saludar al propietario y a hacer una llamada.

—¿Todo va bien, Kellan?

—Sí...

No me lo creo, a pesar de su forzada sonrisa. Aun así, no insisto.

—Los baños, ¿en qué dirección quedan? Haré tiempo allí.

—No tardaré, no te preocupes. —Me acaricia la mejilla—. Están a la izquierda.

—Bien... Nos vemos aquí en cinco minutos.

Dejo la copa en la mesa y me encamino en la dirección que me ha indicado. El gentío me molesta a mi paso, incluso la música. Y, no sé si por tener divididos mis pensamientos, me pierdo al toparme con otro pasillo. Dudo entre continuar al frente o desviarme.

Entonces unos brazos me acorralan y una mano me cubre la boca de inmediato. Intento gritar, pero no puedo. No me da tiempo. Me lleno de impotencia al ser consciente de que me están encerrando en un pequeño y oscuro almacén.

—Suéltala...

—¿Qué te traes con Kellan? —¡Maldito sea! Libero el aire de mis pulmones al oír su voz. Es Nicholas Thompson, que con actitud amenazante se sitúa delante de mí—. ¿A qué estás jugando? Te lo advertí anoche, lo que hagas con tu vida me trae sin cuidado...

—No lo parece, y deja de hacer conjeturas estúpidas. *No-me-gus-ta-tu-pri-mo* —le escupo por sílabas, enfurecida por su manera de abordarme—. Déjame salir.

—No.

—¿Dónde está Ian? —De pronto soy consciente de que debería estar con él—. ¿Lo has dejado solo?!

—Sí, dormitando en el salón. He conseguido sacarlo de la cama y me ha dicho que, si le surge cualquier cosa, llamará a Kellan, que es quien se ocupará de él después de salir de aquí. Y no desvíes el tema. No he venido para informarte sobre Carter. Tenemos que hablar.

—¿De qué? Ya está todo dicho. Además, he tenido tiempo para pensar y comparto tu opinión: me arrepiento de lo sucedido entre nosotros —miento, rehuyéndole la mirada—. ¿Ves como no tenías que preocuparte? Ya se me ha pasado el capricho.

—¿Qué ha cambiado? —exige con arrogancia.

—¿Qué más da?

Me sujeta del mentón, forzándome a que lo mire. Lo aparto de un manotazo.

—No me toques —le advierto con fingido malestar.

—¿A qué se debe tu rechazo?

—Pero ¿qué quieres? —Da un paso más hacia a mí. Su olor se propaga a mi alrededor y entiendo el motivo por el cual me busca. ¡Capullo!—. Has bebido.

—¿Y qué coño pasa?

—Según he podido comprobar, tus ganas de sexo aumentan y flaqueas —replico, indignada—, dejando el arrepentimiento y tu fidelidad moral para el día siguiente.

—Deja de burlarte de mi puta debilidad, maldita seas.

Se afloja el nudo de la corbata y a mí los calores me suben. Esto no es normal.

—Quiero irme —murmuro con la boca seca.

—A mí, en cambio, sólo me apetece probar esos putos labios rojos.

—Nicholas... —jadeo, situando las manos en su pecho, tratando de crear una barrera entre ambos. Su frase ha calado hondo en mí, pues no me la esperaba—. Yo...

—Recházame o volveré a cometer la misma torpeza.

—Te aconsejo que dejes de beber. Criticas a mi hermano, pero luego...

—Estás temblando —me interrumpe, sorprendido.

—¡No empieces!

Se presiona las sienes, observándome con tanta furia que me sobrepasa. Sus ojos azules están más sombríos que nunca, aunque de igual manera siento que me pierdo en ellos.

—Esto no puede continuar así, Abie.

—No.

—Tengo ganas de besarte, tocarte, follarte. No está bien.

—No.

—Lo más ridículo es que no eres capaz de rechazarme o echarme.

—No.

—¡Basta! —Tiene razón. ¡Me siento tan idiota!—. Deja de repetir la misma palabra y sal de aquí antes de que haga una estupidez.

—Entonces, ¿por qué me buscas?

—No tengo ni puta idea, lo único que sé es que tienes el jodido poder. Porque, si me rechazas, no puedo hacer nada; de lo contrario, aquí estoy de nuevo y caeré.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, abrumada. No sé qué me está pasando con Nicholas. Suelo ser fiel a las promesas que me hago, pero, si él está cerca, se me nubla la razón. Me comporto de una manera que ni yo misma entiendo. Mi actitud está lejos de la que me propuse adoptar en este viaje. Los pensamientos de anoche, hoy, ahora, no los tengo tan claros. Nicholas le da la vuelta a la tortilla y, como una chica sin experiencia, me dejo convencer. ¿Lo peor? Que ni siquiera tiene la necesidad de liarse conmigo estando en sus cabales. Ha de haber bebido, y a mí, como mujer, me deja por los suelos.

La situación es patética. Por ello me juré no volver a liarme con él. Un juramento que de momento no estoy manteniendo. Tendría que mandarlo a la mierda. Ya.

—Abie.

—¿Qué...?

—Échame, joder —insiste, colérico—, o volveré a cometer otro error.

—No lo harás —trato de convencerlo, aunque la cruda realidad es que me estoy convenciendo a mí misma—. Creo que ya la he cagado demasiado en pocos días... Mi ex está a punto de venir a buscarme, así que se me suma otro problema y no necesito más...

Interrumpo la frase, pues él me distrae con su mordida de labio. ¿Estará nervioso, excitado o enfadado? ¡No lo sé...!, pero enreda las manos en mi pelo y se aproxima todo cuanto puede, sorprendiéndome. No me resisto, me dejo llevar con facilidad.

No hay un juego previo, la impaciencia nos vence y, sin más preámbulos, nos besamos con una pasión que me impresiona. Nos entregamos como dos locos hambrientos que no han practicado sexo en mucho tiempo. Su boca me sabe a como si estuviese bebiendo de una botella de whisky... y, entonces, la sensación de un bofetón hubiese sido menos violenta para volver a la realidad. Está borracho; sin duda sabe lo que hace, pero pierde el control sobre sí mismo, y yo sólo soy una marioneta a la que maneja a su antojo.

—Para —jadeo contra su boca.

Roza la cara interna de mi muslo con sus dedos.

—¡Para!

De un empujón, consigo alejarlo.

No sé qué percibe o ve en mi expresión, pero no es necesario que lo vuelva a rechazar. Se limita a marcharse en un fugaz segundo, como si nunca hubiese estado aquí y hubiera sido fruto de mi imaginación; sin embargo, mi cuerpo tiene otra percepción. Mis labios están ardiendo. El fuego se ha propagado más allá de mis muslos, donde él ha tocado.

«¡Ya basta, Abie!»

Aturdida, localizo el baño para adecentarme un poco.

El espejo me muestra una imagen de mí que me estremece. El cabello, despeinado; el vestido, subido, y el calor incendiándome sin retorno pese a que sé que no puede ser..., no con Nicholas. No obstante, mi subconsciente me lleva una y otra vez a él, sin plantearme ya conocer de momento a ningún otro. Mis propósitos iniciales se han ido a la mierda..., yo, que pretendía conocer hombres a diestro y siniestro en California.

«¿Cómo he llegado a esto?»

La noche tiene pinta de ser larga y no ha hecho más que empezar..., y aun así se han evaporado las pocas ganas que tenía de pasármelo bien. Quiero irme a casa, pronto. Menos mal que Kellan tampoco está por la labor de alargar mucho más la velada y, a las doce y media, nos marchamos. Durante el trayecto, nos conformamos con un poco de música. Cuando llegamos, le pido quedarme con Ian esta noche. No quiero tener que cruzarme con Nicholas en el hotel. Necesito poner en orden mis ideas antes de un nuevo encuentro.

—¿Por qué estás tú aquí? —me pregunta mi hermano.

—Hemos hecho cambios. ¿Qué haces despierto?

—No podía dormir... —Deja de hacer *zapping*—. Estás muy extraña, ¿todo bien?

—Sí, sólo algo cansada. Me voy a la cama, ¿vale? Mañana hablamos.

—De acuerdo...

En la habitación, me echo las manos a la cabeza. El sabor de Nicholas aún baila en mi boca y está presente en cada pensamiento. Cualquier tontería me lleva hasta él, y esto tiene que cambiar. Estoy desconcertada por la obsesión que está suponiendo para mí..., y que empieza a asustarme...

Me pongo un camisón, me lavo los dientes y me desmaquillo y, cuando estoy a punto de acostarme, oigo la puerta, la cerradura. ¿A estas horas? ¿Será ella? A pesar de la intriga, me

tumbo, pues no quiero volver a entrometerme en la intimidad de mi hermano. En poco tiempo soy consciente de que hoy no es mi día... ni mi noche.

Las dudas no tardan en despejarse.

Es él quien está a escasos metros... Se oye a Nicholas, cómo Ian lo saluda y lo invita a pasar; finalmente le ofrece una copa, que su amigo rechaza. Me alivia su decisión...

—¿Dónde te has metido? —le pregunta mi hermano—. Has desaparecido de repente.

—No me encuentro bien.

—¿Qué ocurre?

—He conocido a alguien, Carter. —El corazón me da un vuelco. Su voz es tan apesadumbrada y atormentada que me inquieta—. Hace unos días.

—¿Dónde? Si no sales.

—Es una historia un tanto peculiar.

—Bien... Supongo que he de felicitarte, estás pasando página.

—Ahí está el inconveniente.

—No quieres hacerlo. Te empeñas en aferrarte a ese pasado que ya no tiene sentido.

Miro hacia el techo, sorprendida todavía por las confesiones de Nicholas. Me encuentro otra vez, y en esta ocasión sin querer, invadiendo la privacidad de ambos... pero estoy tan cerca que resulta inevitable. Lo único que nos separa es mi puerta entrecerrada..., y el volumen de su conversación no es precisamente bajo.

—¿La conozco? —pregunta Ian. Me remuevo en la cama—. ¿Quién es?

—No... No la has visto nunca.

—¿Y cuál es el problema?

—Me atrae más de lo que me imaginé al conocerla y no me lo puedo permitir. Sólo es un enganche sexual, pero no me ha bastado con una noche... y tal vez se encuentre con alguien del pasado, un dato que no me ha gustado. Para colmo, ella me provoca y quiero más. Es la primera vez que me sucede desde que *ella* se fue y si algún día vuelve...

—Ya habrá rehecho su...

—No lo digas —lo interrumpe, subiendo el tono. Es incapaz de concebir que su ex haya retomado su vida y le preocupa que venga el mío. ¿Posesión? ¿Celos? Si apenas nos conocemos... Egoísmo—. Me estoy planteando irme lejos de San Diego una temporada.

—A eso se le llama huir.

—¿Y qué mierda hago? No estoy teniendo fuerza de voluntad para alejarme de...

—Thompson, no tiene nada de malo intimar con una mujer repetidas veces. Si ambos tenéis las cosas claras, déjate llevar. Tienes derecho a vivir.

—Puede confundirse y no quiero hacerle daño.

Doy botes en la cama cual niña del exorcista por la impotencia. ¡¿De qué va?! ¡¿Quién se cree que es?! ¿Qué parte de «no-he-venido-a-complicarme-la-vida» no le quedó clara? Estaría completamente loca si me permitiera cruzar ciertas líneas con él.

—¿Desde cuándo te importan los sentimientos de alguien que no sea *ella*?

Silencio absoluto.

—¿Por qué no me respondes, Thompson?

Se prolonga el silencio, hasta que Nicholas masculla:

—Deja de hacer preguntas, maldición, y ayúdame.

—Ya te he dado mi opinión. Diviértete y pasa página.

—De ella no me interesa nada más que el sexo —aclara con dureza.

¡Ni a mí de ti!

—Lo suficiente como para distraerte... Si la chica está de acuerdo, por supuesto.

¡Lo estaba o lo estoy! Ya no lo sé.

—No puedo pensar con claridad. He tenido un día de mierda y he bebido más de lo que debería. Esta costumbre tiene que acabar. Estoy hasta los cojones de todo.

—Quédate aquí, no cojas el coche en estas condiciones —le propone Ian. Flaqueo, me supera cuando se protegen—. Eso sí, cuidado: Abie está durmiendo en su habitación.

—¿Tu hermana? —eleva la voz.

—Chis. ¿Conoces a otra Abie?

—Será mejor que me vaya.

—¿Queréis dejar de jugar al gato y al ratón? —Ian confía tanto en él que no baraja la posibilidad de una posible atracción entre nosotros—. Podéis entenderos, joder.

Ahí está el problema, que nos hemos entendido demasiado bien... en la cama.

—Tienes la habitación de siempre disponible.

—No creo que sea buena idea. —No lo es. «Que se vaya, por favor»—. Espero que tu hermana esté dormida.

—Supongo, ¿por qué?

—He venido a desahogarme contigo, no con ella.

—Ya lo sé. No seas duro con Abie, dale otra oportunidad. Es rebelde a veces.

—Lo he podido comprobar —protesta con un gruñido.

—Anda, pasa y descansa.

Segundos después se oyen movimientos y puedo ver cómo una silueta pasa hacia dentro. Ian no es, de modo que se trata de Nicholas... Me ladeo e intento conciliar el sueño, pero soy incapaz. Si anoche fue complicado, con él tan cerca será imposible.

¿Qué estará haciendo Nicholas? ¿Pensará en mí? ¿Tendrá tantas ganas como yo de cruzar los escasos metros que nos separan para verme? Es morbo, tiene que serlo. Él lo describió muy bien. Este juego está resultando mucho más intenso de lo que imaginé... y ya ha quedado claro que no debemos continuar con él. No nos beneficia a ninguno... Aunque la teoría está muy bien, pero no entro en razón. Por su culpa, el desvelo continúa y, media hora después, sigo con los ojos como platos. ¡Así es imposible!

Me levanto y busco entre mis pertenencias los cascos para ponerme un poco de música, pero al

rato, como los brazos de Morfeo se han olvidado de mí, decido levantarme. Dejo todo en la mesilla auxiliar y salgo con sigilo. Ian está profundamente dormido en la sala y voy directa a la cocina, a beber un poco de leche caliente. Quizá de este modo, y como de costumbre cuando el insomnio me visita, pueda relajar los músculos, la mente.

¡Ah, mierda! Sofoco el grito al descubrir que en la cocina no hallaré la calma que persigo. Nicholas está dentro, anudándose la corbata, de pie al fondo, junto a la ventana, tomando un poco el aire. Al percibir una presencia, se gira inmediatamente. Estoy a punto de decirle «hola otra vez...», soy la misma de siempre...», pues, a pesar de que es conocedor de que estoy en esta casa, parece tan sorprendido como yo de nuestro encuentro.

Supongo que deambular por la casa a estas altas horas de la noche no es lo habitual.

—Venía a por leche —me excuso en voz baja, para no despertar a Ian.

Se muerde el labio superior y me observa de arriba abajo. «No, por favor.» Esta manía tiene que acabar también. ¿O lo hace a propósito? Qué desconcierto es estar a su lado.

—¿Por qué estás aquí? —cuchicheo, disimulando—. Es muy tarde.

—He venido a solucionar con Carter unos asuntos de trabajo. Ya me iba.

—Vale...

Intenta pasar de largo pero, él pretendiendo salir a toda prisa y yo tratando de darle espacio para no ser un obstáculo, nos movemos hacia la misma dirección, consiguiendo justo lo contrario, cerrarle el camino y acercarnos. La distancia entre ambos es casi nula.

Tras la tonta confusión, Nicholas me rodea y lo pierdo de vista. Doy por hecho que va a marcharse, tal como tenía previsto, pero al mirar hacia atrás advierto que ha cerrado la puerta para volver a ocupar la misma posición... justo delante de mí.

Y la sensación de sentirme muy pequeñita regresa, sobre todo al saber que le atraigo de verdad y que no soy simplemente un reemplazo en la cama para no tenerla vacía.

—¿Por qué me has rechazado de esa manera tan violenta? —demanda con evidente impotencia—. Si no paraste hasta conseguir que te follara, y repetidas veces.

—T-Tenías razón, es lo mejor.

—Ya no lo tengo tan claro.

—¿Qué quieres ahora, Nicholas? —Me vengo abajo. Está agitado, irascible y muy guapo—. Ian podría despertarse y...

—Quiero lo que me ofreciste. —Ignora mi última frase, como si no le preocupara—: Momentos, confidencias..., sexo... y, sobre todo, discreción.

—¿Para mañana arrepentirte? No, gracias.

—Sin compromiso —puntualiza, apretando los dientes. Parece que le cuesta pronunciar cada palabra. Intuyo que por el orgullo—. Ésa es la clave.

—¿Podríamos estar con otras personas...?

—Si es lo que te apetece, sí, excepto con Kellan.

—No es buena idea —musito con pesar. Él no da crédito. Sus ojos están entrecerrados,

posiblemente buscando entender por qué ahora me muestro reacia a la misma propuesta que yo le hice—. No me gusta que estén conmigo en la cama y hablándome de otra.

—Si es el motivo de tu rechazo, no volverá a suceder.

—Nicholas...

—Me he largado del puto local con unas terribles ganas de follarte y arrancarte ese vestido que resaltaba cada una de tus curvas.

—Cállate...

—¿Te das cuenta de cómo se me ha ido la cabeza? —A medida que habla, se desquicia más—. Y necesitaba impedir que cometieras la equivocación de liarte con Kellan.

—Pero ¿por qué te importa?

—Odio estar solo y tú complementaste esa parte que nunca antes me planteé... porque ni siquiera había dado pie a que sucediera, pero, por culpa de tu hermano, pasó. Y desde entonces no dejo de pensar en ello. —Resoplo con la piel erizada. ¿Por esto le preocupa John?—. Me diviertes con tus simplezas, con tus charlas sin sentido y tu eterna curiosidad. Me evado y es lo que necesito, olvidar, pero no quiero nada más allá de esto. No me lo puedo permitir.

—Yo tampoco —protesto ante su insistencia—. Esa parte está cristalina para ambos.

—¿Entonces? Dime que no has fantaseaba con que te follara en el almacén.

Me imagino la escena y gimoteo para mis adentros. Me desequilibro con sus razones para que retomemos lo que ambos deseamos. Esto se ha convertido en una tortura, y rechazarlo..., aún más.

—No es tan fácil...

—Ahora lo estás complicando tú —me acusa, desesperado.

—Tu historia es un tanto compleja y no sé si estás preparado para...

—¿No entiendes que me basta y me sobra con lo mismo que me diste esa noche? Sexo —enfátiza, contenido—. Compañía. Fin.

—¿Cómo sé que no se trata de otro impulso por haber bebido? Detesto tu comportamiento cuando te arrepientes y me culpabilizas de...

—Ya te lo he explicado y no lo repetiré de nuevo. ¿Te queda claro?

Asiento con la cabeza bajando la mirada, buscando el modo de rehuir esta extraña conexión que existe entre nosotros, pero Nicholas, dejando de lado el control, me atrae hacia él por la cadera, empotrándome contra su pecho. Por si eso no fuera suficiente, roza ligeramente mis labios, aunque no me besa, pues aguarda por si lo rechazo.

No soy capaz.

Vuelve a suceder.

Demanda mis besos con posesión, alzándome a horcajadas y con ansiedad sobre su cintura. Ambos emitimos un febril gemido en la boca del otro cuando me deposita sobre la dura encimera, colándose seguidamente entre mis piernas sin control alguno. Su mano aterriza justo en el centro de mi placer y gruñe al confirmar lo que ya intuiría, estoy húmeda, excitada sin que apenas me haya tocado. Pronto calma mi anhelo, al echar las braguitas negras a un lado e introducir un dedo

en mi interior. Mordiendo su labio, me impulso hacia delante por lo que me proporciona con su invasión.

—Nicholas...

—Chis. —Se distancia, dedicándome una mirada muy reveladora, y luego resbala su boca contra la mía, hambriento—. Chis. No digas nada. Sobran las palabras.

Entonces sé que no hay marcha atrás..., que no quiero que la haya.

Cambio de planes

—¿Abie?

Es la voz de mi hermano.

Nicholas y yo nos congelamos, sin dar un paso más pese a que nos morimos de ganas, con su dedo dentro de mí y su lengua recorriendo la comisura de mis labios. El deseo se incrementa a media que nos vemos forzados a interrumpir este íntimo encuentro.

Despacio, me deja vacía y se chupa el dedo. ¿Puede haber algo más sexy?

—Abie, ¿estás ahí?

—Maldita sea —protesta Nicholas entre susurros.

—¿Thompson?

—Sí —masculla éste, y se retira lentamente, como si le costase. De mí, para qué hablar; la humedad se ha extendido por mi cuerpo—. Voy.

Antes de alejarse por completo, acaricia mis muslos con la yema de sus dedos y me observa fijamente. Apenas puedo articular palabra, tengo un nudo en la garganta. La necesidad de sentirlo es urgente, tanto que me asusta. Él tampoco se oculta. Deduzco por su expresión que le excita el saberme tan ansiosa. No puedo evitarlo.

Estoy temblando como a él tanto parece gustarle... y como yo tanto odio mostrarme: débil, vulnerable.

—Te espero mañana —suena a advertencia.

—Vale...

Con un suspiro cargado de impaciencia, abre la puerta y se queda en el umbral. Ian no puede verme desde su posición.

—¿Qué necesitas?

—¿Y mi hermana?

—Tomando un poco de leche —miente Nicholas sin vacilar. Sabe hacerlo. Me quedo quieta, sin reaccionar aún. Él me hace un gesto con la mano, añadiendo entre murmullos—: Finge que estás muy adormilada. Muéstrate distraída.

No sé ni cómo consigo bajar de la encimera, andar o sostenerme en pie. Estoy nerviosa, muchísimo. No puedo quitarme de la cabeza lo que ha estado a punto de suceder.

Cada uno de mis sentidos reclama su atención.

—¿Por qué estaba la puerta cerrada? He oído un ruido. —Bostezo, estirándome exageradamente..., ganando tiempo para responder a mi hermano—. Abie, ¿estás despierta?

—No lo creo. Ha ido a por leche, yo estaba tomando agua y ni se ha inmutado. Parece sonámbula. La puerta la he cerrado yo para que no te desvelara, se ha tropezado.

Nicholas da tan convencido las explicaciones que hasta yo estoy a punto de creerlas. La sospecha de que miente frecuentemente me ronda de nuevo... y me crea cierta desconfianza.

—Abie, vete a la cama, anda —me pide Ian, riendo.

Con rapidez, no dudo en aceptar su petición, pues las piernas me flaquean como si me hubiesen pillado haciendo algo muy malo. Y la sensación es más excitante de lo que había imaginado... Sí, lo confirmo, esto es una locura; una de la que no quiero escapar.

—Me iré a casa, Carter —oigo de fondo—. Estoy mejor.

—Mañana visitáis el futuro hotel, ¿no?

—No, lo dejaremos para el martes. Aún está por ver el horario. No he hablado nada con tu hermana. —Doy por hecho que continúo en el proyecto. Sonrío.

—No te preocupes. Confía en mí y en ella.

—Lo haré.

Y esa frase suena tan vehemente, y quizá la interpretación que le doy es tan diferente a la de Ian, que me quedo satisfecha por esta noche..., sólo por esta noche.

* * *

—Abie. —Tengo la cabeza debajo de la almohada cuando oigo a Ian a lo lejos. Por costumbre, intuyo que desde la sala—. Abie, vamos, hay que preparar el desayuno.

Entonces recuerdo que estoy en su casa y la sola y tonta idea de salir de mi escondite me abochorna. La culpa me consume. ¿Qué pensaría de saber que pretendía montármelo con su amigo en la encimera? En mi mente enseguida se presentan las imágenes de las escenas de hace apenas unas horas y todavía tiemblo. El hecho de que estuviéramos en la cocina de mi hermano y que él pudiera pillarnos propició que el morbo aumentara.

He perdido el norte y... la vergüenza.

—¡Eh, Abie!

—Perdón. —Asomo la cabeza y seguidamente me aprieto los párpados, desperezándome. He dormido muy poco—. Voy enseguida.

—Más te vale. Tenemos que hablar.

Cada centímetro de mi hoy débil cuerpo se agarrota.

¿Nos oyó y disimuló porque Nicholas estaba presente? Ay, madre mía. ¿En qué me estoy convirtiendo? Menuda pervertida. Jamás hubiera pensado algo así. ¡Excitarme más por la

clandestinidad! Si mi sueño era vivir una intensa aventura en este viaje, a estas alturas puedo asegurar que lo estoy cumpliendo.

De camino al baño, en el que me aseo un poco, no puedo arrinconar las palabras de Ian. El tono empleado ha sido bastante serio. ¿Qué le voy a decir? No se me ocurre una excusa. No la hay. Estoy tan abochornada que por un momento dudo acerca de salir huyendo. Sin embargo, no tendría ocasión aunque quisiera, pues él me llama de nuevo para recordarme que me está esperando y no me queda otra que, con la cabeza gacha, salir.

—Preparo el desayuno —me excuso, evitándolo.

Noto cómo el calor inunda mis mejillas al pisar el suelo de la cocina... La imagen del rostro de Nicholas, con las facciones endurecidas, a escasos centímetros y él empujando sus caderas contra mí me bloquean. Su dedo dentro y luego en su boca... Señor, ¡me muero por repetir!, por retomarlo. Todo se me resbala de las manos y el desayuno acaba convirtiéndose en una odisea.

—He preparado café para ti y leche para mí —le comento a Ian—. No hay mucho más.

—No te preocupes.

—¿Te apetece una magdalena o...?

—¿Cuándo pensabas contármelo, Abie? —pregunta, ofreciéndome el asiento de enfrente. Las piernas se me debilitan. Lo sabe—. Se suponía que habías venido a desconectar, a pensar, a pasártelo bien o como quieras llamarlo, ¿y me encuentro con esto?

—Lo siento, yo...

—Para colmo vais a estar en el mismo hotel.

—Normal, ¿no? —musito, dubitativa. Estoy tan sofocada que no soy capaz de mirarlo. Me concentro en el vaso de leche—. No lo culpes a él...

—¿Lo defiendes? —me interrumpe, exaltado—. Pensaba que lo habías olvidado.

Alzo la mirada. Su frase no encaja para nada con la situación.

—Eh..., ¿de qué estamos hablando exactamente?

—Abie, ¿tú me estás escuchando? Estamos hablando ambos, no sólo yo, ¿no? ¿O acaso me he perdido algo? —Niego poco convencida, con la esperanza de que suelte qué está pasando sin necesidad de que yo continúe..., y quizá por el camino equivocado—. John está en California; me ha llamado porque tu teléfono está apagado y me ha comunicado que se ha alojado en el mismo hotel que tú.

—Se me apagó anoche...

—Sabías que él venía a buscarte, ¿qué es lo que me estás ocultando?

Estoy a punto de echarme a llorar por el alivio que siento. La presión en el pecho desaparece. ¿Quién lo diría? Como si el hecho de que mi ex estuviese aquí no fuera ya como para llorar. ¿Cómo ha conseguido el teléfono de mi hermano? ¿Y la ubicación exacta de donde me hospedo? ¿Ha dicho que se alojará en el mismo hotel? Entonces no encontraré el momento de ver a Nicholas... ¡No! Voy asimilando las palabras a medida que transcurren los segundos o minutos, no sé. Estoy desconcertada. ¿Qué voy a hacer?

Maldito John una y mil veces.

—¿En qué piensas? Abie, dime algo.

—Supe que venía... ¿ayer? —murmuro, vacilante. En este instante no sé ni en qué día estamos —. No lo recuerdo exactamente..., y se me pasó comentártelo, pero yo no se lo he pedido. Ni siquiera quiero verlo. Intenté prohibirle que apareciera por aquí y no me respondió. Ahora ya sé el porqué.

—¿Está al corriente de que estás conociendo a otro?

—¿A otro? —balbuceo. ¡¿Qué sabe, por Dios?!—. Ian...

—A Kellan, ¿no? ¿Qué te pasa, joder?

Suspiro, cubriéndome la cara con las manos, para esconder las ganas que tengo de echarme a reír. Menuda forma de empezar el día. Menos mal que la confusión no ha ido a más; de lo contrario, ahora mismo sabría lo mío con Nicholas y éste me ha pedido discreción. Se hubiese ido todo a la mierda. De modo que puedo sentirme afortunada. El lunes podría haber empezado peor.

—Perdona, estoy un poco adormilada —me excuso, y bebo leche—. Y no insistas con lo de Kellan. Somos amigos, nada más. Ya te he dicho que no es mi tipo.

—No me lo creo.

—¿Te tranquilizaría que estuviera con un amigo tuyo o qué?

—Un amigo, no, Kellan. No me fío de nadie más, excepto de Nicholas, pero él es un caso aparte. —Asiento sin nada que aportar, me lo temía—. ¿Puedes abrir?

—¿Están llamando?

—Pero ¿dónde tienes la cabeza, Abie?

—¡Buf! Dame mi tiempo. —Y reacciono tarde de nuevo—: ¿Quién es a esta hora?

—¿Lo preguntas? —Me encojo de hombros, despreocupada—. John.

—¿En serio?!

¡¿Y esta pasividad?! Me agobio al dudar repentinamente de cuál será mi reacción al verlo. En estos últimos meses me he mantenido firme, pero también es cierto que no he estado con ningún otro hombre hasta llegar aquí. Supongo que este hecho no tiene por qué cambiar mis sentimientos; sin embargo, hablando con Nicholas la otra noche, fui consciente de lo que escocía todavía la herida que tengo abierta por John..., o quizá por mí misma, por no valorarme como debía, y al expresarme me di cuenta de ello.

No lo sé, la verdad es que estoy hecha un lío.

—Mírame, Abie.

—Dime, Ian, no estoy para interrogatorios.

—¿Quieres volver con él? —pregunta, preocupado.

—¡No! Claro que no.

—Bien, entonces prepárate para lo que se te viene encima.

—No quiero que entres en esto.

—Lo sé. Tranquila, seguro que lo llevarás mejor de lo que imaginas. Confía en mí.

No sé a qué se refiere, ni tampoco trato de averiguarlo. John no se va a rendir con facilidad e Ian podrá inventar cuanto quiera, que no conseguirá que se dé por vencido.

Los nervios afloran cuando la puerta vuelve a sonar. Antes de abrirla, me observo en el espejo. Estoy un poco pálida, pero no me maquillo ni oculto mi estado. ¿Para qué? No es mi intención impresionar a nadie, mucho menos a John. Aunque él me conoce de todas las formas. Han sido muchas noches compartiendo madrugadas y amaneceres.

—¡Sorpresa!

¡Ah! No me lo puedo creer...

Al principio me quedo en *shock*, pero ella, animándome, me despierta del trance.

Emocionada, salto a los brazos de una de mis personas favoritas en el mundo. Mi muñeca de ojos azules y cara angelical. La estrecho con fuerza entre mis brazos, recordando hoy más que nunca la de veces que me refugié en ellos. No importaba la hora, Alba siempre estaba ahí para mí..., y ahora está conmigo.

—Pero ¿qué haces aquí? —susurro contra su cuello.

—¿De verdad creías que no haría nada para impedir que John te molestase?

Me alejo lo justo para ver la sonrisa de Ian, cómplice de la aparición de mi amiga.

—Me habéis engañado —protesto, burlona—. ¡Sois malísimos!

Cerramos la puerta y entonces sucede algo inesperado, inédito desde que estoy aquí. Algo que me acelera el corazón y me alegra el alma. Ian rompe a reír a carcajadas; tanto es así que coloca una mano en sus costillas malheridas. Yo termino acompañándolo, dando saltos de alegría al ver cómo sus ojos se vuelven pequeños por la diversión. Su rostro se transforma. Por fin lo reconozco. Es mi rubio, el hermano que perdí hace algún tiempo.

—John no está aquí, ¿no? —pregunto, esperanzada.

—No exactamente —comenta Alba, riendo todavía—. Sabe que estás en San Diego y ha venido, pero no tiene ni idea de cuál es tu paradero. Max me ha pedido que se lo dé, pero le he dejado claro que no iba a consentir que su hermano te jodiera «las vacaciones», así que le he anunciado que me venía contigo el mes y medio que tengo de descanso.

—¡Si me dijiste que no podías!

—Claro, por Max..., pero estos días hemos estado discutiendo sin parar y creo que nos vendrá muy bien tomar un poco de distancia... —Sé que esa palabra supone para ella un puñal en el pecho. Es muy tradicional y está evitando de cualquier manera una posible ruptura—. Ya sabes, algo temporal, aunque seguimos juntos.

—Ya, me imagino. Bueno, ¿y cómo has conseguido ponerte en contacto con Ian?

—He buscado el número de teléfono de su empresa por san Google.

—¡Qué lista! —Echo un vistazo a Ian, que sonríe desde el sofá—. Ya os conocéis entonces, ¿no? Quiero decir, os habéis puesto de acuerdo.

—Sí, telefónicamente —responde Ian—. Además, si no me equivoco, coincidí con ella una vez en Londres.

—Sí —comenta Alba con la dulzura que la caracteriza.

—Id a la habitación, no os preocupes por mí. Si necesito algo, os llamaré.

—Gracias, rubio. Menudo papelón que te has marcado.

Divertidas, nos despedimos de él y, aprovechando que nos quedamos solas, pongo a Alba al día con detalle de todo lo que ha ocurrido en mi vida durante estos días. Mi amiga no da crédito y la verdad es que no me extraña. Yo misma soy consciente de la montaña rusa de emociones en la que he vivido desde mi aterrizaje. Finalmente terminamos riendo como dos locas, como siempre, tiradas en la cama.

¿Quién me iba a decir a mí que mi mañana variaría tanto?

La mejor noticia, sin duda, es que Alba esté aquí.

—Y John dando vueltas buscándote —se burla—. En fin, que se distraiga mientras tanto. ¿Qué planes tenemos hoy?

—No lo sé, la verdad.

—¿Y por qué esa cara?

—Estoy pensando. ¿Sabes cuál es el problema de que hayas venido?

—A ver...

—Que mañana empezaré a trabajar y no podremos estar juntas todo el día.

—Bueno, en cuanto a eso, tengo algo que contarte. —Me alarmo frente a su seriedad. La animación se evapora—. Tranquila, no es nada malo. Sabía lo agobiada que estabas por lo de tu hermano y porque no llegas a todo, y hablé con él. Al principio dudó...

—No entiendo.

—Yo me encargaré de Ian, ya no tienes que contratar a nadie.

—¿Estás loca?

—Abie, ¿para qué estamos las amigas? Ya disfrutaremos cuando él se recupere.

—¿Te he dicho que te quiero? —Me abalanzo sobre ella—. ¡Eres la mejor!

La visión de mi estancia en California vuelve a transformarse. Con Alba todo es diferente, ella es especial. Y haré cualquier cosa por recompensarla. No está en su mejor momento, tanto en lo personal como en lo profesional, y le vendrá bien este cambio.

El día pasa entre risas y, al final de la tarde, ambas nos trasladamos al hotel, ya que, como excepción, esta noche se queda Kellan con Ian y, ya mañana, Alba se encargará de sus cuidados y necesidades. Nos lo pasamos bien agotando el tiempo en la piscina hasta última hora, aunque confieso que miro por cada esquina y cada rincón del establecimiento por el que me voy paseando. Ni rastro de Nicholas. Parece haberse esfumado. Durante el día es invisible para mí, o más bien lo soy yo para él. No da señales de vida. El que sí las da es otro...

¿Dónde queda la casa de tu hermano? Estoy perdido en California.

20.37

Pues vuélvete a Londres. 20.37

Pero ¿qué pasa contigo? ¿Tan poco te importo? 20.38

NO QUIERO VERTE Y, COMO NO
LO ENTIENDES, TE BLOQUEARÉ.
ADIÓS. 20.38

—Voy a ducharme —le comento a Alba.

—Vale...

Ésta, que mira de reojo los mensajes, muestra su preocupación. No deja de ser su cuñado y deduzco que no es una situación cómoda para ella. Por otro lado, le agradezco que esté de mi parte. Ella mejor que nadie conoce nuestra historia y lo mucho que he sufrido por él. ¿Soy muy mala persona si continúo sin ofrecerle ayuda? Me sorprende a mí misma, pero no tengo remordimientos. Tiene una opción: volver, tal y como le he dicho.

Ahora es lo que menos me preocupa, pues la visita de Alba me obliga a hacer un cambio de planes y me ilusiona más de lo que imaginé cuando le propuse que hiciéramos este viaje... en el que ahora está incluido Nicholas..., al que no puedo quitarme de la cabeza. Me apetece saber cuál será su reacción después de sus confesiones, si todo seguirá igual o, por el contrario, habrá vuelto a cambiar de opinión.

Perdida en mis reflexiones, me doy cuenta de que llevo en el baño más de media hora. Finalmente acabo la ducha, me enrolló el cabello en una toalla y me pongo el albornoz.

—Abie —me llama Alba sin abrir la puerta—. ¿Me oyes?

—Sí, ¿qué pasa?

—Voy a bajar un momento a por la cena.

—Alba, no seas tonta —replico, yendo a buscarla—. La suben a la habitación.

—Sí, pero me apetece estirar las piernas. Ya vengo.

—¡Alba!

Salgo para detenerla, pero entonces entiendo el *show* que acaba de montar. Nicholas está aquí, apoyado contra el escritorio. El repaso pertinente no falta; ya se ha vuelto una rutina que echaría de menos si no lo hiciera. No estoy muy presentable, por lo que me libero el cabello y lo peino con los dedos. Él, en cambio, está guapísimo: camisa blanca, pantalón y corbata negra.

—¿Necesitas algo? —pregunto, sin saber qué decir.

—Quería verte.

—No es un buen momento... —titubeo, señalando la puerta—. Mi amiga Alba ha venido y como entenderás no...

—Me ha dicho que no le importaría que salieras —rebate, impasible.

—¿Adónde?

—No lo sé. —Se aprieta el puente de la nariz—. Tú decides.

—Pero ¿cómo es que Alba te ha dicho eso?

—Le he preguntado.

—Me imagino: tú, tan expresivo —replico, sarcástica—. Quiero decir que cómo se te ocurre

preguntarle tal cosa sin saber si es de confianza o si...

—Tu hermano me ha puesto al día.

—Ajá... —Me cierro el albornoz, nerviosa. Su mirada está posada en mi escote y se está mordiendo el labio. Ay, Dios. ¿Por qué será esta vez?—. El chivato de Ian.

—¿Vienes o no?

—Lo siento, pero, pese a lo que haya podido comentar Alba —me cuesta acabar la frase, pues me muero de ganas por estar con él—, no me gustaría dejarla sola.

—Bien —exclama con sequedad.

—Nicholas...

—Déjalo —sentencia, tajante.

Acto seguido y sin dar o pedir más explicaciones, se marcha de la habitación dando un fuerte portazo... uno de tantos. Incluso me sobresalto, pese a que lo espero. Poco después, cuando Alba regresa, le reprocho su actitud. Ella se muestra relajada y no le da importancia al hecho de que en su primera noche en California la pudiese dejar plantada.

Media hora después entiendo el porqué. Sólo llevamos diez minutos de nuestra película favorita, *El lago azul*, y ya está dormida. No sé cómo lo ha conseguido con tanta rapidez, pues el volumen de la televisión está bastante alto, ya que abajo hay fiesta y la música se cuele en exceso en las habitaciones. Tanto es así que no me apetece dormir.

Salgo a la terraza, embobándome con la preciosa luna. Está llena... y el ambiente en la parte inferior me invita a moverme un poco, a contonearme con los ojos cerrados, evadiéndome... olvidándome del resto del mundo, de las tensiones de estos días, lejos del estrés, hasta que su voz irrumpe con la misma intensidad que su propuesta.

—Vístete, te llevo a bailar.

—¿Qué? —me giro, confundida.

—Lo que has oído. A una hora de aquí hay un sitio que te gustará.

—Mmm, demasiado lejos...

—Allí no me conoce nadie.

Vale. Lo he captado. De nuevo, *ella*, aunque no la mencione con claridad debido a nuestro acuerdo. Será mejor que cambiemos de tema o acabaremos mal. Me indigna tener que estar escondiéndome incluso para salir a bailar.

—¿Dónde has estado metido desde esta mañana hasta hace un rato?

—Trabajando —puntualiza, cortante.

Me apoyo en el cristal. Nicholas no termina de acercarse.

—Eres como los vampiros, sólo te veo por la noche.

—¿Y te resulta suficiente o quieres más?

—¿Estás coqueteando conmigo? —repito su frase de días atrás.

—Lo dudo. —Chasquea la lengua—. ¿Vamos?

—Es tarde..., y si hay que invertir una hora de ida y otra de vuelta...

—Es la segunda vez que me rechazas esta noche. —Su rostro se va transformando—. ¿Él está aquí? Tu hermano me ha comentado que te está buscando, ¿te ha localizado ya?

—No, ¿y qué te hace pensar que sería un motivo para rechazarte?

—Es obvio. —Coloca ambas manos en la superficie de cristal que nos separa, rozando levemente las mías. La sensación es indescriptible—. Sigues enamorada de él.

No pienso cometer el mismo error por el cual le reprendí: hablar de nuestros ex.

—Contigo me lo estoy pasando bien —musito finalmente.

—¿Y por qué no vienes?

—Con una condición... —lo desafío, humedeciéndome los labios.

—¿Cuál?

Estamos tan ensimismados en la conversación que no somos conscientes de lo que está ocurriendo a nuestro alrededor. Sus dedos y los míos se buscan, se entrelazan. Unas incesantes cosquillas me recorren todo el cuerpo, un hormigueo desconocido para mí.

—Nos quedamos en tu habitación —baluceo.

—No.

—¿Por qué? —pregunto, confundida ante su brusquedad.

—Jamás he traído a una mujer al hotel. Si voy a un bar y me interesa una chica, no dudo en irme a la cama con ella, si le apetece, por supuesto, pero esto pertenece a mi intimidad y es demasiado importante para mí no ofrecer lo que no podré dar.

—Algo serio —adivino, siendo consciente de adónde quiere llegar. Él asiente inmediatamente—. Ese tema lo hemos dejado claro. Jugamos a lo mismo.

—Entonces entenderás mi postura sin réplica alguna.

Juego con sus dedos. Él cierra las manos, evitando cualquier muestra de cariño.

—Por favor —insisto, sin darme por vencida. Estoy ansiosa de sólo pensar en sus manos recorriendo mi piel—. Me apetece verte un rato, y en la mía no podemos.

—He dicho que no.

—Como quieras. —Asiente, dando por hecho que ha ganado la batalla. Me temo que le queda todavía mucho por descubrir de mí. Ingenuo—. Voy a dar la vuelta hasta tu puerta y, si no me abres, deduciré que no tienes suficientes ganas de pasar un rato conmigo.

—Abie. ¡Abie!

Le dejo una nota a Alba por si se despierta y me enfundo un vestido casual. Voy descalza y con el cabello suelto, tan libre como me siento desde la llegada de mi amiga. Cinco minutos después, me encuentro en la puerta de la *suite* privada de Nicholas. Suspiro antes de llamar.

Respiro cuando él me abre.

—No es buena idea —insiste, obstaculizándome el paso.

—Eres muy cabezón.

—No más que tú —me reprocha, dominándose.

—¿Puedo entrar o no?

Mira hacia un lado y otro del pasillo, preocupado por si nos ven...

—Nicholas, no seas...

—He dicho que no.

—Entonces tendremos que vernos en otro momento. Buenas noches.

Me encamino hacia mi habitación, pero lo cierto es que lo hago muy despacio, a paso de tortuga, con la esperanza de que en cualquier segundo recapacite. Es de locos que tire una noche en la que podríamos pasarlo bien, sin prisas y sin necesidad de escondernos por sus «prejuicios». Sin embargo y contra todo pronóstico, no me detiene.

Su única respuesta es uno de sus ya famosos portazos. ¡Pero ¿este tío de qué va?! ¿Acaso piensa que cederé con facilidad siempre que así lo solicite?

Nada más entrar en la *suite*, suena un mensaje, y no he de ser muy lista para adivinar que es él. En el fondo le gusta llamar la atención..., y esa parte de él me hace sonreír.

Recuerda que mañana tenemos que ir al hotel. Allí te presentaré a alguien que se encargará de la supervisión, aunque yo estaré pendiente de todo cuando me sea posible, aunque no será todo el tiempo que quisiera. De todas maneras, ya sabes lo que busco y, si no, te lo recordarán. Se llama Grace, es de mi equipo. 23.03

Perfecto, así no estarás todo el día encima de mí. Antes pasaré por la oficina de mi hermano, pues su secretaria me dará lo necesario para tomar apuntes y medidas. 23.03

¿He de interpretar, por tu primera frase, que prefieres que esté debajo? 23.04

Esto no es serio... Aun así, no saciaré tu curiosidad, estás a tiempo de que te lo demuestre en exclusivo directo. ¿Has cambiado de opinión? 23.04

No. A no ser que quieras salir, ya conoces mi propuesta. 23.04

Y tú, mi respuesta. 23.05

Mañana en el hotel a las 9.30. Sé puntual. Buenas noches. 23.05

¿De verdad prefieres dormir con el calentón por orgullo y mantener fidelidad a vuestro nidito? Un hecho que, con seguridad, a ella ni siquiera le importa ya. 23.06

No hay respuesta, sólo silencio..., uno que no dura en exceso, pues pronto se oye un golpe en el alojamiento contigo..., el suyo...

Necesidad

—Joder, Alba, ¿no podías tener más cuidado? ¡Se lo hemos puesto en bandeja!

—Lo siento...

La mañana empieza de puta pena..., no se puede describir mejor.

Mi mal humor es evidente por lo poco que he dormido y, si a eso le sumamos lo que podríamos llamar «la cagada del siglo», sí, la mañana ha empezado de puta pena.

Max, sin confiar, o eso ha dicho, en la palabra de Alba sobre dónde está, le ha pedido la localización. Ella, por seguir protegiendo esa relación que, según parece, está bastante desgastada, ha caído en la trampa y mi ubicación ya ha llegado a manos de John.

Sí, su querido novio la ha traicionado. Se la ha jugado, vamos. Y es que, si yo en ocasiones soy algo patosa, Alba peca de ingenua e inocente muy a menudo.

—¡Es que tú no eres nadie para meterte en esto! —Asomo la cabeza a la terraza. Alba ha salido y está hablando por teléfono, supongo que con Max. Está bastante enfadada, deduzco, ya que ella nunca levanta la voz, no para discutir. Lo detesta—. Te ha faltado tiempo. Pues dile a tu hermanito que no estaremos aquí en todo el día, que no se moleste en venir a buscarla. Adiós.

Apesadumbrada, corta la llamada y se echa las manos a la cabeza. La imagen me conmueve y el absurdo cabreo se me pasa enseguida. No dudo en salir para acompañarla. Ella suele ser dramática por naturaleza, pero en este caso la entiendo.

Si hubiese sido al revés, estaría dándome de bofetadas por bocazas.

—Eh, tampoco te martirices —la animo, apartándole el cabello de la frente—. Así le planto cara a ese imbécil, para que nos deje en paz cuanto antes.

—No había necesidad de llegar a esto, no si Max hubiese sido más leal conmigo.

—Pero ha preferido serlo con su hermano y es lícito también. —Intenta morderse las uñas, pero se lo prohíbo. Es una de sus peores manías—. Venga, no pasa nada. Vamos a desayunar al bufet y, luego, a trabajar. Nos espera un largo día.

—¡an me lo pondrá fácil.

No le llevo la contraria, mejor no adelantar acontecimientos. Ella está confiada, aunque me temo que esa afirmación está muy lejos de la realidad que le espera... la misma que a mí.

¡Vaya dos! Sin más dilación, nos preparamos y seguimos con nuestros planes. Nos metemos un

buen desayuno entre pecho y espalda, en mi caso mucha variedad de fruta y zumo natural. Alba es más golosa y se decanta por dulces y cacao soluble.

En la medida de lo posible, seguimos poniéndonos al día y yo le cuento que echo de menos ir a correr por las mañanas, y que necesito tener mi propia rutina y organizarme un poco. Ella, en cambio, es más perezosa, aunque se mantiene en forma sin necesidad de hacer deporte, una suerte que muchas quisiéramos... Alargamos el tiempo lo máximo que podemos, pero finalmente no nos queda otra que salir del hotel. Fuera, y como sincronizadas, echamos un vistazo a nuestro alrededor: ni rastro de John, algo que nos alivia a ambas.

—Cuando acabe, iré a casa de mi hermano y me cuentas qué tal.

—Vale, tú también. Sigues sin noticias de... ya sabes, ¿no?

—Nada. Ahora nos veremos y a ver cómo actúa —le comento buscando las llaves del coche—. Estoy de los nervios y desde que llegué a California siempre se debe a lo mismo... o, mejor dicho, al mismo: Nicholas Thompson.

—Bueno, suerte.

—Gracias, la voy a necesitar.

Nos separamos definitivamente y me dirijo a la empresa de Ian y Kellan. Este último tampoco se encuentra ya ahí, sino que está en una reunión matutina. En la compañía me reciben bien al saber quién soy, hecho que agradezco. Me muestran cuál es el despacho de mi hermano, en el que me muevo con total libertad, sin que nadie me custodie. No la conozco, nunca había pisado esta oficina.

La última vez que estuve en California Ian todavía no poseía todo lo que tiene ahora, ni tampoco era socio de Kellan. El interior no me sorprende nada. Es grande, amueblado con estanterías que están repletas de carpetas etiquetadas. La decoración es rústica, de colores tan oscuros como se ha vuelto él... Algún día espero convencerlo para darle vida a su espacio de trabajo y a su casa. No pierdo la esperanza.

Ya con todo lo necesario en mi poder, parto hacia el hotel.

Desde fuera se ve precioso. Es infinitamente más pequeño que el anterior, pero no menos especial. Hay empleados de otros oficios ultimando detalles, como el color de las paredes frontales o el tipo de césped y las plantas del exterior. Y Nicholas, ¿dónde estará? Esta mañana tampoco me he cruzado con él en Love on the Beach. Saco el teléfono para llamarlo, pero, antes incluso de buscarlo en la agenda, una voz femenina se dirige a mí por mi nombre completo.

—Sí, soy yo —me presento. Es una chica joven, morena y muy elegante—. ¿Grace?

—La misma, un placer. ¿Me acompaña? Nicholas la espera en la zona de recepción.

—Claro y..., una duda..., ¿podemos tutearnos?

—Por supuesto —comenta, sonriendo—. Es menos incómodo, sí.

—Además de que debemos de tener más o menos la misma edad.

—Veintisiete, ¿tú?

—Veinti...

—Aquí se viene a trabajar —irrumpe la voz de Nicholas.

Sujeto la carpeta que llevo con fuerza para justamente no darle un carpetazo en la cabeza. ¿Cómo se atreve a interrumpirnos con tanta brusquedad? No tiene tacto alguno... Me pregunto si algún día lo tuvo. ¿Cómo puede ser tan bruto? Pero, a medida que lo observo, el enfado va menguando. Está guapísimo. El color azul le sienta tan bien...

«¿En serio, Abie?!» ¿Qué voy a hacer conmigo? Soy una blandita por dejarme deslumbrar así. ¿Desde cuándo soy tan simple y superficial?

—¿Preparada para dejar claras ciertas especificaciones?

—Por supuesto —murmuro, ajustándome la falta corta, de tubo. No es un estilo que vaya conmigo, pero quería optar por un *look* elegante y, por su modo de estudiarme, no creo que le disguste. Nicholas me come con la mirada y yo... no tengo remedio. Ansío otro rato a solas con él —. ¿Por dónde empezamos?

—Por el principio, siempre por el principio, Abie.

—Claro... —Y apostillo—: Nicholas.

Rechina los dientes liberando un suspiro y camina hacia delante, pidiéndome con la mano que lo siga mientras que con la izquierda se abotona la chaqueta. Grace se mantiene en un segundo plano, pero acompañándonos. Los espacios por donde pasamos son abiertos y elegantes..., el estilo que empleará. Tiene un aire moderno, pero con ese toque sofisticado y único.

¡Qué nervios! Ha llegado el momento y sé que no puedo defraudar.

Reúno todas mis energías para concentrarme en el trabajo; es cierto que me gusta jugar con Nicholas, pero ante todo soy una profesional y odio hacer las cosas mal. Más aún con lo importante que es para mí este proyecto. Ian ha puesto a mi disposición todo lo que necesito para que cualquier trámite se agilice de inmediato y con varias empresas, tanto de mobiliario como del resto de detalles, preparadas para trabajar con la rapidez que requiere Nicholas. Es mi carta de presentación en California y, si algún día decido pasar una larga temporada aquí..., me vendrá bien añadirlo a mi currículum.

De modo que anoto lo necesario, le pregunto continuamente por sus preferencias y también le doy algún consejo, sugerencias. Él acepta pocas, aunque Grace interviene y me ayuda a salir del apuro..., pues si Nicholas es testarudo, yo, insistente.

Horas después acabamos la primera visita. Mi ilusión por este proyecto aumenta. La entrada, el espacio de recepción y la zona de descanso han quedado claros. Tengo medidas tomadas y estoy en disposición de llevar a cabo los primeros bocetos de prueba.

—Grace, si no te importa, ¿puedes dejarnos solos, por favor?

—Claro, señor. Un placer, Abie.

—Igualmente —me despido con simpatía.

Estamos en la salida, a escasos metros del coche que he alquilado temporalmente. Nicholas observa con interés mi carpeta, mis notas. ¡Señor, dame paciencia!

Un poco molesta por su intromisión en mi labor, se la muestro directamente.

—No hace falta que supervises mi trabajo con lupa; de hecho, me gusta realizarlo sin esta excesiva presión. —Y puntualizo, por si las dudas—: Sólo con la justa.

—Es mi obligación, ya que se trata de mi reputación.

—Y también de la mía, no lo olvides. Es tu hotel y mi trabajo —recalco con énfasis, y añado—: Confía en mí.

—Te he dicho que lo haré.

—No lo parece. ¿O sigues cabreado por lo de anoche? —Se guarda las manos en los bolsillos y chasquea la lengua—. Porque, en todo caso, soy yo quien tendría que estarlo.

Echa un vistazo a nuestro alrededor, rígido, y, cuando me devuelve la mirada, su semblante se ha transformado. La dureza destaca en sus atractivas facciones.

—Vamos a dejar algo claro: en horas laborales no hablo de mi vida personal.

—Vaya chorrada —replico con los ojos en blanco.

—Que espero respetes.

—Perfecto, entonces me despido. —Guardo los apuntes—. Me voy a correr un poco.

Su expresión varía al otro extremo. Se torna más ¿simpática? ¡No lo sé! Nicholas es como un puzle al que le falta encajar las últimas piezas y te quedas con las ganas de completarlo.

¿Me permitirá alguna vez verlo disfrutar sin ocultarse tras su dura fachada?

¡Odio que me desconcierte así!

—¿Vas a qué? —me pregunta, alzando una ceja—. Repítelo, Abie.

—He dicho que me voy a correr... —suelto, pero de repente me interrumpo, confundida. ¿Qué puede ser tan gracioso? Analizo la frase y, sin poder controlarme, me echo a reír. Suena muy erótica o quizá ambos somos muy malpensados—. A ver, que voy a salir a correr un poco..., a hacer deporte, ya sabes... Y deja de mirarme así, que no sé si estás... Es igual, déjalo.

—No, dilo.

—Lo siento, pero en mi horario laboral no cuento mis pensamientos privados.

—Aprendes rápido.

—Soy una excelente empleada. Quizá tengo un buen jefe, he de descubrirlo todavía. —Enseguida soy consciente de que estoy coqueteando de nuevo. No sé cómo me las apaño, pero no puedo evitarlo—. En fin, he de irme. Que tengas un buen día.

—Abie, espera.

—Dime... —Lo miro por encima del hombro—. ¿Qué pasa?

—Quiero verte luego y no es una petición, sino una orden.

Se me cae la carpeta al suelo por el impacto de su frase. Es directo, intenso...

Pero ¿cómo se puede pedir algo tan natural enfadado?

¿Y por qué a mí me tiene que sofocar tanto?

—¿Me hablas de trabajo? —finjo no entender su sugerente invitación o como lo llame.

—Por supuesto que no.

—Entonces, hasta que no esté en el coche, no podré contestar a esa pregunta. —Me encojo de

hombros—. Sólo allí significará que mi jornada laboral aquí ha terminado.

Se muerde el labio y asiente. Sus ojos cobran un brillo especial... burlón, precioso. Es fácil perderse en el azul de su profunda y penetrante mirada...

—Adelante. —Me cede el paso.

—Gracias.

Sonriendo, entro en el vehículo, un Mini rojo.

Cuando cierro la puerta, doy un respingo. Él se ha agachado y está llamando con los nudillos a la ventanilla. Ni siquiera me ha dado tiempo a que me acomode. Es muy impaciente..., y ese lado suyo me cautiva, sobre todo cuando se trata de sexo.

—¿A qué hora podré verte? —pregunta sin rodeos en cuanto bajo el cristal. Está cerca, muy cerca—. Estaré disponible a partir de las nueve.

—Pues... llegaré después de cenar con Ian y Alba en casa de mi hermano, calculo que sobre las diez. Cuando vaya a salir, te aviso. Por cierto, ¿puedo pedirte un favor?

—Depende. —Enseguida está alerta—. ¿De qué se trata?

—Relájate... Mi ex ya sabe dónde me hospedo y será cuestión de horas que nos veamos, pero igual podrías evitarme un mal trago...

—No entiendo —masculla, pellizcándose el puente de la nariz. Su actitud ha vuelto a variar—. ¿Qué tengo que ver yo en vuestra historia?

—Prohíbeles a tus empleados que lo alojen allí. No me sentiré cómoda si está todo el día detrás de mí. Quiero que tu hotel siga siendo mi refugio.

—Lo será. —El corazón se me acelera sin motivo—. Mándame sus datos por mensaje y los reenviaré al hotel.

—Ahora mismo, y... gracias.

—No hay de qué.

Le resta importancia; eso sí, serio..., mucho. No obstante, no se lo tengo en cuenta; no después de lo que hará. Posiblemente él no tiene ni idea de lo que esto significa para mí; aunque me encantaría contárselo, tampoco se lo haré saber... pues, en ese caso, conocería otro de mis puntos débiles con respecto a él y creo que ya estoy mostrando suficiente.

Saco el teléfono, escribo el nombre y el apellido de John y añado una foto suya y su fecha de nacimiento.

Le doy a «Enviar».

—Ya está.

—Me ocupo de ello ahora mismo —dice con voz grave—. Te espero esta noche.

—Contaré las horas.

Se incorpora, alejándose poco a poco hasta que se da la vuelta. Menos mal, porque he estado en un tris de cometer la torpeza de robarle un beso... Y es que me cuesta ignorarlo, incluso en estos instantes en los que estoy a punto de perderle la pista. Ay, esa forma de andar al estilo jefazo prepotente me vuelve completamente loca.

* * *

A las cinco estoy en casa de Ian. Le paso todos los datos recabados del hotel y le cuento un poco cómo me ha ido, pero, a medida que transcurre la tarde, me quedo sin palabras. No se ha quejado ni una sola vez y Alba parece encantada con su «nueva obligación»... remunerada, claro. Se entienden con facilidad y Kellan, que llega horas después, comparte mi opinión: tendríamos que haberla llamado antes. Nos alivia en cierta forma que no se lo ponga tan difícil como a nosotros, pero es que la diferencia es abismal.

Ella es tranquila, paciente, amable, dulce, aunque, al mismo tiempo, explosiva, pues su físico es muy llamativo y pocas veces pasa desapercibido.

—¿Os quedáis a cenar? —nos pregunta Alba. Miro la hora. Las nueve en punto. Pensando en la propuesta de Nicholas, cambio de opinión—. Eh, Abie..., Kellan dice que sí, ¿y tú?

—La verdad es que estoy bastante cansada —le miento, guiñándole un ojo. Estoy segura de que captará cuál es mi intención—. Vuelvo mañana.

—Vale —se conforma, sonriendo.

—Ian, ¿todo bien? —me intereso por mi hermano. Está en el sofá, con el ordenador encima, pero la mirada perdida—. Estás muy callado.

—Concentrado en el trabajo —puntualiza, y sé que no me está contando la verdad. Tampoco insisto. Está bien atendido y en buena compañía, por lo que no me preocupa Leila—. Por cierto, he hablado con Nicholas y está muy contento con tu comportamiento. Me alegro de que la cosa haya mejorado..., que esté fluyendo.

—¿Qué esperabas? Tienes una hermana maravillosa.

—Sin duda. ¿Estás segura de que no quieres quedarte? Kellan cenará con nosotros.

—Lo he oído, Ian. —Pongo los ojos en blanco—. Hoy no me apetece; en serio, estoy agotada.

—No insistiré.

—Será lo mejor, pesado.

Me despido de todos, cojo mis cosas y bajo por las escaleras, pues en el edificio reina el silencio y me dan un poco de mal rollo los ascensores en sitios así a estas horas. Cuando llego al último escalón, la puerta de la entrada se abre, sorprendiéndome... Esperaba ver aparecer a cualquier vecino menos a él. Está en todas y en ninguna parte. Nunca cuando lo busco.

Nicholas parece distraído, hasta que me descubre. Tampoco intuía que me hallaría aquí, estoy convencida, pues mira en mi dirección repetidas veces. Finalmente se guarda las llaves en el bolsillo trasero con rapidez y, de una zancada, se planta frente a mí.

—¿Adónde vas?

—Al hotel —le respondo, insegura—. ¿Y tú?

—A ver a tu hermano y, de paso, a ti.

La frase me pone la piel de gallina. Su lujuriosa mirada muestra lo que no expresa en voz alta

con palabras. Está impaciente; puedo sentir las ganas que tiene de desnudarme, de tocarme..., de sexo puro y duro. También advierto su autocontrol, ese mismo que viene acompañándolo desde que nos conocimos y, sobre todo, desde anoche, cuando prefirió rechazarme a dejarme entrar en su *suite*, y hoy está pagando las consecuencias. Necesita tenerme, pronto. Y yo, para qué mentirnos, estoy deseando que llegue el momento.

—Entonces no subas y vámonos —lo reto con un ronroneo.

—Carter sabe que venía —se justifica atropelladamente, y ordena—: Espérame en tu habitación; le daré una excusa y estaré allí en veinte minutos.

—Bien...

—Abie. —Me detengo justo cuando voy a pasar de largo. Lo observo con un suspiro—. Desnuda, por favor.

—V-Vale.

Entra en el ascensor y desaparece, dejándome tan nerviosa que apenas me reconozco. Es cierto que me produce morbo su actitud, su impostada frialdad, pero no entiendo por qué me suscita tanta alteración. De igual manera me voy con la idea de obedecerlo, no por él, sino por mí. No me apetece andarme con tonterías; hoy no quiero preliminares, lo necesito dentro con urgencia..., con una que me sobrepasa, que me confunde.

El camino se me hace interminable y, al llegar, me doy una ducha rápida para esperarlo en albornoz. Cuando suena la puerta, mi cuerpo ya sabe qué vendrá a continuación y el calor me asalta de pies a cabeza, como si ya estuviesen repartiendo caricias por él. Insiste y me niego a hacerlo esperar, pues yo tampoco puedo más. Abro con una sonrisa, a punto de lanzarle una de las mías, pero cualquier palabra queda atascada en mi garganta.

Me quedo helada...

—Abie —susurra John al verme. Se cuela sin que me dé tiempo a negarme, cerrando la puerta tras de sí, y me estrecha entre sus brazos como si yo fuera una muñeca de trapo—. Dios, me moría por verte; te echo tanto de menos...

—S-Suéltame y no empieces.

Me aparto de malas maneras, empujándolo.

Busca mi mirada, en la que quizá encuentre más decepción que nunca, pues, contra todo pronóstico, su presencia sólo causa en mí malestar, trayendo recuerdos que me parten el alma y que no esperaba..., noches en mi cama llorando, pataleando, sin entender por qué me engañaba. Le he dado tanto cuando no se merecía nada..., y, al percatarme de ello como nunca, el rechazo está más presente que antes. Las reflexiones compartidas con Nicholas aquella noche también lo están. Quizá de ahí que me encuentre tan herida. Con la distancia he sido consciente de cuánto daño me ha hecho, de lo que sobra en mi vida y lo poco que aporta.

—¿Ésta es tu forma de recibirme? —me reprocha como si tuviera derecho a hacerlo.

Su cabello rubio está re peinado. Va con vaqueros y una camiseta de manga corta.

—Me gustaría que te fueras —le digo con firmeza—. Quiero hacer mi vida y tú no entras en

ella. Si antes ya lo tenía claro, aquí...

—Has conocido a alguien, ¿verdad?

—Sí —respondo con orgullo.

—¿Y me lo sueltas así sin más?

—Le doy la misma normalidad que tú a ponerme los cuernos. No vas a cohibirme.

—¿Vas a ir rodando de cama en cama? —Me asquea su manipulación—. Tú no eres así, que yo sepa. ¿Qué ha pasado en este viaje, Abie?

—Que me he dado cuenta de lo mucho que he perdido el tiempo justo por no ser así.

—¿Dónde está el cabrón al que te follas?

—*Cá-lla-te* —separo la palabra en sílabas, acelerada.

—¿Lo has conocido aquí?! —Señala las cuatro paredes—. ¡¿En este hotel?!

—¡Te he dicho que te calles! —Le propino un empujón hacia la puerta—. No quiero volver a verte, esto se ha acabado definitivamente. ¿No lo entiendes?

—Estás a tiempo, Abie, por favor.

Abro la puerta para invitarlo a que se marche, pero hay alguien detrás de ésta. El corazón me da un vuelco... Al otro lado, Nicholas señala hacia dentro.

—¿Todo bien por aquí? —Contempla mi albornoz, desvía la mirada, una asesina, y carraspea—. Me ha parecido oír algún grito.

—¿Y éste quién es? —interviene John a mi lado. No sé qué responderle—. ¿Abie?

—Soy Nicholas Thompson, propietario del hotel y, por tanto, tengo la potestad de echar a cualquiera que rompa la armonía de éste —aclara con prepotencia—. Vivo aquí mismo y no dudaré en tomar las medidas oportunas si veo que no se cumplen las normas establecidas por la dirección del establecimiento, es decir, las mías.

—Lo siento, ha sido un malentendido. —John baja el tono—. No habrá más gritos.

—Por supuesto que no. Que tengáis buena noche.

—Gracias —musito, disfrazando mis ganas de sonreírle.

—Cualquier cosa...

—Abie —lo interrumpe John, sin importarle su presencia.

—Vete —protesto con los dientes apretados.

—Ya la has oído —ordena Nicholas sin que le tiemble el pulso—. Si eres tan amable, por favor. —Le indica la salida—. Repito que no permitiré escándalos aquí.

John lo mira desafiante, pero Nicholas no se viene abajo, sino todo lo contrario. Da un paso amenazante hacia él. Instintivamente me pongo en medio de ambos. La imagen debe de ser brutal. Mi ex y el hombre con el que me estoy acostando..., y yo en albornoz...

—Espero que recapacites y me llames mañana, Abie. Estoy en el hotel de al lado.

John hace amago de marcharse, aunque interpreto que espera a que intervenga, cosa que, por supuesto, no haré. Su comportamiento es ridículo, pues no se va sin antes chocar su hombro contra

el de Nicholas, provocándolo, aunque éste mantiene el tipo porque le hago un gesto de negación con la cabeza.

—No merece la pena —musito en apenas susurros.

—Lo sé. Buenas noches.

No respondo, me limito a cerrar llena de rabia..., pero por estar a punto de llorar, y no de pena, por pura impotencia, por la magnitud de mi enfado y por no poder desahogarme como quisiera. ¡¿Quién se cree John que es para no permitirme rehacer mi vida y cuestionar cómo quiero llevarla ahora?! ÉL, que siempre ha hecho lo que le ha dado la gana con excusas tan típicas como que estaba trabajando, y yo, imbécil de mí, tragándomelo.

Por supuesto que mañana hablaremos lejos de aquí y me liberaré. Le haré entender lo que significa en la actualidad él para mí: un maldito cero a la izquierda. Le dejaré claro que no suscita ninguna emoción positiva en mí..., ya no. California se ha convertido en mi paraíso personal.

Me quito el albornoz y me pongo un vestido de estar por casa, sencillo, ancho y cómodo. Bebo un poco de agua para relajarme y me siento al borde de la cama con una barrita energética que cojo de la nevera. La termino pensando en lo sucedido. De pronto, oigo la puerta. No están llamando, están abriendo. Me alarmo pensando que John haya podido hacer alguna locura... y entonces se asoma él.

—¿Puedo pasar? —pregunta con cautela.

—Un poco tarde, ¿no? Ya estás casi dentro. Y, no, preferiría que no, no me fío de que John regrese más tarde y nos pille juntos. La liará y será peor.

—Bien. —Asiente con la cabeza y parece decepcionado—. Deduzco por tu excusa que no te apetece pasar un rato conmigo.

—No es eso... —explico, agobiada—. Entiende mi postura.

—Lo hago: ha venido tu ex y yo paso a un segundo plano. Lógico.

—No digas estupideces. —Hago un aspaviento. ¿Acaso le molesta la presencia de John? Otra pregunta sin respuesta—. A ver... llévame a bailar a donde querías que fuéramos anoche.

—No creo que sea el momento, y además hoy está cerrado. Será mejor que me vaya.

—Eh... —Lo agarro del brazo—. Vamos a tu *suite*, allí nadie nos molestará.

—Sabes que no puedo.

—Vuelves a hacerlo. ¿Recuerdas que esta mañana me ha quedado una pregunta por contestar porque estaba en mi horario de trabajo? —Parece sorprendido de mi cambio de tema; aun así, asiente, agarrotado y con su gesto habitual—. Luego no has insistido y yo la he dejado en el olvido..., pero vuelves a hacerlo, te muerdes el labio y te repito la frase, pero completa. Deja de mirarme así, que no sé si estás nervioso, enfadado o excitado..., y me gustaría tanto saberlo... No puedes hacerte una idea de cuánto.

—¿Tu ex te acaba de montar un numerito y a ti te preocupa cómo estoy? No te creo.

—Eres mi prioridad ahora mismo, Nicholas —coqueteo con él, sensual, como sé que tanto lo enciende—. Llévame a tu habitación y déjame que te lo demuestre.

—¿Por qué tanto interés? —me plantea, receloso.

—Aquí no podemos... y lo necesito. Te has convertido en mi vía de escape.

Lo veo tragar, pues la nuez se le pronuncia y, con la mandíbula contraída, se echa a un lado. Sé que me entiende, que de alguna forma le sucede lo mismo. Me invita a salir, pero, justo antes de hacerlo, le robo el fugaz beso que hoy no he podido darle, haciéndole saber que no se va a arrepentir de esta decisión. Nos merecemos una noche larga, apasionada, sin prisas y sin tener que escondernos. La noche que hemos estado postergando pese a la necesidad de ambos.

Ella

¡Madre mía! Cuánta urgencia. Me coge de la mano y prácticamente me arrastra.

Entramos a toda prisa en su *suite*, como si se tratase de dos ladrones. Él incluso me oculta con su cuerpo y se asoma por última vez al pasillo, por si alguien nos ha visto... Entonces entiendo su rapidez; no se trata de mí, ni siquiera de él, sino de *ella*... Desde mi punto de vista, exagera, pero sólo Nicholas sabe cómo debe gestionar su intimidad.

Intuyo que todo está en orden cuando cierra la puerta con un suspiro cargado de alivio.

—¿Quieres beber algo? —rompe el silencio con voz ronca.

—¿Qué tienes?

—Pide y se acabó. —Cojo aire, prohibiéndome que me contagie su mal humor. Me siento en el sofá del fondo, el que está junto a su ya conocida terraza—. ¿De qué te ríes?

—De ti. ¿Por qué siempre estás a la defensiva?

—Porque me llevas la contraria continuamente y no sé por dónde saldrás.

—Tan malo no debe de ser cuando me buscas.

—No empecemos.

No es mi intención discutir, no.

Va al minibar y saca un par de cervezas. Me mira de reojo, pidiendo en cierta manera mi opinión, y asiento sin más. Él las deposita en la pequeña mesa que tenemos justo enfrente, luego desaparece por la puerta que hay a mi izquierda y, cuando regresa, sirve un poco de picoteo: queso, frutos secos y aceitunas. Me sorprende el detalle.

—Mmm, qué pinta. Eres un buen anfitrión.

—No siempre.

—Conmigo, sí, y es lo que me importa. —Pestañeo, coqueta—. Ven.

Doy unos toquécitos en el sofá para que se siente a mi lado. Nicholas accede, aunque a paso lento. Su incomodidad resulta evidente, supongo que por lo que comentó anoche, que nunca ha traído a una mujer aquí, hecho que me sorprende... y que no sé si creerme, pues hoy ha cedido demasiado rápido para lo rotundo e inquebrantable que fue ayer. ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido para que cambie de opinión? Pero ésa es otra de las preguntas que quedarán en el aire... La lista es tan interminable que no me acuerdo ni de la mitad.

—¿No se supone que me has traído a bailar? —Nicholas me lanza una mirada de las que me encantan..., de esas cargadas de impaciencia, salvajes—. Pon un poco de música.

—No es el lugar más idóneo.

—¿Crees que alguien tendrá el valor de venir a reclamarte? Ni de coña, eres el que manda. — Abre la cerveza y niega con la cabeza. Quiere reírse, lo sé—. Además, puedes ponerla bajita.

Se saca el móvil del bolsillo y, a través de éste, enciende la música en un altavoz grande y gris que hay a unos metros de nosotros. Suena *When I look at you*. La conozco; de hecho, la tarareo antes de dar un breve sorbo a la cerveza.

—¿Qué vas a hacer con él? —Esquiva la mirada brevemente—. Respóndeme.

—¿De verdad tenemos que hablar de esto?

—¿De qué quieres hablar?

—De ti y de mí —ronroneo, acercándome, jugueteando con su corbata—. Me gustaría saber si tenías tantas ganas de verme como yo a ti.

—Más de las que quisiera.

—¿Y te molesta? —contraataco sin titubear.

—No voy a negártelo.

—A mí me encanta saberlo.

—Lo doy por hecho.

Lo sujeto por el cuello de la camisa y lo atraigo hacia mí. Su mordida de labio está ahí, y esta vez no tengo dudas de a qué se debe. Sus ojos recorren sin disimulo mi silueta y yo tampoco pretendo esconder la urgencia que siento por esto..., por un beso violento, posesivo. Termino subida a horcajadas sobre sus rodillas mientras me ciñe contra su cuerpo por el trasero. Mete las manos debajo de mi vestido y lo desliza por mi piel hasta deshacerse de él. Quedo desnuda de cintura para arriba y Nicholas aprovecha para hundir su boca entre mis pechos. Madre mía... Dejo caer la cabeza hacia atrás, gimiendo sin poder reprimirme. El placer se incrementa a una velocidad de vértigo.

—Me vuelve loco que siempre estés tan receptiva —confiesa, lamiéndome un pezón.

—No pares...

—No supliques así —exige con voz entrecortada.

—Y tú no ordenes así...

—Maldita seas, Abie.

Se desabrocha la cremallera y rebusca entre sus bolsillos hasta que finalmente encuentra el preservativo. Estoy a punto de preguntarle si siempre los lleva encima y de manera tan accesible, hasta que echa mis braguitas rojas a un lado y cualquier pensamiento queda anulado al sentir que entra en mí. Joder. No es suave; al contrario, es brusco, duro.

—Nicholas —sollozo de puro placer.

—Lo sé —gruñe, enloquecido.

Las embestidas van cargadas de desesperación, sobre todo a medida que aumentan. Entre

gemidos, me muevo a su ritmo, envolviéndolo por la nuca al tiempo que busco sus besos. Nicholas me los devuelve con la misma pasión con la que arremete en mi interior una y otra vez... y una más. Dentro, fuera. Intenso, perdiendo control.

Finalmente, lo noto tensarse, y no me resisto.

Me rompo con él entre brutales espasmos. Al acabar, apoyo la frente en la suya y cierro los ojos, sintiendo su acelerada respiración muy cerca de mi boca.

—¿Siempre llevas condones encima? —me atrevo a preguntar casi sin voz, con la necesidad de saciar mi curiosidad.

—Antes, sólo cuando salía por las noches. —Abro los ojos, buscándolo. Está atento a mí—. Pero, desde que fui a tu habitación a buscarte y no me rechazaste, siempre.

—¿P-Por qué?

—Desde que te conocí, aunque tratase de imponerme lo contrario —hace una breve pausa—, temí que pudiésemos necesitarlos, y no me equivoqué.

Me río con su comentario. «Temí»..., como si follar fuese algo negativo o prohibido.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú, Nicholas. —Le doy un toque en la punta de la nariz—. Tú.

—Se está haciendo tarde.

—Si he llegado hace apenas...

—Abie —me advierte, y me obliga con premura a que abandone la postura en la que me encuentro—. Mañana tenemos que madrugar.

—No entiendo cuál es la diferencia entre salir por ahí o quedarnos aquí más tiempo. De habernos ido al lugar que pretendías, el camino era largo y...

—Ya te lo expliqué ayer. Me he dejado convencer porque necesitaba terminar con esta agonía, pero se acabó. No puede volver a suceder esto en mi habitación.

—Tu maldita conciencia. No le debes nada a nadie —le reprocho, indignada, y empiezo a vestirme; él también, dándome la espalda una vez que se incorpora—. Vuelves a hacer que me sienta como una mierda y ya te he dicho que no me gusta.

—No empieces.

—No te preocupes, que ya me voy.

—Abie. —Me coge del codo y me prohíbe el paso—. Te agradecería que no me lo pusieras más difícil.

—¿Difícil? ¡Pero ¿qué es tan complicado?! —trono ante el sentimiento que me invade—. ¿Que dos personas se lo pasen bien? ¡Eres muy dramático!

—Estate quieta.

—¡Pues suéltame! —Intento zafarme, pero, por el contrario, de un empujón me encuentro con los labios de Nicholas a escasos centímetros de los míos; un acercamiento propiciado por él que no deja indiferente a ninguno de los dos—. ¿Qué quieres ahora?

—Que no te vayas así.

—Tarde. —Resopla, agarrándome por la cintura. Está más serio de lo habitual y parece que va a estallar en cualquier momento—. ¿Qué estás haciendo?

—¿No querías bailar?

—¿A esto le llamas tú bailar? —me burlo sin poderlo evitar, aunque odio que me convenzan con tanta facilidad. Él tiene esa habilidad—. Con lo bien que te mueves en la cama y lo soso que eres en el baile.

—Basta.

—Sígueme, que te voy a enseñar.

Ahora es él quien intenta poner distancia, pero no se lo permito.

Me empiezo a mover contra su cuerpo, contoneándome e incitándolo a que me siga..., pero no, Nicholas no es tan dócil, por lo que me veo obligada a coger sus manos y moverlas de un lado al otro, en plan loco, sin compás alguno. En uno de esos pasos, nos tropezamos y terminamos en la cama, yo encima de él. Cuando voy a retirarme, preocupada por si lo he lastimado, Nicholas sonrío... abiertamente, dejándome ver sus perfectos y alineados dientes. ¿Puede ser más guapo? Me rindo y me quedo cubriendo su cuerpo, echándome a reír con él. Sus dedos pronto están rodando por la parte baja de mi espalda.

—¿Ya te has recuperado? —musito con sensualidad.

—Me temo que sí.

Rompo a reír a carcajadas y, entonces, percibo una mirada diferente en él..., serena, cómplice, que se esfuma enseguida, sustituida por otra llena de deseo, de esas que suben la temperatura, y sé que la noche será más larga de lo que Nicholas Thompson quisiera.

* * *

Horas después nos encontramos tumbados en la cama, relajados.

La habitación huele a sexo. La sensación del orgasmo todavía dura en mi cuerpo, pues apenas tengo fuerzas y los temblores se alargan. Miro a Nicholas, con la necesidad de preguntarle muchas cosas y, al mismo tiempo, con la certeza de que no responderá a ninguna. ¿Qué pensará? Me está observando fijamente, sin cortarse un pelo.

Mi posición es bocabajo, con los codos sobre el colchón y la mandíbula apoyada en mis manos. Él está de lado, mirando hacia mí. Casi nos rozamos, aunque ninguno se mueve para terminar de acercarnos.

¿La tendrá en su cabeza?

Yo, sin embargo y contra todo pronóstico, no he pensado en John; no se lo merece. Hace unos meses tomé la decisión de ser más egoísta y parece ser que en ese sentido no me estoy fallando. Me lo debía. California me está transformando.

—¿Debo sentirme especial por estar aquí? —me aventuro a plantear con un hilo de voz—. Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir —me interrumpe, agobiado—. Eres más vulnerable de lo que crees. Tu mirada manifestaba tristeza; estaba apagada y realmente he creído en tu palabra, en tu necesidad de huir de los problemas a través del sexo.

—No lo había pensado así... —Me deja reflexiva, y entonces lo pillo en un renuncio. Antes ha asegurado que me había dejado entrar por su necesidad, pero ahora acaba de confesar la verdad, y me fascina más—. Entonces estoy aquí porque te he dado pena.

—Estás aquí porque he odiado verte tan frágil y tratando de disimularlo.

No sé qué decir. No lo creía tan observador en lo sentimental. Me conmueve; algo dentro de mí cambia con respecto a él, y al mismo tiempo me abrumba que así sea.

—Va siendo hora de que me vaya —murmuro, levantándome.

Le doy la espalda y cojo mi vestido del suelo. Me lo pongo zarandeándome para que resbale por mi piel desde arriba hasta pasar por mis caderas y me giro para saber cuál es su reacción ante mi desnudez. Su labio lo delata. Madre mía, ¿es insaciable?

—Que tengas buena madrugada, Nicholas.

—Igualmente.

—Mmm, antes... —reconozco, recogíendome el pelo— quiero saber algo.

Coloca ambas manos detrás de su cabeza, en la nuca, y añade:

—Qué novedad.

—¿En qué pensabas cuando hemos acabado? —Carraspea mirando hacia el techo—. He tenido la sensación de que tu mente estaba muy lejos de aquí.

—Estoy cansado —se excusa secamente.

—Vale... pues que sueñes con los angelitos; bueno, no, mejor conmigo y no con ésa..., que intuyo que tu pesar en estos instantes es por *ella* y...

—Natacha.

—¿Perdón? —pregunto, acelerada. Ese nombre...—. ¿Cómo me has...?

—Ésa se llama Natacha —puntualiza con énfasis.

—Ah... —Con el corazón a punto de salirse de mi pecho, me dirijo a la puerta—. Hasta mañana.

—A qué se debe tanta prisa.

—Ya he acabado con mi propósito aquí. —Finjo una frialdad que no siento, no justo al intuir lo que está sucediendo—. ¿A qué hora nos vemos en el hotel?

—A las once, tengo una reunión antes. —Y luego me ordena—: Sal con cautela.

Es justo lo que hago. En menos de un minuto estoy en mi habitación.

Cojo el móvil. Tengo un mensaje de John..., aunque desde un número que no es el suyo. Es de madrugada, por lo que no puedo ponerme en contacto con Kellan. Tampoco sé si debo hacerlo. Estoy hecha un lío. Finalmente decido responder al pesado de mi ex y esperar al amanecer por si he aclarado mis ideas, aunque la noche va a ser larga... mucho.

Soy John. Como me tenías bloqueado, he adquirido este nuevo

número. ¿Qué está pasando? ¿Qué ha sido de la mujer de la que me enamoré? Cuando te marchaste, pensé que necesitabas tiempo, ya que, durante el que llevábamos separados, te he dado espacio, pero aun así nos veíamos casi a diario. Sin embargo, no esperaba esto de ti. Quiero verte. Necesito que hablemos. 00.38

Hazte a la idea ya de que esto se acabó hace meses. Lo tengo más claro que nunca. 04.17

¿Qué haces despierta a estas horas? 04.17

No es asunto tuyo, sólo quiero que me dejes en paz. Pensaba decírtelo a la cara y en una charla más tranquila, pero, si me ahorro ese mal trago, mucho mejor. No quiero que seas un problema más. Créeme, no es el momento y ya no me interesa nada de ti. 04.18

Eres muy radical. Recuerda que la otra vez me perdonaste meses después y estabas en la misma situación, conociendo a otro. Me propuse cambiar por ti y lo he logrado. 04.19

La que ha cambiado en esta ocasión he sido yo, asúmelo de una vez. No volveré a dejarme pisotear por nadie, y mucho menos por ti. Déjame en paz. 04.19

Mi intención es reconquistarte, dame una oportunidad. He de volver a Londres mañana mismo, por la tarde, pues en el trabajo no me conceden más días. Por favor, hablemos antes de mi regreso; lo necesito para no irme con este mal sabor de boca. 04.20

Está bien, pero te aseguro que es inútil. No voy a cambiar de opinión. 04.21

¿Dónde quedamos? No te vas a arrepentir. 04.22

Te avisaré cuando termine con mis obligaciones. 04.22

Dejo el teléfono y voy directa a por un paracetamol. El dolor de cabeza no mengua, sino que aumenta. ¿Será Kellan capaz de lo que intuyo? De ser cierto, sería brutal...

No quiero ni pensarlo.

Será mejor tratar de descansar, asimilar la información y decidir qué hacer con ella.

* * *

Al amanecer tengo las ideas más claras. Conociéndome, no puedo callarme, por lo que, a pesar de lo temprano que es, contacto con Kellan. Apenas he dormido, pues hay imágenes que no puedo borrar. Recuerdo con claridad que vi sin querer en su móvil cómo se mensajaba con una tal

Natacha. Nicholas no se equivoca, pero ¿por qué su primo le oculta que no sólo conoce su paradero, sino que además mantienen contacto?

Soy bastante intuitiva y no suelo equivocarme en ese sentido, pero esta vez espero hacerlo.

Hola, soy Abie. Necesito hablar contigo urgentemente. ¿Podrías venir a verme? 07.33

¿Ahora? ¿Ian está bien? 07.35

Sí, se trata de otro asunto. Es importante. 07.35

Ok, salgo enseguida. 07.36

Me cubro con una fina bata violeta y doy vueltas por la habitación.

¿Qué voy a decirle? ¿Lo confesaré?

De ser cierto, ¿podré ocultárselo yo también a Nicholas?

Sé que es una bomba que está a punto de estallar. Si por algo me caracterizo es por ser leal, y callar un secreto de tal magnitud no entra en mis planes..., no con mis principios.

Cuando llaman a la puerta, abro enseguida. La expresión de Kellan manifiesta quizá temor. Entonces me doy cuenta de que puedo estar a punto de resolver el enigma que hay entre él y su primo. A decir verdad..., por un momento dudo si quiero saberlo.

—¿Qué necesitas?

—Ya sé por qué Nicholas y tú estáis distanciados —suelto a bocajarro, y le ofrezco que se siente. Él niega con la cabeza, apretándose los párpados—. Has omitido algunos detalles sobre ese tema.

—¿Adónde quieres llegar?

En su voz percibo un deje de desconfianza.

—Respóndeme, por favor.

—Sí... —Mira el reloj repetidas veces, inquieto—. Él no se fía de mí.

—¿Tiene motivos?

—Abie...

—Conoces el paradero de Natacha —afirmo sin ninguna duda. Su actitud lo delata—. Dime que tú no eres la razón por la que se fue.

—No sé de qué me estás hablando.

—Vi cómo te mensajeabas con ella, Kellan.

Se da la vuelta y apoya la frente contra la pared, martirizado. No me lo puedo creer..., ¡lo sabía! Esto es tan sucio que no tengo palabras para describirlo. ¡Joder! Odio las injusticias, me calan tan hondo como si la perjudicada fuera yo misma.

No sé qué decir ni cómo actuar.

Voy en busca de un zumo; tengo la boca seca y un nudo en la garganta que apenas me permite respirar. Es tan fuerte lo que acabo de descubrir que me arrepiento de haber metido las narices

donde no me llamaban.

—¿Cómo ha sido capaz de traicionar así a su primo?

—Nicholas no puede saberlo —suplica, y me da la cara. Está llorando, ¡encima!—. Nos hemos criado como hermanos, pero a veces la vida nos pone en tesituras inesperadas.

—¿Te ha merecido la pena? —le reprocho, sin dar crédito.

—No es un calentón, estamos enamorados. Y no quiero hacerle más daño a él.

—Cuando se entere...

—No se lo dirás. —Me echo las manos a la cabeza—. Abie, por favor.

—Tiene derecho a saber la verdad... —Se me apaga la voz—. Por Dios, Kellan.

—¿Para qué? Ya no tiene sentido, ¿no lo entiendes? Natacha es feliz. Alquilamos una casa en las afueras de San Diego y paso los fines de semana allí con ella.

—No entiendo nada... —confieso, ausente—. ¿Lo dejó por tí?

—A veces no todo es como parece o como se cuenta.

—¿Cómo habéis llegado a esto?

Estoy en estado de *shock*.

—Mi tío nos pilló, y por ello Natacha se marchó, pero no hemos dejado de vernos. La relación entre mi primo y yo era normal, hasta que vio que su padre y yo hablamos en voz baja... e hizo sus suposiciones —se expresa, atormentada y atropelladamente.

—Sí, Ian me relató esa parte... —replico, ensimismada—. Nicholas tiene todo esto muy claro, que había algo raro ahí, y lo estáis haciendo quedar como un loco, lo que no es justo. Lo peor de todo es que continúa sufriendo dos años después y vosotros...

—No me juzgues —dice con la intención de marcharse—, no tienes ni idea.

—¡Pues cuéntamelo!

—No es asunto tuyo.

—Lo es porque... —Me interrumpo al ser consciente de mi error.

—¿Por qué? Dilo.

—¡No desvíes el tema!

—Entonces límitate a divertirte como estás haciendo.

—¿Qué mierda insinúas? —Lo zarandeo—. ¿A qué viene esto?

—No soy el único que tiene secretos, Abie, y lo sabemos muy bien.

—No te entiendo.

—Quizá sea mejor así. —Da un paso atrás con las manos en alto—. Adiós.

Da un portazo que podría hacer temblar los cimientos del hotel..., una costumbre muy familiar... Y aquí estoy yo, sola, en el centro de la estancia, con todas esas respuestas que necesitaba y que ahora no querría tener..., no cuando se trata de dañar a alguien... Si anoche me acosté con dolor de cabeza, ahora no me encuentro mejor, por lo que me pongo ropa deportiva para salir a correr: un pantalón corto y un *top* de color fucsia. Ni siquiera desayuno. Necesito descargar adrenalina.

En pocos minutos estoy corriendo por la playa. Lo cierto es que no consigo relajarme.

¿Qué voy a hacer?

Kellan y Natacha. ¿Hay mayor traición que ésa? Enamorados... ¿Qué circunstancias los harían acercarse para que terminaran así? ¡Qué más da! No tienen corazón. Nicholas sería capaz de cometer una locura si descubre la verdad. ¡¿Entonces?! Y no puedo pedirle consejo a Ian, ambos son sus amigos. Lo obligaría a elegir, a posicionarse al lado de uno de ellos. Sería un daño colateral de esta historia. No se lo merece.

—Abie.

—Pero qué...

¡Joder! Me detengo en seco, girando el rostro hacia mi izquierda. Nicholas me ha alcanzado sigilosamente, o quizá yo estaba demasiado concentrada en mis reflexiones. No importa. Lo cierto es que me sorprende su estado. Respira de forma acelerada, como cuando está mosqueado. Lleva puesto un chándal gris y una camiseta de tirantes, ancha...

Está guapísimo y demacrado.

Una profunda tristeza se apodera de mí ante el secreto que guardo y que podría dar el vuelco a su vida que él tanto está anhelando. Al mismo tiempo, me asusta confesarlo.

Controlo las ganas de abrazarlo, de consolarlo; no entendería por qué.

—¿Q-Qué haces aquí, Nicholas?

—He visto salir a Kellan de tu *suite*.

—No es lo que parece —balbuceo, acorralada.

—¿Y qué es lo que parece, Abie?

Me gustaría gritarle cómo me siento, confesarle que estoy hecha polvo por él. ¿Cómo salir de esto sin que haya ninguna persona perjudicada? Es imposible. Me duele. Me duele por él, pues estoy siendo testigo día a día de lo presente que la tiene, y ella, mientras tanto, se refugia en los brazos de su propio primo. ¿Cómo ha podido ser capaz de llegar tan lejos?

—Qué excusa me vas a dar esta vez —exige, amenazándome con su cuerpo muy cerca del mío. Está fuera de sí—. No la hay, ¿verdad?

—Pero ¿me has estado espionando y siguiendo o qué?

—No, he oído un portazo y me he asomado..., pero estaba desnudo y no he podido salir tras él, así que me he vestido cuanto antes, aunque ése no es el tema. ¿Qué quería tan temprano?

—Nicholas...—Cojo aire, buscando las palabras exactas para no meter la pata.

—¡Sólo te pedí una condición, maldita seas!

—Y la estoy cumpliendo. —Le acaricio la mejilla y se aparta como si le hubiese dado un bofetón. Me asesina con la mirada por mostrarme así en público—. Te lo prometo.

—¡¿Qué pretendes con este juego?!

—No me grites —replico, crispada.

—Pues no me mientas.

—Estás sacando las cosas de contexto...

—¿Qué-que-rí-a? —mastica entre dientes, agarrándome por la muñeca—. Es la última vez que

te lo pregunto, Abie. Respóndeme... o, de lo contrario, ya me estarás contestando.

No soy buena para mentir. Exprimo mi cerebro, intentando hallar la forma de salir de este embrollo, pero no trabajo bien bajo presión, en ningún ámbito de mi vida.

—¡Habla!

—No puedo decírtelo —confieso, bajando la mirada.

—Entonces recoge tus cosas y vete del hotel.

Contradicción

—Pero ¿de qué vas? —le recrimino, sin dar crédito—. ¿Me estás echando del hotel?

—Ya lo has oído.

—Te recuerdo que no estoy de gratis, que mi hermano ha pagado como cualquier otro huésped y que no he hecho nada que altere la convivencia allí. ¿Que no quieres volver a verme? Perfecto, pero no me iré, al igual que no dejaré mi trabajo.

—¿Me estás desafiando?

—¡Te estoy poniendo en tu sitio de una puta vez!

—*¡No-me-gri-tes, mal-di-ción!* —vocifera, desencajado.

Miro su mano para que me suelte, pero Nicholas se resiste a hacerlo, de modo que, de un zarandeo, me libero de una vez por todas. Si él supiera cómo me encuentro porque hay algo en mi interior que me impulsa a querer protegerlo de esta historia que hace mucho que le está haciendo daño... ¿Y cómo me trata? No me lo merezco, aunque él no lo sepa.

Por las noches se comporta de una manera y por el día, de otra, confundiéndome. Y ya estoy cansada..., quizá por todo en general, y esta gota ha terminado de llenar el vaso que estaba a punto de rebosar. Ian, John, Kellan, Nicholas... Si hace apenas unos minutos no sabía cómo gestionar esta situación, con su comportamiento, mi visión cambia completamente. He tomado la decisión de apartarme de él, de su primo y de todo lo que los rodea.

Debo mantenerme al margen y hacer mi vida con normalidad. Por unos polvos no me merece la pena complicarme aquí como juré no hacer..., y casi cometo ese error... otra vez.

—¿Ya has acabado de advertir y amenazar?

—Grace se ocupará de ti y de supervisar el trabajo bajo mis órdenes, aunque yo no esté presente —me comunica, sin un atisbo de arrepentimiento—. Lo haré por...

—Mi hermano. Me sé la frase. Permíteme que no te lo agradezca.

—¡No esperaba otra cosa! —brama con impotencia.

—¿Algo más?

—Con tu frialdad estás demostrando que lo de Kellan es cierto —insiste, con la certeza de que miento; está convencido.

—Estoy demostrando que mi privacidad es mía y que, si no me da la gana, no la comparto...,

pero prácticamente me estás obligando a ello.

—Porque ocultas algo, reconócelo de una puta vez.

—Hablas como si te debiera algún tipo de lealtad. —Levanta el mentón con orgullo—. Y no, no oculto nada, pero piensa lo que te plazca.

Lo dejo con la palabra en la boca y echo a correr. No espero que me siga. Lo voy conociendo y su rostro manifestaba cierta hostilidad hacia mí, además de asco... En el fondo tiene razón para no fiarse de Kellan, pero ¿yo qué le he hecho? Otra pregunta cobra incluso más fuerza que la anterior: ¿tengo derecho a terminar de romper la poca armonía que queda entre ellos? No me siento capaz de poner a Kellan contra las cuerdas. No es asunto mío, aunque últimamente parece que todo lo relacionado con Nicholas Thompson lo sea. Y lo peor es que hasta este preciso momento no he hecho nada por evitarlo.

Me he cegado por buenos ratos de cama... ¿Cómo he podido ser tan simple?

Es hora de poner el freno de mano a esta aventura con Nicholas.

Me paso hasta las nueve de la mañana corriendo. Luego regreso al hotel, me ducho y me preparo para ver a Grace; lo que no imaginaba era que en mí descubriría cierto vacío al no volver a encontrarme con Nicholas, al no trabajar codo a codo con él. He cometido el fallo y la estúpida torpeza de acostumbrarme con facilidad a su compañía. Aun así, finjo que no me afecta y me concentro en lo que me compete.

A las dos de la tarde quedo con John en un bar de la playa. Está pendiente de mí, me piropea como tantas veces hizo durante nuestra relación. Insiste en lo que ya no puede ser. Sólo me produce lástima, pero no por él, sino por el tiempo que he malgastado por su culpa. De todos modos, como dicen por ahí..., no siempre se pierde, sino que se aprende.

—Te espero en Londres, Abie.

Madre mía..., la despedida se torna una tortura.

¿Es que no hablamos el mismo idioma?

—No —niego con rotundidad, apoyándome contra la fachada del restaurante. Hace un calor impresionante—. No te voy a dar falsas esperanzas.

—Entonces volveré en breve.

Colma mi paciencia como no tiene idea. Su presencia me molesta; siento un profundo rencor hacia todo lo relacionado con nuestra relación. No quiero ni oír hablar de ello. Odio que la mencione como algo bonito..., pues fue una mentira por su parte.

—Hablaré con mi jefe y, en un par de semanas, volveré.

—No te atrevas a hacerlo, John. Quiero ser libre, ¿no lo entiendes?

—Pero estás con otro.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Se te pasará, Abie, y recurrirás a mí, lo tengo claro.

—Sigue soñando.

—Lo haré. Tengo una idea: no volveré con una condición. —Me encierra, poniendo ambas

manos a los lados de mi cabeza, sobre la pared—. Necesito mantener contacto contigo mientras sigues aquí. No perderte del todo.

Por un segundo creo que me besaré, pero me escabullo por debajo de sus brazos y lo evito de cualquier manera. No soporto su cercanía, mucho menos cualquier tipo de intimidad. Me darían arcadas... John sonrío como si estuviera en situación de bromear.

—¿Qué me dices? —Sujeta su maleta y alza una ceja—. ¿Aceptas la condición o no?

Un momento... Centro la mirada detrás de él. ¿Me ha parecido ver a Nicholas? Es imposible. Me estoy obsesionando. A saber dónde estará. Por lo poco que se ha dejado conocer, intuyo que ya soy un punto y aparte en su vida. Ojalá pudiera decir lo mismo.

—Eh, mi vuelo sale pronto. ¿Sí o no?

Acepto.

Lo hago por aplacarlo y mantenerlo lejos de mí, aunque a la larga sé que jugaré en mi contra, pues me temo que mi vuelta a casa será más dura de lo que imagino debido a su presencia, por fingir esta forzada relación de cordialidad que estaré alimentando desde California para mi tranquilidad y bienestar. De lo contrario, sé que cumplirá su promesa y regresará. Esta falsa tregua no nos llevará a ninguna parte, pero es lo que necesito.

Paz.

Soledad.

Libertad.

Y así pasan los días... con todo bajo control, sumergida en el trabajo, visitando a Ian y escapándome en ocasiones con Alba y el grupo que conocí: Penélope, Martí, Lía, Ben y Jessica. Disfrutamos de las playas, las piscinas, el buen tiempo. No vuelvo a coincidir con Nicholas ni con Kellan, y mi hermano apenas me los menciona. Se limita a comentar lo justo, y lo cierto es que no creo que se deba a ninguna advertencia de ellos; hay algo que tiene a Ian distraído y más ajeno al mundo que nunca. Para muestra, un botón.

—Rubio —le pregunto una noche—, ¿desvelarías un secreto muy importante para una persona si la felicidad de otra prácticamente dependiera de ello?

—¿Perdón?

—¿Lo harías? —lo presiono, probando el bizcocho que ha preparado mi amiga.

—Me he perdido, lo siento. No estaba atento.

Alba, desde la puerta de la cocina, niega con la cabeza. Ella ya lo sabe y opina que no es asunto mío..., pero mi maldita conciencia me recuerda lo contrario y los remordimientos me atosigan con frecuencia. ¿Hasta cuándo seré capaz de soportarlo?

Hoy es viernes por la tarde; hace poco más de un mes que llegué aquí y me dirijo al hotel que está en proceso, Kisses in the Beach. Grace no está, y es que éste no es nuestro habitual horario de trabajo, pero esta mañana me he dejado allí unos apuntes que necesito contrastar con Ian. El proyecto está muy avanzado y la próxima semana empezarán a llenarse de vida las instalaciones, con los elementos decorativos y los muebles.

Me muero de ganas de verlo de verdad, hecho realidad.

El guardia de seguridad me abre el portón al verme llegar sin pedirme explicaciones, pues ya me conoce, y entro en la zona del parking. Hoy está prácticamente vacío; sólo hay estacionados un par de vehículos, pues a estas horas no hay nadie trabajando.

Son las ocho y veinte.

Me bajo y me encamino hacia la segunda planta, donde están las habitaciones. Me dirijo a una en concreto y descubro que la puerta está abierta, lo que me sorprende. Suelo dejarlas cerradas. Cojo los apuntes y los reviso con atención antes de marcharme por si necesito añadir algo. Entonces oigo el sonido de un grifo; proviene del cuarto de baño de esta misma *suite*.

Accedo al mismo, asomándome con la seguridad de que se trata de un error..., pero me quedo paralizada.

Se me seca la boca y el corazón lucha por salir de mi pecho... por él..., de nuevo él. Nicholas tiene la cabeza metida en el lavabo, echándose agua en grandes cantidades. Doy un paso atrás con sigilo, pero se incorpora en este inoportuno momento, con lo que se empapa los hombros, y se encuentra conmigo a través del solitario espejo que viste el baño.

—Me he dejado unos...

—Vale —balbucea, y noto que también se tambalea. Ha bebido... Instintivamente corro a su lado y lo sujeto por un costado—. Estoy bien.

—Mientes...

El mero contacto ocasiona distintas explosiones en mi piel. Unas que había olvidado, pues en este tiempo, sinceramente, no me he martirizado por no estar con él, todo ha sido más fácil al no verlo. Lo que habíamos compartido no era como para que yo hiciera un drama; sin embargo, ante este reencuentro, me da pena la forma en la que nos distanciamos y dejamos de hablar cuando lo pasábamos tan bien juntos. Desde entonces nada ha sido igual, ni tampoco he conocido a nadie tan interesante como él, a pesar de haberlo intentado.

—Estás borracho —lo acuso ante el olor a alcohol que desprende.

—Un poco.

Apenas vocaliza. Está pálido, lacio, decaído, y no tiene ninguna reacción coherente al verme. Se ha perdido el factor sorpresa... o le soy demasiado indiferente, que también podría ser. No obstante, después de lo compartido, lo dudo.

—Nicholas —le doy una suave bofetada en la mejilla—. ¡Eh!

Lo creo desorientado. Me asusta.

Tiro los apuntes al suelo y lo agarro por la cintura. Prácticamente a rastras, consigo llevarlo hasta la bañera. Lo desnudo sin ni siquiera prestar atención a su cuerpo. El deseo queda en un segundo plano ante el miedo que me invade, por su aspecto y estado. Una vez dentro, abro el grifo y lo empapo completamente, de pies a cabeza, y luego dejo que la bañera acabe de llenarse. Busco espabilarlo. Al principio no reacciona, por lo que empiezo a alarmarme y a barajar la opción de pedirle al guardia de seguridad que suba.

Pasados unos minutos, agita la cabeza, sacudiéndose.

Está volviendo en sí... y a mí me va a dar un ataque.

—¿Mejor? —Ceñudo, repara en mí y asiente muy despacio. Ahora sí reconozco esa mirada, una que demuestra que no esperaba verme aquí y que es consciente de mi presencia, que no le soy indiferente—. He venido a por unas notas que me había dejado...

—Bien.

Se examina de arriba abajo y contrae el rostro. ¿Está arrepentido de haber bebido? Me gustaría pensar que sí... ¿Acaso Kellan no ve cómo su primo vive sumido en la miseria por una mujer que ahora está con él? No la conozco y ya siento que la desprecio.

Me entristece esta situación.

—He de irme.

—Abie. —Alcanza mi mano, evitando que me marche. Nuestros dedos se rozan y una corriente extraña salta entre nosotros—. Gracias.

—No te preocupes.

—¿Todo bien?—me plantea, agarrotado—. ¿Qué hay de ti?

Me alejo con disimulo para agacharme y alcanzar los apuntes. Si me toca, me confundo. Ya me conozco esa parte de la historia y sé que no puedo reincidir.

—Nada nuevo... ¿Y tú?

—Volví a mi casa y..., mírame..., es la peor decisión que he tomado nunca.

—Pues regresa al hotel.

—No puedo. —Se echa agua en la cara repetidas veces, hasta que confiesa, ronco—: Allí soy consciente de cuánto le fallé.

Por mí; por permitirme pasar a su *suite*. La misma historia de siempre. ¿No se cansa? Se ha convertido en un disco rayado: no puedo, no debo. *Ella* esto, *ella* aquello...

—No te viene bien estar estancado en el pasado, no por alguien que no merece la pena.

—No la conoces —la defiende con garra.

—Ni quiero.

—Ni yo hablar de ella. En estos instantes la odio. Por su culpa estoy así.

—Es decisión tuya.

—Qué más da. —Se peina el cabello con los dedos. Las gotas de agua resbalan por su torso... ¡Qué escena!—. Estás haciendo un gran trabajo.

—Sí..., me estoy esforzando.

—Se nota.

—Gracias, Nicholas...

—Echo de menos las charlas contigo —reconoce repentinamente, aunque con frialdad, dejándome atónita—. Me empezabas a hacer las noches más amenas.

—F-Fueron días intensos, sí.

—¿Con Kellan también es así? —Su voz se torna oscura—. Dime.

—¿Qué?

—Sabes a qué me refiero —masculla, contenido.

—Ya te dije que te equivocabas. No lo he visto desde ese día en el que te comportaste como un idiota —le aclaro, como justificándome, como si tuviera obligación de hacerlo—. Puedes preguntarle.

—Sabes la relación que tenemos. No te creo.

—Tampoco lo pretendo.

—Te vi con John —apunta con desgana—. ¿Has vuelto con él?

—Al final, según tú, estaré con media California —musito con altanería—. Se fue tal y como vino, de vacío. Disfruto de la soledad, como quiero.

Delinea con el dedo índice el borde de la bañera, dedicándome una mirada fiera. ¿Por qué? Parece enfadado y, al mismo tiempo, mi percepción es otra. ¿De qué me sorprende?

Esto ya lo hemos vivido, de modo que estoy a punto de volver a despedirme, hasta que me ordena:

—Acércate.

—¿Para... qué?

Eleva la mano y, cómo si de un imán se tratara, le cedo la mía. Ni siquiera me planteo rechazarlo; es algo superior a mí que no sé controlar, pese a que mi mente me lo esté pidiendo a gritos, pues hace semanas que no sé nada de él y esto no debería estar pasando.

—Nicholas...

—Báñate conmigo, Abie.

—E-Estás desvariando...

—Ven.

Esta vez no ordena, ni siquiera pide, sino que suplica... con palabras, con la mirada, con su cuerpo... No sé qué cable se me cruza... A juzgar por mi sumiso comportamiento, ninguno bueno, ya que me desvisto con urgencia y entro con él. Lo acompaño sin un atisbo de duda. Me siento enfrente, entre sus piernas abiertas, que me ceden el hueco. El deseo y la tristeza que al mismo tiempo se manifiestan en sus ojos me impactan.

—Cuéntame cosas —me pide, arrimándome a él. Gimo. Gruñe—. Cuéntame.

—Me tienes confundida.

—Yo también lo estoy.

Aguanto la respiración cuando nuestros sexos se rozan. Su respiración se acelera a unos límites que me abruma. ¿Tanto anhela esto? Yo sí...

Aun así, me obligo a hacerme un poco la dura..., sólo un poco.

—Nicholas... —Madre mía, cómo he echado de menos el tacto de sus manos..., su olor. ¿Es normal?—. ¿A qué viene esto, después de cómo acabamos aquella tontería?

—A que siempre apareces cuando más lo necesito.

—Pero crees que te miento —replico, mojándole el pelo. Se agarrota.

—Sí.

—¿Entonces? —Busco respuestas, tratando de imponer una leve distancia. Nicholas posa su frente contra la mía, destrozando mis barreras—. N-No es lógico que dejáramos de vernos por algo en lo que sigues creyendo y que ahora quieras retomar aquello.

—Tienes razón.

—¿Pero? —lo presiono, sin apenas voz.

—Me gustaría creerte.

—¿P-Por qué?

—No tengo ni puta idea —reconoce con amargura.

—Es una contradicción.

—Todo yo lo soy, Abie.

—Sigues sin responderme.

—Me distrae estar contigo. Estoy cómodo, a pesar de mis remordimientos. Me diviertes. Te lo expliqué y, después de lo que has hecho hoy por mí en vez de irte..., creo que he de valorarlo. —Roza su nariz con la mía, desesperado, necesitado. Su olor me envuelve, igual que sus frases y caricias—. Es un cúmulo de cosas. Echo de menos los piques, tu forma de coquetear conmigo y provocarme, tu ternura envuelta en fiereza.

—Confirmado que estás borracho —musito, nerviosa— y desvariando.

—Cuéntame cosas —insiste con esa frase que yo tanto suelo repetir y que creí que él jamás pronunciaría, pues, para follar, no necesitaba nada más, o así lo aseguró. ¿Qué está pasando?—. Quiero escucharte.

—Estás loco.

—No soy el único; de lo contrario, no estarías aquí.

Tiene razón, y lo más surrealista es que no quiero irme. Tengo la sensación de como si estas semanas atrás no hubiese habido un distanciamiento, como si nos hubiésemos seguido viendo sin que existiera ninguna pausa en nuestra extraña relación..., como si no me hubiera herido con sus formas y maneras de echarme. No me lo merecía.

—Estás pensando en marcharte —critica, decepcionado.

—¿Y qué esperabas? Míranos, nada de esto tiene sentido.

—Antes tampoco lo tenía y no te importó. —Intento rehuirlo—. Quédate.

Lo sopeso todo y, dejándome llevar como de costumbre, vuelvo a cambiar de opinión. Me ablando y me centro en el presente, siguiendo mi lema, que es vivir el día a día, pues mañana yo podría no estar ya aquí..., o él, ¿quién sabe lo que nos deparará el destino?

Hoy, ahora mismo, me apetece estar con él a pesar de esconder un secreto con el que me ganaré su odio si no se lo confieso. Pero no me siento capaz de destrozarlo más. No puedo. Se me parte el alma con sólo imaginarlo.

—Abie.

—Dime...

No me besa y está a un escaso centímetro. No tiene ni idea de cómo lo estoy deseando. Ni yo misma era consciente de ello hasta llegar a esto. Creía haberlo borrado de mi vida.

—Vente a pasar el fin de semana conmigo, a mi casa.

—No es buena idea —musito con pesar. ¿Qué necesita, por Dios? Me supera el hecho de tener el poder de acabar con su agonía y, al mismo tiempo, no ser lo suficientemente valiente como para hacerlo—. Luego vienen los arrepentimientos.

—Ella jamás ha estado allí, no le debo nada en mi casa.

—Ni allí ni en ninguna parte —le recuerdo, disfrazando mi furia al saber qué es de su vida—. De igual forma..., esto no es tan fácil... —Cojo aire y confieso—: Hay cosas que no te he contado y que no puedo contarte.

—Estás con Kellan —me acusa, horrorizado.

Se aparta bruscamente, como si le hubiese golpeado.

—No, ya te he dicho que no —murmuro, cansada de su desconfianza.

—El resto no me importa.

—No sabes lo que dices...

—Posiblemente —me acaricia la cintura; sollozo—, pero no quiero complicaciones.

—No he sido sincera del todo...

—¡Que no quiero saber más, joder!

—Algún día podrías reprochármelo... —balbuceo, sintiéndome culpable de callar lo que sé sobre Natacha y Kellan—, y me odiarás...

—No eres tan importante en mi vida, Abie.

Tira de mí hasta él, quedando entrelazados; nuestros cuerpos lo están, de pies y manos, y su sexo, a punto de encajar en el mío. Sondea mis labios, los roza y finalmente los besa. Madre mía... Cómo es posible que haya extrañado este sabor, su salvaje y violenta forma de besar...

¿Cómo me he acostumbrado tan pronto a su intensidad?

—Ahora te voy a follar. —Asiento sin dudar. Me estoy volviendo loca—, y luego pasaremos el fin de semana en mi casa.

—Sí...

Me entrego sin medir las consecuencias. Es un juego que a ambos se nos escapa de las manos y del que ninguno sabe ya cómo huir... ni retroceder.

Respuestas

Nicholas mete las llaves en la cerradura de su casa. Es una villa alejada de sus hoteles, del bullicio. Está expectante y me mira; le sonrío. Me gusta la naturalidad con la que hemos retomado nuestra aventura... dejándonos llevar en la bañera, de qué manera, y ahora aquí estamos, a punto de pasar el fin de semana juntos. ¿Quién lo hubiese dicho?

Ian debe de estar esperándome, pero es que ni siquiera he ido a coger algunas cosas para estos días. Tengo lo básico, lo que suelo llevar en el bolso: el móvil, algo de maquillaje, toallitas, perfume, cepillo y pasta de dientes, mis pastillas, auriculares, algún chicle y poco más.

—¿Has cerrado el coche? —me pregunta sin haber recuperado todavía el color en su rostro. Asiento con la cabeza; hemos venido en el mío debido a que ha bebido. Ya han pasado dos horas desde que nos hemos encontrado y su mejoría es evidente, pero no completa..., aunque cualquiera lo diría, después de cómo me ha embestido—. Nadie puede saber esto.

—Nooo... el único testigo era Din, el guardia de seguridad, pero como le hemos dicho que te iba a llevar a tu casa, que te encontrabas mal...

—Adelante —cambia de tema, incómodo, y me cede el paso.

—Gracias.

Entro en su casa, la cual, por la decoración, jamás asociaría con él, y supongo que el hecho de que sea alquilada es la respuesta. Predominan los colores claros y los espacios abiertos, y el diseño tiende a moderno; es fabulosa. Desprende paz, una calma infinita... de la que Nicholas no goza.

—Es pequeña —dice al tiempo que señala alrededor—, aunque suficiente.

—Me lo imagino. ¿Puedo verla entera?

—Sí.

Desde el centro se accede al resto de las habitaciones. Hay un baño con jacuzzi; la cocina, que está conectada con la sala a través de una barra americana, y la habitación. ¡Madre mía!, sus vistas son una enorme piscina y, a lo lejos, la playa se aprecia con claridad. Me encanta. Desde esta zona también se comunica con la terraza principal. Es una pasada.

—Podría vivir aquí eternamente —confieso, maravillada.

—Yo no lo sé. —Pese a todo, no abandona esa voz ruda, autoritaria, al igual que su postura

sería. Forman parte de él—. ¿Tienes hambre?

—Un poco. ¿Sabes cocinar?

—Lo justo.

—Igual que yo. Mi especialidad son las ensaladas de todo tipo. ¿Puedo echar un ojo a la nevera? —Nicholas se mete las manos en los bolsillos y enarca una ceja—. Para preparar una..., si te apetece, claro.

—No creo que puedas hacer mucho con lo que hay. Pediremos algo, lo que se te antoje; no te he invitado para que cocines.

—Pero a mí me gusta y me relaja.

—Como quieras. Voy a darme una ducha y a ponerme cómodo.

—Vale...

Vuelvo a sonreírle; no me devuelve el gesto, pero no se lo tengo en cuenta. Comprendo que no se encuentra bien del todo todavía y que intenta asimilar este nuevo cambio. A mí me sucede algo parecido. He tenido las ideas tan claras desde nuestro distanciamiento que ahora me cuesta creer que estemos así otra vez y, dando un paso más, en su casa. Que es un avance insignificante, lo sé, pero supone establecer una relación más estrecha, por su confianza depositada en mí. Deduzco que no trae a cualquiera aquí, o eso quiero creer.

Entro en la cocina y abro armarios, vitrinas y la nevera, para ver con qué cuento. No son muchas cosas, no hay variedad, y, mientras ordeno los pocos ingredientes de los que dispongo, ya que está todo muy vacío, llamo a Alba. Antes, me coloco los cascos inalámbricos para moverme con mayor libertad. No me lo coge. Insisto hasta tres veces.

—¿Dónde te metes? —le recrimino, exasperada—. ¿Todo va bien?

—Claro. ¿Y tú dónde estás?

—Necesito tu ayuda. ¿Ian está cerca?

—Ajá —sisea, y parece acelerada.

—Pues aléjate con disimulo y avísame cuando lo hayas hecho.

Pongo a cocer macarrones integrales y troceo un poco de tomate.

Cuento con un par de ingredientes más, atún y maíz, sólo eso. Será una ensalada de pasta escasa para lo cargadas que suelo hacerlas..., y al pensarlo me echo a reír. Llevamos semanas sin vernos, nos reencontramos, echamos un polvo, me propone venir a su casa y a mí no se me ocurre otra cosa que ofrecerme a cocinar.

¡Malditos nervios!

Es surrealista, como todo entre nosotros desde que nos conocemos.

—Ya estoy —murmura Alba—. ¿Qué pasa? No tardes, que ya sabes que Ian está casi recuperado y se mueve a su antojo.

—Pues métete en tu habitación.

—Aquí estoy, boba.

—Entonces, ahí no entrará. —Busco dos boles y los dejo en la barra. Me chifla la cocina—.

Escúchame: no voy a ir para allá, ¿vale? Dile a mi hermano que he comido algo que no me ha sentado bien y que he ido directa al hotel y a la cama.

—Espera. ¿Has conocido a alguien?

—No.

—Tu excusa me suena a hombre.

—Así es —murmuro, organizándome. Las manos me tiemblan—. Es obvio.

—¿Te puedes explicar sin emplear tanto rodeo?

—Nicholas...

—¿En serio?

—Hemos coincidido y, bueno, ya sabes. Pasaremos el fin de semana en su casa.

—¿Qué? —Me imaginaba esta reacción después de todo lo que hemos hablado. Ella estaba de acuerdo en que lo mejor era que nos alejáramos—. No te creo.

—Ya te contaré.

—Abie, ¿sabes dónde te estás metiendo?

—Me gusta.

—Quizá demasiado.

¿Cree que no me he dado cuenta?

No sé cómo ha sucedido, lo que sí tengo claro es que estas semanas han servido para que hoy, al volver a verlo, sea consciente de que lo he echado de menos de alguna manera.

Es difícil de explicar, pues ni yo misma lo entiendo.

—Lo justo, Alba. Hazlo por mí, ¿vale? La excusa es para todo el *finde*.

—Ya, una gastroenteritis aguda.

—Algo así. Venga, hablamos el domingo.

—Estás loca —recalca, riéndose.

—Y me encanta.

—Lo sé..., te envidio en ese sentido.

No me da tiempo a recordarle lo maravillosa que es tal y como es, cuando me ha cortado. ¿A qué se debe tanta prisa? Igual se ha emocionado, pues su vida está más desordenada que nunca y ella, sensible. Apenas habla con Max y, al parecer, la echa poco de menos, ya que se está dedicando a salir de fiesta noche sí y noche también. Siempre que lo llama se excusa con la misma película que ella no sabe si creer..., y yo lo tengo claro: ¡qué casualidad que acabe de llegar y que ya esté por irse!, cuentos chinos.

—Te manejas bien para no conocer la cocina. —Me asusto ante la repentina vuelta de Nicholas. A continuación, me quedo embobada. Cabello mojado hacia atrás, pantalón fino y largo colgando de su cintura, sin camisa—. ¿Necesitas ayuda?

—Está todo a mi alcance con un solo vistazo. Es fácil. ¿Las especias?

—Aquí.

Me aparta ligeramente y abre un amplio cajón de almacenaje justo debajo de mí.

Al incorporarse, el espacio entre ambos es casi nulo, pero en dos zancadas coge distancia, para servirnos un poco de vino en unas copas preciosas y elegantes.

—¿Te cuento cosas? —rompo el silencio, bromeando, sabiendo cuál es la respuesta a estas alturas—. Como antes comentaste que...

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Cuéntamelas —masculla, apoyándose en la encimera, con los brazos cruzados contra el pecho mientras sostiene la copa—. Adelante.

—Creía que para...

—No repitas la frase. Si lo que te preocupa es que ahora quiera saber cosas de tu vida, es porque no me parece justo que me tiendas una mano y yo te lo pague así. Punto.

—O sea, que en realidad no te interesa mi vida.

—No he dicho eso.

—Da igual... —Me niego a entrar en bucle. Estoy tan a gusto aquí que no seré yo quien rompa esta armonía—. ¿Ian te ha hablado alguna vez de nuestra historia?

—Muy poco.

¿Por dónde empezar? Mientras lo pienso, reparto el atún, el tomate y el maíz, a falta de la pasta. Nicholas estudia cada uno de mis movimientos con especial atención.

—Mi madre y su padre se separaron cuando ella conoció al mío, de ahí tanto conflicto. En realidad, le fue infiel y, fruto de ese error, aquí estoy yo.

—¿Por qué lo llamas error?

—Mi hermano sufrió mucho, pues se lo hicieron pasar fatal. Con esta situación, él siempre estuvo en desventaja, pues hicieron claras diferencias entre nosotros: a mí me dieron siempre todo lo mejor, y en cambio a él lo ignoraron o trataron mal. Mi padre no supo actuar bien como padrastro, y mi madre no lo frenó.

—No es justo —apunta, más involucrado de lo que esperaba.

—No.

—Y de alguna forma te sientes culpable.

—Sí. —Me asombra que sepa leerme tan bien—. Yo tenía todo cuanto pedía y él se conformaba con lo que quisieran darle. Mi madre siempre ha sido muy egoísta. Estaba y está cegada por mi padre. A ver, que yo los adoro, pero sé reconocer sus defectos y equivocaciones.

—Ian cree que vivió una vida de mentira.

—¿Por qué? —Enseguida ato cabos. A Nicholas le formulé esta pregunta a mi llegada y no la respondió—. Por eso no se lleva bien con su padre, ¿verdad?

—Al parecer descubrió que él también tenía una amante y que no era la persona con principios a la que Carter defendía por encima de vuestra madre, incluso enfrentándose a ella.

—Oh, pobre Ian. —Advierto cierta presión en mi pecho. Me duele que mi hermano se haya enfrentado a estas situaciones solo—. Nunca me lo ha contado.

—Lo hará, ten paciencia con él.

—Gracias por compartir esto conmigo... —digo sin esconder la tristeza que me supone que Ian no encuentre su sitio en ninguna parte—. Puedo entenderlo un poco más.

—Es un secreto.

Finjo que me cierro los labios con una cremallera; otra de mis payasadas.

Nicholas asiente con un suspiro.

—Todo listo —le informo, colando la pasta—. ¿Cenamos?

—Sí.

Trasladamos lo necesario hasta la sala: el vino, las copas, las ensaladas, los cubiertos y las patatas fritas que he encontrado en la despensa. No dispone de mucho más en la casa, excepto leche y café, que no falta..., y agua embotellada. Vive al día y con la seguridad de poder pedir a domicilio.

—¿Cómo has conseguido evitarme estas semanas? —le pregunto cuando nos sentamos uno al lado del otro—. Parecía que habías desaparecido de la faz de la tierra.

—Conozco tus horarios, no ha sido difícil. También he estado en Los Ángeles.

—¿Todo bien con tus padres? —me aventuro a plantear, dubitativa.

—Con mi madre, sí; con él apenas he cruzado dos palabras.

Remuevo la ensalada, con desgana, pensando en cómo abordar el tema. La conversación con Kellan se cuela en mi mente, formándose un nudo en la garganta.

—¿Has pensado alguna vez que su postura puede deberse a que quiera protegerte?

—¿De qué?

—No lo sé... —miento, esquiva.

—No quiero hablar de ello.

Lo entiendo. Si estuviera en su tesitura, actuaría igual. La tiene tan presente que el día que descubra la historia completa creo que se volverá loco..., y no me extraña. Espero, para entonces, estar en Londres. No quiero enfrentarme a su mirada llena de reproches.

—Brindemos —le propongo, propinándole un simpático empujón.

—¿Por qué?

—Por ti y por mí.

Chocamos nuestras copas, mirándonos fijamente. Esta noche leo tantas cosas en sus ojos que me estremezco..., como agradecimiento, cierta ternura, deseo, complicidad...

Al ser conscientes de esta intimidad sin necesidad de expresarlo con palabras, empezamos a cenar, evitando temas tan intensos como los sentimientos.

Hablamos de mis amigas, de los hoteles, de cómo decidió emprender en ese mundo y de cosas tan banales como series y películas. Estamos cómodos, diría que más que nunca. A pesar de su seca actitud, se abre, intercambiamos opiniones. Somos como dos amigos que, al mismo tiempo, están deseando arrancarse la ropa todo el rato.

No sé cómo definirlo, la verdad; es algo extraño y, al mismo tiempo, especial.

—Te he dejado ropa en la cama —comenta, mirándome de reojo—. Un par de camisetas anchas y pantalones. Ponte lo que más te guste.

—Tampoco tengo ropa interior...

—En el cajón hay bóxers. —Apunta con el dedo hacia la habitación.

—O puedo ir desnuda...

Abandona el tenedor y bebe un poco de vino. Parece absorto en sus pensamientos.

—Tenía ganas de esto, Abie —declara, completamente ronco.

—¿De verme desnuda?

—De que me provocaras.

Nos quedamos en silencio; supongo que él, al ser consciente de lo que acaba de confesar, y yo, porque no sé qué responderle. Me fascina demasiado este Nicholas.

—Será mejor que me duche. No estoy en condiciones de jugar tal como estoy —me excuso, rompiendo el hielo—: tú te has duchado antes de cenar, pero yo no he tenido tiempo, ya que me he dedicado a preparar las ensaladas.

—Bien.

Me dirijo a su habitación y elijo el atuendo. Camiseta y bóxer, sin más. No necesito pantalón, ya que su camiseta me quedará bastante larga. Me doy una ducha rápida y, cuando las últimas gotas están resbalando por mi cuerpo, Nicholas abre la puerta del baño. No es preciso que diga nada; empieza a desnudarse al tiempo que yo a temblar. Se pone el preservativo. Entra y me coge en brazos, empotrándome contra los azulejos. Señor.

—De esto también tenía ganas —reconoce cerca de mi boca.

—Y yo...

Me besa, chupeteándome los labios, la comisura de éstos, mientras me embiste sin darme una tregua. Su lengua juguetea con la mía y sus manos me recorren sin control, con el chorro de agua cayendo entre nuestros rostros. El momento es sensual, tanto que me excito más si cabe al imaginar cómo debemos vernos desde fuera.

Él me toca con ansia, con desesperación.

Y, cuando menos lo espero, mete la mano entre nuestros cuerpos. Se ayuda de sus dedos, que entran al mismo compás que su hombría en mi sexo, para hacerme llegar al orgasmo.

Dentro, fuera. Firme, imparable.

—Nicholas. —Me rompo a todos los niveles.

—Joder, joder.

No tengo palabras, pero así pasamos toda la noche, sin necesitarlas, pues con los gemidos de placer, para él, es suficiente.

* * *

Abro los ojos. El sol apunta directamente a ellos, pero no me quejo; la visión que tengo delante es

como para no hacerlo. Nicholas duerme bocarriba, cubierto de cintura para abajo. Parece inquieto, ya que tiene el ceño fruncido. ¿Qué soñará?

Le doy un beso en la mejilla que me arranca un suspiro; huele tan bien... que creo que jamás olvidaré su aroma, eso que despierta en mí..., que no es poco. Anoche, para saciar mi curiosidad, quise ver cuál es el perfume que utiliza; no sé con qué intención lo hice, la cuestión es que lo he memorizado; es de Giorgio Armani.

«Basta, Abie.»

Me levanto y me enfundo su ropa. Me lavo la cara, los dientes y salgo a la terraza. ¿Qué tiene este sitio en el que me siento tan bien? ¿Y qué tiene él...? Dicen que puedes pasarte toda la vida con una persona y no sentir ni una cuarta parte de lo que con otra puedes experimentar en meses e incluso en segundos. Siempre había pensado que eso era una tontería... Ahora lo dudo. Los sentimientos no se miden por el tiempo. Éstos te arrollan cuando menos te lo esperas.

—Abie. —Si su voz es así de potente por las mañanas..., no quiero imaginar cómo será el resto.

Echo a correr para salir por la otra parte de la casa, para que no me encuentre, juguetona. Capto sus pasos, por lo que voy rodeando la vivienda con sigilo y aguantándome la risa.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Ah! —Me sobresalto—. Pero ¿cómo me has pillado?

Me ciñe desde atrás, salvaje, y hunde su boca en mi garganta. Yo me dejo llevar, aferrándome a sus manos, aunque no debo..., pues lo que le atrae de mí es el físico, no va más allá. Está excitado, lo noto en mi trasero.

—¿Nos damos un baño en la piscina? —le propongo en apenas susurros.

—No. Es muy temprano.

—No importa.

Me doy la vuelta y, cuando menos lo espera, lo empujo, sumergiéndome yo a continuación. No se ríe, pero sé que le contagio mi diversión, aunque hay algo que reclama con urgencia y no le hago esperar más. El fin de semana promete..., y tanto si lo hace.

Cuando terminamos, pide el desayuno a domicilio, nos metemos en la cama y allí compartimos confidencias mientras disfrutamos de una exquisita variedad de comida.

—Echo de menos la avena con yogur natural y cacao —comento, risueña.

—Nunca la he probado.

—No sabes lo que te pierdes. Podríamos comprarla y así la catas conmigo. —Está semitumbado de lado, tan sexy que me podría pasar todo el día mirándolo..., y es mutuo. Nunca antes me he sentido tan deseada—. ¿Qué piensas?

—En cómo te queda mi camiseta, así despeinada y tan natural por las mañanas.

—¿Mal?

Deja a un lado la tostada y se echa hacia atrás.

—¿Qué? —insisto, saboreando una fresa—. Es que tan serio y con esa voz... nunca sé cuál es tu

estado de ánimo, si me piropeas o me regañas.

—Por mi manera de observarte no deberías tener dudas al respecto.

—Pues las tengo...

Se me cae la fresa al ser testigo de cómo se acomoda su virilidad. ¿Es una señal de que quiere más? Nerviosa, me quito la camiseta. Mis pechos se agitan ante mis movimientos, que no le pasan desapercibidos a Nicholas, que me tumba hacia atrás y tira las bandejas al suelo para, acto seguido, arrancarme su bóxer. Señor...

—Espera —musito al prever sus intenciones, hasta que resbala su dedo por mi sexo—. No pares...

—Todavía no he empezado.

—Hazlo ya, por favor.

Hunde su boca entre mis piernas y, con el primer barrido de su lengua en el centro de mi intimidad, se me nubla la visión. Es tan salvaje y primitivo que pronto los espasmos están irradiando por todo mi cuerpo. Esto es el cielo..., un sueño, y no quiero despertar..., no cuando, a pesar de su sequedad y frialdad en ocasiones, me siento tan mimada.

Por la tarde incluso le propongo ver una serie. Él acepta sin tener que insistirle, así que nos tragamos la primera temporada completa de *Vikings*. Pero mis deseos no acaban ahí y de madrugada, cuando apagamos la tele, le pido que nos bañemos en la playa.

A estas horas estamos solos. Unir nuestras siluetas en plena noche en la arena bajo la luna es lo más romántico que hacemos. Entonces me empiezo a preocupar por la magnitud que van cobrando mis sentimientos y pensamientos. Las horas con él se me pasan volando, pero los momentos se quedan grabados en mi memoria a fuego lento.

Y así es cómo un viernes, un sábado y un domingo cualquiera se convierten en un fin de semana especial, inolvidable. Éste cumple y supera todas mis expectativas.

Lo reconozco. Es el mejor fin de semana en mucho tiempo y no me ha hecho falta mucho más que buena compañía, sexo, vino sin excesos y charlas interminables. Nicholas parece otro..., no en cuanto a actitud o formas, pero responde con frecuencia, se comunica conmigo. No sé qué, pero algo ha cambiado en él y me muero por preguntarle.

Lo cierto es que no he encontrado el momento... o no quería joderlo. Sobre todo, las ganas de indagar resurgían cuando, después de la intimidad, nos quedábamos uno junto al otro, mirándonos, olvidándonos del resto del universo. Sin hablar podía transcurrir más de media hora..., y era ahí cuando me cuestionaba qué era lo que le había hecho cambiar el chip..., qué debía de estar pensando.

Mi mente iba más allá. Me imaginaba en Londres, sin estos momentos, y me preguntaba cómo lo haría, en qué ocuparía tantas horas allí. Cierto es que están mis amigas, pero estas sensaciones no me las pueden aportar ellas. Me ponía triste analizando la distancia entre Londres y San Diego. ¿Querrá mantener el contacto? Si hago alguna visita, ¿podremos vernos como en este viaje? ¿Se olvidará de mí con facilidad?

Sin duda alguna, yo no lo haré. No todos los días se conoce a alguien que le da la vuelta a tu mundo de la noche a la mañana y con el que sientes que, sin ninguna razón aparente, necesitas estar, incluso con comportamientos que nunca hubieses tolerado..., como es sentirme la amante de alguien que en realidad está soltero y sin compromiso.

Es domingo; las diez de la noche y la última cena aquí, en la terraza, uno frente al otro, con el mar de fondo y la brisa fresca bailando a nuestro alrededor. Suena música lenta... *Stand by me*... Todavía vamos en ropa cómoda, podría decir que relajados, pero Nicholas no termina de estarlo. Sé que forma parte de su personalidad, pero a veces tengo la sensación de que, por ello, no disfruta como debería, y me encantaría descubrir esa faceta suya.

—Parece una cita —bromeo sin maldad.

—Pero no lo es —zanja bruscamente.

—Lo sé... La pizza estaba buenísima —murmuro, acabando el último trozo—. Hemos sobrevivido a tu despensa vacía.

—Suelo vivir así, como a ti te gusta, al límite.

—Mmm... —Pongo morritos—. Te hace falta alguien que te ayude a organizarte.

—Ven más seguido.

—Nicholas... —Es una súplica. No entiendo su comportamiento y odio este desconcierto que provoca en mí—. ¿Por qué ahora sí reclamas mi compañía?

—Odio la soledad y has demostrado que sabes evadirme de ella.

—¿Y cuándo te has dado cuenta de eso? —pregunto con timidez, observándolo a través de mis pestañas—. ¿De la noche a la mañana?

—Al volver a verte y saber que podía contar contigo. No huiste ante mi estado; al contrario, me ayudaste, y ya te advertí de que, como Carter, valoro por encima de todo la lealtad. —Recuerda esa frase que me dijo la primera vez que nos vimos. Ese día me parece muy lejano y apenas ha pasado algo más de un mes—. Y has demostrado con creces que no fallas a los tuyos.

—Mis amigas suelen decírmelo; no sólo Alba, también Sacha y Oli. Si algún día visitaras Londres, me encantaría presentártelas.

—¿Estás evadiendo el tema? —suelta a la defensiva, y adivino que se debe a mi último comentario—. ¿Qué pasa, Abie?

—Que creía que nos unía algo más especial que la lealtad —replico, decepcionada.

—No te equivocas.

—¿En qué sentido? —Descanso el codo sobre la mesa y la cara sobre la palma de la mano, contemplándolo fijamente—. Dímelo.

—No creo que sea necesario.

No me doy por vencida y voy hasta él para sentarme en el borde de la madera con las piernas abiertas, justo delante. Nicholas roza con sus nudillos mis muslos, observándome, cerrando los puños en señal de control.

—Nunca he invitado a una mujer a mi propiedad después de... *ella*. —Hace una pausa y retoma

el asunto con la misma frialdad—. Jamás he traicionado a un amigo, no repito más de una noche y no me permito conocer a nadie más allá del sexo..., pero todas esas reglas las he roto contigo. No son pocas razones para no ser algo especial.

—No sigas —susurro, disimulando mi emoción, y la enmascaro con una broma, quizá no la más apropiada tras estas confesiones— o me puedo enamorar.

Nicholas niega con la cabeza, sacando a relucir una preciosa sonrisa, ladeada. La primera y única en todo el fin de semana. El corazón me late a una velocidad de vértigo.

Entonces soy consciente de por qué he cedido con tanta facilidad.

Reconozco el sentimiento..., el motivo por el cual quería mantener la distancia. Me asusta enfrentarme a esa posibilidad. La frase podría convertirse en realidad.

Y sólo tengo dos opciones: distanciarme o dejarme llevar...

Calma (Nicholas)

Otra madrugada desvelado. No consigo conciliar el sueño. Miro el móvil; no hay nada, ningún mensaje o llamada. ¿Se acordará de mí? ¿Dónde está? ¡Maldita seas, Natacha!

Maldigo el día que la conocí.

Estoy en constante lucha conmigo mismo. La impaciencia me consume cada madrugada, cuando estoy solo y los recuerdos de noches como ésta me inundan la cabeza. Quiero saber qué pasó, por qué se fue. Ella me quería, yo lo sentía. ¡¿Entonces?!

Me levanto y me sirvo una copa, una de tantas, y salgo a la terraza. Hace calor pese a la hora que es. No llevo camiseta, sólo un pantalón largo de pijama, fino, y voy descalzo.

A Natacha le encantaba verme así.

Siento que le estoy fallando, que poco a poco su imagen se va difuminando y va dando paso a la de otra persona... Abie. Hace apenas unas horas que la he dejado en su habitación tras pasar el fin de semana juntos. Mi percepción de ella va cambiando igual que mis propias decisiones. No sé lo que quiero, sólo sé que no puedo dejar de verla; que estar a su lado se ha convertido en una necesidad para mí, igual que el hecho de que coquetea conmigo y me provoque. Tiene algo diferente y ha conseguido lo que nadie: que me centre en ella, arrinconando a Natacha.

¿Qué dirá Carter cuando lo sepa? Demasiado tarde ya.

¿Dormirá? Me bebo la copa y salto el muro de cristal, para entrar a continuación en su *suite*. La puerta de la terraza está entreabierta, lo que me da la oportunidad de pasar sin llave. La luz está apagada, pero la televisión no, aunque no tiene volumen. Me acerco a la cama y la observo de cerca. Los músculos se me agarrotan ante su imagen. Es preciosa. Duerme plácidamente. Está desnuda, cubriéndose con la sábana algunas zonas del cuerpo, entre ellas, los pechos y su intimidad. Es tan sensual aun sin proponérselo... que me vuelve loco..., y no puedo permitírmelo. Natacha algún día volverá.

Me agobio reflexionando sobre ello, sobre tener que elegir. Si *ella* apareciese justo en este instante, la abrazaría sin pedirle explicaciones y le suplicaría que no se fuera de nuevo, pero, al mismo tiempo, pienso en Abie, y el hecho de que eso significaría no volver a verla provoca que se me forme un nudo en el estómago que me corta la respiración. ¡¿Qué está pasando?!

Siento que en cualquier momento voy a perder la cabeza.

Su móvil me distrae al iluminarse la pantalla. En ésta quedan reflejados mensajes de su ex... Cierro los puños, aprieto los dientes. ¿Por qué no la deja en paz?

Le dice que la echa de menos, que le gusta la conversación que han mantenido hoy.

Es la primera noticia que tengo. ¿A qué se refiere? ¿Estará Abie jugando a dos bandas? No lo creo. Estos días atrás me ha mirado de una manera distinta. No había mentira en sus ojos. Ha sabido entenderme, darme espacio aun sabiendo que pienso en otra.

¿Por qué?

Me agacho y rozo con los nudillos su mejilla. Se agita, girándose hacia mí. Entonces se despierta y se incorpora de un salto, asustada, hasta que ve que soy yo.

—¿Qué haces aquí? —susurra, confusa—. ¿Estás bien?

—No lo sé.

Se deja caer hacia atrás con un suspiro. Tapa su desnudez completamente con la sábana y me estudia. Me va conociendo; su expresión manifiesta angustia ante mi estado. Huelo a alcohol y estoy convencido de que advierte qué me pasa. Seguro que adivina que Natacha está en mi mente, que me encuentro atormentado por ello, que no puedo hacer nada por evitarlo, como tampoco buscarla para que me dé la paz que no hallo en otro lado.

Vivo en un continuo infierno..., en uno del que no consigo salir.

—Ven —musita finalmente, cediéndome un hueco en su cama—. Necesitas dormir.

—No puedo.

—Inténtalo, ven conmigo.

Me tumbo bocarriba, con los ojos fijos en el techo. Me avergüenza mirarla. Odio hacerla sentir un juguete, como si la estuviera utilizando, pues no es así..., pero tampoco sé cómo explicarlo. Probablemente no me entienda. Yo tampoco lo hago.

Aun así, no me reprocha nada. Se limita a hacerme cosquillas en los brazos. Los recorre para calmarme, y jodidamente lo consigue. Tengo el vello de punta por su toque, por su comprensión para conmigo, esa que no merezco. Podría acostumbrarme a esto.

¿¿Por qué no me echa de una puta vez?!

Los minutos pasan y poco a poco su respiración se va apaciguando. Reparo en ella. Tiene los ojos cerrados, aunque no abandona las caricias. Está agotada. Este fin de semana apenas hemos dormido, pero aquí está, calmando mi sufrimiento por otra... hasta que cae rendida y lo hace contra mi hombro, acurrucándose contra mí. La sensación es...

Me prohíbo tocarla. No se lo merece. Me he comportado como un cerdo, y no es justo. Con cuidado, la acuesto hacia la izquierda. Deposito un fugaz beso en su frente y me marcho. La noche será larga; sin embargo, ahora mi insomnio no se deberá a Natacha, sino a Abie..., hecho que no me gusta nada.

Por la mañana evito cruzarme con ella, incluso en el trabajo, pues, cuando llego, Grace le está dando ciertas indicaciones ordenadas previamente por mí y Abie apunta en su libreta,

concentrada. Hoy lleva un moño alto, algo deshecho. Está especialmente sensual y me atormenta. Me atormenta estar mirándola cuando ella ni siquiera es consciente de ello, como si estar observándola fuese placentero, y descubro que lo es.

¿Qué mierda me ocurre...?

Me doy la vuelta para salir cuanto antes de aquí, y entonces la oigo.

—Nicholas. —Detengo mis pasos, pero no me giro—. Grace, dame un momento.

—Claro —le responde ésta.

Noto su mano en mi hombro. Un segundo después está delante de mí. Me sonrío, pero con los ojos le indico que no estamos solos. Odio que no se controle.

—Lo siento —musita, pero vuelve a sonreír. ¡Maldita sea!—. ¿Podemos hablar un segundo a solas en el gimnasio? Quiero mostrarte algo...

Con las manos en los bolsillos, me adelanto, comprobando que Grace está tomando fotos, ajena a nosotros. Una vez que entro en el gimnasio, veo a Abie a través del enorme cristal que ocupa la pared frontal. Ella cierra la puerta, contoneándose hasta llegar a mí.

¿Es que no entiende nada?!

—Tienes que dejar de comportarte así en público —la reprendo, alzando el mentón, cuando me rodea y me acerca a ella, sujetándome por la cintura del pantalón—. Abie...

—¿Qué, Nicholas? —murmura, poniendo los ojos en blanco—. No me regañes más.

—Entonces deja de provocarme cuando no debes.

—No sé remediarlo...

Intenta darme un beso. La esquivo, encaminándome hacia la puerta.

—Pues aprende, Abie. Aprende de una vez.

Se queda desconcertada y yo me maldigo por comportarme así, ¡no es fácil mantener la mente fría!, pero tenemos que frenarnos. Ella está entregándose demasiado en lo que nos propusimos como un juego... y tiene que continuar siéndolo.

Sin embargo, por la tarde, me asomo a la puta terraza y ahí está ella, abajo, disfrutando de la piscina con Alba. Se salpican la una a la otra. Sus carcajadas se clavan en mi alma..., si es que a estas alturas todavía tengo. En una de éstas, mira hacia aquí y, al verme, levanta la mano, saludándome, y me dedica una sonrisa tierna, dulce. ¡¿Por qué?!

Entro en la habitación, ignorándola, para, horas después, salir e intentar despejarme..., con la jodida mala suerte de que, cuando estoy abandonando el ascensor, ella se dispone a entrar en él. Con su desparpajo habitual, me prohíbe el paso y el ascensor se pone en marcha.

—Dale un golpe —dice, señalando el espacio.

—¿Qué?

—Páralo, quiero hablar contigo.

—No tengo tiempo —me niego en redondo.

—Pues sácalo de donde sea.

Para que no nos vean los huéspedes o trabajadores y que ella monte un escándalo en su

presencia, lo bloqueo como me pide, paralizándolo entre la segunda y la tercera planta. Abie acorta la distancia que hay entre los dos. Está más bronceada. Va vestida como el primer día que nos cruzamos justo aquí y me sorprende acordarme de ese absurdo detalle.

—¿Estás mejor?

—Abie, no me jodas, por favor. No seas así de comprensiva.

—¿Quieres dejar de preocuparte por cosas que a mí no me importan?

—No te creo. —Es imposible. Aunque intente convencerme, sus palabras están vacías, y su expresión refleja todo lo contrario—. Sé que estás cansada de esta situación.

—No es agradable verte mal por otra, no, pero nunca me has mentido acerca de ello.

—Me lo estás poniendo demasiado fácil.

Me echa las manos al cuello, bromeando con que me ahoga. Está preciosa.

—A veces te mataría, pero en la cama me lo haces pasar tan bien que se me olvida.

—¿Por eso me soportas? —cuestiono, buscándole un sentido a todo esto.

—No hagas preguntas que no sé responder ni yo misma.

Hay un breve silencio, pues su vulnerabilidad sale a relucir con la última frase; una que ha pronunciado con la boca pequeña, provocando en mí una ternura infinita.

—¿Qué voy a hacer contigo, Abie?

—Lo que quieras. —Roza con sus dedos las arrugas que estoy convencido que se han formado en mi frente—. Sabes que estoy dispuesta a todo.

—Abie...

—¿Vemos esta noche la segunda temporada de *Vikingos* y cenamos unas ensaladas de pollo mientras te provooco contoneándome desnuda por la habitación?

Joder..., sabe cómo convencerme, cómo enloquecerme en un puto segundo.

—Si te digo que no, no te darás por vencida.

—Exacto —susurra con sensualidad.

—Me lo temía.

—Entonces... te espero a las diez y en ropa interior, como a ti te gusta.

Sonríe, me besa fugazmente y pone en marcha el ascensor. Se baja en la siguiente planta, que no es la nuestra, paralizándome por su eterna paciencia.

Son las siete y ya estoy deseando que pasen estas tres malditas horas. En vez de cumplir con mis obligaciones, me paseo por los alrededores de la piscina, donde Abie ha vuelto junto a Alba. Me asomo con discreción. Está tomando el sol en una hamaca, pero no es su amiga con quien habla en esta ocasión. Hay un chico, que le sonrío quizá más de lo que debe. Me parece oír que se llama Martí. Cerca conversa un grupo variado, pero ellos dos están al margen. En una de éstas el tipo le roza la pierna a Abie y experimento una ligera punzada de ¿celos? No puede ser; aun así, decido interrumpirlos. No me apetece presenciar escenas así. ¡¿Quién mierda se cree él que es?!

—Abie Olsen, ¿verdad? —disimulo cuando llego a ellos. Abie se incorpora de un salto—. Ya he solucionado el asunto con el huésped con el que ha tenido problemas.

—¿Gracias? —dice, dubitativa.

—¿Puede venir un momento?

—Claro. —El tipo la mira de arriba abajo, provocándome unas terribles ganas de echarlo del hotel. Alba sonríe con disimulo y Abie se queda descolocada cuando nos apartamos unos escasos metros, lo justo para poder hablarle con libertad—. ¿Qué?

—Ya que vas a coquetear con otro, procura que no sea en mi presencia.

—¿Perdón?

—Perdonada, y ten en cuenta lo que acabo de advertirte.

—Uh... —replica, sonriendo—. Copiándome frases. ¿Puedo decirte yo algo?

—Adelante, desafíame.

—No seas impaciente —se burla, pestañeando—. Me gusta que marques tu territorio.

—Tu comentario es absurdo.

—¿Algo más —inquieta, coqueta, humedeciéndose los labios—, señor Thompson?

—No —mascullo, irritado.

Vuelve con su grupo, risueña..., y yo miro el jodido reloj. Sólo han transcurrido diez minutos. Esta ansiedad por verla no es buena..., no puede serlo para ninguno; no cuando ella está enamorada de su ex y yo vivo esperanzado en que regrese la mía.

Golpe de realidad

Sí. Elijo dejarme llevar.

Asumo todas y cada una de las consecuencias. Lo peor que podría pasar sería enamorarme, y ambos somos conscientes de que esta aventura tiene fecha de caducidad. ¿Que regreso a Londres sintiendo algo por Nicholas? Supongo que con la distancia se me pasará, lo olvidaré. Lo tengo claro, siempre lo he tenido. Él no es un príncipe azul ni jamás ha ido fingiendo que lo era, y yo, tras mi ruptura con John, no creo en los cuentos de hadas ni en los finales felices. Con el tiempo todo muere, hasta el más fuerte de los sentimientos..., por lo que no voy a cohibirme en refugiarme en alguien que me está dando la vida en California. Y aquí estamos, viendo el tercer capítulo de la segunda temporada de *Vikingos* después de haber follado como desquiciados. Tenemos un enganche sexual que no somos capaces de controlar. Si estamos cerca es imposible que no haya contacto.

—Creo que es hora de que me vaya —comenta; aun así, no se mueve. Está tumbado detrás de mí, rodeándome por la cintura—. Mañana nos espera un día largo.

—Ya... Puedes quedarte si quieres. —Silencio. Sé que la noche para él es una tortura, que la soledad lo consume. Lo acabé de entender anoche y, aunque me sentí idiota, no pude dejarlo marchar—. Me gusta dormir contigo.

—Abie.

—No adviertas, no tiene nada de malo.

—Quizá que estamos pasando demasiadas horas juntos —protesta, apartándose. Me giro para ponerme de cara a él, observando cómo se viste—. No creo que sea bueno.

—¿Por qué?

—Estás pidiendo más de lo que puedo dar.

—Te ofrecía mi compañía para que no pasaras otra noche de mierda. —Me tapo con la sábana, enfadada. Él se percata de ello—. ¿Qué? Ya puedes irte.

—No me hables así.

—Pues deja de poner limitaciones. Yo no las tengo.

—Ahí está el problema. —Rodea la cama y se sienta a mi lado, acunándose la cara—. Siempre estás dispuesta a todo. Nunca te niegas a mis peticiones.

—¿Y qué? —Me siento a su altura y le masajeo los hombros. Nicholas gruñe. Adoro ese sonido—. Me encanta que hayamos recuperado lo que dejamos a medias.

—No lo entiendo.

—Me atraes, Nicholas. Las horas contigo no son aburridas, porque me las paso tratando de adivinar cuál es tu estado.

Lo oigo reír, negando con la cabeza.

—¿Sigues queriendo que me quede? —Lo atraigo hacia mí, respondiéndole con un beso—. Supongo que es un sí.

—Supones bien.

Lo ayudo a desvestirse, cediéndole un hueco entre mis piernas. Nicholas no duda. Antes de que pueda decir nada ya está dentro de mí. Madre mía...

Es exigente.

Es duro.

Es intenso.

Es esa clase de hombre en el que jamás me hubiese fijado si las circunstancias hubiesen sido otras... Sin embargo, me tiene completamente loca. Y me desconcierta, mucho.

Cuando me despierto por la mañana, él ya no está, de modo que, como es temprano, me animo a ir a correr un rato. Me visto con ropa deportiva, me pongo los cascos y a las siete y media estoy trotando muy cerca de la playa. El paisaje es espectacular.

Voy tan distraída con éste que no soy consciente de que hay alguien a escasos metros, casi pisándome los talones. Por un momento pienso que me están persiguiendo y, de los nervios, choco contra una farola, cayendo de culo tras el impacto.

—¡Me cago en...! —Él me ofrece su mano. ¿En serio?—. ¿Qué haces aquí?

—¿No te cansas de hacer el ridículo?

—Pues no, la verdad. ¿Has salido a correr?

—Sí, te acompaño. —No me da tiempo a sonreírle cuando veo que empieza a trotar, ganando distancia entre nosotros—. Iré algo más rápido. No quiero que haya confusiones.

No me lo puedo creer. ¿Sale a correr conmigo pero unos pasos por delante? Esto es surrealista. En ocasiones me cansa su actitud, el hecho de tener que estar escondiéndonos como si estuviésemos haciendo daño a alguien. Luego me sonrío y se me olvida todo.

Lo sé. No las hay más imbéciles que yo.

El resto del día es justo como él pronosticó la madrugada anterior: de mucho trabajo; apenas hacemos una pausa, ni siquiera comemos. Nos conformamos con unas ensaladas del supermercado. Luego lo pierdo de vista, sin explicación alguna..., algo común en él, que me saca de quicio.

Por la tarde, aprovecho para ir directa a la playa cuando el sol está a punto de ponerse. Me siento en la orilla, con los pies en el agua, garabateando con los dedos cosas sin sentido en la arena, dibujos imprecisos.

En una de éstas, bajo la mirada. Sin darme cuenta, he escrito mi nombre y, justo debajo, el de Nicholas. Los contemplo, confusa, pensando en qué momento lo he hecho. Entonces la melancolía me atrapa. Un día no muy lejano tendré que enfrentarme a mi vuelta a Londres, dejando aquí todo lo que he vivido con él, y siento que algo en mi interior se rompe.

—¿En qué piensas?

No sé de qué me sorprende cuando su voz retumba por encima de las suaves olas. Se encuentra caminando por la orilla, con el pantalón remangado por los tobillos y las manos en los bolsillos, hablándome a mí pero fingiendo estar paseando solo.

—¿Pensabas en él? —Su voz se torna más dura—. ¿En John? Habla, Abie.

—No, no, claro que no —respondo, descolocada.

—Cuéntamelo, entonces —insiste con exigencia.

—En que, cuando me vaya, te arrepentirás de no haber aprovechado estos ratos. No hay nadie, no es necesario que nos ocultemos. —En el fondo me da pena esta situación y no me reprimo en expresarlo—. Me gustaría sentirme más libre cuando estoy contigo.

Nicholas me dedica una mirada intensa, fiera.

—Sabes que no puedo, Abie.

—Me empiezo a plantear que no quieres.

Se presiona las sienes y finalmente se arrodilla delante de mí. Su rostro, con los últimos rayos de sol, sale favorecido. Está más atractivo si cabe y yo no sé disimular lo que me produce. Con la yema de los dedos, acaricio la cicatriz de su labio.

—¿Qué es lo que quieres, Abie?

—Poder besarte en cualquier lado y cuando me apetezca. —A pesar de conocer su postura, me inclino hacia él y me apoyo en su frente—. Cuando me vaya me echarás de...

—Ya lo has mencionado dos veces —masculla, contenido, aguantando el tipo y la respiración—. ¿Cuándo tienes planeado hacerlo?

—No lo sé... ¿te gustaría que me marchase pronto?

—No quiero ni planteármelo. —Se me escapa un suspiro e intento besarlo, pero Nicholas se echa hacia atrás—. No fuerces las cosas; no me lo pongas difícil, por favor.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

Se pone de pie y da pasos inciertos, de un lado al otro. Lo alcanzo y, sin darme por vencida, me sitúo justo delante de él, con los brazos en jarras. Su mirada me recorre de pies a cabeza. No podría desnudarme mucho más, ya estoy en bikini.

Su deseo me aplasta.

—¿P-Por qué no quieres planteártelo o por qué no quieres que te lo ponga más difícil?

—Ambas cosas van unidas, Abie. Basta ya, confórmate con saber que no puedo ni pensar en no tenerte cerca, ¿de acuerdo? Me voy, te veo mañana en el hotel.

—¡Nicholas!

—Necesito estar solo.

* * *

Miércoles, jueves... Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo. Lunes..., y así sucesivamente durante tres semanas más. Son días que desfilan sin que apenas me dé cuenta. El trabajo ocupa la mayor parte de mi tiempo y, la otra, la dividido entre Ian, Alba y Nicholas, aunque es cierto que con este último no quedo a diario..., quizá tres veces a la semana, en ocasiones dos..., siempre en fin de semana..., lo suficiente como para desfogarnos sexualmente y hacernos compañía cuando estamos un poco saturados del mundo.

Nos entendemos pese a ser tan diferentes... El día de la playa supuso un punto de inflexión para él. Trata de eludirme durante la semana, pero, cuando estamos juntos, se le olvida esa impostada frialdad. No sé por qué insiste en marcar las distancias frente al mundo, o hacérselo creer a él mismo, si luego somos puro fuego, complicidad...

—Menos mal que te has decidido a pedir algo, se nos ha hecho muy tarde —le comento mientras cenamos frente a frente. Estamos estrenando el restaurante del hotel, aunque estamos solos horas antes de que abra sus puertas—. Todo ha quedado precioso.

—Enhorabuena por el trabajo.

—Gracias, has sido un jefe maravilloso... tan duro dentro de tu puesto como fuera...

—No empecemos —me regaña. No me importa y, por debajo de la mesa, rozo la punta de mi tacón entre sus piernas. Gruñe—. Creía que con el tiempo te cansarías de desafiarme; sin embargo, va en aumento. ¿Cuándo piensas detenerte?

—Cuando me vaya —confieso, enrollando los espaguetis a la boloñesa en el tenedor—. Por cierto, estás muy guapo esta noche.

—Cuando te vayas... —repite, pensativo.

—Sí, por eso quiero aprovechar al máximo cada segundo. ¿Puedo poner un poco de música? Esto parece un funeral. —Nicholas asiente, jugando con la comida—. ¿Alguna canción en especial o lo dejas a mi elección?

—Adelante.

Cojo el móvil y le doy al «Play» en mi lista de Spotify. Suena *We don't talk anymore* y, ante la tensión del ambiente, me levanto tirando de su brazo. Nicholas se resiste, pero, como sabe que no me daré por vencida, se incorpora. Finalmente termina sonriendo cuando le bailo sin cohibirme. No es una canción lenta ni rápida, por lo que yo tampoco encuentro el ritmo adecuado y simplemente me contoneo.

—¿Vas a dormir esta noche conmigo? —coqueteo con él, quien se deja llevar, moviéndose milimétricamente a mi compás... hasta que me estrecha contra su cuerpo por la cintura, haciéndome sentir su excitación—. M-Me estás acostumbrando mal.

—¿En qué sentido? —pregunta en tono jocoso.

—Me he acostumbrado a tu calor..., a cómo me arropas con tus brazos.

Espero que me regañe. No es así; se limita a darme un fugaz beso, lejos del que realmente le apetece, y mira la hora alejándose de mí. Su repentino cambio me confunde.

¿Qué ha pasado?

—Estoy cansado —murmura, poniéndose la chaqueta—. Vámonos antes de que sea más tarde. Mañana tengo una reunión importante.

—Pensaba que...

—No, Abie, no es el momento ni el lugar para follar —me interrumpe, seca y bruscamente—. No esta noche. ¿Estás lista?

—Sí, claro.

No sé ni qué decir. Me he quedado bloqueada frente a su arisca actitud, cuando segundos atrás me desnudaba con los ojos, que mantiene durante el trayecto en coche. Hay silencio, de los que me producen malas sensaciones. En la última esquina, detiene el vehículo para que yo me baje. Nunca lo hace en la puerta, para que no nos vean...

—Hasta mañana, Abie.

—Hasta mañana, Nicholas...

Desciendo repasando lo sucedido en el hotel, buscándole sentido a lo que acaba de pasar..., pero, tratándose de él, no lo hay, como tantas veces. Supongo que algún día me lo contará, o quizá me irá con miles de preguntas, las mismas que empecé a hacerme desde el día que lo conocí... Odio que esto siempre sea así, que no termine de abrirse a mí cuando yo no tengo reparos en mostrarme tal y como soy, con mis virtudes y defectos.

¿Qué estará pasando por su mente?

Ésa es una pregunta que me hago el resto de la noche y parte del día siguiente.

—Anoche Kellan estaba muy serio cuando cenó con Ian y conmigo —dice Alba—. No me puedo creer lo rápido que ha pasado el tiempo. Han pasado tantas cosas...

Cierto. Es otro de los temas que he estado reflexionando durante esta madrugada, desde que Nicholas me dejó en el hotel. Y es que ya hace dos meses de mi llegada y todo ha cambiado desde entonces. Ian está recuperado, hoy le han dado el alta; Alba regresa a Londres en dos días, y mañana será la inauguración del hotel al que me he dedicado en cuerpo y alma desde que acepté el proyecto. Hemos trabajado contra reloj, pero ha merecido la pena. Con Kellan, mi aliado al principio, casi no tengo relación..., la justa. Nos saludamos y nos tratamos con cordialidad. Nunca coincidimos más de cinco minutos. Me temo que él intenta evitarme por si lo delato en presencia de mi hermano o su primo.

Ésa es una opción que me sigo planteando, pero me da tanto miedo el daño que puedo ocasionar... Las aguas están calmadas y soltar semejante bomba es provocar que ésta lo destruya todo a su paso.

—¿En qué piensas? —me pregunta Alba. Estamos de compras, buscando un vestido elegante, sensual y a la vez cómodo para la fiesta de inauguración. Ella se decanta por algo más delicado y

recatado—. Estás muy callada desde que hemos salido.

—Mi madre me ha llamado. Tiene un proyecto para mí, para empezar dentro de dos semanas: redecorar una casa que ha comprado una familia adinerada de Londres.

—¿Y?

—No sé si quiero irme todavía —reconozco, distraída.

—¿Por Nicholas?

—¿Qué? No. —Hago un aspaviento—. Por todo en general.

—Este momento tenía que llegar.

—Sí, y me alivia que dejo lo necesario en orden.

—Claro, has cumplido con tus obligaciones... Ian, el hotel, tus vacaciones. —Tiene razón—. ¿Por qué no te vienes conmigo? Así no viajaré sola, y durante unos días...

—Ya...

No estoy convencida. Ella lo sabe. Me conoce. Para colmo, esta noche tenemos una cena en casa de Ian para celebrar el fin del proyecto, y allí estarán los dos hombres que de alguna manera me atan a California: mi hermano y Nicholas. De todas formas, si soy coherente, lo más sensato es irme con Alba, dándome el margen de estar unos días antes en casa para acostumbrarme al cambio y retomar la rutina antes de comenzar de nuevo a trabajar. Mis padres son exigentes y he de estar muy preparada. Son de los que se llevan el trabajo a casa..., algo que detesto y con lo que tendré que convivir.

Aunque... ¿a quién pretendo engañar...? Ahora la que necesita poner tierra de por medio soy yo. Esto ha llegado demasiado lejos. Me preocupa su bienestar casi tanto como el mío.

No es bueno. No puede serlo.

A las nueve de la noche, Alba y yo entramos en el piso de Ian. Venimos cargadas de bolsas. No sólo hemos encontrado los vestidos perfectos para nuestros respectivos estilos, sino que también nos llevamos recuerdos de California... para nosotros, familia y amigos.

Mi grupo de amigas va a flipar cuando conozcan la historia. Hablo con ellas un par de veces a la semana, pero nunca les he mencionado que hay un hombre que me roba el sueño. Les sonaría ñoño, y no me extraña después de que juré no volver a creer en ellos.

—He invitado a Kellan —nos avisa Ian en cuanto cruzamos la puerta—. Él también ha formado parte de esto de una manera u otra y excluirlo no sería correcto.

—No estoy de acuerdo, pero es tu casa.

Miro hacia atrás, sorprendida por la réplica de Nicholas.

¿Ha subido por las escaleras?, ¿en qué momento? Si no hemos coincidido en el portal... En cuanto nuestras miradas se cruzan, desvía la suya. Desde hace unos días se comporta de manera más distante..., pero está guapísimo igualmente. Va clásico y, a decir verdad, todo lo que se ponga le queda como un guante.

—¿Te ayudo en algo? —le ofrece Alba a Ian, soltando las bolsas en el sofá.

—Sí, por favor.

Ambos se dirigen a la cocina y lo hacen sonriéndose, bromeando y empujándose. Han congeniado muy bien y han forjado una bonita amistad. Luego está la otra parte, la opuesta, la de continua tensión de todo tipo..., de nervios..., sexual: la de *él* y mía.

Nicholas y yo nos quedamos solos. Esta noche lo percibo especialmente nervioso, quizá por la inauguración... pero además lo detecto distraído, ausente.

—¿Todo bien? —Asiente sin más—. ¿He hecho algo que te haya molestado...?

—No, no tiene que ver contigo.

Antes de que podamos continuar hablando, aparece Kellan. La tirantez es indiscutible entre los tres, cada uno por sus razones. Lo cierto es que la sala se llena de silencios que odio, por los secretos que habitan dentro de nosotros. Nicholas no se acerca a su primo, y viceversa. Yo deambulo por la sala hasta que Alba e Ian empiezan a servir la cena, verduras con pollo al horno. Tiene una pinta deliciosa y, del olor, para qué hablar. Se trata de un plato elegido por mí, ya que desde que llegué me he cuidado menos de lo que me gustaría.

—¿Hay que traer algo más? —me intereso, para escapar.

—No, ya está todo —comenta Alba, planchándose el vestido.

Finalmente nos sentamos: Ian, presidiendo la mesa; yo, a su derecha y Nicholas, a su izquierda, por lo que quedamos frente a frente. Alba está sentada a mi lado y Kellan, en la otra cabecera, cerca de mi amiga y lejos de su primo, pues ha quedado libre un asiento entre ambos, por mantener esta distancia incómoda con la que ninguno de los dos disimula.

—¿Un brindis? —propone mi hermano, levantando la copa—. Por este equipo que ha funcionado incluso en la adversidad. Gracias por habérmelo puesto tan fácil.

—Tu recuperación era lo primero —rebato, un poco emocionada.

—Estoy orgulloso de ti, Abie.

—Gracias...

El resto de las palabras se quedan atascadas en mi garganta. No tiene ni idea de lo que suponen las suyas para mí. Lo admiro y algún día quiero ser la mejor, como él..., pero lo que ocupa mi mente en este instante, desgraciadamente, no es el trabajo, sino mi regreso. Contemplo la escena y me muero de pena al intuir que nunca se producirá otra igual. Sería muy raro que todos coincidiéramos de nuevo. Y Nicholas..., ay, Nicholas. La cuerda invisible que nos une cada vez está más tensa, con él tirando del extremo contrario al mío.

Me mira de soslayo de vez en cuando; en una de esas le sonrío cuando presumo que nadie nos ve. Nicholas niega con rapidez, con un movimiento limpio y seco. Lo sé, lo sé..., debo controlarme, pero ¿cómo hacerlo si no puedo? Sobre todo, después de la noticia que daré. ¿Se lo tomará bien? ¿Le aliviará mi decisión? Es hora de descubrirlo.

—Quería contaros algo —murmuro sin levantar la mirada del plato—. Me vuelvo con Alba a Londres. Ya tengo trabajo.

—No puede ser. —La voz de Ian se torna dura—. ¿Va en serio?

—Sí, allí tendré mi vida resuelta...

—Aquí también, si quisieras —replica Ian, sin disimular su frustración.

—Eso ya lo hemos hablado, rubio; no seas pesado.

—¿Te irás así, de la noche a la mañana?

—Ian, ya me conoces —me excuso como si hiciese falta, aun sabiendo que no le debo ningún tipo de explicaciones a nadie—. Me gustan las emociones fuertes, dejarme llevar, y ahora lo que me pide el cuerpo es empezar un nuevo reto.

—Te estás equivocando.

—Déjalo ya —protesto, cansada.

—Como quieras. Tú misma.

Me armo de valor y, a través de las pestañas, busco la reacción de Nicholas. Me está contemplando fijamente, incluso ha dejado el tenedor a un lado y se limita a beber. Su otra mano está cerrada en un puño sobre la mesa. Tiene la mandíbula apretada. En sus ojos leo los reproches, la contradicción. Tampoco está de acuerdo con mi decisión.

Kellan, por el contrario, parece haberse quitado un peso de encima...

—Brindemos otra vez —nos anima Alba—. Por Abie y por su nueva vida.

Le sonrío, agradeciéndole lo que pretende, que es evitar más tensiones... pero es demasiado tarde. La cena se vuelve un auténtico coñazo, tediosa. Está lejos de ser una celebración, por lo que, cuando finalmente acaba, me siento aliviada. Kellan es el primero que se marcha, aludiendo a que está cansado. Sé que miente y que pasará la noche con ella.

¿Cómo puede ser tan egoísta?

—Recojo yo —aviso a Alba e Ian, que siguen conversando.

Me encanta la complicidad que hay entre ambos. A ella le debo tanto... Lo ha cuidado tan bien estas largas semanas que mi hermano apenas ha bebido. Tampoco ha podido salir solo, por lo que no ha vuelto a verse con Leila, la misteriosa mujer que le hacía daño.

Se ha desintoxicado de ella..., y espero que en nuestra ausencia siga siendo así.

—La ayudo —oigo la voz de Nicholas a lo lejos. Pronto está detrás de mí, en la cocina, y lo primero que me encuentro al girarme es un reproche—. Te vas.

—Sí...

—Pensaba que teníamos algo más de confianza como para que me lo hubieras contado en días anteriores, no así, de repente —masculla en voz baja—, y sin previo aviso.

—Era algo que sabíamos que pasaría y ha llegado el día, no hay que hacer dramas —le resto importancia, apilando los platos—. Además, ha sido una decisión repentina, de esta misma tarde. Alba ya me ha sacado el billete y no hay retorno.

—Las decisiones a la ligera nunca son acertadas.

—¿Adónde quieres llegar, Nicholas? —musito, apoyándome en la encimera.

—¿Esta noche podré verte?

Pongo los ojos en blanco. Me desespera que cambie de tema sin obtener respuestas.

—No, me quedaré aquí. Alba y yo lo hemos hablado. Será la última que pasaremos con Ian y

queremos despedirnos con tranquilidad. No sabemos cuándo volveremos.

—De puta madre.

—Pero ¿qué quieres?

—Yo, nada. ¿Y tú? —Me quedo callada—. Perfecto. He de irme.

—Nicholas...

Lo detengo por el brazo. Niega con la cabeza, soltándose como si le molestara mi contacto.

—Ahora no —zanja de malas maneras—. Nos vemos en la inauguración.

—Hasta mañana...

Las paredes de la cocina se me vienen encima. Tengo un cacao en la cabeza que no es normal. Me siento en un taburete alto, cerca de la ventana, y miro hacia abajo, esperándolo. Lo veo salir, cómo se monta en su coche y acelera, y desaparece en breve... a una velocidad que da miedo. ¿Está así por mí? ¡No tiene sentido!

—Abie, ¿todo bien?

—Sí, Alba. —Mi amiga me acaricia el cabello desde atrás—. ¿Qué está pasando?

—Que la vida tiende a sorprendernos cuando menos lo esperamos.

La busco por encima del hombro, intrigada, pero justo aparece mi hermano.

—¿Qué hacéis? —Ninguna respondemos—. Vamos a ver una película, venga. He preparado vuestra favorita, para que os vayáis con ese recuerdo.

—Ian...

—Déjalo, Abie. Siento lo de antes.

Asiento sin mucho más que aportar y me dirijo al sofá, con Alba a mi lado. Esperamos a Ian, que nos sorprende con unas palomitas dulces..., y no es la única sorpresa que me llevo esta noche. En vez de situarse a mi izquierda, se abre un hueco entre Alba y yo..., quienes, como dos idiotas, terminamos recostadas sobre Ian, a sus lados. Menuda estampa. Las despedidas nunca han sido lo nuestro... y, como es obvio, me pasa factura.

Quizá es una de las noches en las que menos dormo en California sin nada que me lo impida... o sí, mi conciencia, valorando mi decisión. Pero ¿de qué me servirían unos días más? Todo gira en torno a Nicholas; si me debato entre tantas dudas es por su reacción.

¿Quiere que me quede?

¿Por qué?

De cualquier modo, no hay marcha atrás.

Aunque, durante la inauguración, las dudas me avasallan. El estar cerca de Nicholas me ciega en muchos aspectos. Siento que me han faltado muchas facetas tuyas por descubrir y que quiero más, un poco más... También soy consciente de que este sentimiento no es bueno. Lo confirmo. Por ello mi decisión es la correcta.

No puedo seguir fingiendo que no sucede nada... ni engañarme más.

El hotel está plagado de invitados. Sus padres no han asistido, a petición de Nicholas; en realidad se lo ha prohibido a su padre y la madre ha decidido no venir. Mi hermano asegura que

es lo mejor para evitar tensiones... Yo ya no sé qué pensar con respecto a Nicholas. Es tan reservado con todo el mundo... Esta noche tampoco tiene tiempo para mí, por lo que me paso la mayor parte de la noche con Alba e Ian..., aunque ellos comparten confidencias, se ríen e incluso bailan. En una de éstas me alejo a por otra copa.

—Están maravillados con la decoración. —Miro por encima del hombro. Nicholas, más sofisticado que nunca con un traje de chaqueta fabuloso, combinando los colores negro y granate; un tono con el que, casualmente, vamos a juego—. Felicidades.

—Gracias...

Me contempla de arriba abajo, provocando una y mil sensaciones en mí. No me acostumbro. Desde que nos conocimos, jamás me ha sido indiferente, incluso aquella primera vez en la que no fue especialmente simpático. Ahí ya surgió algo que hoy entiendo.

—Estás preciosa.

—Nicholas —gimo, agobiada, y me percató de que bebe agua. Nada de vino ni de licores—, no me hagas esto.

—¿El qué?

—¿De verdad ésta va a ser nuestra despedida?

—Tú lo has decidido.

—No, la última noche contigo yo bebería, bailarían, me reiría, hablaría y follaría —replico, exteriorizando todo lo que, a estas alturas, con el tiempo corriendo en mi contra, necesito confesar—. Ésa sería la despedida que me hubiese gustado tener contigo.

—Te van a oír —me regaña entre dientes.

—Perdón —farfullo con ironía—. Perdón por expresar lo que siento.

Maldice en voz baja y alguien viene a interrumpirnos. Es un señor de pelo blanco que se acerca para decirle algo que no alcanzo a escuchar a Nicholas. Éste niega e interpreto que el gesto que le hace con la mano es de «dame cinco minutos».

—Ven —me ordena de repente.

—¿Q-Qué? —Me quita la copa y la suelta junto a su vaso—. ¿Adónde?

Me coge de la mano, para mi sorpresa, y me lleva hacia la pista que han improvisado para la ocasión en la zona de descanso. De fondo suena la canción *Every breath you take...* y me ciñe a su cuerpo, aferrándose a mi cintura, sin importarle que nos vean, el qué dirán. Instintivamente lo rodeo por la nuca y descanso la cabeza contra su hombro.

Es un alivio no huir, pero ¿por qué ha tomado esta decisión? Qué más da...

Respiro su olor, sabiendo ya cuánto lo echaré de menos. Mi llegada aquí estuvo marcada por él y, desde entonces, hemos estado unidos de una forma u otra. Es inevitable que la tristeza me embargue al pensar que no lo volveré a ver en mucho tiempo.

Nicholas Thompson ha sido mi oxígeno en California.

—Me gustaría pasar la noche contigo —le susurro al oído.

—No sé a qué hora me iré de aquí.

—¿Estás enfadado?

—No. Querías bailar y aquí estamos. —Carraspea—. Tu hermano nos está mirando.

—Qué más da. —Hundo los dedos en su pelo. Se tensa—. ¿Te cuento algo?

—Sorpréndeme con tus teorías.

—Esto es una realidad. —Me acongoja admitírselo—. Te voy a extrañar.

—Abie...

—Chis.

Me niego a que él, con una de sus frases, destroce este bonito momento... que sin duda recordaré por mucho tiempo. Cierro los ojos y me dejo llevar por sus pasos. Esta noche es él quien me guía, aunque realmente, desde que aterricé, Nicholas ha sido quien ha establecido los límites. Ha ido decidiendo qué sucedía con nosotros en cada instante.

Hoy sé que darle tanto poder sobre mí ha sido un error. De pronto siento como si me diera un golpe con la cruda realidad. Hay cosas que no se pueden obviar, y las cosquillas que ahora mismo bailotean en mi estómago no son fruto del hambre.

Unas terribles ganas de llorar me sobrecogen y lo abrazo más fuerte si cabe. Quiero que el tiempo se detenga, justo en este instante en el que es sólo mío...

—Cuidado, Abie, tengo que atender a algunos...

Me aparto inmediatamente con la intención de huir, pero él me aferra por el mentón, prohibiéndome que me aleje. «No, por favor.» Me obliga a que lo mire.

Su semblante se contrae y frunce el ceño.

—¿Qué pasa ahora?

—Nada... —Aguanto el tipo, el llanto y la respiración—. Suéltame.

—¿Por qué tus ojos están empañados en lágrimas?

—Déjalo, por favor.

—Me cago en mi puta vida, joder —maldice, frustrado—. ¿Qué está sucediendo?

—No querías saberlo.

Se echa a un lado para que pueda irme y es justamente lo que hago. Busco mi bolso y me reúno con Ian y Alba. El primero me observa de manera extraña. Mi amiga suspira.

—Me voy al hotel, ¿vale?

—¿Qué ha cambiado entre tú y Nicholas? —plantea mi hermano sin andarse con rodeos—. ¿Me he perdido algo otra vez?

—No quiero hablar de ello, rubio. Alba, ¿te quedas?

—No te importa, ¿verdad? —La adoro. Ella tiene claro que no me encuentro bien y sabe lo que necesito—. Me gustaría disfrutar de mi última velada aquí.

—No; al contrario, te lo agradezco. Me apetece estar sola.

—Ya... Nos vemos más tarde en el hotel.

—Ian —cojo aire y ahuyento las lágrimas—, supongo que no vendrás mañana a decirme adiós. Nuestro vuelo sale temprano.

—Sabes que no me gustan las despedidas.

—Gracias por todo. Te quiero muchísimo. —Lo abrazo y beso su mejilla sin dilatar ni extender más este agónico momento—. Cuídate... Volveré pronto.

—Quédate.

Me aparto y le sonrío sin ganas. Su rostro manifiesta tristeza ante mi decisión.

—No puedo.

Y me voy del hotel.

Me despido de éste, que me ha regalado momentos maravillosos y también frustrantes durante este tiempo. Han sido semanas duras, pero estoy orgullosa de haberme entregado tanto, pues ha quedado precioso, tal como lo concebí. Nicholas tiene buen gusto, a pesar de su hosco carácter. Riendo a punto de venirme abajo ante tal reflexión, entro en el coche y regreso al otro hotel en el que dejo tantos recuerdos... Mientras subo por el ascensor, no puedo evitar pensar en mi primer encuentro con Nicholas. Aquí empezó la magia y no me di cuenta. ¿Cómo hacerlo? Yo no venía dispuesta a complicarme la vida y la suya lo era demasiado. Me arriesgué y me marcharé como tanto temía...

No quiero ni pensar en ello. Tengo el alma rota y el corazón dividido.

En el dormitorio de mi *suite*, me quito el vestido, que queda tirado en el suelo..., como mi ánimo. Me pongo un camisón y, con una tarrina de helado de chocolate, me siento en la terraza.

Allí veo las horas pasar. Son las tres de la madrugada cuando los ojos se me cierran..., no únicamente de cansancio, sino de haber llorado, mucho, muchísimo. Alba todavía no ha venido y John no cesa con los mensajes, a los que no respondo.

No estoy de humor para fingir que me interesa hablar con él.

—Hola. —La piel se me eriza. Es su voz. Inspiro y miro lentamente hacia él. Se está desanudando la corbata tras haber lanzado la chaqueta a la silla. Por lo que intuyo, según ha entrado, ha venido directo aquí, a verme. Joder, me puede—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—No es verdad.

Me encojo de hombros.

—¿Has visto a Alba antes de venir? Se supone que duerme aquí esta noche.

—Ha ido a tomar algo con Carter. —Se presiona el puente de la nariz y luego las sienas. Parece agobiado. Se muerde el labio y susurra mi nombre con intensidad—: Abie.

—Dime.

—Acércate.

Hasta ponerme de pie me cuesta. ¿Cómo enfrentarlo ahora que sé tanto, ahora que todo cobra sentido? Acorto la distancia hasta el cristal. Una vez ahí, coloca sus manos en mi cintura y me eleva hasta que me hallo en su terraza. No entiendo nada, tampoco pregunto. Entre nuestros cuerpos no queda un solo espacio y pronto su boca está impactando contra la mía, reclamando mucho más que mis besos. Me devora. Me necesita.

—Nicholas —gimo, confundida.

—Cállate.

Sin abandonar mis labios, me lleva hasta su habitación, sorprendiéndome, pues se lo tiene prohibido... por *ella*... Ahí me empotra contra la pared, sujetando con fuerza mi rostro entre sus manos, que tiemblan. No ha bebido, lleva semanas sin hacerlo...

¿Entonces? ¿Por qué me ha traído a su *suite*?

—No estás borracho... —susurro, agitada.

—No.

—¿Por qué...?

—Sé lo que hago perfectamente y es lo que importa, maldita sea.

Se aparta ligeramente y se roza con mi nariz. Me mira como nunca antes. En sus ojos percibo una profunda tristeza. Busca en mí algo de lo que yo no tengo ni idea de qué se trata.

Es tan complicado... y, al mismo tiempo, estoy en *shock*; advierto en mí tantas cosas... que no sé cómo enfrentarme a ellas, a él. Quizá no es la noche apropiada para esto. Sin embargo, es la única que nos queda. Mañana no habrá más.

—No te vayas a Londres —suplica entre besos desesperados, propiciando que me fallen las piernas. ¿Qué ha dicho?—. Quédate un poco más.

—No puedo —sollozo, sin poder evitar que una lágrima rueda por mi mejilla—. Estoy empezando a sentir, Nicholas, y duele.

—Abie, no me jodas.

—Lo siento. —Me derrumbo—. Me estoy enamorando.

Miénteme

Espero que se aleje, que me rechace y recrimine cómo he sido tan estúpida. Me lo merezco, por jugar con fuego..., con el mismo en el que ahora me estoy quemando.

Por el contrario, me sube el camión y recorre con urgencia mis piernas, intentando posicionarse entre ellas. No doy crédito a su comportamiento. ¿No le importan mis sentimientos? Con un nudo en la garganta, me quejo cuando me monta en su cintura y me embiste sin piedad con su cadera. Lo odio, en estos instantes odio su insensibilidad.

—No... —soy capaz de pronunciar finalmente—. No me trates así.

Echa la cabeza un poco hacia atrás, separándose. Traga al encontrarse conmigo tan cerca y ser consciente de lo que está ocasionando en mí al mostrarse como un desalmado sin corazón. No puedo ocultar mi decepción. Me parte en pedazos.

—Vete si es lo que necesitas —dice, señalando la puerta.

—¿De verdad, Nicholas?!

—Pero ¿por qué sigues aquí? ¿No ves que soy un capullo? ¡Vete!

—No quiero; no todavía.

—No me lo pongas más difícil. ¿No entiendes que no sé cómo hacer esto?!

—Inténtalo. —Me aferro a su pelo—. No permitas que me vaya con esta sensación y vacío, creyendo que lo único que te importó de mí fue el sexo.

—Fue lo que hablamos.

—Pero las cosas han cambiado. —Su semblante se transforma. Acepta que no miento—. Lo sabes tan bien como yo.

—Maldita seas, Abie.

Con la yema de los dedos me enjuga las lágrimas, que ya no son pocas. Luego las besa, se las bebe con sus labios. Es suave, lento..., descubriéndome esa parte de él que hasta hoy no ha mostrado en ningún momento. Hay calma, ternura..., y eso me rompe más.

¿A quién pretendo engañar? No..., no me estoy enamorando. Ya lo estoy.

No es bonito, ni tan maravilloso como en las películas. No cuando no es correspondido. Él no me quiere y nunca lo hará mientras exista *ella*... El amor duele. El amor, como no hace mucho describimos, es una mierda; una que no se apiada de ti, que te consume.

—Nos prometimos que esto no sucedería. Los dos lo teníamos claro —musita contra mi boca —. ¿Qué has hecho, Abie?

—No sé cómo ha pasado...Y no me mires así, por favor.

—¿Cómo, maldición? —replica, desencajado.

—Como si tú también sintieras algo...

—No quiero hacerte daño.

—Entonces despídeme como necesito. —Cierro los ojos—. Hazme el amor, no me folles como si no hubiese significado absolutamente nada en tu vida.

Descansa su frente contra la mía y confiesa:

—Sabes que has sido mi salvación durante este tiempo.

—Demuéstramelo, por favor.

Hay un breve silencio, hasta que advierto su aliento y me echo a temblar ante su gesto. Reparte un sinfín de besos por cada centímetro de mi rostro... así hasta que las lágrimas han desaparecido. Él, con su delicadeza, ha sido capaz de borrarlas.

Cuando lo miro de nuevo, me sonrío, pero esa sonrisa no llega a su hermosa mirada. Sé que he significado algo importante para él, aunque no hay sentimientos. Él está enamorado de otra y puedo ver su lamento por no corresponderme. Sufre por mí. Yo también por él, por saberlo tan destrozado por alguien que no lo merece, cuando yo estaría dispuesta a dárselo todo para que fuese feliz a mi lado.

—Estás preciosa incluso triste —pronuncia, retirándome el cabello de la cara.

—No me digas estas cosas...

—Lo siento mucho, Abie.

—Lo sé.

—Sin embargo, tus ojos están colmados de reproches.

—No es por ti. —Se muerde el labio, pero pongo el dedo índice sobre éste. No quiero estar preguntándome por qué lo hace. Quiero creer que está más nervioso que excitado. No me gustaría saber que es al revés, que ahora su cabeza sólo piensa en lo carnal y no en lo sentimental—. Tú no tienes la culpa de que yo me haya fallado a mí misma.

—Hemos fallado los dos al no detener esto a tiempo.

—A pesar de todo... —le sonrío; gruñe—..., no me arrepiento.

—No me sorprende. Siempre has sido más valiente que yo.

Me besa la frente y me sujeta en su cintura, para llevarme hasta su cama. Una vez ahí, me deposita con toda la sensibilidad que desconocía de él, lo que despierta en mí más emociones si eso fuera posible. Quedo bocarriba; él se arrodilla entre mis piernas. Me sube los brazos y luego me incorpora un poco para deshacerse de mi camisón... y me vuelve a echar hacia atrás, agachándose para besarme de nuevo..., suave, muy suave.

Despacio, va descendiendo hasta cubrirme de más besos, desde mi cuello hasta mi ombligo. Me arqueo sin poder remediarlo. Me gusta demasiado. Estoy húmeda, pero necesito esto. Mimos,

cariño, delicadeza. Quiero su entrega, aunque sólo sea por esta noche. Quiero despedirme y quedarme con este recuerdo. El de Nicholas Thompson haciéndome el amor sin necesidad de estar dentro de mí... con la mirada, con su toque y sus besos.

—Hoy soy yo el que tiene preguntas —susurra contra mi piel, ascendiendo hasta que estamos de frente—. ¿Por qué... si no te he dado nada?

—No tienes ni idea.

—Cuéntamelo, entonces.

—Sobran las palabras, Nicholas. —Niega con vehemencia, la misma con la que yo me abro emocionalmente a él y definiendo lo que es—. Tú eres especial y me entristece que no seas capaz de valorarte como yo lo hago. Aquí has sido para mí justo lo que necesitaba en cada momento. Me has hecho descubrir a otra Abie, la que quiero ser.

—Esto es una locura.

—Lo ha sido desde que nos conocimos accidentalmente en el ascensor, pero no hemos querido darnos cuenta.

—Maldita locura —insiste, como si no me oyera.

Lo atraigo hacia mí y lo beso.

Claro que es una locura y, yo que siempre he buscado vivir en ellas, ahora me sobrepasa. Me viene grande... porque no lo controlo. Porque lo que él sienta no depende de mí, y la impotencia me consume. Sobre todo, sabiendo que está malgastando el tiempo en una mujer que no sólo lo abandonó, sino que lo está traicionando.

—No me olvides —le suplico, rodeándolo con mi cuerpo—. Ha sido el mejor verano de mi vida, y tú eres el único culpable.

Maldice repetidas veces, mordiéndome el labio. Yo meto los dedos en medio y acaricio el suyo, su pequeña cicatriz. Una marca de su continua manía, esa que me hace perder la razón y que, irremediablemente, cuando la vea en otra persona, me recordará a él.

—Es imposible olvidarme de la chica de las teorías, de las constantes preguntas y su tierna torpeza. —Su afirmación me deja sin palabras, muda. Me conmueve su vulnerabilidad—. La de la dulzura disfrazada de sensualidad.

Con un suspiro, empiezo a desabrocharle la camisa. Nicholas se incorpora para ayudarme, para quedarse completamente desnudo y, acto seguido, liberarme de la última prenda que nos mantiene separados: mis braguitas rojas. Luego vuelve a ocupar su sitio entre mis piernas, que le cedo sin dudar. Los dos gemimos ante el contacto.

Es la primera vez que nos sentimos piel con piel. Él no busca su preservativo como de costumbre y yo no le reclamo que lo haga. Sabe que tomo la píldora y no hay nada que impida que podamos disfrutar plenamente..., no si no hay peligros ni riesgos innecesarios de ningún tipo, y no los hay. El riesgo era enamorarme y ya lo estoy.

—Nicholas —gimoteo al sentir que me invade lentamente.

—Lo sé, joder. Lo sé.

Profundiza hasta que está completamente dentro de mí. A ambos nos falta el aliento ante tan grandiosa sensación. Me roza los labios y, así, se mueve poco a poco, como si me fuera a romper, con sumo cuidado y paciencia, meneando las caderas a un ritmo torturador y, al mismo tiempo, necesario..., fundiéndonos en uno solo mientras acaricia mi pelo con su mano izquierda y, con la derecha, la comisura de mi boca..., en la que no cesan los besos.

Las muestras de cariño se suceden sin que él se detenga y me penetra una y otra vez..., siempre suave, nunca brusco. Es ese Nicholas que yo sabía que existía; el que escondía detrás de su coraza. Éste es él realmente y mi corazón se hincha más de amor si cabe. Su personalidad es arrolladora en todos los sentidos.

Siempre supe que era especial.

—No te vayas —implora con un gruñido—. ¿Qué puedo hacer para que te quedes un poco más? Hasta que asimile que no volveré a verte.

—Nada... —Me aferro a su espalda, navegando entre el placer, la impotencia y la añoranza. Soy realista pese a mis sentimientos—. No puedes darme lo que necesito.

—Perdóname.

Y cuando se aleja un poco y nuestras miradas se encuentran, tengo miedo de que esto no sea real, de que él no esté aquí, sino con *ella*. No lo soporto. Me duele imaginarlo. Me destroza pensar que la primera y última vez que me hará el amor no será a mí a quien vea, sino a *ella*..., la mujer que sin estar presente lo ha mantenido suyo durante estos meses.

—¿Me sientes a mí? —pregunto con un hilo de voz. Ésta se me rompe por los gemidos—. Me has traído a tu habitación. Sabes qué quiero decir...

—Abie.

—Dime que sí. —Lo abrazo, desesperada—. Dímelo.

—Yo...

Lo interrumpo y acallo sus palabras, llena de miedos ante su titubeo. No quiero oír de su boca el nombre de otra mientras me entrego en todos los sentidos.

Prefiero vivir una mentira esta noche, y sollozo, implorándole:

—Miénteme.

—Abie...

Echa la cabeza hacia atrás, contrayendo su cuerpo y cada una de sus facciones. Lo atraigo por la nuca sin que pueda evitarme la mirada. Se mantiene en silencio y, con urgencia, busca mis labios. En su rostro se dibuja una mueca de dolor.

—Nicholas —imploro, sintiendo su dureza en lo más profundo de mí.

—Chis, Abie, cállate.

—Miénteme, por favor.

—¡No puedo, maldita seas!

Lo empujo, intento apartarlo. Golpeo su pecho.

—¡Basta! —Me aprisiona las manos por encima de la cabeza—. No puedo porque no te estaría

mintiendo. Eres tú, Abie, no otra; estás aquí y me asusta que así sea.

—Nicholas... —gimoteo, aliviada y emocionada.

—No sabría darte lo que necesitas.

—Con esto es suficiente —ruego en un acto de desesperanza.

—No nos engañemos, Abie.

—Pero te quiero...

«Y *ella* sigue existiendo» es lo que detecto en sus apagados ojos.

—¡Lo siento, joder! —grita, frustrado—. Y no vuelvas a repetirlo.

Hunde su rostro en mi clavícula y, con las manos entrelazadas a las mías por encima de mi cabeza, se mueve con más intensidad, embistiéndome a un compás más vertiginoso, aunque sin ser salvaje. Es él, con más pasión e inquietud, con miedos.

—Córrete para mí —me pide, y se le quiebra la voz.

Arqueándome, me dejo ir con él, rompiéndonos ante el brutal orgasmo que compartimos. Lo siento más cerca que nunca, llenándome de él, de su esencia, que se funde con la mía. Nuestros cuerpos tiemblan a la vez. Sus gruñidos se pierden en mi piel y los míos en su oído, pues lo abrazo con todo ese amor que ahora sé que le tengo..., por ilógico que sea, por precipitado que parezca. Él ha sido capaz de enamorarme sin fingir ser quien no era, sin mentiras. Quizá por este motivo esto que nos une es tan potente.

Es lo más verdadero que he vivido y sentido nunca. Ha sido Nicholas sin ocultar su lado oscuro. He conocido antes su peor versión, su parte más fría, y, aun así, aquí estoy, muriendo de amor por él, pese a no ser correspondida. He perdido... y he aprendido.

Lo que no sé es cómo lo superaré...

El silencio nos vence, sin movernos, aferrados al otro.

No sé cuánto tiempo transcurre en el que lo único que se oye en la habitación es el sonido de nuestras aceleradas respiraciones. Ninguno se atreve a romper esta calma que nos rodea y que quisiera que fuera eterna, que durara para siempre.

—Abie.

—Ya...

Lo libero y se incorpora tan rápido que no me permite verlo. Entra al baño y aprovecho para ponerme el camisón y las braguitas. Me quedo sentada en la cama, sin saber qué hacer, alargando la despedida, siendo consciente de que éste es el final.

Cuando Nicholas regresa, se ha mojado la cabeza, la cara. Camina desganado, pero me busca. Se sube a la cama sin pronunciar palabra. Se coloca detrás de mí y me besa los hombros, la espalda donde está descubierta, arropándome con su cuerpo.

Todo mi ser se encoge, rindiéndose ante él.

—Odio que esto acabe así —murmura con pesar.

—No tienes que disculparte por no sentir.

—Sabes que siento, joder —se refugia en mi cabello, oliéndolo. Ahogo un quejido—, pero no

de la manera que tú necesitas y yo quisiera.

—Quizá con un poco de tiempo...

—No te mientas, no con esto.

Aprieto sus manos, que me rodean por el vientre. No quiero que me suelte... ni soltarlo.

—Nicholas..., ¿nos volveremos a ver?

No es una pregunta, sino una súplica.

—No lo sé, Abie; no lo sé.

Me inclino hacia delante y lloro. Porque no quiero irme. Porque soy consciente de que quizá coincidiremos alguna vez si yo regreso, pero ya nada será igual. Me asusta que llegue ese día y *ella* haya vuelto porque se haya cansado de Kellan. Imaginarlo duele. Me da miedo no olvidarlo tan fácilmente como pensé que haría cuando todo no era tan obvio..., cuando elegí dejarme llevar.

—Cálmate, Abie, maldición.

—No puedo...

—Creo que será mejor que te vayas.

Un cubo de agua helada hubiese sido menos violento. ¡¿Por qué estos cambios?! Noto que él se aleja y me levanto de la cama, limpiándome las lágrimas con rabia.

Se dirige hacia la terraza, lo sigo y se repite la misma escena. Él me coge, pero en esta ocasión para alejarme de su lado, de su vida.

«¡¿Y qué esperabas, Abie?!» Él no es de los que jura amor eterno. No a mí, pues le debe su entera voluntad a *ella*. ¡Qué ironía! Yo... volviendo a creer en los cuentos de hadas, pero sin príncipes azules ni finales felices.

—Cuidado —me avisa cuando mis piernas tocan el suelo y me suelta—. Yo...

—Lo sé, Nicholas. No hace falta que digas nada.

—He sido un estúpido hace un momento. No estoy acostumbrado a esto.

—Ya...

Mi rabia se evapora ante la despedida. Me niego a irme estando mal con él, no es lo último que quiero recordar después de lo que hemos vivido, de modo que, con el labio temblándome por lo que reprimo, le sonrío, acariciándole la mejilla antes de dar un paso atrás.

—Te echaré de menos —confieso, negándome a entrar en mi habitación.

—Y yo a ti, Abie. Yo también a ti.

Me da la espalda y se marcha, resquebrajando mis fugaces esperanzas. Se despide y yo me voy rota. Más rota de lo que vine... Él elige esperarla.

Se queda con *ella* sin tenerla.

Se conforma con nada cuando podría tenerlo todo.

¿Qué está pasando?

(Nicholas)

En la reunión de trabajo que tengo más tarde, no me concentro. No puedo. Las declaraciones de Abie y su despedida están acabando conmigo. Ya se ha ido y es lo mejor que nos podía pasar a ambos. Aunque le pedí que se quedara, hoy me arrepiento.

¿De qué nos hubiese servido?

Esto ha llegado demasiado lejos. Maldita sea, su «te quiero» se repite una y otra vez en mi cabeza, como si estuviera escuchándolo de nuevo, sin cesar..., en bucle.

Termino la reunión antes de lo previsto debido a ello. No estoy aquí, mi mente está volando con ella a Londres. Hace nueve horas que se marchó de mi *suite* y desde entonces la culpa me castiga. ¿Por qué ha tenido que enamorarse?! No soporto recordar sus lágrimas. Me duele y no debería. Pero ella no ha sido una más. Lo reconozco.

Abie Olsen ha dejado huellas, y me quedo con la sensación de que todo ha sido en vano. Se ha ido mal y yo no me he quedado mejor sabiendo el daño que le estoy causando.

«Tenías que haberlo detenido a tiempo.» Pero ¿cómo podía hacerlo si estaba recuperando al hombre que murió con la marcha de Natacha gracias a Abie...? Una puta locura.

Me paso las horas dando vueltas con el coche, sin saber qué rumbo tomar, adónde ir. Ella no está para alegrar mis ratos como de costumbre. Y no quiero beber. Se lo debo a ella. Me enseñó a evadirme sin tener que estar borracho. «¡Basta, Nicholas!»

Esto tiene que acabar y no ha hecho más que empezar...

Más tarde, cuando me encuentro con Carter, no soy capaz de mirarlo a la cara. Ha venido al hotel, donde pretendo refugiarme. No me apetece volver a mi casa. Allí Abie está tan presente que me molesta. Mi vida ha vuelto a ser la mierda que era antes de conocerla, a la espera de alguien que no sé si aparecerá. Estoy jodido.

—¿Qué quieres? —le pregunto a Ian.

—He venido a hablar de Abie.

Siento una punzada en el pecho que no reconozco.

—No entiendo por qué. —Me nuestro implacable—. ¿Qué pasa?

—Te diría lo mismo.

—Ahórratelo, entonces.

—Es mi hermana.

—Y no es una niña —le reprocho, furioso—. No estoy de humor para tonterías.

—Pensaba que le gustaba Kellan.

—Quizá hubiese sido lo mejor —confieso con franqueza. Una verdad que me aflige—. No quiero ver a nadie. Márchate.

—Está bien, lo aclararemos en otro momento.

—No hay nada que aclarar.

Da unos pasos de un lado a otro y luego me pone una mano en el hombro. Estamos en la misma posición que cuando pillé a Abie espiándonos, me atormenta su recuerdo... otra vez.

No puedo evitarlo.

—Sólo dime si estás bien, Thompson.

—¡No, maldición, no!

—Ya... Llámame cuando necesites hablar, ¿de acuerdo?

No respondo.

Ian me conoce lo suficiente como para saber que en situaciones así es mejor dejarme solo, y eso es justo lo que hace. Se lo agradezco, pues no debe de ser fácil mantenerse imparcial en esto. No soy tonto, sé que sospecha algo... pero nunca sabrá qué ha pasado. Si su hermana regresa algún día por aquí, pondré tierra de por medio. Ella me olvidará y yo reharé mi vida junto a Natacha. Tiene que volver y acabar con esta agonía... eliminar las dudas que me acechan desde que cometí el error de meter a otra en mi cama y en mi vida. No debí hacerlo, pues hoy me encuentro tan dividido que no sé cómo sobrevivir a tanta soledad.

Por las noches un nombre ha sustituido al otro, pero tengo mensajes en el móvil, a diferencia de antes. Son de aquella en la que ahora pienso. En ocasiones flaqueo, pero sé que es inútil. ¿Para qué? No puede ser. ¿Habrá vuelto con John? La sangre me hierve imaginando que ahora es él quien se la folla por las noches o, peor aún, quien le hace el amor.

¡¿Qué está pasando?!

Golpeo el colchón como un energúmeno por cómo me encuentro sin motivo alguno..., en la misma cama donde la despedí, donde le hice el amor por primera y última vez mientras ella me observaba como nadie nunca lo ha hecho. Había admiración en sus expresivos ojos grises, cautivándome. Ésa es una imagen que no consigo olvidar, desplazando otras que parecían imposibles de arrinconar. Siento que nos quedaron cosas por experimentar juntos, por descubrir del otro..., como a qué sabe esa ensalada de espinacas que le quedó por hacer..., o salir a correr juntos una mañana cualquiera, esta vez uno al lado del otro, y relajarnos lejos de la tensión a la que hemos estado sometidos por mi culpa. He intentado no divertirme con ella en la mayoría de las ocasiones, porque sentía que, de alguna manera, le fallaba a Natacha.

Es un respeto que no se merece.

Sin embargo, mi obsesión por ésta llega tan lejos que he perdido a Abie.

«Pasará, tiene que pasar.» En mi vida no hay hueco para ella.

* * *

Dos mañanas después tengo la necesidad de mantener una conversación con Carter y voy a su empresa. La secretaria me informa de que no está; aun así, decido esperarlo en su oficina. A los pocos minutos de aguardarlo dentro, la puerta se abre. Es Kellan. Al encontrarse conmigo, hace amago de marcharse, pero me levanto y, de un tirón, se lo prohíbo.

—¿Dónde está? —pregunto, desesperado—. No lo estoy pasando bien. No puedo más.

—No lo sé, Nicholas. Ya lo hemos hablado.

Tengo de nuevo el presentimiento de que me miente, ¿o es fruto de mi obsesión por dar con ella? Estoy tan perdido que dudo. Me planteo que me esté diciendo la verdad. Me vengo abajo y me apoyo contra la estantería donde Ian tiene la cafetera. Me inclino hacia abajo y agacho la cabeza. No tengo fuerzas para seguir luchando contra un imposible.

—Nicholas... Haz tu vida de una vez, por favor. —Su voz se apaga a medida que me aconseja—. Lo estabas intentando, ¿por qué la has dejado marchar?

Me giro inmediatamente. Su semblante esconde un matiz que reconozco: aflicción.

¿Por qué, si no oculta nada? ¡No sé qué pensar!

—¿Qué insinúas?

—Os vi, en la inauguración de aquel bar cuando Abie me acompañó. La encerraste en el almacén y le pediste explicaciones..., al igual que la mañana que fui a su *suite*.

—Te lo ha contado ella, ¿no es así? —En dos zancadas, me planto delante y lo estampo contra la pared, para luego agarrarlo del cuello—. Estuvisteis juntos y se excusó con...

—Os vi, Nicholas. Entre nosotros no ha habido absolutamente nada.

—¿Y por qué te lo has callado?

—¿De qué me serviría contárselo a Ian? —Lo libero, dejando caer los brazos a los lados, rendido—. Pensaba que estabas intentando pasar página. Parecías diferente.

—No ha sido más que un pasatiempo —miento para no dar más explicaciones.

—No lo creo; quizá deberías ir a buscarla.

—Sólo iría si me viese obligado a ello por razones de peso, algo que no sucederá.

Mi primo asiente, guardando silencio hasta que se va, dejándome con todos los recuerdos que ha traído de vuelta, y no sólo el de esas dos ocasiones que ha mencionado, sino los de después de éstas. Sin embargo, los rechazo. He de olvidar lo que hemos vivido juntos... pero me cuesta. Ella tampoco me lo pone fácil con sus continuos mensajes.

¿Qué pretende?! ¿No se cansa de ponerme a prueba incluso en la distancia?!

¿Cómo estás? ¿Todo bien por

allí? 8.07

¿Cómo va el hotel? 11.40

He empezado la tercera temporada de *Vikingos*. 20.35

¿Te acuerdas de mí? 23.11

—Natacha, vuelve —suplico sabiendo que no me oye, a punto de darme cabezazos contra la pared de desesperación—. Hazlo antes de que sea demasiado tarde.

La estoy olvidando y no me resigno a fallarle así, pese a que ella sí lo hiciera.

Londres

—Abie, nos vamos. —Me cubro la cabeza con la almohada al oír a mi madre. Todas las mañanas lo mismo—. Tu padre y yo tenemos una cita. Por cierto, la señora Jones te llamará a lo largo del día; quiere hacer algunos cambios en los bocetos.

—¿Otra vez? —Me incorporo de golpe—. Desde que nos reunimos que estamos así. Llevamos tres semanas metidas en este bucle.

—Paciencia, cielo.

¡La he perdido!

Por su culpa, incluso me he llegado a plantear si sirvo para esto. Como estaba previsto, a las dos semanas de aterrizar en Londres, quedamos con ella para saber lo que deseaba hacer en su nuevo hogar. Después de la primera entrevista vinieron algunas más y, casi un mes y medio después, no hemos avanzado nada. Está llena de dudas, lo que retrasa mi trabajo y, además, tampoco me puedo centrar en cualquier otro..., así que mi madre se niega a asignarme un nuevo proyecto. Estoy frustrada. Cada día le propongo nuevas ideas, que acepta; sin embargo, se arrepiente a las pocas horas.

Ella y su marido no tienen los mismos gustos y ahí está el conflicto, y a mí me están volviendo loca.

Me levanto de la cama y miro la habitación de reajo. No puedo tenerle más manía. Me siento incómoda aquí. Rosa y gris, una combinación bonita si no fuese porque el rosa no es mi estilo en absoluto..., pero mis padres no me permiten cambiarlo: «mientras vivas bajo mi techo...». La frase estrella. Eso ha ocasionado, entre otras cosas, que, tras mi vuelta de California, me plantee inmediatamente un cambio de planes. De hecho, ya estoy en proceso, pero me he topado con una piedra en el camino: no encuentro el piso ideal.

Sí, ha llegado la hora de independizarme y liberarme por completo. No me iré sola, Alba me acompañará. Ella y Max se siguen «dando espacio», como ellos lo llaman. Un tiempo, vamos..., aunque parece una ruptura en toda regla, pues ambos muestran poco interés por el otro, lo que me sorprende de Alba. Odia fracasar.

Son las nueve de la mañana de un jueves. Es 17 de octubre. Hace frío y he pasado unos días malos..., resfriada, con el periodo y con mi cabeza que no se resigna a abandonar San Diego. Ayer

terminé con la regla y el catarro parece que también ha pasado. Lo único que me falta para que el día arranque bien es que la señora Jones se decida.

Me doy una ducha rápida, me recojo el pelo en una coleta alta y me pongo unos vaqueros con un jersey beige. Me queda algo grande; estoy un poco más delgada, y no sólo porque haya retomado el deporte. Mi apetito ha disminuido considerablemente, aunque me doy mis atracones de helados. Soy así de básica cuando estoy más deprimida. Éstos suelen tener lugar las noches de los fines de semana. Mis amigas Olivia y Sacha están preocupadas, pero yo intento aplacarlas con que ya pasará... Alba es la única que se queda callada, pues sabe que no es así..., que me acuerdo de él cada día y que lloro de madrugada, que lo echo de menos, que necesito oírlo.

He intentado entablar algún tipo de conversación con él a través de mensajes, pero nunca son respondidos. Se quedan en leídos y, a juzgar por su actitud, en el olvido.

Y duele, la sensación es horrible.

En la cocina, me preparo mi desayuno favorito, el de cada mañana desde que llegué: avena con yogur natural y cacao. Cuando me siento en uno de los taburetes de la pequeña estancia, junto a la ventana contemplando cómo llueve, llaman a la puerta.

Pongo los ojos en blanco, rezando por que no sea él. No lo soporto.

—John —murmuro, agobiada—. De verdad, tienes que dejar de hacerme estas visitas.

—Invítame a desayunar.

Su descarado sobrepasa los límites.

—No, tengo cosas que hacer. Vete.

—¿Hoy no sales a correr?

—No, no me apetece. —Él va preparado con un chándal, intuyo que para hacer lo que cada día: fingir que nos encontramos cuando apenas llevo cinco minutos haciendo deporte—. ¿Algo más?

—¿Puedo pasar?

—Ya te he dejado claro que no.

—Estoy mareado y no he desayunado —insiste, aburriéndome, y termino abriéndole la puerta pese a que sé que me está mintiendo, que es una de sus tantas excusas para estar conmigo—. Un café solo, por favor.

—Esto tiene que acabar, John.

—¿No me echas de menos? —Niego con la cabeza, señalándole la cafetera. No soy sirvienta de nadie—. ¿Te acuerdas del tío que conociste en California? ¿Ése es el motivo?

—No te importa.

Retomo la avena y desayuno sin prestarle mucha atención a John, que ocupa el lugar frente a mí cuando ya se ha servido el café. Alarga la mano y agarra la que yo tengo libre. Ni me molesto en retirarla, pues sé que insistirá hasta que se marche.

Hoy estoy agotada y ni siquiera me apetece rechazarlo más o contradecirlo.

—No eres la misma desde que has vuelto.

—No; por fin he dejado de ser la idiota que quería complacer a otros.

—Pelear a menudo con tus padres. —Resoplo e intento soltarme ante sus pesados reproches, pero me sujeta más fuerte—. Ellos tampoco entienden qué ha pasado contigo allí.

—Ya, y le echan la culpa a Ian. ¿Es tan difícil de entender que no quiero volver a tener que amoldarme al resto? Soy como soy y se acabó fingir para teneros contentos a todos.

—Parecías feliz —me reprocha, acariciándome con sus dedos.

—Lo era, hasta que descubrí cómo se siente una siendo libre.

—Hablas como si lo nuestro estuviera muerto para siempre.

Echo el tazón a un lado. ¿Por qué no desaparece de una maldita vez?

—Lo está, John, lo está.

—No me lo creo. Estos días he estado acordándome de cuando hacías la payasa sin venir a cuento, de lo que nos reíamos juntos.

—Claro, cuando no sabía que llevaba unos cuernos más grandes que mi cabeza.

—Fue un error.

—Dos, para ser exactos... —puntualizo, con un aspavento de mano—, que yo sepa...

—No fue culpa mía, Abie.

—Pobrecito, te pusieron una pistola en la cabeza. ¿Quieres dejarlo ya?

—Me estoy cansando de esta situación.

—Ya era hora. —Me libero y alzo las manos en señal de desesperación y alivio a la vez—. Porque no sé cómo repetirte que se ha acabado, que no hay más oportunidades..., que no te quiero y que a esta Abie ya sólo le produces tristeza.

—Mientes.

—Piensa lo que quieras, pero hazlo lejos de aquí. Olvídate de mensajes, de exigencias, de cómo o dónde estoy. Nada que venga de mí te tiene que importar, como a mí de ti.

Se levanta de malas maneras y, cabreado, estrella el vaso contra el suelo. Me sobresalto ante el estallido de los cristales a nuestro alrededor y el café salpicándolo todo.

Me asusta su comportamiento.

—¡Pero ¿de qué vas?! —le recrimino, indignada—. Vete de mi casa y no vuelvas.

—Te vas a arrepentir y terminarás buscándome cuando ya no quiera saber de ti.

Me agacho, todavía impactada, echando a un lado los cristales más grandes para poder limpiar el desastre que acaba de ocasionar. Él, lejos de arrepentirse, se pone a mi altura, aprisionándome por la muñeca, con la mandíbula desencajada y los ojos a punto de salirse de las órbitas. Adquiere una postura amenazante, al igual que sus palabras.

—¿Crees que vas a estar mejor sin mí? —Ladea la cabeza—. Habla.

—Ya lo estoy. Suéltame, John.

—Esto no va a quedar así y entonces te veré suplicando como estás ahora, de rodillas.

—Suerte y márchate, ¡ya!

—Que te den, Abie —escupe y, al desasirme, casi pierdo el equilibrio.

—A ti más fuerte, John.

Hasta que no oigo el portazo no respiro en paz, aliviada. Durante mis vacaciones entendí y acepté por qué me sentí tan libre lejos de aquí. Él me ensombrecía, me manipulaba con esta relación tan tóxica en la que «la mala» era yo. Y mis padres lo apoyaban por encima de mí, lo creían, lo adoraban..., un hecho que no ha variado y que me saca de quicio.

Cuando ellos regresan a las dos de la tarde, mi calma llega a su fin. La cocina ha quedado impecable y me he dedicado a leer, escuchar música y ver fotos. Ahora estoy con el portátil, en la mesa del salón, donde he improvisado rápidamente una oficina, esperando un correo de la señora Jones en el que habrá unos diseños exclusivos que ha encontrado en Rusia... Son para el salón, en principio. Trabajar con ella está resultando ser una tortura.

—Es muy indecisa —comenta mi padre—. Por cierto, tu hermano ha llamado.

—¿Cuándo? Si he estado aquí casi toda la mañana...

—Hace diez minutos, mientras atendías a Jones.

—¿Qué ha dicho? —pregunto, cerrando la libreta.

—Él nunca dice nada.

—Cada día está más raro —interviene mi madre, sirviéndose té y acomodándose en el sofá, junto a mi padre—. No sé cómo ha conseguido triunfar con ese carácter que tiene..., o si realmente lo ha hecho y no es un farol.

—Ian no miente —replico, mirándolos de hito en hito—. ¿De verdad nunca vais a asumir vuestra parte de culpa en todo esto?

—Abie —me regaña mi padre ante mi subida de tono.

—¿Qué? Si ponéis en duda lo que es y en lo que se ha convertido mi hermano, no pretendáis que me quede callada. Esto es el colmo.

—Pero ¿qué te pasa, hija?

—Déjalo, mamá. No quiero terminar discutiendo otra vez.

—No, mejor no. Y, por favor, dile a mi Abie, a la que has dejado en California, que vuelva. La que ha llegado tiene pajaritos en la cabeza que no me gustan nada.

—Ésa no era yo, sino un reflejo de lo que queríais que fuera. —Cierro el portátil y cojo mi bolso—. A ésa pretendéis manejarla como si fuera una niña. Se acabó. Tenéis que aceptarme así, dejarme ser yo misma, sin imposiciones.

—¿Adónde vas? —reclama mi padre.

—A tomar un poco de aire.

—Deja de hacer el tonto y siéntate con nosotros. —Me muerdo la lengua hasta casi hacerla sangrar—. Tómame un té con tu madre o llama a John. ¿Lo aviso?

No respondo.

Los dejo con la palabra en la boca y me voy a caminar por las calles del centro de Londres. Me ahogo en ese piso, con la presencia de ambos. Últimamente no los soporto y no lo disimulo. La nostalgia me invade. Estoy triste. No puedo evitarlo.

El cielo oscuro tampoco ayuda, ni la lluvia o la música que escucho mientras vago sin rumbo fijo. Hoy me apetece desaparecer. Entonces recuerdo la llamada de Ian y se la devuelvo. No responde, pero, como leyéndome la mente, Alba me manda un mensaje.

¿Dónde estás? Necesito verte. 16.03

No sabes cuánto me alegro de leer esto. Yo necesito desahogarme. 16.04

¿Qué ha pasado? ¿Todo bien? 16.04

Lo de siempre, mis padres..., hoy cuestionando a Ian. ¿Sabes?, se me ha ocurrido que quiero proponerte algo. La compañía para la que trabajabas ha quebrado, y yo no quiero depender de personas que no aceptan mis decisiones. Podría hablar con mi hermano para que nos echase una mano en todos los sentidos y montamos nuestra propia empresa. No será fácil, pero seremos felices. 16.04

Sería estupendo, pero lo hablamos en otro momento. Ven al Starbucks de siempre. Aquí están Oli y Sacha, aunque están a punto de irse. 16.05

¿Os habéis reunido sin mí? 16.05

Pero si esta mañana me has dicho que estabas muy liada. ¿Qué querías que hiciéramos? 16.06

Ya..., pero, aun así, ahora sí que me has avisado. ¿Qué ha cambiado? 16.06

Buf, ven y punto. 16.06

Os veo en un ratito. Estoy un poco lejos. 16.07

Pues pillá un taxi. No tardes. Es importante. 16.07

¿Estáis todas bien? 16.08

El hecho de que no respondan me preocupa y, aunque me apetece pasear, termino cogiendo un taxi. La insistencia de Alba no es habitual, no si todo está en orden. Incluso intento contactar con las demás, pero tampoco es posible. Los nervios empiezan a apoderarse de mí y, durante el trayecto, continú insistiendo, sin éxito.

Cuando llego, están las tres en la mesa de siempre, en el fondo, con total normalidad..., sin mostrar nada por lo que tenga que alarmarme ni de lejos. ¿Qué traman? Alba parece empujar a Olivia, una y otra vez. Ésta se sacude, ignorándola.

¿Le está pidiendo que se vaya? Sacha se ríe, lo que me despista un poco.

—Eh, ¿qué sucede? —pregunto, sentándome enseguida.

—Espera, que ellas ya se van.

—Que no, Alba —rebate la morena de pelo corto, la intensa de Olivia—. Nos quedamos un poco más. Estate quieta, joder, que me quedo y punto.

Alba les dedica una mirada asesina, que me hace mucha gracia. Raramente se comporta de manera tan maleducada. Ya puede ser importante, sí.

—Estás muy extraña —comento, quitándome la chaqueta larga—. ¿No tomáis nada?

—Ahora, ahora —dice mi morena favorita, la más risueña. Sacha—. Hace frío, ¿eh?

—Lo normal —murmuro, mirándolas una por una—. ¿Qué estáis ocultando?

—Pues nada —replica Alba—. Venga, ¿qué pedimos?

—Algo dulce —respondo sin dudar.

—¿Dulce? —repite Alba—. Muy mal estás tú.

—No voy a engañaros. No estoy en mi mejor momento.

—Pero ¿por qué? —insiste, aunque intuye el motivo.

—No encuentro mi sitio en Londres.

—Tu hermano te ofreció oportunidades allí —me recuerda Olivia—. Habla con él...

—Está..., ya sabéis...

—¿Y qué? Podéis seguir viéndoos.

—No soy de piedra, Oli, y él ha dejado clara cuál es su postura. Además, Ian tiene una vida que no es compatible con la mía. Apenas nos veríamos y estaría sola... Aquí os tengo a vosotras y supongo que algún día esta etapa pasará.

—No lo tengo yo tan claro —murmura Sacha por lo bajo.

—¿Por qué?

—Por nada —me interrumpe Alba, y se dirige a mí. Está a punto de comerse las uñas, hasta que es consciente de ello y se cruje los dedos para controlarse. Instintivamente, me alarmo—. Abie, tengo algo que contarte.

—Lo sabía, ¿qué ocurre?

—A ver cómo te lo explico... —De pronto, le brota una sonrisa que ilumina toda su cara. ¿Qué? Los cuchicheos de mis amigas me descolocan—. Mira hacia la puerta, anda.

Me giro un poco en el asiento y reparo en la dirección que me acaba de indicar. «No puede ser.» Fuerzo la mirada por si me estoy equivocando o es fruto de mi imaginación por las ganas que tengo de verlo..., pero no, Ian está entrando en el Starbucks.

Va guapísimo, incluso me sonrío desde la distancia..., una sonrisa que se me queda clavada, pues hace mucho que no me corresponde así. Y está tan bien que me sorprende.

Lleva puesto un traje clásico de chaqueta gris y camisa negra.

—Vamos, corre —me anima Alba.

En lo que creo menos de un segundo estoy dando un salto a sus brazos y estrechándolo tan fuerte como él a mí. Si supiera todo lo que he vivido en California gracias a su invitación y lo que

me han marcado los dos meses que estuve allí, no me creería..., por no mencionar cuánto lo he extrañado desde que pisé Londres.

Maldito Londres.

—Pero ¿cómo es que has venido? —le pregunto entre beso y beso; lo sorprendente es que él no se aparta—. Pensaba que nunca más te vería por aquí.

—Te equivocabas. Tú no eres la única que esconde secretos.

Me echo hacia atrás intentando descifrar la frase envuelta en misterio que acaba de soltar. Mi hermano se encoge de hombros, pero no hay tensión, sino normalidad. Por eso su secreto no le preocupa, estoy convencida de ello. ¿Cuál es? En las llamadas no solemos contarnos grandes cosas... sólo lo típico, situaciones cotidianas y poco más.

No somos confidentes, aunque me gustaría.

—¿Qué quieres decir, Ian?

—Jamás te he visto mirar a nadie como a Thompson en aquel baile.

—¿A-A qué viene esto ahora? —titubeo, con un nudo en la garganta.

—Ya lo entenderás cuando te lo explique. ¿Algo que objetar?

—Yo...

No sé ni por dónde empezar.

—No me ha querido hablar de ti y, como siempre, lo he respetado, pero no haré como si no supiera nada ahora que estoy aquí. Os conozco a los dos.

—¿Estás... enfadado?

—¿Podemos hablar un momento a solas? —responde con otra pregunta, distraído... con los ojos puestos en mi grupo de amigas.

—Sí, claro.

—Espérame en una mesa, voy enseguida.

Me dirijo a la más alejada de las chicas, tan agitada que no soy capaz de quedarme quieta en el asiento, y pido un par de cafés, aunque los odio; estoy tan nerviosa que me bebería cualquier cosa y no reconocería el sabor. Quiero llorar, en esta ocasión de alegría.

Me hace tan feliz que Ian esté aquí... Sin poder evitarlo, lo asocio con Nicholas. Lo tengo más presente de lo que me gustaría, por lo que sacudo la cabeza; necesito alejarlo de mí o no seré capaz de disfrutar de esta inesperada visita.

Ian saluda a Olivia, Sacha y, por supuesto, a Alba. La ha dejado la última y con ella se entretiene un poco más. La abraza y no de manera fugaz..., por el contrario, dura más de lo habitual. Es evidente que ella ha sido su cómplice para darme esta sorpresa. No obstante, hay algo más. No sé cómo explicarlo..., si no los conociera, diría que es más que amistad..., pero Alba me lo habría contado y, además, ella no le sería infiel a Max. Por otro lado, Ian tenía sentimientos por Leila. ¿Habrá desaparecido para siempre de su vida? Quizá, con suerte, la haya olvidado.

Cuando regresa, se sienta conmigo y me coge una mano. Estoy temblando. No me puedo creer que esté aquí. Me hace tanta falta..., sobre todo después de la pelea que he tenido hoy con John y

luego la discusión con mis padres, que no me comprenden... aunque a él no se lo puedo contar, para no caldear más el ambiente, pues ya de por sí suele ser bastante tenso entre ellos.

—Quiero hablar de Thompson, Abie.

—No, por favor.

Me tapo los ojos, acongojada. Su sola mención produce en mí un sinfín de recuerdos a los que quisiera transportarme, pero ahora mismo no me siento capacitada para recordar lo que ha sucedido entre nosotros durante los dos meses más intensos de toda mi vida.

—¿Qué ha habido entre vosotros?

—¿Qué más da? —Finjo estar fuerte. La realidad es que sigo hecha pedazos—. No me digas que has venido desde California para...

—No, tengo cosas pendientes que solucionar aquí..., y tú también; de ahí esto.

—No te entiendo.

—Respóndeme y lo harás.

¿A qué se debe esta encerrona?

Me bloqueo durante unos segundos. Tal vez estoy muy espesa, pero, por más que me esfuerzo, no les veo sentido alguno a sus misteriosas palabras..., a su presencia en Londres.

—Abie, tú y Thompson. ¿Qué pasa?

—La noche de mi cumpleaños tuvimos un troteo, no me preguntes cómo —confieso atropelladamente, necesitando acabar cuanto antes con esta conversación—, simplemente él estuvo en el momento correcto justo cuando lo necesitaba..., y ya luego...

—Es culpa mía, entonces.

—El destino, Ian. No te martirices. Conozco esa cara.

No es preciso que admita lo poco que le gusta que me haya involucrado con Nicholas..., deduzco que por su pasado. Si conociera el de Kellan, habría dejado de hacer de casamentero entre él y yo. Ese tema es algo que también me preocupa bastante..., y no es para menos, ¿qué pensará cuando conozca la verdad? Será un palo tan duro que no se lo perdonará, pues siempre ha depositado su confianza en su socio.

—Alba me ha dicho que no lo estás pasando bien, aunque sin entrar en detalles. —Hace una pausa, ya que nos sirven los cafés—. ¿Es por él?

—A ver... ¿Alba y tú habláis?

Mi hermano la mira de soslayo. Repentinamente sus hombros se vienen abajo, como si se rindiera o estuviera cansado de luchar. Su actitud me tiene muy confundida.

Nunca lo he visto así.

—Estoy aquí por ella —confiesa finalmente, dejándome helada. ¿O lo he malinterpretado?—, pero no tiene ni idea.

—¿Qué insinúas?

—¿Sabes lo que es pasar con una persona prácticamente veinticuatro horas al día? —Doy un sorbo rápido al café. Tengo la boca seca y el café no es que lo solucione. Estoy en estado de

shock—. Me ayudaba hasta a desvestirme, y no soy de piedra, Abie.

—No te creo.

—La echo de menos y, aunque sé cuál será su respuesta, necesitaba verla.

—Estoy flipando..., pero ¿habéis tenido algo?

Se pasa una mano por el pelo, evadiéndome. Yo resoplo, sin dar crédito. Es cierto que durante ese mes presencié cómo ella lo cuidaba, pero es que Alba es así de especial, de atenta y cariñosa. ¿Cómo imaginarme que estaba surgiendo algo más que una amistad entre ambos?

O quizá es que estaba demasiado pendiente de complacer a Nicholas, entregándome en todos los sentidos, por lo que me despreocupé de mi hermano, a pesar de saber lo mal que se encontraba..., y no sólo por la pelea, sino, sobre todo, sentimentalmente. He sido muy egoísta centrándome en mí y en lo que vivía en California, ajena a él y a lo que lo rodeaba.

—Vale, Ian, déjalo. ¿Y Leila?

—Es agua pasada. Alba ha puesto patas arriba mi mundo.

—Guau... —Estoy impactada—. ¿Y qué piensas hacer?

—Quiero hablar con ella y decirle lo que siento. No puedo callarme más.

—Es complicado... Max...

—Ni lo menciones, por su culpa nos vemos así —murmura con una expresión cargada de odio—. No hemos hablado de esto, ¿de acuerdo?

—Ya...

Esta situación me provoca tanta pena que nunca me imaginé encontrarme en esta tesitura. Los sentimientos son traicioneros y, por mucho que yo adoro a Alba, sé que no dará un paso en falso. Tener que fingir que no sé nada será duro, aunque dudo que tanto como ha debido de serlo para ella. Alba es así, leal hasta el final, y deduzco, por el comportamiento de ambos, que han prometido mantenerlo en secreto. Ian le está fallando.

Ella jamás lo hará, pese a la amistad que nos une.

—Ian, ¿vienes preparado? —Me duele tener que ser yo la realista sobre esta relación, que todavía no asimilo. Ojalá funcionase, pero Alba no es de las que arriesgan—. No creo que te corresponda.

—Lo sé. —Se bebe el café de un largo trago y saca el móvil. Teclea con rapidez y se centra en mí—. Aún no he terminado.

—No me asustes.

—Es sobre Thompson. —Cojo aire; el nudo en mi pecho se forma enseguida—. Respetaré cualquier decisión..., aunque, para ser sincero, conociéndolo a él y su pasado, no hubiese elegido a alguien así para ti.

—Me lo imaginaba —confieso, avergonzada—. Pensaba que te lo tomarías peor.

—Lo hice, pero Alba me obligó a entender que no soy nadie para meterme en algo tan personal. —Sonríó espontáneamente. Siempre tan sensata—. Aunque seas mi hermana y él mi mejor amigo, no debo abusar de esa confianza.

—Gracias, Ian. Lo que menos necesito son sermones o que tú también me juzgues. —La tristeza me embarga—. ¿Te he dicho ya que te quiero? Por todo esto y más.

Mi hermano me besa la frente. Cierro los ojos, necesito tanto de esto..., consuelo, seres queridos y familia que realmente me entienda y me acepte con mis defectos y virtudes..., como yo al resto. ¿Es tanto pedir?

—Escúchame..., sobre Nicholas —insiste, atormentándome—, supongo que tendréis vuestros códigos. Sólo espero que no os hagáis daño.

—No..., ya..., tampoco sería posible..., él... —Me trabo sin ser capaz de acabar ninguna frase coherente. Estoy histérica—. En fin, ya sabes.

—Hay algo que aún no te he contado.

—¿Qué sucede ahora? —murmuro con desgana—. Suéltalo de un tirón.

—Ha querido acompañarme.

—¿Q-Quién?

—Está fuera, esperando que le mande un mensaje para entrar. —El corazón se me acelera hasta el punto de alarmarme. Me va a dar algo—. Le he comentado que quería estar primero contigo a solas. Por supuesto, no sabía que hablaríamos de él. Es consciente de que no se me escapó nada en el baile, pues le pregunté, pero jamás me ha respondido.

—¿E-Entonces?

—Sabe que intuyo algo, pero ignora hasta qué punto. —Se pasa las manos por el pelo y confiesa—: Me preocupa que haya querido acompañarme. Ha insistido bastante.

—No creo que sea por mí.

—Sabes lo poco sociable que es, Abie. No tiene otra explicación.

Me encantaría estar tan convencida como él, pero dudo hasta de que este instante sea real. No me imagino viendo a Nicholas en Londres, por mí. Estoy a punto de desfallecer. Todo da vueltas a mi alrededor.

—Ni siquiera ha respondido a mis mensajes —reflexiono en voz alta.

—Thompson es peculiar.

Me invaden sudores fríos, temblores.

—¿Te has enamorado? —Me presiono las sienes, agobiada. No sé si estoy preparada para verlo—. ¿Cómo has dejado que sucediera, sabiendo que había otra?

—¿Cómo has empezado tú a sentir algo por Alba, sabiendo que tenía novio?

Se queda callado, pues nos hemos contestado mutuamente sin necesidad de decir nada más. Las palabras sobran frente a los sentimientos. No mandamos en ellos. Ojalá pudiéramos..., porque lo primero que haría sería olvidarme de lo que Nicholas y yo hemos tenido.

—Va a entrar.

—Ian, espera, por favor. —Siento que la tierra cede bajo mis pies—. No he tenido tiempo de hacerme a la idea. Dame unos minutos, por favor, por favor...

—Tarde.

Hace un gesto hacia la puerta.

Levanto la cabeza.

Lo veo.

Pestaño tantas veces como es necesario hasta evidenciar que es de verdad, que no es una alucinación. «Nicholas...», pronuncio sin voz.

Va de azul; supongo que es coincidencia y que no sabe cuánto me gusta cómo le queda ese color. Se está abotonando la chaqueta y repasa con la mirada, lentamente, cada una de las mesas... hasta que se topa con la nuestra.

Hace una mueca amarga con la boca y, con paso lento, se dirige hacia nosotros.

Cuando llega, intento incorporarme, pero me tropiezo, sentándome de nuevo. Entonces él sonrío y yo estoy a punto de echarme a llorar. Me ofrece su mano para ayudarme y, al tocarlo, todos y cada uno de los momentos que compartimos juntos pasan como diapositivas en mi mente, así que revivo las sensaciones que sólo él ha sido capaz de despertar en mí..., esas que echo de menos y que necesito como respirar.

Quiero sentirme viva y no como un robot, lo que me pasa desde que volví... Y ahora que Nicholas está aquí, todo tiene sentido otra vez.

Sentimientos

Cuando estoy a su altura, le sonrío o hago el intento. El labio me tiembla por los nervios. La emoción me vence. ¿A quién pretendo engañar? No puedo disimular y, sin importarme su reacción o la del resto, me tiro a sus brazos y hundo la boca y la nariz en su cuello, impregnándome de ese olor que tanto he echado de menos estas semanas.

Su aroma me envuelve, transportándome a California... a esas noches en las que la pasión se desataba entre nosotros y nos entregábamos sin límites, recordándome cuánto duele querer a alguien..., a él. Durante este tiempo, en ocasiones, no lograba ver con claridad su rostro cuando lo imaginaba, frustrándome por ello..., aunque era mejor..., pues me mentía a mí misma diciéndome que se debía a que lo estaba olvidando. ¡Qué ingenua!

Está clavado en mí de una manera tan poderosa que me asusta.

—Abie —suspira en mi oído.

No puedo hablar... menos aún cuando me rodea, abrazándome, y es una sensación tan reconfortante que sucede lo que tanto me temo. Las primeras lágrimas empiezan a asomar. ¿En qué me he convertido? Con él, mi fortaleza queda anulada. Estoy a punto de ridiculizarme, suplicarle que lo intentemos, aunque esté enamorado de *ella*..., pero, abruptamente, advierto un tirón que me hace caer hacia atrás. Del golpe quedo desconcertada, abrumada. Entonces oigo la voz, mezclada con un grito cargado de rabia de Nicholas.

—¡Suéltala, hijo de puta!

—¡En mi cara! ¿Cómo te atreves, Abie?

Mi hermano y mis amigas me ayudan a incorporarme y quedo sentada en el suelo, desde donde veo cómo Nicholas le propina un puñetazo a John en pleno rostro. Éste intenta defenderse, pero le llega otro y uno más... al que se le une un último de Ian. Las chicas y los camareros los separan. A mí me parece no estar aquí, como si me hubiese adentrado en una realidad paralela.

Nicholas me obliga a volver en mí, arrodillándose a mi lado y advirtiéndome:

—¡No vuelvas a tocarla! —Sigo en trace cuando me pregunta—: ¿Estás bien?

—C-Creo que sí...

—No tienes sangre —musita, tranquilizándome y acariciándome la parte trasera de la cabeza, de donde me quejo, tocándome—. Ven, levántate.

—Abie, ¿cómo estás?! —Es Ian, enfurecido—. Lo voy a matar. El muy cobarde ha huido, pero esto no quedará así.

—Déjalo. Necesito salir de aquí, por favor. Me estoy agobiando.

—Yo me la llevo —masculla Nicholas, y por su tono sé que mi hermano no lo va a contradecir. Alba, Oli y Sacha están impactadas—. Luego te llamo.

—Thompson...

—Sé lo que hago.

Tengo mareos y náuseas cuando consigo ponerme en pie. Nicholas, armado de paciencia, me saca fuera, donde inspiro aire puro, recargando mis pulmones. Sé que mi malestar se debe a mi estado de ansiedad; no es la primera vez que me pasa en estas semanas..., aunque eso es algo que no he compartido con nadie, ni siquiera con Alba.

—Sube al taxi —dice Nicholas, guiándome; incluso me abre la puerta—. Llévenos a un restaurante tranquilo y no muy lejos de aquí, por favor —le da las indicaciones al taxista, que oigo..., pero al mismo tiempo estoy lejos.

Nicholas se ha sentado delante, dejándome detrás, ofreciéndome espacio..., y no tiene ni idea de cuánta falta me hace. Hay una sensación de derrota en mí que me supera.

Está siendo un día de mucha tensión, emociones y miedos.

No puedo más. Necesito una tregua.

—Abie, eh...

Niego con la cabeza.

Mirarlo es venirme abajo por completo. Todavía no puedo creer que esté aquí. Me parece que estoy soñando y temo hacerme ilusiones. No quiero ni pensar en una nueva despedida. Hoy y ahora no lo soportaría. Su abrazo de antes me sigue reconfortando, lo sigo sintiendo. La forma en la que ha pronunciado mi nombre ha sido demasiado intensa.

No me ha rechazado, pese a la presencia de mi hermano. He creído percibir su necesidad de mí. ¿Me equivoco? No lo sé y temo descubrirlo.

—Aquí es, señor.

—Gracias.

Echo un vistazo a mi alrededor. Estamos a dos manzanas del Starbucks. La imagen de John y lo sucedido con él despierta a la Abie peleona, guerrera, y me enfurezco al ser consciente de lo que ha hecho, de su violencia, aunque podría haber sido mucho peor. Sólo ha quedado en un susto, pero aún me duele la cabeza del golpe. Me da tanto asco... Él sabía muy bien dónde encontrarme. Siempre quedo allí con las chicas e imagino que mi madre lo habrá llamado para contarle lo sucedido, y de ahí su estelar aparición. Desde que llegué, se ha convertido en mi sombra..., pero se acabó. Hasta aquí hemos llegado. Después de dos incidentes en un mismo día, y de qué manera, no le consentiré ni una más.

—Sal —me indica Nicholas con voz ronca. Me sujeto a su mano y, al poner los pies en el suelo, lo miro, obligada por la cercanía—. ¿Mejor?

—Sí...

Su actitud vuelve a ser tan fría que no sé a qué atenerme. Ha desaparecido la calidez que he percibido en nuestro encuentro... pero me dejó llevar, como siempre que se trata de él. Entramos en el restaurante, al que sólo he acudido un par de veces, y, como de costumbre, elige la mesa más alejada del resto. Esta vez no se sienta enfrente, sino a mi lado.

El mero hecho de que nuestras piernas, incluso con ropa, se rocen, me afecta. Mis emociones están a flor de piel, revolucionando todo mi ser, como mi vida con su presencia..., tan patas arriba que no consigo poner orden sin él.

Me tomo mi tiempo antes de volver a reparar en su dirección, ahuyentando la emoción. Cuando me siento preparada, llega el camarero. Nicholas se adelanta y pide un par de ensaladas clásicas y refrescos. Me sorprende su elección. El vino no solía faltarle en cenas así, aunque también es cierto que últimamente lo evitaba. Desconozco si continúa haciéndolo. Me gustaría creer que sí, que no se refugia en esa mierda para seguir olvidando...

—Estás más delgada —apunta, señalándome con el dedo de arriba abajo— y sería; también apagada.

—El incidente me ha puesto...

—Ni lo menciones. Ese hijo de puta ya se ha llevado su merecido. Se la tenía sentenciada desde que te visitó. —Rechina los dientes—. De todas formas, cuando te abracé, ya estabas así.

Me resulta extraño que se haya dado cuenta de mi pérdida de peso. Sí, me ilusiona que me recuerde con tanta claridad, que se preocupe por mi salud.

—Mi vuelta a casa no está siendo fácil, ya sabes —intento bromear—: depresión posvacacional. Nos suele suceder al resto de los mortales.

—Ya.

Me cuesta sostenerle la mirada, no hacerle las preguntas que han surgido con esta visita. Me duele incluso el estómago. Tenerlo tan cerca es una tortura, pues lo último que me apetece es mantener esta separación que me está matando.

Él es tan real como lo que abrigo dentro de mi corazón. ¿Cuándo ha crecido tanto este sentimiento? La distancia no hace el olvido; quien inventó ese dicho, mintió.

—¿Por qué has venido, Nicholas?

—¿Te molesta? —inquiere, repasándose la incipiente barba con los dedos.

—Al contrario, pero tengo preguntas.

—No esperaba menos de ti —dice, y sonrío con desgana.

Había olvidado la pequeña arruga que se le forma cerca de la comisura de los labios.

—Respóndeme, por favor.

—Tu hermano me comentó que iba a hacer una visita fugaz y recordé que alguien, durante un juego no muy entretenido, me propuso enseñarme Londres.

—No fue exactamente así —rebato, nerviosa.

—Tengo poco tiempo para andarme con rodeos.

Sin embargo, no continúa. Se limita a observarme, con tanta fijación que noto cómo el calor enciende mi rostro. Lo vuelvo a un lado y miro por la ventana, buscando las palabras, hasta que me doy cuenta de que no quiero ser correcta y que ni siquiera me importa enfadarlo; únicamente quiero acabar con esta agonía cuanto antes. Me urge, de modo que me armo de valor y le reprocho, dolida:

—No has respondido a mis mensajes.

—Ha sido un mes y medio duro de trabajo.

—¿No has podido dedicarme ni cinco minutos? —replico, sin esconder mi decepción. Suspira y hace una mueca de dolor—. Creo que me los merecía.

—No sé cómo empezar, Abie.

—Por el principio, siempre por el principio —repito una frase que él mismo pronunció. Parece muy vulnerable ahora—. ¿Qué pasa? Me estás preocupando.

—Estoy confundido. —No, no... El labio... no—. Echo de menos verte, estar contigo.

El impacto que produce en mí no sólo me deja sin habla, también sin aliento.

—Necesitaba saber por qué lo hacía y era la oportunidad perfecta. —Su desconcierto es el mío. ¿Adónde pretende llegar, después de lo que acaba de soltar?—. He querido mantenerme alejado, sin responderte, como ya me has recordado, pero no puedo.

—¿P-Por qué?

—No lo sé.

Suena mi teléfono, rompiendo nuestra burbuja, esa que se ha creado sin que nos hayamos dado cuenta, en la que no existe nadie más, a pesar de estar rodeados de gente. El sonido se repite y Nicholas se mantiene en silencio. Finalmente saco el móvil, pues no sé qué hago, no soy dueña de mis actos frente a esta conversación tan íntima emocionalmente. Llevo más de cuarenta noches fantaseando con algo así..., con que venía y me decía que me amaba. No es exactamente esa escena, pero se asemeja, así que me conformo.

La pantalla del móvil me avisa de que es la señora Jones. Me debato entre responder o seguir escuchando a Nicholas, hasta que admito que no hay dudas..., no si soy sincera conmigo misma. Lo elegiría a él incluso tratándose de una tontería, y esto no lo es.

—Abie, mírame.

—Lo siento... —Dejo de reprimir las ganas y rozo ahora sus marcadas ojeras con la yema de mis dedos. Gruñe—. Cuéntame más cosas.

—Que te cuente más cosas...

—Por favor.

—Joder, Abie. —Me coge la cara, que arde ante su desesperado toque—. ¿Qué quieres escuchar? Necesitaba besarte, acariciarte, sentirte y saber qué sentía.

—N-No quiero ser una prueba para descubrir tus...

—No empecemos, maldición. Me estoy abriendo a ti.

—¿Y dónde quedan mis sentimientos en todo esto? —Aparto sus dedos de mi rostro, pero no se

resigna a soltarme y aprisiona mis manos entre las suyas, lo que alborota mi interior; aun así, no puedo callarme—. ¿Has valorado que, si permito que me beses, que me acaricies y me sientas de nuevo, querré que lo sigas haciendo cada día?

—Prácticamente todavía no he hecho ninguna de las tres cosas y, sólo con verte, tengo una ligera idea de la respuesta. No me hace falta mucho más, y me aterra.

—¿E-El qué?

—¿Sigues sintiendo algo por mí? —Me atrae hacia él y juega con los mechones de mi cabello. Lo huele—. ¿Sigues pensando lo mismo que cuando te fuiste, Abie?

—¿Lo dudas después de lo que acabas de oírme decir?

—No lo sé —musita, buscando mi mirada con inquietud—. Has retomado tu vida muy lejos de donde todo empezó, y aquí quizá te has dado cuenta de que...

—De que me cuesta respirar en Londres; de que en San Diego conseguí ser quien soy gracias a ti —acallo su discurso con el mío, ese que está perforándome el pecho por la necesidad de explicarle lo que ha supuesto su inesperada llegada a mi vida—; de que te quiero probablemente mucho más de lo que me imaginaba y mereces. Estoy enamorada, Nicholas. ¿No lo entiendes?

—Abie, ¿que si lo entiendo? Tú y tus preguntas absurdas. —Me acaricia el labio con su pulgar, propiciando que el pulso se me acelere hasta unos límites que no sabía que se podía sin estar muriendo—. No vivo desde que te fuiste, por Dios.

—¿C-Cuál es el pero...? Porque lo hay, ¿verdad?

—No soportaría lastimarte.

El maldito teléfono nos interrumpe de nuevo.

Miro de soslayo. En esta ocasión es mi madre. Pese a rechazar la llamada, ella insiste y termino aceptando, temiendo que haya ocurrido algo, sin apartar mis ojos de los de Nicholas, que descansa su frente contra la mía, respirando de mi mismo aire.

Estoy tan confusa como emocionada.

—D-Dime, mamá.

—Pero ¿qué pasa contigo?! —Nos sirven y advierto que Nicholas presta atención a la conversación con mi madre—. ¿Cómo has consentido que tu hermano le pegue a John?

—Él me ha lastimado primero y...

—No mientas para excusar a Ian y a su amigo. ¿Quién es?

—No quiero discutir —musito, cansada y avergonzada—. Vas a creerlo a él.

—Será porque sigue siendo el mismo de siempre. ¿Qué es lo que te ha pasado, Abie? — Nicholas se distancia lo justo para ver mi reacción. La suya me impacta. Hay cólera en él, hostilidad—. Ven a casa y hablaremos.

—No.

—¡La señora Jones te reclama también!

—Ahora no puedo. Adiós.

Corto la llamada y tiro el teléfono contra la mesa. Estoy agotada mentalmente. Tengo

demasiados frentes abiertos y necesito con urgencia que se vayan resolviendo. No puedo seguir así. Esta situación me está costando eternas noches en vela, días sin comer y un dolor perpetuo que no consigo desterrar. A veces nuestro cuerpo nos da un toque de atención, nos exige que paremos, y creo que ha llegado el momento de escucharme... de no darle siquiera opción al resto a recriminarme lo que no deben. No tengo por qué soportar esto.

—¿Lo entiendes ahora todo, Nicholas?

—¿Por qué mierda consentes que te traten así? ¿Dónde ha quedado tu positividad y valentía, tu descaro y carácter? ¿Quién eres?

Esa pregunta se repite una y otra vez en mi mente. La adversidad ha podido conmigo y, aunque lucho, peleo y rebato, mis fuerzas están flaqueando.

—No lo sé. Perdí parte de mi identidad cuando volví, aunque me prometí justo lo contrario.

—¿Te estás oyendo, Abie?

Me encojo de hombros. Él me zarandea suavemente por éstos.

—¡Reacciona, maldición!

—No quiero hablar de ellos —protesto bruscamente.

—Dime qué necesitas, joder.

—Quizá no quieras saberlo —murmuro, frustrada.

—Ponme a prueba como sueles hacer.

Cojo aire, lo suelto y me limito a responder sin rodeos.

—Te quiero a ti, sólo a ti, y no puedo tenerte. A ti, Nicholas.

—Me matas.

—No quiero perderte —confieso a punto de romperme.

Acerca su rostro y, con las dos manos, sujeta el mío. Gimo con un lamento. Me mira a los ojos tan cerca que no sé cómo aguanto las ganas de besarlo. No sé cómo he caído en esto, yo que no creía más en el amor..., y estoy enamorada hasta sentir que me va a explotar el corazón. Nicholas, abatido, me acaricia la mejilla con los dedos.

—Echo de menos tu tacto, tu olor, Abie.

—Yo también, incluso me compré tu perfume y, en ocasiones, lo pulverizo en mi habitación... y lloro recordándote, queriendo odiarte por no poder tenerte a mi lado.

—No sigas, por favor. ¿Qué voy a hacer contigo?

Lo arrimo a mí por la camisa.

Cuando nuestras bocas apenas se rozan, me esquiva.

—Hay algo que me inquieta. —Hoy es él quien tiene preguntas en el momento menos apropiado. ¿No ve que me muero por sentirlo?—. ¿Has estado con John en este tiempo?

—No, claro que no.

—¿Y por qué se ha puesto así? —pregunta, entrecerrando los ojos.

—Porque cree que soy de su propiedad. Es un puto troglodita.

Libera aire y sonrío, volviéndome loca. ¿Cómo es posible que haya podido sobrevivir estas

semanas sin ese gesto tan poco común en él y tan esencial para mí?

—Me atormentaba pensarlo. Lo hace desde que supe que iría a California, pero hoy he reconocido el sentimiento. Son celos. Joder, Abie, ¿qué está pasando?

—Que me quieres —trato de convencernos a ambos—. A tu manera, pero lo haces.

—¿Se puede querer a dos personas a la vez?

El latigazo de dolor que me causa su interrogante casi me rompe en pedazos. Es sincero y tendría que agradecerse, pero me hace demasiado daño saber que no la ha olvidado. Lo imaginaba, pero confirmarlo es peor que si me clavarán un puñal.

—Una vez oí decir que, si te enamoras de una segunda persona —hago una pausa, con un nudo en la garganta—, es porque dejaste de querer a la primera.

—¿Y lo crees de verdad?

—Necesito hacerlo.

Me acaricia la mejilla y retoma muy despacio el camino hacia mi boca. Siento que se hace eterno, no veo el momento de que acabe con esta agonía.

Cuando nuestros labios se tocan, todo estalla a nuestro alrededor.

El deseo.

El anhelo.

Las ganas.

La impaciencia.

La desesperación.

Sin importarnos dónde estamos.

—Quiero hacer todas esas cosas que nos quedaron pendientes —murmura, acelerándome el corazón—. Quiero que me provoques hasta caer rendido a tus pies. Quiero que me repitas cada día esa frase que creía que jamás causaría ninguna emoción en mí. Quiero y quiero. Contigo, Abie. Con un abrazo me ha bastado para saber qué quiero.

—Ojalá fuese tan fácil...

—Lo es, maldita sea. —Me da un beso y otro, entre confesiones cargadas de sentimientos. Me dejo querer, rodeándolo por el cuello—. No duermo por las noches pensando en ti y, ahora que estoy aquí, sé que no quiero volver a pasar por otra despedida.

—Nicholas...

—No te prometo nada, pero déjame intentarlo.

—¿Y si no funciona? —susurro con evidente temor.

—Tiene que funcionar, Abie.

—¿Por qué lo tienes tan claro? —balbuceo, temblando.

—Porque te necesito en mi vida.

Y se funde con mi boca, regalándome uno de nuestros mejores besos..., que va aumentando de intensidad a medida que transcurren los segundos y nuestros labios se resisten a abandonarse. Es lento, tierno, efusivo, ardiente. Es un beso con el que me demuestra que me quiere, esto no se

puede fingir. Quizá el miedo le nuble la razón o yo quiera engañarme, no lo sé. No me importa si no me dice que me ama, con que me lo haga creer es suficiente.

—Abie —gruñe, acercándose por la cintura—, dime que sí.

—Sí..., claro que sí.

—¿Y por qué estás triste?

«Porque temo que *ella* regrese a tu vida», entre otras cosas.

—Hay demasiada distancia entre Londres y California.

—Sólo física —musita, convencido—, pero hay más opciones.

—¿Cuáles?

Me besa por última vez los labios, para continuar por mis ojos, nariz, mejillas.

—Déjame que te las explique mientras te hago el amor.

—Estás loco... —Sonrío entre lágrimas—. Loco.

—Por tu culpa.

Madre mía, madre mía. Por favor, que alguien me pellizque, que necesito constatar que no es un sueño, que esto es tan real como que me llamo Abie Olsen.

Nicholas se levanta, me lleva de la mano a la barra y pide la cuenta entre gestos de cariño, eliminando la humedad de mi rostro. La camarera, al ver mi estado y que no hemos probado bocado, pregunta si todo está bien. Él asiente sin más. Pretende salir con urgencia y es justo lo que hace. Nos montamos en un taxi, donde la contención forma parte de nosotros hasta que llegamos al hotel donde él e Ian se están alojando solamente hasta esta madrugada, en la que regresan. El tiempo juega en nuestra contra. Se nos agota.

—Joder, me cuesta creer que te tengo conmigo —pronuncia, derritiéndome.

No soy de lágrima fácil, o no lo creía hasta que supe qué sentía.

—¿Te acuerdas de mis cambios repentinos? —Le digo que sí, intrigada, haciéndome pequeñita cuando me rodea y, desde atrás, me susurra al oído—: Como la noche que estuvimos solos en el hotel, que bailábamos. No quería aceptar que esto era más que un juego, algo serio. O cuando te hice el amor y fui al baño, para mojarme el pelo, la cara. Estaba agobiado por todo lo que experimenté estando dentro de ti sabiendo que te perdía.

—Nicholas...

—Lo sé, maldición. —Me doy la vuelta. Quiero verlo—. Tócame, Abie, por favor.

—No he pensado en otra cosa desde que me has besado. —Echa la cabeza hacia atrás y cierra brevemente los ojos—. Te quiero; lo sabes, ¿verdad?

—Sí, pero repítelo.

—Te quiero, Nicholas Thompson. Te quiero.

Y lo repito una y mil veces mientras lo desnudo sin pausa, sin prisa. Hoy su mirada es transparente, clara. No hay secretos. No se oculta. Es especial y muestra más luz que nunca.

Cuando he acabado de deshacerme de su ropa, él se encarga de la mía.

Mi piel se eriza con su aliento tan cerca y, cuando me tiene desnuda, me siento morir. Lo he

extrañado tanto..., tanto... que le volvería a pedir que me mintiera cada noche sólo por tenerlo conmigo, a pesar de las dudas sobre *ella*... No me voy a rendir hasta que sea completamente mío y Natacha deje de suponer una amenaza para nuestra relación.

Sus ojos no mienten. Le angustia recordarla, pero apuesta por mí.

Por ahora me conformo.

—Abie, maldita sea. —Desnudos, frente a frente..., me atrae hacia él por la cadera, repasándome como tanto me excita y me enloquece—. No sabes cómo te he echado de menos. No tienes ni puta idea.

—Lo sé...

—Perdóname —se lamenta con un quejido agonizante.

—Chis.

Nicholas se tumba en la cama y me insta a que me suba a horcajadas sobre él. Luego se sienta para estar a mi altura y entra en mí sin postergar el momento. Su aullido y mi sollozo se mezclan cuando está en lo más profundo de mi interior.

Esto es lo más cerca que he estado del cielo.

—Abie...

—Adoro sentirte así.

Me mezo tan despacio como es posible, pues es Nicholas quien me guía, perdiéndome entre sus besos, refugiada en sus caricias, fundiéndome en él, que se entrega como nunca antes, convirtiéndonos en uno solo.

—Vente, Abie, córrete conmigo —me dice, no «para mí...», como solía ordenar egoístamente.

Estalla, pero no como otras veces. Hoy es diferente. No soy sólo sexo para él, me quiere aunque le cueste expresarlo en voz alta. Sé que está confundido, asustado. Pasará, nos reiremos de esto algún día. Lo conseguiremos. No pienso darme por vencida.

Voy a luchar por él, por nosotros.

Nos besamos, reímos y hacemos el amor de nuevo. El silencio es nuestro mejor aliado. Nos limitamos a sentirnos, a amarnos, porque hay amor, mucho, aunque no lo reconozca, porque probablemente ni él sepa la magnitud de sus sentimientos.

Terminamos enredados el uno con el otro, yo contra su pecho, apoyada sobre su acelerado corazón, y él envolviéndome por la cintura, con la sábana cubriendo parte de nuestros cuerpos.

—Me asusta que la distancia sea un impedimento —confieso en voz baja.

—Vendré siempre que pueda, te llamaré. ¡No sé..., danos tiempo! Dámelo.

Su agobio es el mío, por lo que prometo:

—Seré paciente, Nicholas. Te daré todo el que necesites.

La distancia

—Éstos tampoco le gustan —les comento a mis padres, dándoles una muestra de unos papeles pintados de pared preciosos—. Dice que son muy clásicos.

—Pues vuelve a buscar —me ordena mi madre—. La segunda planta tiene que quedar perfecta, como la zona inferior.

—Es que no sabe lo que quiere.

—Para eso te ha contratado, Abie —recalca mi padre—. Nosotros nos vamos a casa; encárgate de tenerlo todo ordenado cuando ya no haya nadie en sus puestos.

Me dejo caer en el asiento de mi oficina. La situación se ha vuelto insostenible con ellos. Desde lo sucedido con John, no me han dado tregua. «Es lo mejor para ti», repiten constantemente. Menos mal que éste no ha vuelto a insistir tras un mensaje en el que le dejé clara mi postura: que recurriría a la policía de ser necesario. Por Londres las cosas no pueden ir peor. Mi malestar en casa y en el trabajo me tiene de mal humor a diario. Sólo consigo cierta paz mental cuando salgo a tomar algo con las chicas o cuando Nicholas me llama. Ya me ha visitado en cuatro ocasiones, siempre con discreción. A pesar de la distancia, no le gusta que aireemos lo nuestro, ni que subamos fotos juntos a las redes..., incluso le prohibió a Ian que le comentase sus viajes a Kellan. Se niega a que éste sepa algo de su vida. Yo respeto su decisión, estamos empezando y no quiere precipitarse. Aunque, si por mí fuese, ya hubiésemos hecho todo lo contrario. Me muero por gritar a los cuatro vientos que estamos juntos. No es una relación al uso, los kilómetros que nos separan marcan la diferencia; no obstante, no lo estamos llevando mal del todo...

Bueno, a veces sí.

Hoy, por ejemplo, es un mal día, 30 de noviembre. Ha transcurrido casi un mes y medio desde que retomamos lo que dejamos a medias en California y lo echo mucho de menos, muchísimo..., por lo que muerdo el sándwich mixto que me he preparado y le mando un mensaje. Nos cuesta encontrar momentos para hablar y eso me frustra.

Hola, ¿has salido ya de la reunión? Es tarde. Odio la diferencia horaria. 18.31

En diez minutos. Yo también la odio. 18.33

Termino el sándwich y sigo con el trabajo.

Hago varias llamadas, incluida una a la señora Jones. Ahora quiere ver de nuevo el papel pintado que le he propuesto hace apenas unas horas. Es agotadora y no sé hasta cuándo podré aguantar su prepotencia. Menos mal que Nicholas me escribe y me olvido de la mierda que me ata aquí. En cuanto acabe con este proyecto, continuaré mis planes laborales con Alba. Ya hemos encontrado un piso a nuestro gusto, sólo nos queda firmar el contrato de alquiler, pero será a principios de año, cuando quede vacío.

El mundo se ha puesto en mi contra, y las esperas se suceden una tras otra.

La reunión se ha alargado un poco más de lo previsto, lo siento. Hará buena publicidad del hotel, en otro momento te cuento. ¿Cómo estás?
Mi día, hoy, bastante largo. 18.57

Por aquí no mucho mejor. La señora Jones me tiene harta, y mis padres..., en fin, no quiero aburrirte con mis problemas. Tengo ganas de verte. 18.58

Lo sé, espero poder ir el próximo fin de semana. Cuéntame cosas.
18.58

Esta noche salgo con las chicas... Llevo ropa interior roja. 18.59

No te he pedido que me tortures, pero sigue. 18.59

Un vestido ceñido de lana color café, medias tupidas y labios granates. Un moño alto que desharías en menos de un segundo, para bañarnos juntos como la última vez. 19.00

¿Qué más? 19.01

Anoche me toqué pensando en ti. 19.01

Me gusta. La próxima vez, llámame, quiero oír esos gemidos. Los extraño. 19.02

¿Sólo mis gemidos? 19.02

A ti por completo. Imagino que estarás sonriendo. En cuanto llegue a casa este mediodía, te haré una videollamada. 19.02

Te esperaré desnuda. 19.03

Me haces falta, Abie. 19.03

Y tú a mí, no imaginas hasta qué punto. 19.04

Pero me equivoco, lo sabe de sobra, pues se lo demuestro a diario. A menudo le cuento qué hago y le suelo mandar fotos de Hyde Park, donde me gusta ir a relajarme o simplemente a pensar.

La distancia me pesa, sobre todo cuando se acercan las fechas navideñas.

* * *

Es 8 de diciembre. Han pasado casi dos meses desde que iniciamos esta relación a distancia, y cinco desde que nos conocemos. Estoy con Alba, decorando el árbol de Navidad de casa de mis padres. Ellos han salido a cenar con unos clientes y solas estamos en la gloria. Mi amiga no sabe que estoy participando en una encerrona. Ian va a venir después de todo este tiempo, pues hace semanas que retomó el contacto con la rubia y quiere verla de nuevo.

Creo que se llevará un chasco, pero Ian insiste en no darse por vencido.

Frente a ella, continúo fingiendo que no sé nada. ¿Cómo puede estar callando ese secreto? Si a mí me cuesta incluso no contarle cualquier estupidez... Aun así, respeto su postura. No me queda otra opción. Supongo que se desahogará cuando esté preparada.

—Están llamando, ¿puedes abrir, Alba?

—¿Quién será? —Me encojo de hombros; mi amiga también—. Voy a ver.

Sonrío esperando que se produzca la sorpresa, pendiente de su reacción. Al estar tan blindada en cuanto a la relación con mi hermano, no puedo saber si ella siente lo mismo que él o quizá Ian se ha hecho ilusiones de más. Sería feliz si los viera juntos.

—Es para ti —vocifera desde la puerta—. ¡Abie!

Asomo la cabeza, confundida... Oh, Dios mío. ¡Dios mío! Miro a Alba... y a él, de hito en hito. Parece inquieto, extraño... Me quedo sin saber cómo reaccionar, y entonces abre los brazos, esperando recibirme en ellos. Me como la distancia que nos separa y me acurruco contra su pecho. Su olor, su calor, es Nicholas. No sé qué hace aquí, tampoco lo pregunto.

Sólo quiero abrazarlo.

—Me moría por verte —me susurra al oído. El corazón se me hincha de amor—. Tenemos que hablar, Abie.

—¿Q-Qué pasa?

Busco su mirada, pero lo que me encuentro son sus impacientes labios, fundiéndose con los míos. Me besa sin piedad, con ansiedad. Su lengua enredándose con la mía aviva todo mi ser. Sin embargo, me preocupa su frase, el tono empleado.

—¿T-Todo bien, Nicholas?

—Vamos al hotel, tenemos que hablar seriamente.

Trago a duras penas.

—¿Y mi hermano?

—¿Ian ha venido? —oigo a Alba desde atrás.

—Está en el bar de enfrente, ha coincidido con tus padres muy cerca de aquí, cuando aparcábamos el coche, y han discutido. Tranquila, está bien —murmura ante mi tensión, y se dirige a mi amiga—: Alba, ¿te importa acompañarlo?

—Claro..., vosotros hablad.

Intento decir que no, que él quizá me necesitará a mí, pero Nicholas no me da opción a ello. Me coge de la mano y me atrapa completamente, besándome y abrazándome hasta que entramos en el hotel donde se está alojando, a dos minutos de casa de mis padres. Me siento dividida: he de saber qué sucede con Nicholas y, al mismo tiempo, consolar a Ian, que debe de estar hecho polvo. Joder, soy una egoísta, pues, cuando entro en la habitación, el resto del mundo pasa a un segundo plano para mí. Mis cinco sentidos son para Nicholas.

—Abie —gruñe.

—Dime...

—Desnúdate y hablemos.

Las piernas me tiemblan y ni siquiera puedo obedecerlo.

La conversación no puede ser tan mala o no me pediría que... Madre mía, me rodea desde atrás y posa su boca en mi cuello. Me estremezco, arqueándome. Pero la paciencia no es una de sus virtudes, sobre todo después de dos semanas sin vernos, y pronto mi vestimenta está por los suelos, como la suya, y él cubriéndome con su cuerpo en la cama.

Yo vuelvo a estar en una burbuja... esa que odio que se rompa cuando Nicholas se va.

—Hueles tan bien, Abie —gruñe, meciéndose pausadamente—. Tenía tantas ganas de verte. Dime que tú también a mí. Necesito escucharlo.

—No soporto más esta situación —gimo, estrechando su rostro entre mis manos.

—Ni yo, maldita sea. Es justo lo que me ha traído hoy hasta aquí.

—Me preocupas... —gimoteo, envolviéndolo con mis piernas.

—Y haces bien.

—¿Qué sucede? —balbuceo, estremecida, recibiendo otra placentera embestida—. ¿Qué anda mal?

—Lo que te voy a decir va a sonar muy ambicioso por mi parte —me advierte, humedeciéndose los labios para lamer luego los míos—. Vente conmigo a California. Déjalo todo.

—¿Q-Qué?

—Necesito esto.

Entra, sale.

—Cada día.

Me besa, gruñe.

—Y cada noche.

Los miedos me frenan por primera vez. No por mí, ni siquiera por él, sino por dar este paso que pueda estropear lo que juntos y con calma estamos construyendo.

—¿Y si nos estamos precipitando?

—Chis. —Me penetra hasta que me retuerzo—. Quiero vivir a tu límite.

Asiento, riendo, aceptando su propuesta. Será una de las mayores locuras a las que me enfrente, pero no quiero quedarme con la sensación de que no lo hice todo por esta relación... a pesar de lo

que me espera en casa. Sin embargo, merece la pena arriesgarme.

Sólo él me hace sentir tan viva.

—No aguanto más, Nicholas.

—Vamos, córrete, Abie.

Me contraigo y poco después noto cómo él explota también, dejándose caer contra el hueco de mi garganta. Clavo las uñas en su espalda, abrumada, y no sólo por la sensación del orgasmo. Estoy en una nube; no me creo haber conseguido aquello por lo que tanto he luchado estos meses. Sigo esperando un «te quiero»; aun así, con lo que me demuestra, es evidente.

No puedo exigirle que me dé algo para lo que todavía no está preparado.

—Pregúntame cosas, Abie.

—¿Por qué? —murmuro, confusa.

—No quiero que quede nada pendiente entre nosotros.

Recuerdo el juego al que lo sometí al principio y pienso que es una buena oportunidad para repetirlo. Sus respuestas son clave para el paso que estamos a punto de dar.

—¿Comida favorita? —Levanta la cabeza y frunce el ceño—. ¿Qué?

—Ya me hiciste esa pregunta.

—Quiero que la respondas de nuevo. —Acaricio la cicatriz de su labio, recorriéndola con la punta de los dedos—. ¿Comida favorita?

—Cualquiera menos el yogur con cacao y avena.

Se me escapa una carcajada. Él me besa los dedos, sonriendo.

—Un viaje pendiente.

—Las Maldivas.

Siento que me enamoro más si cabe con cada contestación. Se acuerda de lo que le confesé esa noche y que aseguró no importarle. Mentía, y me hace feliz descubrirlo.

—Tu color favorito.

—El verde.

Puede parecer una tontería, pero el hecho de que ya no sea el negro me relaja. Significa mucho para mí que haya arrinconado la oscuridad en la que se sumergió por *ella*... La siguiente cuestión me cuesta formularla. Recuerdo perfectamente sus palabras y, cómo no, estaban relacionadas con la marcha de Natacha.

—Un... —Suspiro—. Un recuerdo bonito.

—La primera vez que te besé.

—Nicholas... —Se me entrecorta la voz.

—Continúa, por favor.

—Un olor que recuerdes... —Se me forma un nudo en la garganta—. Si no...

—El tuyo, a todas horas, cada día.

Sonríe y me besa, derritiéndome lentamente. Estoy emocionada. Sé que él también. Nada me hacía presagiar esta mañana cuando me levanté que mi día sería tan bonito..., uno de los más

maravillosos de los últimos meses, y de nuevo sólo hay un culpable.

—Gracias, Nicholas, gracias por venir a buscarme y cambiarme la vida.

—Tú me encontraste antes.

—No, tú te colaste en el ascensor para coincidir conmigo —musito, acariciándole el pelo. Está relajado, nunca lo había visto así—. Mis padres no me lo van a perdonar.

—Prometo compensarte, Abie. —Lo asegura con tal vehemencia que no tengo dudas—. Te quiero en mi vida día y noche.

«Te quiero en mi vida.» Por un momento he pensado que quedaría en «te quiero».

—Y yo en la mía, Nicholas; no sabes lo que significa esto para mí.

—Lo sé, como también sé lo importante que es para ti que no llevemos esto en secreto, por lo que Carter incluso ha avisado a Kellan de que venía con él. No quiero esconderme más. Me rindo, tenías razón. No estamos haciendo nada malo para tener que ocultarnos.

La emoción me embarga. Me he martirizado durante todo este tiempo pensando el motivo por el cual quería mantener lo nuestro en la clandestinidad. Me preocupaba que se estuviera cubriendo por si *ella* aparecía..., pero me convenzo de que la ha olvidado.

Después de su propuesta, no puede ser de otra manera.

—¿Llamamos a Ian? —le planteo, risueña.

—Esto no le gustará.

—Pero tiene que conocer nuestros planes.

Me incorporo, radiante, y cojo su camisa, que me pongo a toda velocidad para volver a cobijarme en sus brazos, que me esperan abiertos, cálidos. Mi lugar favorito en el mundo.

Mi refugio.

—Estás preciosa.

—Gracias. —Y, tontamente, me sonrojo.

—A ver qué tenemos aquí.

Nos cubrimos con la sábana de cintura para abajo, abrazados. El móvil de Nicholas tiene diez llamadas perdidas de mi hermano...

—Nos va a matar —comenta, iniciando la videollamada.

—Pero ¿qué...? —Se interrumpe Ian al verme apoyada en el hombro de su amigo. Él parece encontrarse en un bar—. ¿Qué está pasando?

—¿Y Alba?

—No está. —No es preciso que se explique. Por el dolor que se refleja en su rostro, sé que ha sucedido lo que temíamos. Ella es fiel a sus principios—. ¿Qué significa esto?

—Me voy con vosotros a California, Ian.

—Abie...

—Acepto tu propuesta de trabajo, ¿estoy a tiempo?

—Sabes que eso no es lo que me preocupa. —Da un trago, rascándose la frente—. Thompson, si le haces daño, te mataré.

—Lo sé.

Mi hermano contempla nuestra imagen. Sé que nos ve felices y es lo que le impide expresar lo que verdaderamente siente. Tras el silencio, termina dirigiéndose a Nicholas.

—Prométeme que puedo confiar en ti.

—Nunca te he fallado, Carter —le recuerda con voz intensa.

—Una vez; si no, mírate, ahí está la prueba.

—El mejor error que he cometido en mi vida, dejarme seducir por tu hermana.

Nicholas y yo nos sonreímos antes de cortar la llamada. Ian se mantiene serio. Teme porque quiere protegerme. Lo entiendo, pero Nicholas ha hecho una promesa que sé que no romperá. No tengo dudas. No si me ha pedido que lo deje todo por él.

Confío ciegamente en su palabra.

Más tarde, nos duchamos juntos entre risas cómplices, lejos de la tensión a la que me tenía acostumbrada. Somos como una pareja, aunque no le hayamos puesto nombres ni etiquetas. No es necesario. Lo miro continuamente, y eso no cambia durante las horas siguientes, pero no todo puede ser felicidad y es algo que ambos tenemos claro.

—Quédate aquí fuera, no quiero incendiar más la situación —le pido a Nicholas en las escaleras del edificio. A él le cuesta aceptar mi decisión—. Ve llamando a Ian.

—Cualquier cosa, sólo tienes que pronunciar mi nombre.

—Todo estará bien.

En cuanto abro la puerta del piso de mis padres, los dos me están esperando. Es la una de la madrugada y el vuelo sale en tres horas y media. No tengo tiempo que perder, por lo que no me tiembla el pulso. Estoy radiante de felicidad y nadie me hará dudar.

—¿Adónde vas? —me reclama mi madre, viniendo detrás de mí.

—A California.

—Tú te has vuelto loca —interviene mi padre—. ¿Y el trabajo? La señora Jones es muy exigente y, si la dejas tirada, no hablará bien de nuestra empresa.

—No puedo seguir aquí.

Saco mis maletas sin entretenerme más de lo indispensable y las relleno sin ningún tipo de orden, bajo la atenta mirada de ambos... Ropa, perfumes, zapatos, documentos, maquillaje, el portátil, el iPad y tonterías varias que no son tan imprescindibles para su uso diario. Cuando tengo listo mi equipaje, me paro delante de ellos con la intención de despedirme.

—Abie, si te marchas, no cuentes con nosotros nunca más.

Tras la amenaza, bajo la mirada y paso de largo.

Me voy de la mano de Nicholas. Sin mirar atrás.

Traición

(Nicholas)

El vuelo se torna interminable. A Abie le da miedo la sensación de estar en el aire e hiperventila continuamente, lo que me produce cierta gracia sólo cuando está mejor. Carter me ayuda en la medida de lo que está a su alcance, pero es evidente que está tocado; deprimido también. Sin entrar en muchos detalles, nos ha puesto al día sobre la decisión de Alba: no quiere hacerle daño a Max y no se cree capaz de ser valiente como para dar un paso tan importante sin saber si se puede estar equivocando.

Abie lo ha sido sin medir las consecuencias.

Ésta ahora duerme apoyada en mi hombro; estamos a punto de aterrizar.

Entrelazo mis dedos con los suyos, jugueteando con ellos y reflexionando sobre su postura. ¿Por qué no nos conocimos antes? Cuando yo era libre y jamás le hubiese ocasionado dolor. ¿Cómo agradecerle lo que ha hecho por mí desde que nos encontramos? No tengo palabras para expresar lo que me ata a ella, pero es tan fuerte que duele, y mucho.

Al levantar la vista, me percató de que Ian nos está observando en silencio.

—La voy a cuidar —murmuro, besando el cabello de su hermana. Huele a fresas—. Confía en mí como lo hace ella.

—Los dos sabemos por qué dudo.

—No la menciones.

Su temor también era el mío, pero son tantos motivos los que me hacen pensar que lo he superado que desecho cualquier tipo de vacilación.

¿Cómo explicarle que hacer el amor con Abie es lo más intenso que he experimentado en mucho tiempo?, ¿que verme reflejado en sus ojos es una de las mejores sensaciones que he vivido? Pues hay verdad en su mirada, amor, ternura, pasión..., todas esas emociones que necesito para sentirme como lo hago..., como ella suele repetirme: vivo.

—Despiértala, anda —me pide en cuanto tomamos tierra.

—Espera a que salga todo el mundo, así no se agobiará.

Rebusco mi teléfono entre mis bolsillos y, una vez doy con él, lo enciendo. Estoy relajado, quizá más de lo que me hubiese imaginado. Tenerla me calma. Sabía que era atrevida; no obstante, tenía mis dudas acerca de que tomara esta decisión. Una que no me había planteado hasta que, cada vez que regresaba sin ella, era como estar vacío; sin embargo, con cada visita, volvía a hacer vibrar mi cuerpo, cargándome de la energía perdida.

Quiero empezar el año con Abie, una nueva etapa; el principio de una vida juntos. Saberla cerca de John me estaba matando y oírla hablar cada día sobre la mala relación con sus padres no ayudaba. Odiaba verla apagada, triste, irreconocible..., hasta que nos encontrábamos; entonces cambiaba, era otra, pero cuando me marchaba todo volvía a ser igual, sufriendo por las incontables despedidas que hemos tenido durante todo este tiempo, y para las que ninguno de los dos estaba preparado. He llegado a sentir miedo de perderla..., del que paraliza, del que te desgarras.

Un momento..., ¿qué mierda es ésta...?

Tengo varios mensajes de Kellan. ¿Por qué? ¿Con qué derecho se atreve a dirigirse a mí? La última vez que hablamos fue en la oficina de Carter.

Ian me ha informado de que habéis ido a Londres. Tenemos que hablar. Es urgente. 06.44

Llámame en cuanto me leas. 07.10

Me aseguraste que sólo viajarías a Londres por razones de peso, si surgía algo importante. 08.17

¿Y? ¿Qué tiene que ver él con mi decisión? ¿Qué le importa?

—Voy a ir recogiendo las maletas —me excuso con Carter—. Os espero abajo.

—Eh, ¿qué pasa?

—Nada, me he mareado.

Suelto a Abie y prácticamente salgo corriendo. Cuando consigo estar en una zona despejada, marco el número de Kellan. Me preocupa que se trate de mi padre. Sé que algo está pasando; de lo contrario, estos mensajes jamás se hubiesen producido.

—¿Estás con Abie? —Es lo primero que me dice—. Tenemos que...

—¿Qué es lo que te preocupa? ¿Para esto me alarmas? Mi vida no te incumbe.

—Me comentaste que sólo irías a verla de ser necesario, y han pasado tres meses... —Suspira—. Nicholas, intuyo que sabes algo y has ido a que Abie te lo confirme, ¿me equivoco?

Nervioso, camino de un lado al otro, contemplando cómo desalojan el avión. Ella bajará en breve y, ante esta llamada, no quiero pensar que me haya engañado..., que, a pesar de negarlo tantas veces, sí haya tenido algo con Kellan y me lo haya ocultado.

—No vas mal encaminado —miento, sabiendo que será la única forma de sacarle el resto de la información—. No he podido mantener la conversación con Abie, ya estoy en California. No ha

querido enfrentarse a mí, pero regresaré la próxima semana.

—En ese caso, ven; soy yo quien debe contarte la verdad.

¡Malditos sean! Controlo las ganas de destrozarlo todo a mi paso.

—Ha callado para protegerte, pero ha llegado el momento —dice y, entonces, se me nubla la vista. De fondo oigo una voz que reconozco, que le suplica que no lo haga... Mi mundo se viene abajo, recordando la última vez que la oí sin saber que no volvería a saber de ella hasta hoy..., casi dos años y medio después. Es Natacha—. Lo siento, Nicholas.

Me cuelga y siento que la sangre abandona mi cuerpo, que regreso al inicio de esta historia. Puedo encontrarme con la mujer que me destrozó sin compasión y, más de veintinueve meses después de su marcha, por fin acabar con esta agonía...

La imagen de Natacha ocupa mi mente: morena, de ojos verdes, preciosa. La recuerdo con nitidez..., y eso no sucedía desde hacía tiempo, bastante. Otra vez no, ¡otra vez no!

* * *

Ella miraba el móvil cuando entré en mi casa esa noche. Estaba instalada en el sofá y, al verme, lo metió en el bolso apresuradamente. No le di importancia y me acerqué a saludarla. Era muy tarde, acababa de tener una reunión de trabajo.

No la noté muy receptiva, últimamente no lo estaba, pero supuse que era por el cansancio de haberme estado esperando sola..., de nuevo...

Me di una ducha mientras llegaba la cena que habíamos pedido. Natacha se quedó en la sala. Me pareció oír su teléfono y, cuando salí, me comentó que era su madre, que vivía en España. Me extrañó, allí estaba amaneciendo, pero tampoco le presté demasiada atención. Supuse que madrugaba para ir a trabajar, como el resto de los mortales.

Cuando terminamos de cenar, posé una mano en su rodilla. Llevaba una falda. Natacha se incorporó de un salto y sonrió al descubrir mi sorpresa. ¿Me estaba rechazando?

—¿Estás enfadada? —le pregunté, descolocado.

—No, sólo agotada.

Me dio un beso tan rápido que no me dio tiempo a corresponderle.

—¿No quieres quedarte?

—No, hoy no. —Tiré de su brazo para que cayera sobre mí en el sofá y, cuando lo hizo, nuestras miradas se cruzaron—. Esta noche no me apetece, Nicholas.

—Bien... Guarda fuerzas para mañana, celebraremos mi cumpleaños.

—Sí, claro.

—No estés tan seria. —Me besó. Me dolió verla tan triste; no la estaba haciendo feliz, aunque todo cambiaría cuando aclarara mi vida profesional—. Te quiero, Natacha.

—Lo sé...

Acto seguido, se levantó de nuevo y se marchó. Fue la última vez que la vi.

* * *

Estoy bloqueado. Kellan conoce su paradero. Abie lo sabía y me lo ha ocultado...

¡¿Cómo ha podido?!

Sólo pienso en que tengo que verla, hablar con ella... Lo necesito.

—¡Nicholas! —Abie alza las manos, reclamando mi atención—. ¿Todo bien?

La sinceridad que había en ella se ve manchada por esta mentira. Una mentira que podría haber cambiado el rumbo de nuestras vidas y, sin embargo, ella ha callado, traicionando mi confianza. ¿Por protegerme? ¡Puro egoísmo!

—He de irme, me ha surgido una reunión —mascullo, evitando cualquier tipo de acercamiento—. Toma las llaves de mi casa, espérame allí.

—¿Qué ha sucedido? —Me coge las manos antes de que pueda rechazarla—. Nicholas..., estás temblando.

—Abie, déjalo —interviene Ian. Estoy convencido de que entiende perfectamente que es algo relacionado con *ella*. Ha palidecido y está agarrotado—. Es un asunto familiar.

—¿Tu padre?

No soy capaz de mentirle, no como ella ha hecho conmigo. ¡Cínica! Ian tira de ella por el codo, negando con la cabeza. Sabe que me estoy debatiendo entre quedarme con su hermana o saber algo de Natacha, y maldice en voz baja cuando camino hacia atrás... eligiendo la segunda opción.

Mentiras

Llego a casa de Nicholas bastante preocupada. Pocas veces se ha mostrado así. Supongo que estoy paranoica, pero he sentido rechazo de su parte. Quizá haya sido la noticia familiar que le han dado, que me hubiese gustado que compartiera conmigo.

Tampoco quiero forzar nada.

Es pronto para exigirnos. Necesitamos acostumbrarnos a esta nueva etapa. Somos muy diferentes..., lo que propicia que choquemos en todos los sentidos.

Lo conozco, tiene un carácter peculiar y, aunque odio cuando se comporta de esta forma, me recuerdo dónde estoy y por qué, de modo que intento calmarme. Probablemente más tarde vendrá y me contará qué ha sucedido y yo le haré saber que me tiene para lo que necesite. Ya se lo he demostrado. Esto pasará en unas horas. «No tiene por qué tratarse de algo grave», me convengo con éxito. Ambos sabemos que si está relacionado con su padre, él no está cómodo, que se altera con facilidad.

Ian me acompaña; va detrás de mí, como si de mi guardaespaldas se tratase. Insiste en que nos vayamos a su piso y esperemos allí a Nicholas. Mi cara de «¿en serio?» debe de ser como para enmarcarla. No entiendo el motivo de su insistencia, pero lógicamente me niego.

Mi lugar está aquí. He venido a ello. Creo que le está costando asimilar que he decidido empezar de cero en California y no precisamente por él.

Yo le resto importancia, todavía en mi nube.

—Dejaré las maletas en su habitación y, cuando venga, empezaré a deshacerlas —le comento, entusiasmada, a mi hermano—. ¿Crees que le importará si me hago una infusión? El vuelo me ha sentado fatal, como siempre.

—Abie.

—¿Qué, Ian, qué? —Lo miro por encima del hombro. Por desgracia, ese tono me lo conozco demasiado bien—. ¿Qué te pasa?

—¿Estás segura de lo que has hecho?

—¿A qué te refieres concretamente?

Salimos del dormitorio de Nicholas y vamos a la terraza. Sin él aquí, me da un poco de pudor andar por su casa como si fuese la mía, por lo que opto por aguardar fuera, donde siento que no

estoy invadiendo su intimidad. Y es que esta situación es tan rara... Ayer lloraba por su ausencia y hoy, prácticamente, estoy dando el paso de vivir con él.

Del infierno al cielo en cuestión de horas.

Hoy las lágrimas colmadas de amargura de madrugada serán sustituidas por gemidos placenteros, por «te quiero» infinitos y caricias eternas.

—Ian, cuéntame, ¿qué te tiene así?

—Lo has dejado todo por él —me recuerda con los brazos en jarras. Su ceño está fruncido—. Las palabras podría llevárselas el viento. Creía que a estas alturas habías aprendido.

—Y yo pensaba que ya me conocías. No me quedaré a ver cómo pasa la vida delante de mis narices temiendo un posible fracaso. Si no funciona... —Sacudo la cabeza; no quiero ni planteármelo—. Va a funcionar, Ian. Desde Londres, posiblemente, no lo hubiese hecho; la distancia no es buena aliada.

—Podrías vivir conmigo unos meses mientras os adaptáis.

—¿Por qué estás tan pesimista?

Su actitud ha variado desde que hemos aterrizado. Incluso, cuando me ha despertado en el avión y me he asustado al no ver a Nicholas a mi lado, él me ha tranquilizado de forma cariñosa y ha hecho alguna broma con la relación; sin ganas, pero la ha hecho.

¿Qué ha cambiado al bajar?

—Habla, Ian.

—Olvidalo —murmura, bastante irascible.

—Será lo mejor.

Acerco dos sillones de tela y me acomodo en uno con los pies encima del otro.

Ian me acompaña.

—¿Vas a quedarte aquí? —le pregunto, leyendo los mensajes que tengo en el móvil; la mayoría son de Alba, aunque Sacha y Oli también están alucinando con mi decisión.

—Sí, esperaré a Nicholas.

—Te lo ha prometido. No nos fallará.

Mira al horizonte y leo la inquietud en sus facciones. Está agitado, comprobando el reloj con frecuencia. ¿Qué lo atormenta? «Alba.» No he pensado en ello siquiera. Me he centrado en mi historia, olvidándome de lo que ha sucedido entre ellos.

Arrimo mi silla a la suya y descanso la cabeza en su hombro. ¿Por qué le tiene que salir todo mal? Él se merece ser feliz y a mí me encantaría que fuese con Alba. Ella lo complementaría, como lo ha estado haciendo sin que yo me diera cuenta durante el tiempo en el que se ha encargado de él. ¿Cómo estará ella? Me siento mala amiga. Está experimentado todo lo contrario que yo, como si fuera mi cara opuesta, y no he sido capaz de ponerme en su lugar.

—¿Te importa si llamo a Alba ahora?

Ian suspira. Le provoca dolor su mera mención.

—No, tranquila.

—¿Te apetece hablar? —Se inclina hacia delante y entrelaza las manos, colocándolas así debajo del mentón—. Puedes contar conmigo.

—Recuerda que no puede saber que te lo he contado.

—¿Estás evadiendo mi pregunta?

—A estas alturas tendrías que saberlo. Perdóname, Abie, no es el día más apropiado.

Respeto su decisión, posponiendo la llamada a mi amiga. No creo que sea oportuno conversar con ella, aunque sea de otros temas, sabiendo que mi hermano lo está pasando mal por su rechazo. No la culpo, pero me entristece que no sea capaz de jugársela a pesar de morirle de ganas, por el qué dirán. Siempre ha tenido en cuenta las opiniones de los demás. De hecho, me cuesta creer que le haya sido infiel a Max. Es tan tradicional...

Desde que nos conocemos, hemos bromeado con ello. Soy la noche y ella el día. Ella piensa y luego actúa; yo, viceversa. Mi lema es «no pierdo, aprendo»; el suyo, «no me arriesgo, por si pierdo». Quizá de ahí que nos compenetremos tan bien.

Una es la cordura; la otra, la locura... equilibrando la balanza.

—¿Crees que debo llamarlo? —Mi hermano dice que no—. ¿Por qué?

—No te atenderá y se pondrá de mal humor.

—¿Y si lo está ya? —bromeo.

—Yo de ti me lo tomaría un poco más en serio, Abie.

¿Qué tiene de malo restarle importancia a la situación?

No quiero vivir enfadada con el mundo porque se haya truncado mi llegada aquí. La imaginaba distinta, es verdad, pero si algo nos sobra ahora es tiempo para poder enmendarla.

Decido poner un poco de música, *Without you*. Cierro los ojos y fantaseo acerca de cómo será nuestra primera noche en San Diego, una ciudad que siempre será especial. Habrá una cena ligera, poca ropa, velas y vino. Él y yo amándonos hasta el amanecer...

Son unos planes que más tarde tengo claro que se van arruinando. Las horas transcurren de manera lenta. No tenemos noticias de Nicholas. Mi hermano se ha tomado más de tres cafés y yo, dos infusiones. Finalmente opto por darme una ducha para hacer más amena la espera. ¿Dónde estará? ¿Debo llamarlo? ¿Y si lo molesto, como opina Ian?

Media hora después ya estoy en pijama —un pantalón corto de rayas, con la camiseta de tirantes a juego—, y la cara lavada, ya desmaquillada. Mi hermano permanece en la cocina, mirando a la nada, reflexivo y al mismo tiempo abstraído. Ya son incontables las veces que ha comprobado el móvil, guardándolo segundos después, exasperado.

Aprovechando que se encuentra así, me encierro en el baño y marco el número de Alba, que me ha mandado un mensaje hace escasos minutos, a pesar de que allí es de madrugada. Aquí son las nueve de la noche. Ya soy incapaz de esconder mi nerviosismo. Son demasiadas horas sin saber de Nicholas, y empiezo a sospechar que lo que sea que esté sucediendo es más grave de lo que quise creer en un principio.

La positividad se ha ido esfumando, igual que el precioso día de California.

—Eh, loca —dice Alba, aliviada—. Por fin te pones en contacto conmigo. ¿Cómo se te ocurre irte así?

—¿Cómo lo supiste?

—Fui a casa de tus padres a buscarte y... Están muy enfadados, Abie.

—Tú también piensas que me estoy equivocando.

La imagen que se refleja en el espejo no es la de una mujer feliz como lo era la madrugada pasada. Tanta desinformación ha ocasionado que me venga abajo sin entender qué está ocurriendo a mi alrededor. Tengo un mal presentimiento.

—Me da miedo que te estés precipitando.

—Lo que siento por él es lo más bonito que he sentido nunca.

—Lo sé. —Alba está triste y, aunque lo intenta, es incapaz de disimularlo—. No cuestiono tus sentimientos, Abie.

—No sabéis todo lo que me ha demostrado estos meses, anoche. Me quiere.

—Me encantaría tener que pedirle disculpas por haber dudado de él sin motivo.

—Lo harás —afirmo, convencida—. ¿Y tú qué? ¿Bien?

—Cansada, pero no puedo dormir. No sé qué me pasa... Mañana iré a buscar trabajo. Supongo que nuestros planes quedan anulados, ¿no?

—Lo siento...

—Ni se te ocurra. Espero que merezca la pena.

Me rindo. No intento convencerla de nuevo de lo contrario. Con el tiempo tendrán que tragarse sus palabras, pues éste es el único que demuestra y pone cada cosa y a cada persona en su lugar. Esta noche no tengo fuerzas para seguir luchando contra las opiniones del resto, aunque se trate de mi mejor amiga y de mi hermano.

Todos parecen pronosticar que nuestra relación está destinada al fracaso. ¿Por qué?

¿Acaso no son capaces de ver más allá de los prejuicios?

—Te llamo mañana —me despido con cierta tirantez—. Que descanses.

—Abie...

—Déjalo, Alba. Supongo que entiendes que necesito mi espacio, como tú el tuyo.

Reina el silencio y lo siguiente que se oye es un pitido. Ha colgado. Enseguida me arrepintiéndome de mi reproche. No se merece que la trate así por callar su secreto con mi hermano, por cumplir la promesa que se hicieron. ¿Qué derecho tengo yo a obligarla de alguna manera a que la rompa? No es justo..., pero estoy tan irritable...

Me hace falta Nicholas, que calme esta angustia que está generando con su larga ausencia. Tengo frío y en casa no lo hace. Tengo miedos y no sé cómo ahuyentarlos.

Dejo el móvil y me enjuago la cara, refrescándome. Cuando me estoy secando, suena el timbre de casa. ¿Nicholas no se ha llevado las llaves? Corro hacia la puerta. Ian se ha adelantado. Él también tenía la esperanza de que fuera su amigo..., pero no lo es..., no el que esperamos. Kellan

está al otro lado del umbral. Tiene magulladuras en los brazos y heridas en el rostro, incluso algún punto de sutura.

No me acerco, y momentáneamente me mareo por la sangre seca.

—No puede ser, Kellan.

Mi hermano enloquece y empieza a maldecir, furioso, gritando con rabia. ¡¿Qué sucede?! La boca se me seca. No me atrevo a preguntar; las suposiciones que surcan mi cabeza no son las mejores. No, no quiero creer que tenga que ver con *ella...*, que Nicholas esté involucrado.

—Dime que Thompson no ha tenido razón durante estos dos años y medio —exige Ian, completamente fuera de sí. Doy un paso atrás—. ¡Dímelo, Kellan!

—¿Qué hacéis aquí? ¿No estabas en Londres? —Me señala—. ¿Y mi primo?

—¿¿Quién te ha hecho esto?! —insiste mi hermano, atusándose el pelo.

—Ya lo sabes.

—¡No me jodas, Kellan! —Lo empuja contra la pared y lo coge del cuello de la camisa—. Lo he estado tratando de loco todo este tiempo y tenía razón.

—¡Tampoco ha sido fácil para mí!

—¿Qué insinúas? ¿A qué te refieres?

—Estoy enamorado y me da miedo perderla.

—¿Qué? —Ian lo libera bruscamente—. ¿Qué estás diciendo?

—La historia de Nicholas y Natacha no era tan idílica, Ian.

—¡Joder, joder!

Entonces mi hermano es consciente de que su amigo no sólo conocía el paradero de Natacha, sino que él es la causa por la que ésta dejó a Nicholas. No da crédito. Lo zarandea violentamente, reclamándole el resto de la historia. Sus voces se entremezclan. Unos pitidos horribles me taponan los oídos. Mientras, desde la distancia, analizo cada frase, negándome a creer que esto esté pasando realmente. Nicholas no sería capaz de hacerme algo así.

Me lo ha prometido. No, por favor, no.

Repentinamente una sucesión de imágenes se agolpa en mi mente, obligándome a reaccionar. Todas las piezas del puzle encajan de pronto. Nicholas tenía el teléfono en las manos, en el aeropuerto, y temblaba. En sus ojos había reproche, decepción y cierto alivio.

Alguien lo ha llamado...

Me siento morir.

He pretendido ponerme una venda, obviar la realidad, creyendo que de alguna manera jamás llegaría este momento. Reconozco que en el fondo me engañaba a mí misma diciendo que no le contaba a Nicholas la verdad para no hacerle daño...

No es cierto. No quería perder lo que teníamos y fui un cobarde.

Lo único que me consuela es tener la certeza de que Natacha no quiere verlo, que está enamorada de Kellan y jamás corresponderá a Nicholas..., que no volverán a cruzarse. Soy

egoísta..., pero ya no me imagino tener que vivir sin él, no después de lo que compartimos anoche. Me ama, pero está confundido. ¡Me eligió a mí!

«¿Y si hubiese estado Natacha?»

Una vez leí que si te detienes a pensar si quieres a alguien es que ya lo has dejado de querer para siempre. Me agarré a ese clavo ardiendo, sin soltarlo aún. Él dudaba de sus sentimientos hacia... la mujer que nos separaba. Porque, en teoría, la había olvidado.

Lo quise y quiero creer así, como quiero creer que no me dejará ahora que ha dado el paso de pedirme una oportunidad formal y he abandonado toda mi vida por él.

—¿Y Nicholas?! —reclama Ian, impaciente, rompiendo la calma y sacándome de mis pensamientos, del trance—. ¿Está con *ella*?!

—¿D-De qué estáis hablando? —balbuceo, alejándome de ambos.

—Abie, te lo advertí. —Mi hermano está completamente ido—. ¡Lo sabía, joder!

Me da miedo formular la pregunta. No estoy preparada para la respuesta. Kellan tiene los ojos rojos y no de los golpes, sino de lágrimas que trata de reprimir. La historia se repite, pero ahora es él quien está al otro lado. Me aprieto los párpados y me tapo la boca, ahogando un llanto desconsolado. No, mis conjeturas no pueden ser ciertas.

¿A qué juega *ella*?

Me armo de un valor que no tengo y, frente a este silencio que me aterra, me atrevo a enfrentarme a uno de mis mayores miedos desde que empecé a enamorarme de Nicholas.

—¿D-Dónde está Natacha, Kellan?

—No lo sé..., pensaba que estarían aquí. Natacha se ha ido cuando ha sabido que pensaba contarle toda la verdad a Nicholas y, después de pegarme, él ha ido a buscarla.

Miénteme esta noche

Me apoyo en la pared y, como puedo, a tientas, llego al sofá. Mis piernas han perdido las fuerzas. Las articulaciones de mi cuerpo han dejado de funcionar. Los dos nombres unidos en una misma frase son como un puñal clavándose en mi pecho a fuego lento.

La sensación es demoledora.

Hace apenas unas horas él era mío, sólo mío..., tanto que no podía creerme que fuera real. Nos entregábamos amor, pasión o cariño, no importa, con la certeza de que aquí empezaríamos una nueva etapa, y repentinamente los planes se han esfumado... como él.

No lo asimilo. No puede darle la razón al resto. Kellan tiene que estar equivocado. Sólo Nicholas y yo sabemos qué hemos vivido juntos. ¿Lo va a borrar todo de un plumazo por una mujer que lo traicionó con su primo? Me cuesta creer que me haya mentido.

Me tapo la cara con ambas manos, meciéndome hacia delante y hacia atrás cuando recobro el control de mis sentidos. «Esto no es verdad. No es verdad», repito en bucle.

¿Nuestra relación es tan débil como para que, al enfrentarnos con su posible encuentro con Natacha, todo se vaya al traste? Lo dudo, no me resigno. ¿Cómo puede terminar algo que todavía no ha empezado? Ahora, cuando parecía que mi vida se encauzaba, de nuevo he de superar este bache. No podré si no es a su lado. No estoy lo suficientemente fuerte como para hacerlo sola.

—¿Por qué ahora, Kellan? —balbuceo, conmovida—. ¿¿Por qué?!

—Pensaba que sospechaba algo y que necesitaba una confirmación por tu parte; por eso creí que ése era el motivo por el que había ido a Londres a verte.

—¿Y qué te hizo llegar a esa absurda conclusión? —le recrimino, casi sin voz.

—Nicholas me había dejado claro que para él sólo habías sido un pasatiempo, y me dijo que sólo iría a buscarte si se tratase de algo realmente importante. —Me muerdo el labio, dominando la rabia—. Cuando Ian me contó que estaba allí, en Londres, intuí que se trataba de Natacha..., pues es su eterna preocupación.

—Un pasatiempo...

—Lo siento, Abie. Quise ser yo quien se enfrentara a la verdad y no dejarte a ti con esa carga. Nicholas me engañó, me hizo creer que había vuelto solo. No tenía ni idea de esto.

Unos brazos me rodean; son los suyos. Sus lamentos son conmovedores, pero, aunque quisiera

consolarlo, no me hace. Soy consciente de lo mal que lo debe de estar pasando, pero por su culpa me encuentro al filo del abismo. No me ha dado tiempo de poder demostrarle a Nicholas que es conmigo con quien realmente quiere estar, pues su obsesión por Natacha todavía es superior a lo nuestro.

—Perdóname, Abie. Os he fallado a todos y pretendía salvarte a ti de esta historia.

—Has conseguido justo lo contrario.

—¡Lo siento!

Me abraza con ímpetu, transmitiéndome que sus sentimientos son verdaderos, que su intención era confesar para que su primo no estallara contra mí. Es curioso..., el mismo que ha ocasionado esta situación es el único que me brinda consuelo, aun sabiendo que no lo hay.

Miles de preguntas vuelven a invadirme, todas y cada una de ellas relacionadas con la misma persona... Haría cualquier cosa para que esto no estuviera sucediendo.

—¿Cuáles son sus intenciones? —murmuro, todavía en la posición anterior, inclinada hacia delante, cubriendo mi rostro. No quiero ver a nadie—. ¿Qué pretende ahora?

—Natacha no estaba de acuerdo con lo que yo iba a hacer, pero yo ya no podía más. En cuanto he avisado a mi primo de que necesitaba hablar con él, para poder sincerarme, ella se ha marchado de casa. Entonces ha llegado Nicholas, le he contado la verdad y..., mírame, me ha golpeado hasta casi dejarme inconsciente. He ido al hospital y, mientras estaba allí, Natacha me ha escrito un mensaje.

—¿Y-Y qué te ha dicho?

—Que nunca debió huir de su lado, destrozándolo así. —Me bebo las lágrimas, asimilando que *ella* está arrepentida, y me asusta que quiera recuperarlo—. He pensado que estaban aquí, juntos, aunque en el fondo sé que no tengo derecho a reclamarles nada... Yo lo traicioné antes.

—Quiero estar sola.

Levanto la cabeza, sorprendida ante el silencio de mi hermano. Está de pie, en el otro extremo de la sala. Sus ojos están colmados de rencor hacia Kellan y, cuando nuestras miradas se cruzan, los reproches son evidentes. Descifro en ellos «te lo advertí» y, al mismo tiempo, percibo su pesar. Nicholas es como un hermano para él y está sucediendo lo que tanto temía, que me hiciera daño, verse en medio, tener que elegir..., pero no porque yo lo obligue a ello, sino por los lazos que nos unen. Se encuentra dividido, lo sé. Lo conozco. Está tan sobrecogido como yo.

—Lo siento, Ian —murmuro, tumbándome de lado en el sofá—. Dejarme sola. Si viene, os avisaré... Ahora no me apetece ver a nadie.

Mi hermano está marchándose antes de que termine de hablar. Kellan, sin embargo, me besa la frente, despidiéndose, y me promete que me pondrá al tanto si localiza a Natacha. Entonces me quedo sola, como he pedido, y las paredes de la casa se me vienen encima. Una profunda soledad me aborda. Me acurruco sobre mí misma, en posición fetal, y lloro como nunca he hecho. Me duele el pecho, el corazón. Cierro los puños, llena de impotencia. Aun así, no me arrepiento de estar aquí. Una mínima parte de mí conserva la esperanza de que él recapacite, de que al verla

admira que no queda nada entre ellos..., sólo el recuerdo de lo que fue..., en aquello que se ha quedado estancado al no haberlo resuelto como era debido.

Y así veo desfilan la mayor parte de la noche. Ya son las tres de la madrugada y ni rastro de él. Lo he llamado más de veinte veces, sin obtener respuesta. Las primeras han sido rechazadas; las últimas terminaban en el contestador. Ha apagado el teléfono.

Tampoco ha respondido a ninguno de mis mensajes. Ya no sé qué hacer.

¿Dónde estás? 02.48

Por favor, ven y hablemos. 03.00

¿Estás con ella? 03.49

Te estoy esperando. 04.37

Me lo prometiste. 04.48

Me estás haciendo daño. 05.03

No puedo más. 05.19

¿Tan pronto has podido olvidarme? 05.32

Vuelve. 06.02

Súplicas que quedan en el aire. Parece que se lo haya tragado la tierra.

¿Y si le ha pasado algo? No. Sé que es mentirme.

Son demasiadas horas sin tener noticias tuyas. Cómo no, mi cabeza me juega una mala pasada y me lo imagino con ella, besándola, diciéndole lo mucho que la ha echado de menos durante este tiempo, que lo que hemos tenido no ha significado nada en su vida, y siento que se me rompe el alma. Apenas puedo respirar, me falta el aire.

Me falta él.

Cuando estoy a punto de darlo por hecho y tirar la toalla, se oye la cerradura de la puerta principal. Me incorporo lo justo, suspirando de alivio al verlo entrar... solo... Está demacrado, con la camisa fuera del pantalón y la corbata medio desanudada. No sé cómo reaccionar. La necesidad de lanzarme a sus brazos es desmedida. Aun así, no lo hago.

Hoy en él hay un rechazo absoluto. Su mirada es salvaje, indescriptible.

—No, no la he visto —brama con arrogancia—. No la encuentro. ¡No sé dónde está!

—¿Y me lo dices así, sin más?

Voy hacia él y lo golpeo hasta que lucha conmigo y me sujeta ambas manos, deteniendo mis violentos impulsos, en los que escupo las emociones contenidas durante horas..., que no son pocas... ni positivas.

—¡Eres un cerdo!

—Todo esto es culpa tuya, ¡jamás hubiésemos llegado tan lejos de haber sabido la verdad!

Me libera y se presiona la frente. Hunde los dedos en su pelo con impotencia..., se tira del cabello. Camina sin sentido alguno. Tiene la mirada perdida, fruto del desconsuelo, de la desesperación. No ha bebido, no huele a alcohol. No me asombra su estado, pese a no estar borracho. Está así de mal por seguir sin conocer su paradero...

—Si la hubieses encontrado, ¿qué? —susurro con un hilo de voz.

—No estaría aquí —afirma, destrozándose.

—Admites que he sido un pasatiempo.

—Lo eras hasta que te convertiste en algo más, pero ahora todo eso ha quedado atrás. No eres la persona que creía conocer. —Siento que lo odio por culparme de haber incumplido sus promesas—. ¡Has sido una cínica conmigo!

—¿Por proteger lo que teníamos? —replico, buscando la manera de que entre en razón, aunque nos sirva de poco o nada—. Ella no te quería, ¿de qué te valía descubrir la verdad?

—¡No es asunto tuyo!

—Lo es desde el momento en el que me pediste que abandonase mi vida en Londres por ti. —Lo señalo con el dedo—. Desde que decidí no quedarme a apoyar a mi hermano sabiendo lo difícil que le resultaba ver a mi madre. ¡Lo es desde el instante en el que me hiciste el amor prometiéndome que lo nuestro merecería la pena!

—¿Cómo has podido callar, Abie? —Se enfrenta a mí cara a cara. Hay desconfianza. Duele mirarlo—. ¡¿Cómo?!

—¿Cómo puedes tú estar reprendiéndome cuando me has dejado tirada a la primera de cambio por otra mujer? —Está frío, ausente. Es hielo—. ¡Sentí que me querías!

—¡Y lo hago, maldita seas!

Es la primera vez que lo confiesa abiertamente, pero me sabe a poco.

—¿Entonces, Nicholas?

—Me has decepcionado. —Se aprieta el puente de la nariz, los párpados—. ¡Me has decepcionado como el resto y decías no ser igual!

—¿Te he decepcionado? —vomito, superada por su actitud—. No tanto como tú a mí.

—¿Adónde vas?

—Me he cansado de jugar a lo mismo. —Lo miro por encima del hombro—. No seas cobarde y decídetes de una vez, pero hazlo pronto, antes de que sea demasiado tarde.

Me dirijo a la habitación y busco ropa entre mis maletas. Una de ellas se cierra de golpe. Él está a mi derecha, impidiendo que saque ninguna prenda.

—¿Qué estás haciendo? —Intento escurrirme de su agarre—. ¡Suéltame!

—No puedes irte, Abie.

—¡Eres un sinvergüenza! —le recrimino, fuera de mí—. ¿No ves que estás perdiendo a todos los que te quieren por ella? ¡A tus padres, a mi hermano y a mí!

—¡Cállate!

—¡Eres incapaz de aceptar la verdad!

—¿Por qué has tenido que joderlo todo así? —¿Cómo he podido creerlo? Es un manipulador —. ¡Hubiese sido tan fácil decirme la verdad!

—Yo también lo creía y llegué a pensar que lo hacía por no enfrentarnos, por no hacerte sufrir..., pero callé porque también soy egoísta y te quería conmigo.

—¿Hablas en pasado? —Me encierra entre el armario y su cuerpo, como aquel primer día que nos conocimos—. ¿Así de rápido varían tus sentimientos?

—No me das razones para que crea en un presente, y aún menos en un futuro.

—¡Te quiero, Abie! —Rechina los dientes y prosigue, terminando de romperme—: Si no estoy enamorado, es algo muy parecido.

—Pero la quieres más a ella —adivino, desolada.

—No lo sé —confiesa, secándose las lágrimas, aunque le cuesta. Parece que le da miedo tocarme—. No quiero mentirte: mi necesidad de volver a verla me nubla razón.

Río sin ganas, irónicamente.

—No puedes tenernos a las dos, y está claro que en este triángulo yo estoy de más.

Nicholas enloquece. Desquiciado, tira todo lo que hay a su alcance, destrozando sus cosas, arrasando con lo que hay a su paso. Me duele tanto que esté así y no poder hacer nada... No es a mí a quien necesita aquí. Como ya le recordé una vez, es a *ella...*, siempre *ella*. ¿Qué pretende? ¿Que me quede curando las heridas de otra, a pesar de lo que siento? Entonces soy consciente de que lo haría, de que sería capaz de sacrificarme por intentarlo.

¿Y si sólo es cuestión de tiempo? Pero Natacha está cerca y el temor de que se encuentren estará siempre presente. No podré vivir así..., o sí... No lo sé y quiero averiguarlo, aunque parezca una locura. Lo es. Me volvería la sumisa que tanto detesto. ¿Y qué?

Es lo que me dicta el corazón.

Este estúpido corazón que no se resigna a perderlo.

—Nicholas, basta —le suplico al ver que no se detiene ante nada—. ¡Basta!

—Me estoy volviendo loco.

—Y me estás arrastrando contigo en tu locura por *ella*. —Debilita mis barreras, mis sentidos y mi cuerpo cuando se muestra tan vulnerable—. No puedo más, Nicholas.

—Ni yo. Me haces falta, Abie. ¡Me haces falta para mantener la cordura!

Se deja caer de rodillas, con la cabeza hacia atrás, y libera un grito desgarrador que me pone la piel de gallina y que podría hacer temblar los cimientos de la casa. Está completamente hundido. La imagen es devastadora, obligándome a rendirme.

Me agacho y lo abrazo, acunando luego su rostro. Lloro con él.

No puedo evitarlo. No soporto su sufrimiento.

—Si no la olvidas, no podremos avanzar, Nicholas.

—¡Con mi primo, Abie!

—Chis.

Hago de tripas corazón, tragándome mi orgullo, y lo consuelo. Jamás me imaginé que lo querría tanto que sería capaz de esto..., calmar su pena por *ella*... Pero una vez más me pongo el mundo por montera. Quizá nadie entenderá ni compartirá mi decisión, pero no están en mi interior para saber por qué actúo así. Esto no hay forma de explicarlo. Hay que vivirlo.

—Si lo deseas, estaré aquí, para ti, Nicholas. Sólo para ti.

—No me lo merezco.

—Lo sé —lo aprisiono con ansiedad, me da miedo soltarlo—, pero no mando en este corazón tan idiota que me suplica que lo intente, aun destrozándome en el intento.

Me echo hacia atrás para ver su cara y la sostengo entre mis manos. Nicholas repite el mismo gesto con mi rostro. Estamos rotos. Se aproxima despacio y demanda mi boca. Se la entrego.

Es el beso más amargo que me han dado jamás..., lento, suave..., con el sabor salado de las lágrimas que dejan patente cómo nos encontramos: abatidos.

—Lo siento —susurra contra mis labios al tiempo que acaricia mis mejillas—. Siento haber olvidado tan pronto mi promesa.

—Sólo necesito que me quieras.

—Te juro que lo hago.

—Pero quiero más —musito, temblando.

—Y yo quisiera ser capaz de poder dártelo.

Me tumba y me cubre con su cuerpo. En medio de este desastre por su ataque de ira..., sus ojos se oscurecen. Esos ojos que me dan la vida cuando se posan en mí y que ahora me producen lo contrario. Indago, busco la verdad en ellos. Una vez más desde ayer no se esconde y me muero de pena al descubrir que se está despidiendo de mí.

—¿Volverás a buscarla, verdad? —sollozo, permitiendo que me desnude.

—No hagas preguntas, Abie

—Dime que no me dejarás y que me elegirías por encima de todo de verte obligado a hacerlo como he hecho yo —le suplico, desabrochándole la camisa—. Dime que soy la única que puede hacerte sentir especial, amado.

—Abie...

—Miénteme como la noche que te lo pedí creyendo que lo hacías... —En su semblante se dibuja una mueca amarga, dolorosa—. Cuando me confesaste que no eras capaz de mentir, que era a mí a quien veías mientras me hacías el amor.

Despojados de las prendas, me abre las piernas, estudiando mi desnudez, y se hace un hueco entre ellas. El roce de nuestras pieles nos arranca un atormentado quejido.

—Nicholas —gimo, sintiendo cómo entra en mí—, dime que me quieres.

—Lo hago.

Se impulsa con agonía, apoyándose sobre mi frente, lamentándose en cada nueva embestida. No es duro, tampoco suave..., pero me entrega sus besos, su calidez, su placer.

Yo me entrego sin reservas.

A su total voluntad.

Soy suya.

—Dime que soy la única en tu vida. —Emite un rugido—. Prométeme que no vas a volver a buscarla, que vas a luchar por mí.

—Abie.

—Miénteme esta noche. —Me dejo llevar, no sólo con el cuerpo, sino también con el alma—. Miénteme una vez más. Miénteme siempre si vas a estar a mi lado...

—Me estás matando.

—Miénteme —insisto, deseando todo lo contrario—. Sabes hacerlo.

Se mantiene en silencio y me hace el amor en este ambiente cargado de tristeza. Él llora con las últimas acometidas, refugiándose en mi pecho, y yo, de nuevo, lo arropo entre mis brazos, aun conociendo el motivo de su pena.

—Necesito ver a mi padre, pedirle disculpas por protegerme aun desde la distancia. Tienes razón —murmura poco después, con tormento—, estoy perdiendo todo lo que quiero...

—Chis, duerme, Nicholas. Necesitas descansar.

—Sácame de San Diego —suplica, desesperado—. Sácame de aquí.

Sé que su miedo es volver a buscarla, que lo que realmente necesita es poner tierra de por medio para evitar que eso suceda..., huir de lo que siente por ella. Me duele reconocer que sus sentimientos son más fuertes por Natacha que por lo que lo une a mí.

Y me derrumbo, desahogándome hasta que el cansancio me vence...

Una vez más

—¿Estás preparado? —le pregunto en la puerta de casa de sus padres, a las afueras de Los Ángeles—. Si quieres un poco más de tiempo...

—No. —Suspira y estrecha mi mano entre la suya—. Gracias por estar aquí.

—Te he dicho que me tendrás siempre.

—A pesar de estar sufriendo por ello.

No le contradigo. Es evidente que no ha sido nuestra mejor noche, que me está haciendo daño, que estoy yendo contra mis principios, contra mis seres queridos..., pues Ian no entiende que continúe con Nicholas después de lo ocurrido.

«Si la hubiese encontrado, ¿qué?», es una pregunta que me ha planteado esta mañana, cuando le he contado nuestros planes, pero no he podido responderle, entre otras razones porque no he querido ni recordármelo más. Es obvio..., sin embargo, no ha sucedido. Es una locura que ni siquiera deshiciera mis maletas, que con lo puesto y poco más haya dejado California para apoyarlo. Ian también se cuestiona que hasta cuándo..., pues no podemos estar esquivándola siempre. Tiene razón; no obstante, confío en que esto cambie. Tiene que hacerlo.

Me aferro a ello.

Cuando Nicholas llama a la puerta, nos abre una chica. Parece del servicio. En cuanto nos ve, sale corriendo, deduzco que a avisar de nuestra llegada. La madre es la primera que se asoma. Es una mujer elegante, rubia..., muy guapa. Lo abraza enseguida. Él no suelta mi mano, a pesar de devolverle el gesto. Al retirarse, ella posa sus ojos en mí.

—Ésta es Abie —me presenta Nicholas, tratando de sonreír. Le cuesta—. Alguien muy especial en mi vida. La persona que la ha cambiado.

Su descripción me sabe a poco... una vez más.

—Un placer, Abie. Soy Janet —dice con simpatía, con ternura—. Estás en tu casa.

—Muchas gracias..., el placer es mío.

—Vamos, pasad. Mira, ahí viene Tristán. Cielo, Nicholas ha venido a...

Ella se interrumpe cuando padre e hijo se funden en un emotivo abrazo que me encoge el corazón. Nicholas repite una y otra vez, desolado, «lo sé todo, lo siento», haciéndome sentir tan pequeña e insignificante para él... Aun así, hago de tripas corazón, nuevamente. Me recuerdo que

he de tener paciencia; una que no sé de dónde saco..., aunque no lo digo por sus padres, que me acogen con cariño en su hogar.

—¿Os apetece tomar algo? —nos pregunta su madre una vez en la sala.

—Una pastilla, necesito descansar.

Nicholas se sienta en el sofá y me tiende su mano para que lo acompañe. Su padre está sorprendido por el estado de nervios en el que se encuentra su hijo, que busca refugio en mis brazos como si de un niño pequeño se tratara.

—Toma, cielo, y duerme un poco.

Pero Nicholas está como en *shock*, ausente, mirando a la nada, aferrado a mis dedos. Sus padres no saben cómo controlar la situación y me piden ayuda en silencio. Me limito a acariciarlo, reprimiendo el llanto incontables veces. «¿Por qué me haces esto?» En las fotos de él que hay decorando cada rincón de la estancia, es un chico feliz. Tiene una sonrisa que nunca he conocido, con los ojos cargados de picardía. En cambio, hoy parece que no está aquí, como si se le hubiese ido la cabeza completamente y no estuviera en sus cabales. Es muy extraño..., tanto que llega al punto de asustarme, también a sus padres.

Ambos, que durante el día hacen lo posible por mantenerlo entretenido, fingiéndose enteros, de noche, cuando Nicholas se marcha a dormir aludiendo a un dolor de cabeza, me expresan su preocupación, pues me quedo con ellos en la sala. Tristán, que es igual a él pero con treinta y cinco años más, trata de relajarme cuando ve mis temblores, asegurándome que pasará, que la olvidará.

—Nos ha hablado muy bien de ti —interviene Janet, sonriendo—. Nos ha dicho que te quiere, que no sabe cómo hacerte feliz, pero que lo conseguirá. Y lo hará, Abie. Te mira de una forma tan bonita..., aunque ahora esté lleno de pena.

—Esto no está resultando nada fácil para mí —reconozco, agobiada.

—Eres muy valiente por seguir apostando por él.

—He... He estado a punto de tirar la toalla.

—No seré tan egoísta de pedirte que no lo hagas —musita, mirando a su marido—. Es mi hijo, pero imagino que es muy duro vivir con esta incertidumbre. Tristán ha pasado dos años y medio horribles callando la verdad y aguantando los reproches de Nicholas.

Asiento... y les cuento que lo sé todo, y también les hablo de cómo empezó nuestra historia. Su madre se muestra entusiasmada, ilusionada y emocionada, actitudes que me contagia, sobre todo cuando me agradecen que haya aparecido en su vida, aceptándome.

Pero la calma se rompe cuando Nicholas baja corriendo las escaleras, profiriendo un grito ensordecedor. Está sudando, pálido. Los tres nos incorporamos de un salto.

—No puedo dormir, necesito irme a casa —confiesa atropelladamente, y viene corriendo hacia mí, abrazándome hasta dejarme sin respiración. Me pongo a temblar—. Lo siento, Abie. Siento hacerte todo esto. Perdóname.

—Estarás bien —prometo con la voz quebrada.

—Lo siento...

—Déjalo ya, por favor.

Se aparta, buscando mi mirada. Lo esquivo, me duele ver su arrepentimiento. ¿Por qué hace tanto hincapié en eso de nuevo? Estoy hecha un mar de dudas..., hecha pedazos.

—Vámonos —insiste, muy nervioso.

—De acuerdo... —No lucho contra lo que no conseguiré—. Yo conduzco.

Se despiden de sus padres, todavía ausente y con los ojos desencajados. Ellos nos acompañan al coche, preocupados, y me piden que los avise en cuanto lleguemos, agradeciéndome de nuevo mi aguante... pero ya no puedo más. Mis fuerzas flaquean. Incluso le mando un mensaje a Ian por si necesito refuerzos. Estoy agotada a todos los niveles.

Volvemos a casa. Nicholas está cansado, pero, quizá por el entorno, no es capaz de conciliar el sueño. Ya sabes que de por sí le cuesta... Me pondré en contacto contigo si hay cualquier otra novedad. 23.09

Durante el trayecto, no me suelta la mano. Me observa con tristeza, con inquietud.

—Te quiero, Abie —susurra con un deje de nostalgia en su apagada voz—. No lo olvides nunca pase lo que pase. Te quiero más de lo que jamás imaginé, y posiblemente menos de lo que te mereces. Perdóname.

—Yo también... pero, por favor, basta; parece estar despidiéndote continuamente.

Reina el mutismo hasta que llegamos a su casa cerca de tres horas después. Allí el silencio se vuelve insoportable. Es angustiante vivir en esta montaña rusa, sin saber qué sucederá cuando abra los ojos por la mañana..., si me dejará, si conseguirá olvidarla.

Con esos pensamientos, caigo rendida en sus brazos, en su hoy fría habitación.

—Me duele dejarla... No, no, escúchame.

Entre sueños, me parece oír su voz. Sé que no es real, que es fruto de mi imaginación por lo vivido... ¿horas atrás? Abro los ojos, desorientada, mirando a mi alrededor.

Estoy sola, desnuda en la cama. No soñaba...

—Espérame allí, Natacha, por favor.

Me incorporo, confusa, asomándome a la terraza, donde Nicholas está hablando por teléfono. En cuanto se percata de mi presencia, baja la mirada, esquivándome.

—Lo siento.

—¡Nicholas!

Intento alcanzarlo, pero toma la salida que se comunica con el salón para no cruzarse conmigo. Lo hace corriendo mientras, tembloroso, se guarda el móvil y saca las llaves del coche. Su única preocupación es encontrarse con *ella*...

—¡Nicholas, por favor, no te vayas!

—He de hacerlo.

—¿No te das cuenta? —Abre la puerta y yo me rindo—. ¡No te quiere!

—¿Y qué? Tenías razón, Abie... —admite con melancolía, y justo antes de marcharse, añade—:
La necesito a ella... Siempre ha girado todo en torno a ella.

Recuerdos

«La necesito a ella.»

«La necesito a ella.»

«La necesito a ella.»

¡¡Siempre ella!!

Me doy por vencida de una vez por todas. ¿Qué más necesito ver y permitir?! Lo he perdido y no lo perdonaré, no me importa si más tarde viene suplicando o arrepentido, si está triste o llorando, si se siente bien o mal..., no después de lo que acaba de hacer. Me cuesta creer que se haya ido así, sin más. Al ser consciente de mi soledad, soy yo quien enloquece.

Tengo la absurda necesidad de conocerla. Entre gritos, insultos y llantos, entro en su habitación y, por primera vez, registro sus cosas. Quiero ponerle cara a la mujer que está causando estragos en mi vida desde que Nicholas apareció en ella. Abro todos y cada uno de los cajones, esparciendo por el suelo las prendas que encuentro a mi paso.

No hay nada.

Entonces, sentada en el suelo, desnuda y desolada, veo algo oscuro debajo del colchón. Lo saco, trémula... Ahí está, es un álbum de recuerdos. Inspiro antes de abrirlo, jadeando ante la primera fotografía. No, no son ellos, ni siquiera ella.

Soy yo, una de tantas noches que dormí aquí... tumbada bocabajo en su cama, con la espalda descubierta. Paso la página, y la siguiente..., así cuento hasta treinta más. Son todas mías: tomando el sol, en la piscina, en la ducha...

En ninguna soy consciente de que me está fotografiando, y la mayoría de ellas son de los primeros días que vine, durante las noches, los fines de semana. Una en concreto la tengo muy presente, estoy riéndome sola mientras desayuno.

Cierro los ojos, acariciando la foto, pero no por mi imagen en ella, sino por lo que me recuerda que había sucedido minutos antes. ¿Media hora, quizá? Quisiera volver a ese instante.

Sin que él lo supiera, estaba captando uno de los momentos más emocionantes que he vivido a su lado, aunque posiblemente ni se percatara de que estaba sucediendo. Me estaba enamorando. No sólo de él, sino de sus actitudes, de sus muecas..., de su poco sentido del humor, de sus arrebatos...

* * *

—Ha llegado la compra —comentó desde la cocina. Yo estaba pintándome las uñas en el salón—. También la avena, yogures y cacao.

—¡Es verdad! Voy y la preparamos.

—Acabamos de desayunar.

—No importa. —Cerré los botecitos de esmalte y fui a buscarlo dando saltos. Parecía una niña pequeña. Era el segundo fin de semana que pasábamos juntos—. Oh, te ves muy sexy guardando la compra.

—No empieces.

—Ven —lo animé, ofreciéndole mi mano—. Siéntate aquí conmigo.

Nicholas dudó como de costumbre y, como ya lo iba conociendo, no se lo tuve en cuenta. Finalmente apartó las bolsas de papel Kraft y se colocó a mi lado en un taburete alto, junto a la barra de la cocina. No me conformé y me puse en medio de sus piernas. Él se relajó en cierta medida y apoyó su mentón en mi hombro mientras yo mezclaba, en un cuenco, la avena con cacao y yogur.

Qué sensación...

—No tiene buena pinta. —No supe si bromeaba o no.

—¡¿Qué dices?! Esto es un placer por las mañanas.

—¿Sólo esto? —Me hizo cosquillas en el oído y no sólo por su frase, sino por lo cerca que estaba. Era superior a mí—. Permíteme que lo dude.

—Dúdalo, hay algo mejor. Despertar contigo dentro...

—Vuelves a provocarme.

—Forma parte de mí si se trata de ti.

Carraspeó, haciéndome sentir incómoda, pero enseguida pasé al otro extremo cuando lo miré por encima del hombro y vi su expresión.

Era una mezcla entre asco y diversión.

—Te va a gustar, de verdad.

—Esta vez no sé si confiar en ti.

—Hazlo siempre, entonces.

Le di a probar de la cuchara. Fue un momento especial. Sus ojos y los míos se cruzaron y no fuimos capaces de dejar de observarnos por largos segundos, hasta que me di cuenta de que le había manchado la comisura de los labios. Sonreí y lo limpié con mi dedo.

—Pruébalo.

Sacó la lengua y chupó apenas un poco, y rompió a reír a carcajadas. Fue música para mis oídos. Me quedé embobada. Quizá él no se dio ni cuenta de lo maravillosa que fue para mí su reacción. Me encantaba verlo feliz... O aparentaba serlo.

—Está asqueroso —murmuró, y fue a limpiarse los restos que todavía le quedaban, pero se lo prohibí—. Quieta.

—No.

Lamí sus labios y terminé empotrándome contra la encimera.

Mis risas pudieron oírse hasta en la playa, y no exagero. Nicholas me atrajo hacia él y volvió a sonreír, dedicándome una mirada llena de paz, con brillo..., de la que me quedé prendada y con la que soñé durante diez noches seguidas. Pocas veces se dejó llevar así... pero aquélla, por entonces, me fue suficiente.

* * *

Ahora me doy cuenta de que me he conformado con las migajas que me ha ido dando; que dejé que marcara los tiempos desde el inicio y, con ello, hizo conmigo lo que quiso. ¿Por qué se lo permití? Desconozco a esta Abie... y me hago una promesa: llorar esta noche hasta que se me agoten las lágrimas y ya no más.

Él no se las merece mientras goza con *ella*.

—¡Te odio! —grito por última vez—. ¡Maldito seas, Nicholas Thompson!

Decepción

Las horas pasan lentamente, no voy a mentirme. La frustración de estar pasando esto por un hombre hace mella en mí. Me siento tan idiota...

Recojo mis cosas, el álbum incluido, y me marcho, y esta vez sí miro atrás. En mí pesa todo lo que he dejado allí, principalmente mi dignidad. He llegado a consolarlo mientras lloraba por Natacha y, después, le he permitido que me hiciera el amor.

No, ésta no soy yo. Ésta no es la Abie que he sido ni la que quiero ser.

A las nueve de la mañana meto las llaves en la puerta del piso de Ian. Las conservo de la última vez que estuve aquí, por si acaso sucedía algo..., aunque no esto... Me extraña que él no se haya puesto en contacto conmigo. Me preocupa. Al cruzar el umbral, entiendo el porqué. Está en la cocina, rodeado de tazas de café vacías y una medio llena, con la cabeza gacha. No ha dormido tampoco y parece estar esperándome. No ha confiado en Nicholas.

Lo conoce mejor de lo que yo creí hacerlo.

En cuanto me ve, se incorpora y me abre sus brazos sin pronunciar una sola palabra. Tiro las maletas y me lanzo a ellos. No es preciso que le cuente mi sufrimiento, deduzco que con mis ojos hinchados es suficiente. La demostración de su cariño y comprensión provoca que me falle a mí misma, pues me pongo a llorar otra vez..., aunque en esta ocasión de rabia e impotencia. No me volveré a enamorar... Casi todos son iguales, con pocas excepciones. No puedo pensar de otra manera cuando los dos hombres que me han marcado me han destrozado con *otras*.

—He de hablar con él, esto no puede quedar así, joder.

—Ian, sólo te pido que no te metas en esto... —suplico, hipando por el llanto— y que me ayudes. En Londres ya no tengo trabajo y la casa de papá y mamá está cerrada para mí. Me lo dejaron muy claro. Necesito empezar de cero... otra vez.

—Aquí no te faltará de nada. Ven, duerme un poco.

Me lleva hasta la que fue mi habitación y me tumba con sumo cuidado; él se sitúa a mi lado, de frente, acariciándome la mejilla, como cuando éramos pequeños y me daba miedo la oscuridad, o cuando me hacía sangre y el drama me duraba horas.

Lo abrazo y siento que, de alguna manera, nuestra unión vuelve a ser lo que era, pese a que para ello tenga que estar pasando por este infierno..., uno que se prolonga más de lo que quisiera,

pues no soy capaz de levantar cabeza; ya no por Nicholas, sino por mí. Estoy tan decepcionada conmigo por haber cometido el mismo error en el cual me juré no caer que siento que soy la única culpable de mi estado.

Cuatro días en la cama. Cuatro.

Sin ganas de salir, de comer o ni siquiera de darme una ducha, sin relacionarme ni hablar con mis amigas... hasta que Ian dice basta, con toda la razón. Me obliga a que continúe mi vida y me da como tregua un fin de semana más.

Hoy, lunes 17 de diciembre, siento que vuelvo a ser persona. Me he dado un baño e incluso me he maquillado. He tomado mi desayuno favorito y vamos de camino a su empresa. Quiere que le eche una mano en el proyecto en el que está trabajando. Me vendrá bien, lo sé, para empezar a coger el ritmo y el próximo mes iniciar mi etapa como decoradora de interiores para él, con mi propio plan de trabajo. Me apetece; odio sentir que he fracasado con la señora Jones, aunque me queda el consuelo del hotel de... él. En casa de Ian no se lo nombra. Desconozco si han hablado o no. He prohibido que en mi presencia se mencione cualquier cosa relacionada con Nicholas o su vida. Forma parte de mi reciente pasado.

Hoy también me reencontraré con Kellan, al que no veo desde mi vuelta...

Me consta que ha estado de baja algunos días, sin aparecer por la empresa, y que se reincorporó el viernes pasado. Está mal, y no me extraña. ¿Quién lo hubiese dicho? Dejamos de hablar por mis reproches sobre su relación con *ella...*, callé siendo su cómplice y ahora los dos estamos pagando nuestros errores. La única que gana es Natacha y...

—Pasa —me invita Ian a adentrarme en su oficina—. ¿Un café?

—Me vendrá bien, sí.

Lo aborrecía y ahora soy adicta a él. Es mi sustento para mantenerme en pie.

—Echa un ojo al boceto, Abie. Estoy dudando bastante con el revestimiento de las paredes —comenta mi hermano, distraído. Esta mañana parece nervioso—. La familia lo ha dejado a nuestra elección. ¿Qué opinas tú? ¿Beige o gris perla?

—A ver...

El boceto está sobre la mesa y, en cuanto lo superviso, lo tengo claro.

—Beige; haría un contraste perfecto con la zona de lectura.

—Ya. —Sirve los cafés y también algunas galletas de chocolate, que rechazo. El apetito sigue siendo escaso—. Tienes que comer, Abie.

—Ahora no me apetece.

—¿Quieres hablar? —Finjo que no lo he oído, pendiente del boceto—. En algún momento tendrás que soltar toda la mierda que llevas dentro.

—Déjalo, Ian.

—Me tienes muy preocupado —desvía la mirada, como si me ocultara algo— y he tenido una conversación con...

—No quiero saberlo.

Cojo el café y me levanto apresuradamente, tropezando, por supuesto.

Mierda, me he manchado un poco la camisa, aunque eso es lo de menos. No quiero que continúe hablando. Temía que llegara este momento. Sabía que lo haría. A pesar de que soy su hermana, Ian entiende a Nicholas, han pasado por algo parecido. Natacha y Leila, dos mujeres que los han marcado. Ambos bebían para olvidar. Se refugiaban el uno en el otro para desahogarse sobre ellas. Era de esperar...

—¿Kellan está en su oficina? —pregunto ya en la puerta.

—Abie.

—¿Está o no? —insisto, bruscamente.

—Sí.

—Voy a verlo.

Su despacho está a escasos metros. Llamo y enseguida me indica que pase, pero no espera encontrarse conmigo. Está sentado tras el escritorio. Lo veo muy demacrado; tiene ojeras y desprende una tristeza que me sobrecoge. Sé que está destrozado por haberla perdido y, al mismo tiempo, que no se siente con las fuerzas suficientes como para reclamar nada cuando él hizo exactamente lo mismo. Alba diría que el karma existe, que está pagando la deuda...

Al final, en todo este embrollo, Natacha es la que me produce más rechazo... No se puede estar jugando de esta manera con las personas. Si se enamoró de Kellan, de acuerdo..., pero ¿dos años y medio después se da cuenta de su error? Es difícil entender su postura.

No tiene excusa.

—¿Cómo estás, Abie? ¿Qué haces por aquí?

—Empiezo a primeros de mes a trabajar con vosotros. —Viene hacia mí y me da dos besos. Luego me invita a sentarme enfrente—. ¿Tú qué tal?

—Revisando apuntes y medidas.

—Ya...

—No sé nada de ellos..., si era lo que querías saber. —Doy un sorbo al café que he traído, negando—. Lo siento entonces, no me lo tengas en cuenta.

—Tranquilo. Oye, ¿te apetece salir luego a dar una vuelta? Creo que nos vendrá bien despejarnos un poco y hablar... He sido injusta contigo.

—Las circunstancias —musita, restándole importancia—. Saldré sobre las ocho. Tengo trabajo acumulado. ¿Te recojo a las nueve?

—Vale. ¿Puedo ayudarte en algo? —Señalo su papeleo. Tiene la mesa repleta de documentos—. No me apetece estar con Ian ahora.

—Te ha hablado de él.

—No exactamente.

Kellan enseguida interpreta que no deseo ahondar más en el tema y me ofrece poner la silla a su lado, mostrándome en qué está sumergido en estos momentos. Prácticamente acaba de empezar y me intereso por el proyecto.

Él es paciente, me explica lo que tiene en mente e incluso nos echamos unas risas, pero la procesión va por dentro. En el fondo terminamos haciéndonos el día más ameno.

Sí, me quedo con él el resto de la jornada y apenas cruzo dos palabras con mi hermano, lo justo para aconsejarlo en un par de cosas más, y regreso con Kellan. Ian no sabe por qué he cambiado así, y yo tampoco le cuento el motivo. Estar demasiado cerca de él sabiendo que ha tenido contacto con Nicholas es como una tentación para mí.

Lo aborrezco, me ha decepcionado, pero en el fondo necesito escuchar sus explicaciones para cerrar este capítulo de mi vida..., aunque el hecho de que ni siquiera haya intentado excusarse conmigo dice cuánto le importo. ¿De qué me sorprende ya? No creo merecerme esto por lo que declaraba sentir por mí..., ni por todo lo que me entregué con él.

—Al final no te has quitado la mancha de café —me comenta Kellan, señalándome la camisa blanca de botones.

—No, estamos en confianza —respondo, sonriendo.

Él me devuelve el gesto, aunque no le nace..., pero es así de cumplido.

—¿Puedo pasar? —Kellan y yo miramos hacia la puerta. Es Ian—, ¿o estáis muy ocupados?

—No, adelante. Pensaba que ya te habías ido. Son las siete y media.

—Estoy a punto de hacerlo. Abie me ha comentado que vais a salir. —Mi hermano apoya las manos en la mesa, con semblante frustrado—. ¿Qué estabais haciendo?

—No lo recuerdo.

—Me miraba la camisa —hablo por encima de Kellan—. ¿Por qué?

—No sé cómo decirlo sin que suene mal. —Hace una pausa y echa un ojo alrededor—. Supongo que os une algo en común, pero, por favor, no jodáis esto también.

—¿De qué hablas? —protesto, a la defensiva.

—Retrocedamos un poco: llegaste mal por John, con ganas de empezar de nuevo, y ahí comenzaron los errores. —No doy crédito de hacia dónde pretende llevar su sermón. No tiene sentido—. Ahora Kellan y tú estáis en una situación parecida, así que no hagáis el idiota de refugiarnos el uno en el otro más allá de la amistad.

—Ian, te estás confundiendo.

—¡Eso espero, Kellan! Lo espero de todo corazón, porque mirad cómo nos vemos. Contigo la relación ha quedado limitada al trabajo, mi hermana se ha pasado en la cama no recuerdo ni cuántos días y casi pierdo a mi mejor amigo.

—¿Me estás culpando de todo? —rebato, sorprendida frente a su indignación.

—No, Abie. Sólo te pido que no te involucres con nadie de mi entorno. No te traerán nada bueno ni tú a ellos..., no cuando hay otras mujeres ya en sus vidas.

—Entonces que tengan claro lo que hacen y deciden.

—Totalmente de acuerdo, no me malinterpretes. —Se ajusta la corbata. Parece que le cuesta hablar, incluso respirar. Tiene varios frentes abiertos y lo entiendo—. Estoy hecho una mierda, entre la espada y la pared, ¿no lo entiendes? Me siento traicionado por Kellan. Le pregunté mil

veces si conocía el paradero de Natacha y me lo negó. Discutí con Nicholas por defender a su primo y, finalmente, tenía razón..., y no sólo eso..., ¡estaban juntos! Tú, fatal por Nicholas, ¡mi hermana, a la que quiero más que a nada! Esto es una puta locura.

—Ya, ya.

—Por no mencionar que... —Se interrumpe de pronto.

—¿Qué?

—Déjalo, Abie.

—¿Qué, Ian? —insisto ante su estado—. ¿Es por Alba?

Ni siquiera la he llamado aún..., pero no me apetece dar explicaciones.

—No, Abie, no. —Traga saliva—. Os estáis equivocando todos..., pero todos.

—¿Qué quieres decir?

—Absolutamente nada. He de irme. ¿A qué hora regresarás a casa?

—No lo sé... —Miro la hora, dudando—. Once como muy tarde. ¿Por qué?

—Por saberlo. Pasadlo bien.

Con la misma impaciencia que ha entrado, se marcha, dejándome confusa. Hay algo que se me escapa. Su discurso ha sido un poco forzado. Aunque también me pongo en su lugar; quizá haría lo mismo si me encontrase en una situación parecida entre él, Alba y Olivia, por ejemplo. ¡Yo qué sé! Hace días que dejé de saber nada.

—Tu hermano a veces parece imbécil —murmura Kellan, atónito.

—Ya, le cuesta creer en las amistades entre hombres y mujeres.

Nos reímos de mi comentario, aunque en el fondo los dos comprendemos su postura, y seguimos trabajando sin pausa, por lo que alargamos la jornada más de lo previsto. Cuando miramos el reloj, son las nueve y media de la noche y, siendo sincera, no me apetece salir..., sólo descansar. Él tampoco está muy por la labor, así que la posponemos para el día siguiente.

—Sí, es lo mejor. Mañana estaremos menos agotados —repite mi excusa, acompañándome a casa de Ian—. Gracias, Abie. Ha sido un día menos duro.

—Pasará. Tiene que pasar.

—Ojalá estuviera tan convencido.

¿Qué más puedo decirle? Ni yo misma lo estoy, pero necesito pasar página... Una frase que oí varias veces a mi llegada a California: Ian se lo aconsejaba a Nicholas. ¡Qué irónica es la vida! La pasó para iniciar una nueva conmigo, y ahora ha retrocedido sin escrúpulos.

Me despido de Kellan con la mano y me monto en el ascensor, donde estoy a punto de venirme abajo, pero resisto, me hago la fuerte. Si superé lo de John, podré con esto. Al principio parece que no hay un final; sin embargo, todo llega.

De amor no se ha muerto nadie..., no que yo sepa.

Entro en casa y, cuando estoy guardando las llaves, oigo voces entremezcladas.

—¿Ian? —pregunto, por si interrumpo algo íntimo—. He llegado.

Creo oírlo maldecir, saliendo de la cocina disparado.

—¿Tú no venías a las once?

—Oh, lo siento... Me voy a dar otra vuelta y...

Mi frase queda interrumpida, en el aire..., pues se atasca en mi ahora seca garganta.

Detrás de mi hermano aparece *él*, que también estaba en la cocina. Tiene una copa en la mano, que afianza con fuerza al verme. Está bebiendo... Lleva la corbata desabrochada, así como los dos primeros botones de la camisa, y no va muy peinado.

Tiene el semblante apagado, contraído. No parece feliz... y se muerde el labio...

Levanto el mentón con orgullo, fingiendo que estoy muy entera y que su presencia no me afecta. Desgraciadamente, eso queda muy lejos de la realidad. No sé mentir tan bien como él.

—He de irme —masculla, impasible.

Mi hermano le quita la copa de la mano y Nicholas pasa de largo sin ser capaz de mirarme a la cara. No lo soporto; tendría que callarme, pero soy incapaz de mantener la calma. ¡Me duele tenerlo tan cerca! Me duele su indiferencia cuando él es el único que ha hecho daño aquí. ¡¿Dónde ha quedado el hombre sin corazas que conocí?!

—Quizá me merezco una explicación.

—Abie...

—¡Cállate, Ian! —Me planto delante de su amigo, que gira el rostro ante la fuerte bofetada que le propino—. ¡Eres un cerdo!

—Eso ya lo sabías —masculla con voz áspera.

—¿Cómo puedes ser tan cobarde? —No doy crédito—. Ya tienes lo que querías sin importarte a quién has pisado en el camino. Estás con ella, ¿no?

—No quiero hacerte daño.

—Más no podrías. —Abro la puerta, invitándolo a marcharse. Su actitud me provoca un asco que creí que jamás podría sentir por él—. Ya me has hecho suficiente.

Refugio

No tiene la decencia de disculparse.

Se limita a bajar la mirada y largarse, dando un portazo tras de sí. Es imposible expresar con palabras todo lo que pasa por mi mente, lo que me lastima su frialdad. Hace una semana aproximadamente que se despidió de mí para irse con ella y ha tenido la capacidad de cerrar nuestra historia de un plumazo, como si esto fuese una obra de teatro y yo solamente hubiese sido una figurante más hasta que ha obtenido su objetivo.

—Abie...

—No me hables ahora, Ian. —Me dirijo a mi habitación, pero antes me detengo, dándole la espalda—. No entiendo cómo puedes hablarle y quedar con él para beber. ¡Te prometió cuidarme y nos falló sin ningún pudor!

—A veces no todo es blanco o negro. Sabes que hay grises.

—Me sorprende que llegues a esta conclusión. Siempre has sido radical.

—No es fácil.

—Sois los dos iguales —murmuro, y me encierro en el dormitorio. Desde allí le grito—: ¡Espero que no te acerques a Alba! No quiero que termine como yo...

Me tumbo en la cama bocabajo, refugiándome en mi propio cuerpo. El móvil no deja de sonar. Son mensajes de las chicas, en los que insisten para que les cuente qué está sucediendo. Dicen que mi hermano les ha comentado que no estoy pasando por un buen momento, que he «roto» con Nicholas.

¿Se puede romper algo que realmente debía empezar aquí?

Saco fuerzas de donde no las tengo y les explico lo ocurrido a través del grupo en el que estamos las cuatro. Después de ello, ninguna de las tres es rápida en responder. De hecho, escriben y borran, por lo que puedo intuir el impacto que ha causado en ellas. Finalmente llegan los mensajes de compasión y me despido hasta la próxima.

Alba no se da por vencida y me llama.

No le respondo y le envío una escueta respuesta.

También tengo varios mensajes de Kellan, que es tan observador como siempre. Ojalá se hubiese dado cuenta de ese detalle cuando me ha dejado en casa de Ian, ahorrándome el encuentro con su primo. De saberlo, no hubiera subido. Es hacerme más daño sin sentido, agrandar esta herida que está abierta en mi pecho y que no se cerrará con facilidad.

He visto el coche de Nicholas aparcado abajo cuando me iba. ¿Todo bien? 22.25

Es un cobarde. 22.34

Siento preguntártelo... ¿Sabes algo de ella? 22.35

Estaba solo y, no, no ha hablado.
No entiendo qué ha sucedido con el hombre que vino a buscarme a Londres. ¿Por qué me está haciendo esto?
Es como si no hubiese existido nunca en su vida. Se fue con ella y el resto del mundo dejó de existir. 22.35

Tenía la esperanza de que hubiese ido a buscarte y Natacha volviese a casa. 22.36

¿De verdad crees que le importas?
Esto es como una pesadilla. Ellos están juntos y nosotros, hechos polvo.
¿No te merecías una explicación más allá de un mensaje? Creo que ella es una persona calculadora y que está jugando con vosotros como quiere. Sois imbéciles por consentirlo. ¿Cómo se puede saltar de un primo al otro y que la sigáis esperando?
No entiendo nada. 22.36

Natacha es una persona sensible, que es capaz de cualquier cosa por proteger a los que ama. 22.37

¡No me hagas reír! Deja de excusarla, no se lo merece. 22.37

La conozco, Abie, y quiero creer que tiene sus razones para comportarse así. Sólo espero que no sea demasiado tarde cuando se dé cuenta del error que está cometiendo. 22.38

Decido no continuar hablando con él. No me apetece seguir viendo cómo la justifica. No puedo. El rencor es superior a mí. Todavía puedo visualizar la mirada de Nicholas hace apenas unos minutos. Estaba pagado de sí mismo. No lo recordaba así.

Tengo la sensación de que han pasado largos meses desde que nos despedimos en su casa. Mi parte más irracional sigue buscando motivos para entender qué está pasando por su cabeza..., por

la de Ian. ¿Él me habla de grises?

Ahora sólo hay oscuridad por donde paso, pues Nicholas está en todas partes, incluso donde trato de rechazarlo sin éxito alguno: en mis sueños.

Cuando despierto tengo las mejillas húmedas. No sé qué hora es, pero me parece oír la voz de Kellan. ¿O sigo dormida? Me incorporo un poco, incómoda todavía con la ropa de ¿ayer? Compruebo el móvil y salgo de dudas. Son las nueve de la mañana.

—No puedo hacerlo, Ian. Lo siento.

—Ya me has fallado una vez, necesito que me hagas este favor. —Avanzo de puntillas hasta la puerta—. También te beneficiará después de lo que hemos hablado. Sé que es complicado, pero piénsalo... Tiene que haber un antes y un después.

—¿Y si no lo hay?

—Para saberlo ya sabes lo que tienes que hacer —cuchichea Ian, ronco.

—Te veré allí.

—Gracias.

¿A qué habrá accedido Kellan? En el fondo prefiero no saberlo. Ha de estar relacionado con ellos y es un tema con el que ya no puedo. No lo soporto más. Por ello, espero que ambos se vayan a trabajar para salir de la habitación..., para salir en general..., para escapar.

Me tomo el día como un punto de inflexión.

Salgo a correr y desayuno fuera; luego me aseo en casa y vuelvo a irme. Me paso la tarde de compras, en el centro de San Diego, preparando varios *looks* para cuando empiece a trabajar y tenga las reuniones. De esta manera esquivo a Ian también, pues no quiero abordar el asunto... otra vez. Tampoco le devuelvo la llamada a Alba, ya que supone dar explicaciones sobre lo sucedido. Ella cree que quiero desahogarme y lo único que deseo es olvidar.

Por la noche tengo pendiente la salida con Kellan, quien por cierto no ha dado señales de vida en todo el día. Yo tampoco he intentado ponerme en contacto con él, más allá de devolverle un «ok» a un mensaje en el que me manda la ubicación del bar en el que me esperará; necesitaba aislarme, apartarme momentáneamente de todo lo que me recuerda a él...

Sé que es inútil que huya, que estamos unidos de una u otra manera; sin embargo, no pierdo la esperanza de que el dolor empiece a menguar, aunque cuesta.

De camino al bar en el que he quedado con el socio de mi hermano, el taxi pasa por la puerta del Love on the Beach. Algo cruje dentro de mí. Es una sensación horrible.

Mi único refugio es Kellan. Con él encuentro cierta calma. Evitamos conversaciones que pueden hacernos sufrir; por ello, cuando lo veo en la puerta del local, no puedo evitar sonreírle, olvidándome de los mensajes de la noche anterior.

¿Qué culpa tiene de sentir lo que siente?

—Estás preciosa —me comenta en cuanto bajo del taxi.

—Tú tampoco estás mal —bromeo, y lo saludo con un par de besos en las mejillas—. Hay mucha gente, ¿no?

—Sí, se me pasó comentarte que hoy se inaugura el establecimiento.

—Ah...

—Ven, vamos a entrar.

A lo lejos veo a Ian hablando con tres chicos. No sé si enfadarme por esta encerrona o limitarme a disfrutar, obviando lo que he oído hoy de ellos. ¿Hacían alusión a esto esta mañana? No entiendo por qué tanto misterio. Son unos pesados con los secretos.

—¿Una copa? —me ofrece Kellan—. Es un vino exquisito.

—Venga, por ti y por mí.

Brindamos en la barra y, tras la primera ronda, me lleva hasta un reservado. Está rodeado de nítidos cristales, asientos de piel en tonos rojos y luces de colores. Suena música de ambiente, como en el exterior de la zona, donde nadie está quieto... Ríen, beben, bailan. Los envidio.

—¿Te apetece? —me invita Kellan cuando suena *Bleeding love*. Acepto su mano, aunque no estoy cómoda con el vestido. Se me sube un poco, por lo que enseguida me arrepiento de haberlo escogido. Menos mal que el escote es discreto, al igual que su color: negro—. Siento lo de anoche.

—Olvidalo.

Me agarra por la cintura y, en un momento dado, percibo que quizá se acerca demasiado. Con disimulo, bailando, me voy alejando mientras doy otro sorbo a la segunda copa de vino. Kellan propicia un nuevo acercamiento, en el que intento establecer una prudente distancia. Entonces, sucede. Sus manos empuñan mi mentón... y se aproxima de manera peligrosa.

—Kellan... —musito casi sin voz, debido a la confusión—. Tal vez estás bebi...

—Quieta.

Se apodera de mi boca, sin que yo sea capaz de rechazarlo. Estoy sorprendida, convertida en una estatua. Creo que es el beso más gélido que me han dado en la vida. Sus labios se mueven buscando reacción en los míos... No puedo.

—P-Peró ¿qué haces? —Me echo un poco hacia atrás, lo justo para analizar su expresión—. Te estás confundiendo, Kellan.

—No te des la vuelta.

—¿Q-Qué pasa? —Pronto lo adivino en su mirada. Advierto su angustia... el daño que le está causando la imagen que está presenciando—. ¿S-Son ellos?

—Sí...

—Sabías que vendrían, ¿verdad?

Kellan me suelta tan pronto como lo descubro y, como si el cuerpo me pesara, me giro muy despacio, tocándome los labios, donde todavía baila su sabor. Esto es una pesadilla. Junto a la barra está Nicholas, completamente de negro. Sus ojos están clavados en mí, sin denotar ninguna emoción..., fijos, perdidos. Su semblante manifiesta todo lo contrario. Hay inquietud, alarma..., resentimiento. Lo que mejor definiría su expresión es *salvaje*.

«¡Maldito sea!»

A su lado se encuentra *ella*, que tampoco es capaz de apartar la mirada de nosotros. Es más impresionante de lo que había imaginado. Por fin le pongo cara. Una preciosa morena, con curvas espectaculares y mirada felina. Está seria, cabizbaja, y parece más tímida que la idea que me había hecho de ella. Él la tiene cogida de la mano, apretando sus dedos en los de Natacha.

Esta vez el revuelo que siento en el estómago no son las cosquillas que él despertaba en mí, ni siquiera las mariposas de las que todo el mundo habla cuando reconocen estar enamorados. Lo que siento son arcadas, ganas de vomitar. Las paredes del local se ciernen sobre mí y el suelo cede bajo mis pies. Son sensaciones que me resultan familiares.

—Tengo que salir de aquí...

—Abie, espera. —Kellan intenta detenerme.

—Déjame sola, por favor.

—¡Abie! —Es el bramido de Nicholas mientras bajo a toda velocidad por las escaleras—. ¡Abie!

—¡Nicholas!

Supongo que esa voz tan fina es la de Natacha, que intenta retenerlo..., pero no debe preocuparse, pues no me detengo a pesar del alboroto que se está formando detrás de mí, hasta que, violentamente, me encuentro de cara con él cuando me coge por el codo.

Su respiración está acelerada y las fosas nasales, dilatadas.

—¡Suéltame! —Lo empujo tan fuerte que me tambaleo—. ¡No vuelvas a tocarme!

Da un paso atrás, agarrotado, impresionado. Sus ojos me transmiten dolor.

—Para mí estás muerto, Nicholas Thompson.

—Abie...

—¡Muerto!

Echo a correr y esta vez, al salir, no tomo un taxi. Me voy andando hasta casa de Ian, abrazándome. Aceptar que están juntos se ha vuelto imposible para mí. No lo asimilo y me cuesta entender por qué me resisto a ello. Nicholas no es más que un hombre que ha pasado fugazmente por mi vida. ¿Qué son poco más de cinco meses?

¿Cómo confiar en lo que nace como una aventura de verano?

La realidad es que ha sido lo que nunca he tenido.

Ese amor pasajero que nos hace enloquecer.

Ese amor que te hace experimentar mil y una sensaciones.

Ese amor que no esperas y aparece de repente.

Ese amor que se te clava en las entrañas.

Esa clase de amor que no necesita un tiempo establecido para llenarte como ningún otro, sino que, con una noche, te deja marcada para siempre.

O quizá ha sido un amor tóxico, por el que entras en un círculo vicioso con mentiras, peleas, perdones, reconciliaciones y así sucesivamente..., y eso lo hace intenso, dañino.

No lo sé..., estoy tan confusa...

Una vez leí que hacen falta diez citas para descubrir qué es lo que tienes en común con la otra persona y para enamorarte hasta las trancas. Me reí de tal afirmación...

Hoy sé que incluso con una sola es suficiente, y también que dejarse llevar no es bueno, pues no me he encontrado nunca peor. Recordarlos a ambos cogidos de la mano...

Saco el teléfono corriendo por las calles de California, enloquecida, abandonando los tacones en una acera cualquiera. Cuando Alba me responde, me doblo en dos.

—¡Lo he visto con *ella*!

—Abie, tranquilízate, por favor. ¿Dónde estás?

—No quiero que mi hermano me busque... —le pido entre lágrimas, retomando el camino. Todo está oscuro—. No lo avises. Dejarme estar sola. No puedo más.

—Estar en California no te hace bien. Vuelve a Londres, Abie; cumplamos sueños aquí.

—Tengo miedo de no superar esto jamás —exteriorizo lo que tanto trato de esconder—, de no volver a sentir por otro lo que siento por él.

—Lo harás, cariño, date tiempo. No sabes cómo me gustaría estar allí.

—Nunca te enamores de un hombre que piensa en otra.

—Abie...

—Lo sé, Alba, lo sé. —Oigo su quejido—. Has tomado la decisión correcta.

—Vuelve, superemos esto juntas.

Ojalá fuese tan fácil, pero ambas sabemos que ninguna vamos a olvidar de la noche a la mañana. No somos así de frías..., aunque tendríamos que aprender a serlo para protegernos de hombres como Nicholas, cuyo único propósito es utilizarnos a su antojo.

—Mi vida se ha convertido en un continuo viaje —reconozco con pesar—. No encuentro mi sitio en ninguna parte.

—Entonces hazle caso a tu corazón; escúchalo y déjate guiar. Eres valiente.

—Tendría que ser racional.

—Esa parte me la quedé yo —murmura con tristeza—. ¿Dónde estás?

—Cerca de casa... —digo, esquivando un cristal—. Gracias por acompañarme desde tan lejos. Sabes que te quiero, aunque esté siendo una pésima amiga, ¿verdad?

—Estamos empatadas en todos los sentidos.

—Te llamo mañana... —le digo, aunque no sé si es cierto—. Siento no haber estado a la altura, no haberme preocupado de ti como merecías.

—Tampoco hubieses podido hacer nada. Max y yo no hemos superado este bache. Era muy difícil. No soportaba que me tocara, no desde que Ian lo hizo.

—Alba... —me lamento por su situación.

—Hablamos en otro momento de esto —esquiva el tema, con voz llorosa—. Cuídate y descansa. Te quiero.

—Y yo, Alba.

Según entro en el piso, me desnudo y me meto en la cama. Me pongo de lado y hundo la cara en

la almohada, en la que ahogo gritos desesperados y a la que golpeo para soltar la rabia contenida, un sentimiento que me viene acompañando en los últimos días. Segundos después oigo la puerta de casa. No me finjo dormida cuando vislumbro que una leve luz se cuele en la habitación. Ian está aquí dentro.

Su peso hunde la parte izquierda de mi colchón, tumbándose detrás de mí. Me rodea por la cintura de una forma en la que jamás haría mi hermano. Su olor me envuelve, gimoteo, lo reconozco. No es posible... No puede ser tan cínico.

—Perdóname, Abie, perdóname.

Perdón

—Vete, Nicholas —me quejo con voz entrecortada—. Vete.

—Tienes que escu...

—¿Que tengo que qué? —Me levanto de la cama, sosteniendo la sábana entre mis dedos para ocultarle mi desnudez, y enciendo la luz. Se ha puesto de pie, al otro lado de la estancia. Está decaído, mal, hechos que no me importan; ya no—. ¿Cómo te atreves a venir exigiendo? ¡¿Cómo eres capaz, después de todo lo que me has hecho?!

—Lo sé, lo sé. —Se tira del cabello, caminando de un lado a otro, avergonzado. ¡Tarde!—. Estoy arrepentido, necesito que hablemos. ¡Me voy a volver loco!

—Esa frase ya la he oído antes.

—He pasado por muchas fases estos días —habla para sí mismo y se sienta en la cama, inclinado hacia delante, sosteniéndose el rostro con las manos—. Me he dejado llevar como tú y he ido cometiendo errores, que son irreparables.

—Lo son, por eso quiero que te vayas.

—Abie, por favor. No te he mentado, lo sabes. Me di cuenta de lo que sentía por ti y todo lo que te dije en Londres era cierto. ¡Por Dios, cuando te hacía el amor fui consciente de cuánto te quería!, de lo importante que eras para mí, de que mi vida tenía poco sentido sin ti, de que la distancia me estaba consumiendo... Te necesitaba de verdad...

—Era, estabas, necesitabas. Pasado, Nicholas, ¡pasado!

—No, ¡no, no! —Se pone a mi altura, con las manos temblándole. Levanto la mía, prohibiéndole que se acerque. Yo estoy contra la pared, con la cabeza apoyada en ésta y aferrándome a la sábana. Todo esto duele mucho—. Entonces descubrí tu mentira y algo en mí cambió; no supe el qué, hasta que te vi junto a las maletas.

—Porque lo querías tener todo y perderme no entraba en tus planes, no si era yo la que te dejaba —escupo, asqueada—. Eres tan egoísta...

—Te juro que sentí que no lo podría superar, que en mi vida no habría un después de ti. Los miedos me dominaron y mis sentimientos se multiplicaron.

—Pero no eran suficientes. —Controlo el llanto—. Nunca lo fueron.

—Me engañaba a mí mismo.

—No, a ti no, sino a tus padres, a mi hermano y a mí. ¿Qué cambió aquella noche? —le recrimino, buscándole sentido a todo esto—. ¡¿Qué, Nicholas?!

—Ella me llamó cuando fuimos a casa de mis padres y el mundo se me vino encima. No podía más, tenía que verla. La había esperado tantos meses..., más de dos años... —Agita la cabeza, frenético. Se quiere negar a sí mismo lo que es una verdad a gritos—. ¡Era como una obligación para mí continuar queriéndola! Quizá no me entiendas, ni yo mismo lo hacía hasta que...

—Déjalo. —No soporto ni que la mencione. ¡Me siento tan utilizada!—. No quiero oír ni una sola mentira más. Me he cansado, Nicholas..., de ser el segundo plato; de permitir que me pisotees; de esperarte, de armarme de paciencia. ¡De entregarme en cuerpo y alma cuando tú sólo pensabas en ella!

—Abie...

—¡No! Te acompañé a casa de sus padres mientras llorabas por ella, ¿no te parece que es caer demasiado bajo? Pero nada me importaba porque creía que lo que tú sentías por mí, en el fondo, era parecido a lo que yo sentía por ti. No era ni una milésima parte...

—No tienes ni idea.

—¡Tú te has encargado de que no la tenga!

—Nuestro encuentro no ha sido como te lo hayas podido imaginar.

—¿Te has acostado con ella? —Nicholas da un puñetazo en la pared, desquiciado. Lo odio—. No quiero saber nada más. ¡Nada, maldito cerdo!

—Perdóname. Ni siquiera pude acabar, Abie... Me quería excusar en que Kellan estaba entre nosotros y por ello no conseguí... ¡Ella lloraba, yo lo hacía!

Su discurso no tiene ni pies ni cabeza. Lo peor es que ha vuelto a beber. Quizá no mucho, pero es la segunda vez. Una adicción que había dejado. *Ella* no le hace bien.

¡¿Por qué ha llegado tan lejos?! Si yo se lo daba todo...

—Abie...

—Deja las excusas, ¡joder! Habéis continuado juntos, esta noche ibais de la mano. ¡¿Cómo te atreves a mentirme en mi cara?! —Me desespera su hipocresía—. Eres más cínico de lo que creía. ¡No vales nada!

En dos zancadas acorta la distancia y me encierra entre su cuerpo y la pared, como aquel primer día que coincidimos. Hoy su mirada azul refleja un sinfín de emociones... que no quiero que me afecten. ¡Se ha acostado con ella! Cierro los ojos, no puedo verlo ni me puedo permitir que me convenza. El daño que me ha hecho es superior al amor que siento. Él nunca ha estado a la altura de esta relación ni tampoco lo estará.

—Mírame, Abie —suplica, afónico. Digo que no con la cabeza, permitiendo que las lágrimas avancen por mis mejillas—. Tenía que funcionar, me lo autoimpuse. Era así como tenía que ser, ¿no? Me lo había prometido a mí mismo, esperarla, quererla y cuidarla.

—Aunque para ello me destrozaras a mí.

—No sé cómo he podido... —Seca la humedad de mi rostro con ternura, esa que eché en falta

días atrás—. Estaba obsesionado con la idea de que, si ella volvía, teníamos que estar juntos. Pero no puedo, Abie, y al verte con Kellan he aceptado que no puedo vivir sin ti pese a prometerme lo contrario. Tienes razón, rompo con facilidad mis...

—Demasiado tarde —lo interrumpo, saturada.

—No quiero asumirlo, sé que he sido un cobarde —masculla, arrepentido o fingiendo estarlo. Sus dedos recorren mis facciones, haciéndome sentir, como tantas veces, muy pequeña a su lado —. Me niego a perderte sin apenas haberte tenido como planeamos.

—Eres el único culpable —sollozo, apretando los dientes.

—Lo sé, me martirizo por ello. Al día siguiente fui a mi casa; ya no estabas, tal como imaginaba, y lo único que quería era ver tus fotografías, perderme en cada una de ellas con los momentos que había vivido. Tampoco estaban... Me sentía tan solo y vacío...

—Tienes lo que te has buscado —musito con la voz rota—. Me has perdido. Soy incapaz de mirarte como el día en el que lo dejé todo por ti..., y no sabes cómo me arrepiento de aquella decisión. Estaba demasiado cegada por lo mucho que te quería.

—¿Ya no me quieres?

Es una súplica.

—Pero te odio, esto ya no puede ser, Nicholas. Mi amor te ha quedado grande.

—Siempre lo fue, Abie, cariño. —Contraigo el rostro; me duele su falsa dulzura, su tacto..., su sensibilidad ahora que es tarde—. Tú apostaste desde el inicio, cuando no éramos más que dos desconocidos refugiándonos en el sexo. Tú me hiciste olvidar sin la necesidad de beber. Tú eras todo lo que yo siempre he querido, pero me ha cegado un pasado del que nada quedaba y, hasta que no lo he enfrentado, no lo he entendido.

—Fui todo lo que siempre odié por ti.

—Lo sé. Lo sé. —Me rodea por la cintura y se hunde en el hueco de mi garganta como tanto le gustaba hacer por las noches. Gimoteo, aunque no me aparto. Mis brazos están entre nosotros... y no es la única barrera—. Se me ha ido de las...

—Esto se te fue de las manos hace mucho. ¿Qué pretendes? ¿Que vuelva a estar para ti con los brazos abiertos? ¡¿Qué esperas a estas alturas?!

—Quiero recuperarte... Cuando nos encontramos la otra noche aquí, sentí que me moría. La vergüenza me consumía. Había estado hablando con Carter de lo confundido que estaba, pues, desde la primera noche, Natacha y yo no habíamos vuelto a conversar, y al salir de aquí decidí ir a hablar con ella para acabar con todo esto.

—No me creo nada.

—Te lo prometo —musita, descansando su frente contra la mía—. Te lo prometo.

—¿Por qué debería creerte?

—Perdón, Abie..., perdóname por aparecer en tu vida, por pedirte más de lo que merecía, por enamorarte de mí. Perdón por mi comportamiento, por hacerte sufrir así.

—Ya no importa —Intento ser fría, sin éxito—. Déjalo y vete. No importa nada.

—¡Sí que importa! Me quieres tanto como yo a ti. ¿No me ves? Me he despedido de ella para siempre, algo que creía que nunca saldría de mí. —La imagen de los dos juntos me recuerda lo mentiroso que es capaz de llegar a ser por conseguir su propósito—. Esta noche sólo me ha acompañado porque ambos estábamos invitados... Abie, tienes que creerme.

—La tenías cogida de la mano —le reprocho, y lo miro. Sus ojos están empañados en lágrimas, unas que ya no me creo—. No niegues lo evidente.

—Me ha sujetado para que no armara un escándalo. No nos tocábamos desde la...

—¡Cállate! —Lo empujo, enloquecida—. ¿Me vas a contar cómo te la follaste?!

—No fue así, ¡no fue así!

—¡Que no te acerques! —grito cuando hace un nuevo intento—. Que me da igual, que nada de lo que salga de tu boca me va a convencer. ¡Que te quiero fuera de mi vida!

—La mía dejó de tener sentido la noche que me fui.

—Fue tu elección, te supliqué que no lo hicieras —replico con amargura—. Pero ¿recuerdas tus palabras? La necesitabas a ella y ahora puedes tenerla.

—Necesitaba el recuerdo de lo que fue nuestro, pero, desde que te conocí y sin darme cuenta, fui olvidándola, aunque no me resignara.

—¿Tan bonito había sido como para que no te pensaras nada el hecho de dejarme tirada después de todo lo que había hecho por nosotros? He perdido mucho más de lo que he ganado.

—Lo sé...

—Te he hecho una pregunta.

—No, Abie, no. Quizá ahí estuvo el problema. —Jamás lo he visto tan perdido; su mirada está ausente y tiene los puños cerrados, evitando tocarme—. Me sentía tan culpable de su infelicidad que me prometí compensarla cuando volviera.

Me hace pensar que se lo está inventado todo sobre la marcha. Nunca se terminó de abrir a mí y no tengo modo de saber hasta qué punto dice la verdad... o tal vez se cree sus propias mentiras. Ya no lo sé.

—Nunca me lo has contado.

—Hay cosas que ni yo mismo sabía hasta hace unos días.

—¿Y por qué no viniste a visitarme antes? ¿Por qué no frenaste esto cuando te exigí explicaciones? ¿Por qué no suplicaste un perdón a tiempo?!

—Porque ya te había hecho daño y la había tocado, algo que sabía que no me perdonarías.

—Y tienes razón —sentencio, llena de resentimiento.

—¿No hay nada que pueda hacer para convencerte? —Sus ojos me buscan con impaciencia. Los míos lo rehúyen, negándome a cometer un nuevo error con él—. Abie...

—No, Nicholas. Me conozco esta historia. La he vivido varias veces.

Se aprieta el puente de la nariz y da una patada al aire. Luego se desabrocha la corbata, parece sobrarle todo, y entonces da un paso hacia mí y susurra, con voz rota:

—Puede ser de otra manera... Te amo, Abie, te amo más que a nada en el mundo.

¡No, maldito sea, no! Deslizo la espalda por la pared, resbalando, y acabo sentada en el suelo, con las rodillas contra el pecho, la frente sobre éstas y rodeándome las piernas con ambos brazos.

Me abrazo, consolándome. La vulnerabilidad vuelve a hacerme su prisionera. Es la primera vez que me dice que me ama. Es la primera vez que lo oigo de sus labios. Me emociona y, al mismo tiempo, el odio aumenta. ¿De qué nos sirve todo esto? Para que él esté mal o que yo me encuentre peor. Una parte de mí quiere creerlo, pero la más racional me recuerda que ya lo he hecho demasiadas veces y en todas me ha fallado.

—Abie. —Me besa el cabello, lo acaricia—. Sé que no tengo derecho a pedirte nada, que serás más feliz sin mí, pero yo sin ti ya no puedo vivir.

—Vuelves a ser egoísta.

—¿Y cómo ser lo contrario? ¡Sé que puedo hacerte feliz! —Niego con la cabeza, es imposible—. Tengo mil razones para pensarlo.

—No... Lo que tienes es un ataque de celos por tu primo. —No soporta la idea de que pueda estar con otros—. Lo quieres todo y te vas a quedar sin nada.

—Perdóname.

—No puedo, Nicholas. Ya no.

—Perdóname por darme cuenta tan tarde de que eres lo mejor que me ha pasado en la vida. No sabes cómo me haces falta, el vacío que hay en mí desde que me fui. Te amo como tú quieres que te ame, como mereces. No volveré a darte motivos para perderte. Dame una oportunidad, sólo una más, aunque no la merezca ni sea digno de ti.

—La primera vez que nos vimos mencionaste cuánto valorabas la lealtad —reflexiono entre susurros, refugiándome en mí misma todavía. Sus confesiones me rasgan el alma—. Yo estuve de acuerdo contigo y..., míranos..., hemos fallado.

—Te prometo que no habrá más mentiras ni secretos.

—No puedo creerte. —Es mi corazón el que habla—. Vete, por favor, no quiero verte.

—Abie...

—¡Fuera!

Dejo de sentir su toque.

Oigo unos pasos.

Retumba un portazo.

Se ha ido.

Lealtad (Nicholas)

Todas y cada una de las imágenes vividas durante estos días me colapsan de camino a casa. Me bebo la carretera. En estos momentos quiero desaparecer. No, sin Abie no soy nada. ¡¿Por qué me he resistido tanto a aceptarlo?! Creí haberlo hecho hasta que Natacha apareció, haciendo tambalear los cimientos de mi vida. La conversación con Kellan fue uno de los peores tragos a los que me he enfrentado nunca. Él, mi primo, casi un hermano, con ella. ¡Con *ella!* Quise matarlo con mis propias manos, pero ella seguía sin estar.

Entonces regresé a casa y vi a Abie. Me sentí muy mal y me dejé llevar por lo que de verdad sentía, despidiéndome en cada caricia, en cada embestida. La quería, la adoraba, pero mi obstinada mente insistía en que tenía que recuperar a Natacha..., y pasó.

Cuando oí su voz, retrocedí en el tiempo; me urgía verla. No fue fácil tomar la decisión; no cuando para ello tenía que dejar a Abie, a la mujer que lo había dado todo por mí sin pedir nada a cambio; a la que, cuando besaba, me estremecía como ninguna, y no sólo aceleraba mi respiración, también mi despiadado corazón.

Y la vi. Y al tenerla delante todo cobró sentido o así quise creerlo.

Me esperaba en un hotel. Estaba más delegada, pero tan guapa como siempre. Sin embargo, sus ojos no me transmitían lo mismo. Nada me importó, fui hasta ella, la abracé e inspiré su olor. Algo sucedía que no lo recordaba igual, pero deseché ese pensamiento.

La besé, temeroso de que me rechazara. Natacha se dejó querer; no se negó, aunque tampoco me aceptó como antaño. Era como una muñeca en mis brazos.

La desnudé con prisa, lo hice conmigo mismo y la tumbé en la cama. La contemplé, pero su figura se volvía borrosa y no era su cuerpo, sino el de Abie, el que veía.

«¡¿Qué pasa?!», me pregunté una y otra vez.

No hallaba respuesta.

No la hubo hasta que entré en ella. No sentía lo que debía. Insistí con suaves estocadas, quería tratarla como tendría que haberlo hecho en el pasado..., con ese cariño que solía reclamar de mí mientras yo perdía mi vida entre reuniones y planificando mis futuros proyectos. La desatendí... pero esa noche, mientras me fundía en su interior, el placer no existía. Me volví duro; ella cerró

los ojos con más fuerza y me dejé caer en su pecho, saliendo enseguida. Advertí su llanto, que fue el mío. «Abie, lo siento, Abie», me repetía sin cesar, pero lo mío con Natacha tenía que funcionar. La había estado esperando meses y meses. ¿Cómo iba a acabar así?

Durante horas no volvimos a hablar. Pensé mucho en Kellan, como sé que ella también, pero sobre todo en Abie, a quien necesité buscar aunque sólo fuera en unas fotografías. Quería retroceder. Volver allí, a esos momentos en los que la retrataba a escondidas.

No había nada...

Y, entre dudas, confusiones y remordimientos, pasaban los días.

Y terminé buscando a Ian. Su primer impulso fue golpearme, hasta que solté la frase «estoy confundido..., no sé si la sigo queriendo».

Me invitó a pasar y me abrí en canal con él. Parecía saber mejor que yo lo que me sucedía. Cuando creí que nada podía ir peor, apareció Abie. La escena haciendo el amor con Natacha brotó justo en ese instante en mi mente, y por eso no pude mirarla a la cara. Me avergonzaba de mí mismo. Quería beber para olvidar..., nuevamente, algo que con ella había aprendido a no hacer. Había sido mi salvación en todos los sentidos, ¿y cómo se lo pagué?!

Me fui roto, sentí que mi vida era una mierda, y volví a buscar a Natacha. Ella me dejó entrar; nos sentamos en el sofá y, en silencio y sin decir nada, nos lo dijimos todo.

Lo nuestro ya no existía. Era un recuerdo al que yo estaba anclado, pero ya no la quería. Ni siquiera le guardaba rencor; era extraño, pero pensaba en Abie y el resto era insignificante para mí. Natacha estaba enamorada de Kellan, era obvio, y yo de Abie.

Nos habíamos vuelto dos desconocidos, en una habitación llena de silencios, que se prologaron cuando por fin entendí que, sin saber por qué, yo me había impuesto tener que amarla..., pero no, era imposible. Lo nuestro estaba muerto, pues cada uno de mis sentidos pertenecía ya a la chica de las teorías, de las preguntas; a la patosa; a la que coqueteaba conmigo incluso sin saber que lo hacía; a la que me había devuelto la vida.

Sí, mi salvación. Me había salvado de mí mismo.

Cuando ya me despedía de Natacha, vi sobre la mesilla de centro que también estaba invitada a la inauguración de la noche siguiente, así que le propuse ir juntos, como si se tratara de una despedida... Entendí por qué se había ido tanto tiempo atrás, enamorada de otro. De mí no hizo falta decirle nada: era lo único que no había cambiado, Natacha sabía leerme igual que antes.

Una vez en el bar, me pedí la primera copa, asumiendo mi fracaso y prometiéndome no buscar a Abie. No me la merecía... pero entonces los vi y el corazón me crujió tan fuerte que me dolió como si me lo estuvieran sacando del pecho. ¿A quién quería engañar?!

¡¡No podía dejarla!! Necesita hablar con ella, explicarme, aceptando de una vez que mi vida no tenía sentido si Abie no estaba en ella..., que me hacía tanta falta como respirar.

Natacha pensó que iba a golpear nuevamente a Kellan y me sujetó la mano al notar mi tensión. Quizá la lastimé de lo brusco que apreté, pero Abie se giró justo entonces, nos vio y salió corriendo. Todo mi afán era alcanzarla, pero Natacha trató de evitarlo, temiendo que hiciera algo

de lo que me podría arrepentir después. No, yo no quería reprocharle o reclamarle nada de lo que había presenciado con Kellan. Sólo necesitaba su perdón, por el que suplicaría, y tenerla de vuelta.

La había perdido... sus ojos transmitían odio. Entonces Carter me animó a ir a su casa, a reencontrarnos a solas, para que habláramos. Él parecía tener claro que esto sucedería y yo ya no sabía qué hacer. Invasión su intimidad no entraba en mis planes, no en el momento en el que nos encontrábamos, pero tenía claro que Abie no querría verme y esa era mi única salida.

Ahora sé que la he perdido para siempre, y me lo merezco, aunque no por ello duela menos.

Golpeo el volante, completamente ido, a escasos metros de llegar a mi casa, perdiendo el control del vehículo... y la oscuridad se cierne sobre mí. Mi último pensamiento es ella.

Abie Olsen.

Demasiado tarde

Es otra de esas noches para olvidar.

Me costó conciliar el sueño; me era imposible teniéndolo tan presente. Su aroma invadía mi habitación y sus confesiones retumbaban en mis oídos, así que, por primera vez en mi vida, recurrí a las pastillas. «Sólo una —me dije—. Sólo hoy.» Y así fue. Después de más de tres horas desvelada y llorando, me la tomé. Maldito Nicholas, maldito.

No estoy orgullosa de haber tomado medicación..., un tranquilizante de los que Ian tiene por casa, aunque he descansado. Según mi reloj, he dormido siete horas seguidas.

Cuando decido salir de mi dormitorio tras una larga y reflexiva ducha, me cruzo con Ian, que está acabando de vestirse. Hace prácticamente media hora que ha llegado, hecho que me ha extrañado. Son las once y media de la mañana. ¿Dónde habrá pasado la noche? ¿Acaso no le preocupaba cómo estaría? ¿Prefirió arropar a su amigo?

No le pregunto, pues quizá no me guste la respuesta y he tomado la determinación de respetarlo. Él no tiene por qué pensar como yo. Lo que sí hago es corresponderle cuando me abraza, sin rencores. Es mi único apoyo aquí, o eso quiero creer, y odio estar tan mal con él. Tiene sus razones para entender a Nicholas y yo debo aceptarlo, no obligarlo a elegir. Ésa nunca fue mi intención.

—¿Te apetece si salimos a tomar algo? —me propone, anudándose la corbata.

—Vale. Me pongo las Converse y salimos.

Llevo un peto largo y muy fino, ceñido al cuerpo, con camiseta blanca básica debajo, de manga larga. Termino de prepararme, colgándome en el bolso una chaqueta por si refresca más. De momento el tiempo me resulta agradable.

Y es que California es tan especial que enamora... y te enamoras.

Ian me espera en la puerta y bajamos en el ascensor en silencio. Él también está perdido en sus propios pensamientos, por lo que no lo interrumpo, aunque me produce curiosidad saber qué es lo que lo tiene tan ausente y distante de aquí.

—Tengo una idea —comenta, repentinamente.

—¿Sobre qué?

—Ahora lo verás.

Nos paramos en un bar, e Ian me pide que me quede en la puerta. Al cabo de diez minutos, sale con bolsas y regresamos a casa para montarnos en su coche, por lo que deduzco que no iremos a un sitio cercano. Ya en el automóvil, cambia de actitud. Parece entusiasmado y, gracias a ello, mi mente está lejos de lo sucedido anoche, aunque el pinchazo en el corazón me recuerde a menudo cómo me siento en realidad.

Hay un cúmulo de sensaciones revoloteando por mi pecho, por mi vientre..., el miedo de no haber tomado la decisión correcta; la lucha conmigo misma; la creencia de que todo pasa por algo en la vida y es otra lección aprendida. Hay tanta contradicción en mí con cada nueva reflexión que no sé cómo acabará esto, porque en el fondo, aunque me duela admitirlo, creo que lo mejor es estar sola. Nicholas ha demostrado ser muy inestable sentimentalmente y yo no estoy preparada para soportar otro palo..., no de él.

—Ian, ¿adónde vamos?

—Aquí lo tienes, ¿no lo ves?

—¡Oh!

Sorprendiéndome, se detiene en el parque natural Sunset Cliffs. ¡Madre mía! Alucino con el paisaje nada más poner un pie allí, con el océano de fondo y rodeado de una naturaleza que te proporciona paz, tranquilizad, algo que deduzco necesitamos los dos.

Finalmente señala con el dedo y nos encaminamos hasta una zona tranquila, poco concurrida, donde nos sentamos bajo un árbol. Él saca de las bolsas sándwiches, bebidas y frutos secos, y nos monta un picnic en cuestión de segundos. ¿Y esto a qué viene? No tengo ni idea, pero me encanta esta cercanía.

—Gracias, Ian. De verdad, necesitaba algo así. Conectar contigo. Cuando volví te sentí lejos; luego la cosa mejoró y..., con lo sucedido..., hemos dado un paso atrás.

—Quiero pedirte disculpas. —Tontamente me emociono y el labio inferior me empieza a temblar—. Yo ideé el plan y le pedí a Kellan que me ayudara; él no quería hacerlo, creía no estar preparado para verlos juntos..., para besarte. Aun así, aceptó. Si quedaba una posibilidad de recuperarla, tenía que intentarlo. Nuestro último cartucho.

—No entiendo.

—Cuando Nicholas vino y me contó lo mal que estaba, supe que había cometido el error de su vida, pero se negaba a reconocerlo. —Me ofrece el sándwich de pollo, que acepto, aunque no lo pruebo—. Entonces pensé que, si os veía juntos a Kellan y a ti, se daría cuenta de a quién quería en realidad..., unos sentimientos que, sin saberlo yo, ya había aceptado, pues tanto él como Natacha ya lo habían «dejado» si es que se retomó alguna vez, que diría que no.

—El problema no es que Nicholas lo aceptara —reconozco y, con la mano libre, jugueteo con la hierba—, sino que yo no quiero volver con él; no puedo perdonarlo.

—¿Estás segura?

—Sí. Es demasiado tarde.

—Nunca lo es mientras estemos vivos.

Su frase me llama la atención, no suele ser tan profundo; no obstante, tampoco le dedico más tiempo al motivo por el que la menciona. Supongo que se trata de cosas suyas...

—Come algo, anda —me anima, sonriendo.

Doy el primer bocado, por inercia, y mastico con desgana. Ian me acompaña, pero, cuando apenas lleva la mitad, toma un poco de cola y añade:

—¿Qué piensas hacer?

—Ian...

—Por favor.

—No lo sé, pero necesito replantearme mi vida. —Hablo con calma, una que creí que no llegaría, al menos no tan pronto. Ahora me siento un poco más fuerte y decidida. Quizá se deba al entorno, tal vez a él o a esta serenidad que habita de pronto en mí—. En ella no entra estar llorando por un hombre. Me lo prometí y me he fallado.

Mi hermano asiente. Estoy dolida, decepcionada y herida. No es fácil ocultar tantas emociones negativas, menos aún cuando soy como un libro abierto..., más expresiva de lo que quisiera.

—Se acabó, Ian. Él ha demostrado que no merece la pena. No tendría que haber perdonado el primer error, pues siempre vienen más. —Es algo que creí haber aprendido con John. ¡Ilusa!—. No debí aceptarlo conmigo mientras pensaba en otra. Ahora que lo pienso fríamente, me pregunto cómo he permitido tanto. No me reconozco en ese aspecto.

—El amor nos ciega.

—Ya lo dije una vez y me reitero: el amor es una mierda.

Ian deja escapar una risotada, aunque enseguida se muestra más reservado..., o diría que preocupado. No sé por qué, pero tengo la sensación de que me está ocultando algo. Sin embargo, en esta ocasión tomo la decisión de no forzar la situación. Si no me lo cuenta, tendrá sus razones y, por una vez, he de respetarlo como suele hacer él conmigo.

—Abie. —Lo miro a través de las pestañas—. Siento no haberte apoyado lo suficiente.

¿Esto es lo que guardaba?

—Lo has hecho, Ian, pero tu amigo también te necesitaba y es lo que me ha costado entender. Sé que empatizas con él por la similitud en vuestras historias.

—Sí. —Y admite, sin pudor—: Alba me hizo olvidar a Leila, aunque al principio, mientras me acostaba con la primera, imaginaba a la segunda. Una locura.

—Ya..., ¿y tú qué piensas hacer?

—Dejarla hacer su vida. Ha roto con Max y, aun así, no se atreve a avanzar.

—Ella es especial —murmuro con ternura al recordarla.

—Lo sé, por ello se ha clavado aquí —señala su corazón— y se resiste a salir.

Es curioso cómo le brillan los ojos al hablar de Alba. Es precioso que dos personas a las que amo tanto se quieran de forma tan bonita y, a la vez, compleja.

—He pensado en volver y cumplir nuestros sueños, juntas... allí.

—Odias Londres —afirma, dejando claro que no está de acuerdo.

—Odio los recuerdos que me trae, por mamá, mi padre, John... —la lista cada vez es más larga —, pero aquí tampoco son mejores. Nicholas me ha hecho mucho daño.

—Allí no tienes a nadie; aquí estoy yo.

—Alba es más que una amiga —replico, ofendida por su comentario—; es como una hermana para mí y me ayudará a llenar vacíos, junto a Oli y Sacha.

Aparta todo lo que tiene alrededor de malas maneras, incorporándose. Camina unos pasos, deteniéndose frente al océano. Finalmente me acerco. Está agobiado y no entiendo el motivo. Al final él tiene su vida y yo la mía, y ya somos adultos como para no montar dramas si nuestros caminos han de separarse. Parece que estamos condenados a ello.

—¿Qué pasa, Ian?

—Es un error estar huyendo constantemente, joder.

—En algún momento encontraré mi lugar.

—O quizá se te pase la vida en el intento. Los años vuelan y no regresan, Abie. Hace nada éramos pequeños y nuestros problemas eran tan insignificantes...

—Los tuyos, no —le contradigo, agradeciéndole en cierto modo que haya sido tan generoso en ese aspecto—: ser ignorado por una madre no es fácil, y tampoco ser ninguneado por un padrastro.

—Mi padre tampoco fue sincero.

—Nicholas me lo contó. —Lo rodeo por la cintura, acurrucándome en su pecho. Su corazón va muy rápido—. Lo siento.

—Ya no se puede hacer nada; procuraré que mis hijos nunca se sientan así.

—No sabía que quisieras tenerlos —murmuro, y lo miro—. Me encantaría ser tía.

—Y lo serás, la mejor de todas.

—Tus hijos con Alba serían divinos.

—Supongo que como los tuyos con Thompson.

—Ian... —protesto con un quejido.

—No me piques entonces fantaseando con algo que posiblemente no podrá ser.

¿Por qué los seres humanos complicamos algo tan sencillo como amarnos? No puede ser tan difícil... Nos quedamos en silencio, uno que se vuelve incómodo. Entonces su teléfono suena, pero él ni siquiera hace amago de responder.

—Ven, te enseño un poco el parque.

Me coge de la mano y empezamos a caminar, dando un leve paseo. No entiendo nada, ¿qué me tiene que enseñar? Si está todo a la vista... Aun así, continúo acallando mi curiosidad. Sin embargo, quien quiera que lo esté llamando, no se da por vencido e insiste hasta la saciedad, y yo no soy de piedra. Me puede la necesidad de controlar lo que sucede a mi alrededor. Antes no tanto, ahora cada vez con más frecuencia..., quizá porque me considero más desconfiada.

—¿Has conocido a alguien? —Ian detiene sus pasos, ceñudo—. No sé..., anoche no dormiste en casa y hoy parecen reclamarte con insistencia.

—Es trabajo.

—No te creo —digo, bromeando—. Los hombres olvidáis muy pronto.

—No sabes lo que dices.

—Entonces, ¿qué pasa?

Coge aire y se acaricia el mentón, imagino que buscando el modo de expresarse correctamente. Me tiene un poco confundida. Está intenso, distinto.

—Me he dado cuenta de que la vida puede cambiarte en un segundo, que pasa muy deprisa y que, por los miedos o rencores, perdernos mucho en el camino.

—¿A qué vienen esos pensamientos tan profundos? Hoy lo estás en general.

—Estas últimas horas no han sido fáciles para mí, pese a lo que supones.

—Vaya. —Me pongo delante para que no me rehuya la mirada—. ¿Quieres contármelo?

—No puedo. —Suspira y me da un beso en la frente—. Tengo que irme, he de atender unos asuntos. ¿Te dejo en casa?

—Vale..., sí.

No sé por qué sus palabras me suenan a gravedad. No es un «no puedo» común. Es un «no puedo porque se trata de Nicholas», pero no relacionado con nuestra historia.

No, lo tengo claro, aunque desconozco el porqué de mi convencimiento.

Repentinamente, y mientras recogemos el improvisado pícnic, tengo un mal presentimiento. Lo reconozco al fin. Es el mismo que he tenido cuando hemos llegado aquí. Algo no va bien y sé que la lealtad de mi hermano está por encima de cualquier cosa, que no traicionará la confianza de Nicholas si éste le ha pedido que guarde silencio.

Durante estos meses ya he vivido situaciones similares con ellos y empiezo a atar cabos. No ha pasado la noche en casa, ha vivido unas horas difíciles y sus reflexiones han sido muy serias. Tampoco sé nada de Nicholas desde que se fue de casa anoche.

Los nervios se agolpan en la boca de mi estómago. ¿Qué está sucediendo?

Trato de relajarme y buscar respuestas. Ian no me lo pone fácil; está más hermético, como cuando llegué a California, hasta que encuentro el instante perfecto.

En un descuido, veo que responde a un mensaje y que el remitente es Kellan. También distingo el nombre de su primo entre las frases. ¿Se han peleado? Quizá Nicholas ha ido a buscarlo y se han enzarzado en otra discusión. ¿Por ella? Me decepcionaría de nuevo. No, algo en lo más profundo de mí me dice que no tiene que ver con Natacha..., pero no sé cómo salir de dudas.

¿Y si me estoy equivocando?

¿Y si es mejor no saberlo?

¿Y si me lo está ocultando precisamente para no hacerme daño?

Todo lo relacionado con Nicholas, tarde o temprano, siempre trae tristeza a mi vida, y anoche cerramos el capítulo. ¿Para qué reabrirlo?

Durante el camino de vuelta, el teléfono de Ian suena de nuevo, inquietándome. No me perdonaría a mí misma estar al margen si Nicholas está pasando por una situación grave. No

dudaría en acudir a su encuentro. Más allá de lo nuestro, soy humana... una persona que lo ha querido y lo quiere a pesar de aborrecer el sentimiento... No lo soportaría.

La mera idea me provoca un miedo atroz, uno que pocas o ninguna vez he experimentado con tanta potencia..., miedo a que suceda algo que tambalee nuestro mundo, que lo cambie para siempre, que lo sacuda y nos deje desamparados... solos y vacíos.

Le guardo especial respeto a lo desconocido, a situaciones extremas que no dependen de nosotros, sino de la propia vida. «No, anoche Nicholas se fue de casa y estaba bien, nada puede ser tan grave», me repito. «Estoy delirando, sacando las cosas de quicio», me digo.

Una vez llegamos a casa, decido acabar con esta agonía y, cuando Ian deja el móvil un momento sobre la mesa del salón para ir a su dormitorio a cambiarse de camisa, abro el WhatsApp. Tiene mensajes pendientes de leer de Kellan, pero me llama poderosamente la atención el último que se refleja de Nicholas.

No se lo cuentes a Abie. Mi primo lo ha pedido así. Es lo único que decía. 03.47

No dudo, los dedos me tiemblan cuando leo la breve conversación.

Ian, soy Kellan. Tengo el móvil de Nicholas, me han llamado del hospital. Mi primo ha sufrido un accidente con el coche y he venido enseguida. 03.44

Pero ¿está bien? Salgo ya para allá. 03.46

Sólo lo he visto un segundo, estaba aturdido. Había perdido el conocimiento. 03.46

No se lo cuentes a Abie. Mi primo lo ha pedido así. Es lo único que decía. 03.47

Un accidente. Nicholas está en el hospital y ha tenido un accidente.

Un accidente con el coche.

Un accidente...

Se me nubla la vista, me quedo inmóvil. Por mi culpa, fue anoche... Por un momento me bloqueo y no sé qué hacer. Entonces entiendo las palabras de Ian... la vida puede cambiar en un solo instante y, además, los miedos o el orgullo nos hacen dejar por el camino cosas importantes...

No, no, no. Tiene que estar bien, ¡tiene que estarlo!

Si perderlo me perforaba el pecho, ahora mismo siento que me rompo a pedazos. Entiendo que la posibilidad de no verlo más es infinitamente más dolorosa de lo que creía al romper la relación. Cuando soy capaz de volver a controlar la movilidad de mi cuerpo, salgo pitando, sin avisar a mi hermano, y cojo un taxi. No puedo conducir. Tiemblo de pies a cabeza y lloro como no sabía que se podía. Si le sucediese algo, yo...

Esto es una pesadilla.

Cuando llego al hospital, me bebo los pasillos, sin saber qué rumbo tomar, desorientada.

Estuve aquí al principio de llegar a California, pero ya no recuerdo nada... quizá por los nervios, por el desconcierto. No tengo ni idea. Reconozco que estoy muy mal.

La vista se me nubla en cada nuevo paso.

—Por favor, ¿me podéis ayudar?

Unas enfermeras muy amables me guían hasta el lugar donde puedo pedir información. Doblo la esquina creyendo que las piernas me fallarán en cualquier segundo, pero las sorpresas no acaban ahí. A unos metros están las habitaciones. Todavía no he llegado al mostrador cuando la veo a *ella* salir de allí. Lo primero que se me viene a la cabeza es la negativa de Nicholas a que yo me enterase y viniese; sin embargo, Natacha no falta.

Una punzada de celos me atraviesa, ¿por qué Nicholas me hace esto?! Es una pregunta que él mismo respondió la triste noche que se fue y acabó con lo que teníamos.

«La necesito a *ella*.» Siempre ella.

—Abie. —¿Cómo se atreve a dirigirme la palabra después de todo? He de dominar la leona que ruga dentro de mí—. ¿Podemos hablar?

Me limpio las lágrimas, enfrentándola.

—¿Qué haces aquí?

—Supongo que lo mismo que tú.

Me pongo a la defensiva, aunque su frase no haya sonado así..., más bien todo lo contrario. Entonces me doy cuenta de mi error..., uno que cometemos muy a menudo.

No es a Natacha a quien le debo pedir explicaciones ni tiene obligación de dármelas.

No puedo volcar mi rabia contra ella porque Nicholas siempre la haya preferido.

No es culpa suya; aunque me duela, no es ella quien me debía lealtad..., ni la que me ha mentado. Anoche él lo volvió a hacer; suplicó mi perdón y, a pesar de eso, no es a mí a quien necesita aquí.

—¿Te ha pedido Nicholas que estuvieras a su lado? —le pregunto, viniéndome abajo—. ¿Ha sido él?

—Esto no es lo que parece.

—Nunca lo es. —Permito que las lágrimas corran por mis mejillas, sin ocultar mi desconsuelo—. Sin embargo, es a ti a quien acude y espera.

—Abie, escúchame...

—No me nombres como si fueras mi amiga o me conocieras.

—Lo siento. —Se sacude el cabello—. Quizá, si habláramos, lo entenderías.

—No, tú y yo no tenemos nada de que hablar.

Pese a todo, no puedo irme sin más. Necesito saber que está fuera de peligro. Él no me quiere aquí porque la tiene a ella, pero yo no puedo vivir sin saber cómo está el hombre que me ha cambiado la vida, el que hace latir con tanto miedo y ansiedad mi corazón..., de modo que susurro, sin apenas voz:

—Sólo dime que está bien y me marcharé sin volver a molestaros.

Promesas rotas

—Hablemos, por favor.

—¿Cómo está?! —me altero ante sus evasivas—. Dime que...

—Nicholas no está aquí. —No sé cómo tomármelo, pero, de primeras, me asusta—. Parece que le han dado el alta. He preguntado y así me han informado; de todas formas, he querido comprobarlo por mí misma.

—¿El alta?

—Después de las pruebas pertinentes, lo querían tener en observación, pero ha pedido el alta voluntaria. Ya lo conoces...

—Entonces, ¿está fuera de peligro? —insisto entrecortadamente.

—Supongo que sí.

No puedo describir con palabras el alivio que supone que Nicholas se encuentra bien. Mi cuerpo vuelve a recuperar las fuerzas perdidas. Mi respiración se torna más pausada..., ya no me falta el aire.

—Abie, a mí no me ha llamado él. Kellan me escribió anoche para decírmelo y pensé en esperar hasta hoy para no encontrármelo aquí.

—¿Por qué tengo que creerte? —cuestiono sin ocultar lo que ella me transmite, que es desconfianza. Ha jugado con ambos primos y es difícil confiar a ciegas—. ¿Por qué, Natacha?

—Él te quiere.

—A ratos.

—No es cierto, pero le ha costado asimilar que lo que sentía por mí murió en algún momento..., quizá en el que empezó a enamorarse de ti.

¿Para colmo va de víctima? ¿No sé da cuenta de que he conocido cada paso que ha ido dando a través de Kellan y Nicholas, que la he tenido que soportar aun deseando con todas mis fuerzas lo contrario? No me ando con rodeos y le pregunto de malas maneras:

—¿A qué juegas?

—¿Podemos ir a la cafetería del hospital y hablar con calma, por favor?

—No es aquí donde debo estar.

—No te robaré más de unos minutos.

No sé por qué accedo, cuando en realidad sólo me apetece ver a Nicholas, comprobar que Natacha está diciendo la verdad..., pero, en el fondo, quiero y necesito conocer la versión de ella. Saber a qué atenerme en caso de cambiar de opinión, un hecho que ya está sucediendo al proyectar una vida sin Nicholas. No sé cómo reaccionaré cuando nos encontremos después de creer que su vida corría peligro. El dolor sigue persistiendo al imaginarlo..., uno que se suma al de que no quiera verme.

Una vez llegamos a la cafetería, pide un zumo; yo, una tila, pues sigo temblando.

—Me he equivocado y me arrepiento —empieza a decir, sin dilatar los segundos—. Sé que pagaré un precio muy alto por ello...

—¿A qué te refieres?

—Kellan me habló de lo asustado que estaba desde que tú descubriste la verdad; entonces Nicholas fue a buscarte a Londres y el miedo lo superó.

—Esa parte me la conozco.

Natacha baja la mirada. Lo cierto es que su tristeza es evidente. Es hermosa, pero hoy me parece una chica amargada y completamente hundida.

—Kellan y yo no estábamos pasando una buena racha por su inseguridad, por sus ganas de confesar... y, cuando la bomba estalló, tomé una decisión.

—Buscar a Nicholas —adivino sin esfuerzo—. Créeme que también me sé ésa...

—No quise hacerle más daño a Kellan y pensé que, si volvía con Nicholas, me aborrecería y con el tiempo me olvidaría... —Llora, pero no me entenece, aunque tampoco disfruto con su imagen destrozada—. Y Nicholas también sería feliz, pues en teoría me quería.

La estudio fijamente, confusa. Supongo que ella es consciente de cómo me encuentro por mis ojos entrecerrados y mis cejas ceñudas. ¿Acaba de decir que...? No puede ser.

—¿Volviste con Nicholas para compensar la situación? —Esto es para volverse loca—. No estoy entendiendo nada.

—Estaba segura de que con el tiempo ambos serían felices. —Coge servilletas, para seguidamente secarse las lágrimas—. Kellan, con su nueva vida, odiándome, y Nicholas, conmigo.

—¿Y tú? —Se encoge de hombros, resignada, lo que ocasiona más intriga en mí—. ¿Qué hay de tus sentimientos?

—¿Qué más da? Ya los he destrozado a los dos, no merezco más que esto, soledad.

—Kellan te quiere —le recuerdo, impulsada por la confusión.

—Pero siempre seré un obstáculo entre ellos. —Lo tiene asumido. En el fondo creo que siempre pensó que acabarían mal. Y reconozco que, por momentos, me compadezco de ella—. Kellan no podrá retomar la relación con su primo si estoy con él.

—No opino lo mismo.

—Seré el recuerdo de lo que un día fui para Nicholas, de la traición de Kellan, y viviremos toda la vida en un bucle que no le permitirá disfrutar de su familia. Prefiero apartarme y que retome todo aquello a lo que renunció por mí.

Se acerca el camarero y, mientras, guardamos silencio. Estoy impactada. Siempre la he imaginado como una mujer superficial, sin escrúpulos... y está lejos de parecerse a la persona que había creado en mi mente. Kellan ya me lo advirtió, defendió que ella tendría sus motivos y yo me enfadé porque la excusaba. ¿Tanto me he equivocado?

—¿Te sacrificarías así? —pregunto, y doy un sorbo a la tila, que está ardiendo.

—El verdadero amor no entiende de egoísmos. —Me deja sin palabras—. Siempre quiere lo mejor para el otro y, en esta ocasión, no soy yo.

—Natacha...

—Vete a ver a Nicholas, estoy convencida de que está deseando abrazarte.

—Pidió todo lo contrario —confieso, abrumada por esta conversación.

—Tendrá sus razones, como tú y como yo.

—Gracias...

—Era lo menos que podía hacer después de todo. —Hace un mohín con los labios—. He oído hablar mucho de ti.

—Apuesto a que no tanto como yo de ti.

Ambas sonreímos y yo me incorporo, despidiéndome con la idea de comprobar con mis propios ojos cómo se encuentra Nicholas. He de coger de nuevo un taxi y en esta ocasión me tomo el camino con más calma, pensando en las confesiones de Natacha sobre el amor. La entiendo, pues actué igual con Nicholas. Por ello aposté por él a pesar de saber que la quería a ella, olvidándome de mí. No fui egoísta en ese aspecto, sí en cuanto a contar la verdad y ahí ella me gana. La he juzgado y ahora me arrepiento.

Se enamoró, tuvo sus motivos e intentó hacer su vida. ¿Que hizo mal en no confesarle todo a Nicholas a tiempo? Sí, pero supongo que no debe ser fácil. Era una situación que ella no habría elegido y en la que a mí no me gustaría estar. Quién me hubiese dicho que la mujer que me ha separado de Nicholas es la misma con la que he sentido una fuerte empatía.

Es noble, vulnerable, sensata. Ahora entiendo por qué Kellan confía en ella a ciegas. Aunque he llegado a aborrecerla, Natacha no era la culpable de los sentimientos de Nicholas. Ha cometido un error, pero me ha parecido una persona sensible, sincera.

Espero no estar equivocándome, aunque no quiero volver a cruzarme con ella. Tiene razón, siempre será el recuerdo que hará daño incluso sin pretenderlo.

Cuando llego a casa de Nicholas, espero unos minutos en la puerta, armándome de valor. No tengo muy claro qué le diré, ni siquiera qué hago aquí. La decepción no se ha ido, y el peso de sus mentiras tampoco, pero el miedo es superior a cualquier otro sentimiento, y hoy mi miedo ha sido no poder verlo nunca más, ni poder abrazarlo.

—¿Abie?

Es Kellan quien me abre. Quizá es a la última persona que esperaba ver aquí.

—La misma. ¿Puedo pasar?

—Tu hermano está a punto de venir a hacerme el relevo. —Asiento y miro por encima del

hombro. Nicholas no está en la sala—. Abie, no...

—Necesito verlo.

—Nicholas me pidió que...

—No me importa —murmuro dando un paso al frente, sin achantarme o mostrar debilidad—. Vete e informa a Ian; yo me quedaré con él hasta que os avise.

—Abie...

—Ve a buscar a Natacha, acabamos de coincidir en el hospital y, si no la convences de lo contrario, estás a punto de perderla para siempre. —Palidece e intenta añadir algo, pero lo interrumpo—: No malgastes el tiempo en hacerme preguntas que sólo ella puede contestar.

—Mi primo está descansando en su habitación. —Antes de invitarme a entrar y marcharse, añade—: Gracias, Abie.

Deposito un beso en su mejilla y me encamino hacia el dormitorio. El corazón me va a mil por hora, a pesar de tener la certeza de que Nicholas está bien. El susto que he pasado voy superándolo, aunque los temblores se nieguen a abandonar mi cuerpo.

Entonces lo veo y no mejoro. Madre mía... Inconscientemente, me cubro la boca con las manos. Está un poco incorporado, ya que tiene varios cojines detrás; los ojos, cerrados, con expresión dolorida; heridas en la frente, los nudillos, y en el torso algún que otro rasguño, ya que está desnudo de cintura para arriba.

Voy hasta él, sentándome en el borde de la cama, a la derecha. Al percibir el peso en el colchón, abre los ojos un poco desconcertado. El rostro lo tiene completamente magullado. Las ganas de abrazarlo me sobrepasan. Quiero llorar, terminar de ahuyentar esta ansiedad.

¿Por qué tengo que quererlo tanto?

Este amor parece no hacerme bien, pero me niego a aceptar esa idea, y menos hoy... Si él me correspondiera de verdad, no por soledad o por compasión, yo daría marcha atrás. Lo perdonaría, yendo contra mí misma, ya que a veces la vida nos da una segunda oportunidad; quizá es ésta y no debo dejarla pasar. No lo sé, es un continuo tira y afloja conmigo misma.

—Hola —susurro, conmocionada ante su estado—. ¿Cómo estás?

—¿Qué haces aquí? —musita sin apenas voz.

—Necesitaba verte, aunque tú a mí no. —Recorro con mis dedos cada una de sus heridas, mareándome momentáneamente—. Nicholas...

—Ni se te ocurra desmayarte, Abie.

—Lo intentaré.

Me inclino hacia él y acaricio su pecho. Nicholas emite un gemido doloroso. No me extraña; son heridas superficiales, pero tiene muchas. Algunas son leves quemaduras.

—¿Por qué no querías verme? —pregunto, rompiéndome—. ¿Por qué, Nicholas?

—No llores, por favor. Esto es precisamente lo que no quería.

—¿Esto? —repito, hiperventilando. Todo me da vueltas y necesito relajarme.

—Obligarte a venir por mi estado y que, una vez aquí, me contemplaras con esta mirada llena

de pena; eso no es lo que pretendo hacerte sentir.

—¿De verdad piensas eso de mí?

—Anoche tu mirada no mentía, Abie. Había odio; es lo que realmente sientes por mí.

—¡Las cosas han cambiado! —le grito, furiosa por cuestionar mis sentimientos.

—¡No quiero que me compadezcas!

—Y no lo hago —musito con vehemencia.

—Entonces, ¿qué te ha traído hasta aquí?

—Con el mero hecho de pensar que te había pasado algo grave, me he sentido morir.

Nicholas contrae la mandíbula, rechina los dientes.

—El odio no es querer cambiarte por la otra persona para que no sufra, Nicholas, y yo lo hubiese hecho sin dudar. Eso no se llama compasión, sino amor.

—Abie...

—¿Por qué has tenido que joderlo todo así? —pregunto entre lágrimas—. Podríamos haber estado aquí, en tu casa, planeando nuestro viaje a las Maldivas.

—Lo siento —musita, y me atrae hacia él, quejándose de dolor por el esfuerzo—. Perdóname. Te veía a ti, te sentía a ti mientras me obligaba a mí mismo a tocarla.

—¿Por qué tengo que creerte, después de todas las veces que me has fallado? —Enjuga mis lágrimas con la yema de los dedos—. ¿Cómo sé que no me estás mintiendo otra vez?, ¿que no volverás a confundirte cuando todo esto pase?

—Porque fuiste mi último y único pensamiento antes de perder el conocimiento. —Me derrumbo; es lo más bonito que he oído nunca—. ¡Tú, Abie, tú! Porque, mientras iba conduciendo, tú estabas en mi cabeza..., el vacío que acababas de dejar en mí, y eso que apenas me había marchado. La sensación de haber perdido lo más valioso que tenía en mi vida me destrozaba el alma. Dejaba contigo mi corazón, pues a mí me servía de poco si no te tenía a ti, maldiciéndome por todas esas promesas que repetidas veces había roto.

—No mentías anoche cuando me dijiste que me querías... —balbuceo, tocada.

—Creo que en el fondo te he querido desde que te invité a mi habitación, cuando me rompí ante tu vulnerabilidad..., cuando aseguraste que yo era tu refugio. Destrozaste mis esquemas, Abie. Y empecé a amarte, quizá cuando te fotografiaba a escondidas o cuando te observaba mientras dormías. No lo sé. ¿Por qué quería tener la imagen de alguien por quien no sentía nada siempre a mi alcance? Era tan obvio y lo jodí. No me lo perdonaré.

—Tal vez no sea tarde.

—Me gustaría creerlo. No llores, Abie, no lo soporto. Me duele demasiado.

No puedo más. Quizá soy ilusa por dejarme llevar así, pero le creo. Confío en su palabra como juré no hacer. Mi corazón me grita que me arriesgue una vez más, sólo una..., la última. No sé por qué, tengo la certeza de que será la definitiva..., o quiero tenerla. Si Natacha desaparece de su vida por decisión propia, ¿qué puede salir mal?

No lo sé, pero sólo hay una manera de descubrirlo: quedándome.

—Abie. —Se apoya en mi frente al ver que lo esquivo—. ¿Por qué me rechazas?

—Estás herido...

—Nada puede dolerme más que no tocarte, que no tenerte. Sin ti lo perdería todo, no lo superaría. Tienes que creerme, sé que puedo darte lo que necesitas..., ahora sí.

Emocionada, rozo sus labios. Nicholas no soporta más la tensión, me enmarca el rostro entre sus manos y me besa. Hay tanto dolor en este beso que ambos lloramos. Él, de arrepentimiento; yo, de emoción.

—Te amo, Abie, te amo.

«Te amo.» Anoche todo estaba roto y hoy en mi pecho no cabe más amor.

—Te amo como no sabía que se podía.

—Se puede —aseguro, acariciando sus heridas—. Yo te amo igual.

—Necesitaba oírlo.

—Y yo, sentirlo.

Me empuja hacia él por la nuca, fundiéndose en mis labios con impaciencia. Su lengua busca la mía con agonía. Yo no me muestro menos efusiva. Lo amo, lo amo, lo amo, y me muerdo por gritarlo a los cuatro vientos. Soy feliz si Nicholas Thompson forma parte de mi vida. Lo necesito en ella para sentirme plena.

—¿Qué estás haciendo? —musito con un hilo de voz.

—Desnudándote. Me urge hacerte el amor. Sentir que te recuperaré, aunque te haya perdido. Necesito eliminar de tus ojos la tristeza, este rencor que me está matando.

Se desprende de los tirantes de mi peto y, acto seguido, alzo las manos para que pueda sacarme la camiseta..., pero en su cara se refleja una mueca de dolor, por lo que me incorporo sin permitirle que me toque y soy yo quien se desnuda para él.

Las lágrimas van dando paso al deseo. Él, en silencio, contempla cómo me libero de cada una de mis prendas. La piel se me eriza cuando me enfrento a su mirada.

Me inclino y, entre quejidos, lo ayudo a quitarse el pantalón y el bóxer.

—Ven aquí, por favor, Abie.

Con cuidado, me posiciono encima de sus piernas, a horcajadas sobre su cuerpo. Liberamos un gemido, uniendo nuevamente nuestros labios, estremeciéndome a medida que Nicholas me agarra por las caderas, acariciándome y adentrándose en mi interior. Siento que me muerdo cuando lo tengo dentro, muy dentro, y sonrío, una sonrisa que él capta, mordiéndome el labio.

—No vuelvas a dejarme —suplica con agonía.

—Entonces no vuelvas a irte.

—Lo siento tanto... —verlo llorar me rompe—, tanto, Abie.

—Chis.

Acallo sus lamentos con mis besos, balanceándome hacia delante y hacia atrás sin separarme de él, moviéndome al compás que van marcando sus manos ceñidas a mi piel; la suya arde.

—Te amo, Nicholas.

—Lo sé; sin embargo, tengo miedo de que, al despertar, no estés —confiesa entre gruñidos—, de que te arrepientas de esta decisión.

—Quiéreme para que nunca lo haga.

—Te lo prometo.

Los dos sabemos que las promesas nunca han sido suficiente entre nosotros. Destaca el silencio, precisamente por las dudas..., pero cuando me mira a los ojos mientras me hace el amor advierto la tensión en sus músculos, echo la cabeza hacia atrás, gimiendo al sentir que se refugia en mi cuello, y, a la vez, alcanzamos el éxtasis. Las sacudidas nos desbordan y soy consciente del frío que he sentido sin él enredado a mi cuerpo estos días.

—Te quiero —me susurra al oído.

Busco sus ojos; brillan, mucho.

—Lo sé —musito, sonriéndole.

—Quédate —implora, lleno de inseguridad.

Hundo los dedos en su cabello, echándolo poco a poco hacia atrás. Se queja, pero se queda ahí, observándome con tanto temor como desconfianza. Sé que dormirá en breve, que está medicado, que no controla su cuerpo, aunque luche contra él.

Finalmente cede y las horas pasan; horas para no olvidar... en las que el silencio es mi aliado, reafirmandome que es aquí donde quiero estar, con él.

Horas en las que no puedo apartar la mirada de su pálido y herido rostro; en las que mis manos no ceden, acariciándolo. Velo sus sueños, que deseo que comparta conmigo cada noche. Cuando empieza a desvelarse, ya está oscureciendo. Tengo cientos de mensajes y llamadas, a las que no presto atención. Mi única prioridad es Nicholas. Deseo que, cuando abra los ojos como está haciendo justo ahora, lo primero que encuentre sea a mí.

Quiero ser siempre su primera y última visión.

—Estás aquí —suspira, aliviado—, no te has ido.

—Ni lo haré.

Estoy a su izquierda, hacia donde tiene el rostro girado, en la misma posición en la que ha dormido.

—Puede que me equivoque, Nicholas, o que algún día me arrepienta de esta decisión —confieso, acariciando la comisura de sus labios—, pero quiero dejarme llevar, como siempre que se ha tratado de ti. Ahora más que nunca.

—No lo merezco. Nunca has dudado en apostar por mí, entregándomelo todo de ti, y... —hace una pausa, tragando saliva— pocas veces has recibido lo mismo por mi parte.

Me duele su tormento, su inseguridad.

Está lejos del Nicholas al que conocí en aquel ascensor que nos cambió la vida.

—Entonces hazlo tú ahora, demuéstrame que no me equivoco al quedarme.

—Te prometo que no te fallaré.

Al segundo de decir esa frase, se arrepiente; sé que no por miedo a no cumplir, sino por lo que

suponen las promesas en nuestra relación. Yo también estoy llena de inquietudes, de dudas. ¿Y si al salir de nuestra burbuja, rodeados de gente, sus sentimientos se confunden?

—Necesito sentirme amada.

—¿No has sentido ya cuánto lo hago, Abie?

Empuña mi mentón como puede, pues cualquier movimiento es complicado para él; parece muy dolorido y está frustrado por ello. No tiene la libertad de la que suele gozar para manejarme, y pedir ayuda no es una de sus virtudes.

—Respóndeme, Abie, porque no se puede amar más a alguien.

—¿Y si no es suficiente después de lo sucedido?

—Chis, no me digas esto, por favor. —Me estrecha contra él sin importar cuánto pueda dolerle. Su respiración se agita junto al lóbulo de mi oreja, donde me besa con mimo, y luego susurra, con voz quebrada—: Déjame demostrártelo.

Tú

Enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio...

Hace una noche espectacular; la luna se ve preciosa desde una de las terrazas de California. Nicholas y yo cenamos como tantas noches, entre risas, cómplices y brindando. Hoy me ha traído a un lugar nuevo. Su mirada parece especial, con más brillo que nunca. Nadie apostaba por lo nuestro después de su desliz, pero aquí estamos, compartiendo mucho más que cama. Salimos a correr por las mañanas, vivimos juntos y, cuando llegamos de nuestros respectivos trabajos, lo primero que hacemos es contarnos qué hemos hecho durante el día..., ante todo, echarnos de menos. Me cuesta creer que esto sea verdad. Es como un sueño en el que temo que en cualquier momento algo falle.

Todo no puede ser tan perfecto... ni lo pretendemos.

—La última copa y nos vamos a casa —comenta, con voz pícaro.

—Bebe rápido.

—¿Quieres bailar? —Acepto, sonriendo. Me encanta no tener que pedirselo—. Ven.

Me tiende la mano, que yo aprieto hasta estar a su altura, y vamos al centro de la pista, donde otras parejas se abrazan, dejándose llevar por la música; suena *Photograph*. Lo envuelvo por la nuca y Nicholas suspira contra el lóbulo de mi oreja.

—Hueles muy bien —musita con esa voz tan persuasiva.

—Me tienes intrigada, esta noche pareces ansioso.

—Si se trata de ti, siempre lo estoy.

Nos quedamos abrazados, moviéndonos por la pista al ritmo de la canción. Nicholas lo hace mejor que yo; es él quien guía mis pasos, recorriéndome la espalda con delicadeza. Apuesto a que piensa en nosotros, en cómo nos ha cambiado la vida. Él es otra persona, esa otra que yo sabía que existía y que se cerraba; una que me enamora con cada sonrisa, con sus bromas, con la forma tan divertida que tiene de prestar atención a mis teorías. Es quien me levanta antes de que me haya caído, quien me avisa con antelación para que no haga el ridículo por mis despistes, quien controla mis impulsos, quien aguanta mi mal humor.

Es quien ocupa mi corazón, pues se lo ha ganado con creces. Tiempo atrás pensé que sus promesas no valían nada; me equivocaba... A veces simplemente no es el momento, no estamos

preparados para enfrentarnos a cambios.

—¿Nos vamos? —susurra, y me besa la frente.

—Terminemos la copa con un brindis. Por nosotros.

Vamos a la mesa, nos sentamos y brindamos. Doy un sorbo riendo, pero la diversión pronto se evapora. Al fondo, paseando por la playa, veo a Natacha, con un chico...

Tomó la decisión de mantenerse alejada de Kellan y a éste no le ha quedado más remedio que resignarse. A mí su presencia me sigue suscitando miedo. Sobre todo ésta, que será la primera vez que se encuentre con Nicholas en todos estos meses desde que se despidieron... La inseguridad me puede y termino incorporándome cuanto antes, olvidando que huir de los problemas no es la solución.

Entonces recapacito y me vuelto a sentar, pero él ya ha notado algo raro en mí y repara en la dirección en la que mis ojos han estado fijos durante largos segundos.

Ella se gira al mismo tiempo, como si estuvieran sincronizados. Sus miradas se encuentran y, lejos de esquivarse, las mantienen hasta que Natacha, finalmente, decide acercarse. La incertidumbre es horrible y, aunque aguanto el tipo como puedo, no me resulta fácil.

Nicholas continúa pendiente de cada uno de sus pasos.

¿Qué pensará?

¿Qué sentirá?

—Hola —nos saluda ella, tímida, y señala al fondo—. Estoy dando una vuelta con un amigo. Me alegro de veros.

Enfatiza la palabra *amigo*, y de repente tengo la certeza de que se ha acercado sólo para aclararnos esto, por si llega a oídos de Kellan..., que es un simple amigo. Nicholas asiente; ni siquiera se incorpora para saludarla. Yo sí lo hago, por mera cortesía.

—¿Cómo estás? —me atrevo a preguntarle. La voz me tiembla, pues Nicholas no repara en mí. Toda su atención es para ella y parece pensativo—. ¿Qué tal va todo?

—Bien..., gracias. Yo..., bueno... He de irme, siento si os he molestado.

—En absoluto —interviene Nicholas, y en esta ocasión sí se levanta para darle dos besos como despedida. Me matan los celos—. Kellan te sigue esperando.

A ambas nos sorprende el recordatorio de Nicholas, aunque no apostillamos nada. Yo soy consciente de que poco a poco ellos van retomando la relación, pero no sé hasta qué punto les beneficiaría la presencia de ella. Yo, ni que decir tiene, estoy hecha un flan.

—Hasta luego.

—Adiós, Natacha —susurro, y me siento en cuanto Nicholas lo hace.

Bebe un poco de vino y finalmente me observa. Supongo que el miedo se refleja aún en mi semblante, en el que posiblemente habré perdido el color.

Advierto sudores fríos y una sensación de mareo.

—¿Vamos a casa? —me pregunta, sin mostrar ninguna emoción.

—Sí, por favor...

Su repentino comportamiento me extraña. Durante estos meses he conocido su mejor cara; está atento, cariñoso, no ha dejado de comunicarse conmigo en ningún momento..., lejos de lo que está aparentando ahora. Me recuerdo que no debo desesperarme, pero lo cierto es que resulta muy complicado. Durante el trayecto no hablamos, ni tampoco me mira. Sus ojos están en la calzada, detalle que agradezco, aunque en estos instantes necesito algo más...

Que me tranquilice.

Que me asegure que la presencia de ella no ha despertado nada en él.

Que me diga que me quiere.

Nada de eso sucede. Cuando llegamos, se baja primero y luego me abre la puerta del vehículo para que descienda. A continuación, se dirige a la de casa y mete la llave.

¿Acaso no piensa darme explicaciones?!

Empiezo a impacientarme, pero, una vez dentro, me señala la terraza. Es nuestro espacio, donde por las noches nos relajamos mientras cenamos o tomamos algo, con el mar de fondo. Hoy y ahora temo que todo eso quede atrás, atravesando un nuevo bache..., quizá el más crucial, porque no habrá vuelta atrás.

—¿Qué piensas? —inquire con las manos en los bolsillos, de pie delante de mí—. Estás muy callada.

—No soy la única —replico, sentada en la tumbona—. Me tienes preocupada.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes.

—He de reconocerte varias cosas. —Hace una pausa y se arrodilla a mis pies, cogiéndome las manos. Me asusto más si cabe. Está muy serio, concentrado, y mide cada palabra—. Necesitaba que viviéramos este momento.

—¿Tienes dudas? —cuestiono, sin disfrazar mi inseguridad.

—Algunas.

—Nicholas, te lo advertí —musito en voz baja, apenas tengo. El miedo, a estas alturas, se ha apoderado completamente de mí—. No permitiría que...

—¿Has conseguido olvidar lo que hice?

—¿A qué viene esto? —le reprocho, asociándolo con ella.

—Respóndeme.

—Claro que sí. Para mí estos últimos meses han sido los mejores de mi vida. —Mira el reloj, alarmándose—. ¿Tienes prisa?

—La verdad es que sí, espérame un segundo.

—¿Adónde vas? —Lo sujeto del brazo—. Piensa bien las cosas antes de tomar decisiones. No cometas otro error, Nicholas. Es por ella, ¿verdad?

—Espérame un momento.

Me dedica una mirada intensa, que no sé cómo interpretar, y aguardo en la terraza, por el simple hecho de que las piernas no me funcionan para seguirlo. En él se ha producido un cambio,

es evidente, y sin querer siento que retrocedemos, con la diferencia de que esta vez no estoy dispuesta a ser su paño de lágrimas por Natacha.

Esa etapa pasó y no volverá a repetirse..., no con nuestra relación «consolidada». Si esta noche está debatiéndose de nuevo entre las dos, habré vivido una mentira y lo nuestro no será tan fuerte como he creído y como me ha prometido.

—Cierra los ojos —me pide, asomando la cabeza. Mi cara debe de ser un poema, pues insiste—. Cierra los ojos y después insúltame como te dé la gana.

Lo obedezco, cubriéndome la cara por completo. No creí que volvería a pasar por esto. Temía ese encuentro, lo reconozco..., los sentimientos que podían resurgir, los recuerdos.

A pesar de sentir que estamos en nuestro momento, temía. Cuando todo va tan bien, el miedo a que la vida nos dé un revés está ahí. No. No estoy preparada para una conversación seria, para enfrentarme a sus posibles...

—Tenía una duda —confiesa de una vez por todas—: si tú o yo primero.

—¿Qué?

Lo miro, desesperada..., y, con la cabeza, hace un gesto hacia un lado. ¡Oh! Sobre la mesa hay una tarta con velas. Veintiséis y treinta y uno son los números que la cubren.

—Ya son las doce —susurra, y señala el pastel de chocolate—. Es 7 de julio, se cumple un año desde que nos conocimos.

—S-Sí...

—Un año en el que he vuelto a nacer gracias a ti. —Empuja la mesilla hacia mí y se sienta a mi lado, tomando mi mano izquierda—. Un año en el que me has enseñado que todo se puede si quien te acompaña es la persona correcta.

—Nicholas...

—Me salvaste de mí mismo, te quedaste en el peor momento y te prometí que merecería la pena. —Me acaricia la mejilla y, por primera vez desde que ha visto a Natacha, sonrío, aunque pronto su preciosa sonrisa desaparece—. He leído tu miedo, he sentido impotencia por no poder hacer nada..., vergüenza al recordar el porqué de tu comportamiento tan inseguro, y me he martirizado creyendo que no confías en mí.

—¿Qué has sentido cuando la has visto? —Libero un quejido cuando me besa los labios muy despacio—. Nicholas...

—¿Qué voy a sentir? Que te quiero más que nunca, que me odiaba por hacerte pasar por ese trago amargo de nuevo. Natacha hace mucho que no supone nada en mi vida. Aquella obsesión pasó, Abie, desde que acepté que mi vida eres sólo tú.

—Me he asustado tanto... —Me libero del nudo que cerraba mi garganta—. Perdóname por juzgarte otra vez, los celos me han cegado.

—Sólo necesito que me digas si lo que tenemos es suficiente o necesitas más.

—No... —Río, nerviosa—. No necesito más que esto.

—¿Estás segura? —Me besa los párpados, las mejillas, repartiendo un reguero de besos a su

paso—. Tenía otra duda y me urge que me la resuelvas ya.

—¿C-Cuál?

—Presta atención a la tarta, a esa que ahora soplaremos juntos..., este año sí. —Me mira a los ojos antes de que pueda hacer lo que me indica—. Te amo, Abie Olsen, te amo.

—Y yo también, Nicholas Thompson.

Sonriendo, me coge de la mano, apretándome muy fuerte y acariciándome únicamente el dedo anular izquierdo. Entonces leo la frase que hay escrita sobre la tarta, justo debajo de las velas, donde también hay un precioso anillo en una diminuta cajita. Se me saltan las lágrimas y, mientras las seca con ternura infinita, me susurra, nervioso:

—¿Quieres casarte conmigo?

Epílogo

7 de julio de 2020

ABIE

Miro a lo lejos desde la habitación. Se ve la playa; está amaneciendo y el paisaje no puede ser más espectacular. Todo está preparado para las próximas horas.

Qué nervios, todavía no puedo creerme que haya llegado el día.

A veces me pregunto si no hemos ido demasiado deprisa. Luego recuerdo lo que hemos conseguido y me relajo; sé que no nos estamos equivocando.

Aquí me quedo, pensativa, no sé ni cuánto tiempo, pero necesito esta calma, esta paz.

Finalmente, me cierro la bata blanca y corta que hoy llevo puesta, con el camisón debajo, y me asomo a la sala. Las chicas están dormidas aún. Las tres, Olivia, Sacha y Alba, han venido para esta ocasión y yo no puedo estar más feliz. Serán mis damas de honor; Ian, mi padrino, el que me llevará al altar... Nicholas y yo nos casaremos en la playa, donde una vez le reclamé poder ir juntos sin tener que escondernos y hoy nos uniremos frente al mundo. Estoy tan enamorada que no veo el momento de ser su mujer.

Voy a la cocina y me preparo una infusión. Lo extraño, pero queríamos mantener la tradición. Él hoy ha dormido en Love on the Beach, con sus padres, y nuestra primera noche como marido y mujer la pasaremos en Kisses in the Beach, donde haremos la fiesta para celebrar este día tan especial. Nos propusimos de alguna manera recorrer todos los lugares que han marcado nuestra relación.

La luna de miel será en las Maldivas, nuestro viaje soñado.

—Buenos días —cuchichea Alba. Le sonrío desde el otro lado de la barra—. ¿Cómo ha amanecido la novia más guapa del planeta?

—Nerviosa. —Tomo aire—. ¿Sabes algo de ellos?

—¿Yo?

—Anoche te pillé mensajeándote a escondidas con Ian. —Mi amiga se sonroja—. ¿Algo que contarme?

—Nada; simplemente me decía que le había gustado mucho volver a verme. Y no me mires así, esa historia quedó en el pasado. Volví con Max y todo está bien.

—¿Hasta cuándo te vas a seguir engañando?

—No es el día para hablar de mí. ¿Me preparas un café?

—Va...

Me interrumpo al oír mi móvil y prácticamente salto a por él. No puedo evitarlo, se me escapa una sonrisilla al leer su mensaje. No me lo imaginaba de otra manera.

¿Ya estás despierta? ¿Has podido dormir? Yo no he pegado ojo en toda la puta noche. Te he echado de menos. 07.11

Yo también. No he dormido demasiado, no. Estoy contando las horas para verte. 07.12

No más que yo. Estar aquí me ha traído demasiados recuerdos... de ti, de mí, de nosotros; del día que nos conocimos. Hoy hará dos años y me parece increíble. Gracias, Abie, gracias por devolverme la vida.
07.13

No me digas estas cosas, que no quiero empezar a llorar ya. Vale, lo reconozco, lo estoy haciendo, pero de felicidad. Te amo mucho.
07.13

Y yo. Te veo en unas horas en el altar y, por favor, no te tropieces.
07.14

Lo intentaré. 07.14

Te quiero. 07.15

¡Y yo! Nunca me cansaré de oír o, en este caso, leer esas palabras, sus muestras de amor. Nos espera un día repleto de emociones. Sólo tengo que mirar atrás y ver a mis amigas..., las tres con la lágrima a punto de caer. ¡Menudo cuadro!

—¿Estás lista? —me pregunta Sacha.

—Creo que sí.

—Empecemos a preparar este inolvidable día —susurra Oli.

Pestañeo para ahuyentar el llanto y me dejo guiar por ellas. Es, sin duda, el día que más suspiros doy, con cada detalle. Según me visto, ya es imposible controlar mi histeria. Es un precioso vestido blanco, lleno de encajes y con escote palabra de honor. En el cabello, un recogido de trenza en el lado derecho, y maquillaje discreto.

Cuando me miro en el espejo, sonrío, negando con la cabeza, pletórica. Y pensar que cuando llegué a California no creía en nada de esto... y estoy a punto de casarme. ¡Casarme! Mis damas de honor no pueden estar más bonitas de rosa palo, pero sin duda el revuelo se forma cuando oímos la puerta. Es Ian, que está impresionante.

—Thompson se va a volver loco cuando te vea —dice con evidente emoción—. Estás preciosa, pequeña.

—Siento que me voy a desmayar.

—Relájate —me ordena cogiendo mi mano, evitando cruzar su mirada con la de Alba—.

¿Vamos?

—S-Sí.

Nos encaminamos hacia la espectacular limusina que nos espera en la puerta de casa. Sé que en estos momentos ambos pensamos en mis padres, que no han aceptado la invitación. Me entristece, no voy a negarlo, pero al mismo tiempo siento que aquí he conseguido tener todo lo que soñé cuando asumí mis sentimientos, y no cambiaría nada.

A veces nos toca sacrificar algunas cosas para obtener otras. Mi felicidad estaba por encima de todo, y mi felicidad tiene nombre y apellido: Nicholas Thompson.

A él me uniré hoy de todas las maneras posibles..., ese hombre que ansío que me reciba en el altar con una preciosa sonrisa y con el que espero compartir toda una vida.

NICHOLAS

Cierro la puerta del hotel y entro en el ascensor del que guardo los mejores recuerdos. Me parece estar viendo a Abie aquí, como aquel día de dos años atrás. Su descaro y personalidad me llamaron la atención, pero su mirada fue lo que me tentó por encima de cualquier otra cosa. Es expresiva como ninguna y preciosa hasta decir basta.

Me atrajo, resultó evidente, y que fuera la amante de Carter —eso creí yo entonces— me frustró, pero no por lo mucho que odiaba a aquella otra, sino por lo que despertó en mí.

Hoy, de camino a la ceremonia, me río de la confusión.

Mis padres me observan; saben que estoy muy nervioso, y que pretendo regalarle a mi futura mujer el mejor día de su vida y que temo no estar a la altura.

Cuando llegamos y la espero junto a mi madre, me molesta todo. La corbata me oprime la respiración. Los invitados a mi alrededor sonríen entre sí. No hay muchos, sólo los más allegados. Me falta Kellan. No hemos conseguido recuperar la relación de antaño, pues él recuerda constantemente a la mujer que está prohibido nombrar en mi casa, pero no por mí, que me es indiferente, sino por respeto a Abie. Me niego a hacerla sufrir.

Al sonar la marcha nupcial, oigo los cuchicheos y la risilla de mi madre. Me armo de valor y miro al frente. El corazón casi se me para. Está preciosa, dulce y sensual. La respiración se me agita. La veo avanzar hacia mí del brazo de su hermano y me siento el hombre más afortunado del universo. Me ha elegido, lo hizo siempre, y me prometo que jamás se arrepentirá de haber tomado esa decisión.

La haré feliz como merece.

La haré feliz como hasta ahora.

—Cuidala mucho —me pide Ian cuando me entrega su mano.

—No lo dudes.

Abie y yo entrelazamos nuestros dedos y no sé cuál de los dos tiembla más..., al igual que nuestras voces, que vibran de emoción al pronunciar los votos, que sellamos con un beso cargado de todo aquello que sentimos el uno por el otro. Es mi vida.

—Te amo —musito, orgulloso de ella, enamorado de una forma tan intensa como jamás imaginé que se podía—. Te amo.

—Yo más.

—Lo dudo. —Seco sus lágrimas—. No puedo creer que ya seas mi mujer.

Abie tampoco. Su rostro refleja todas esas emociones que no puede expresar con palabras. La conozco, tiene un nudo en la garganta que no le permite hablar, mostrándose tan frágil que sólo me apetece besarla y abrazarla... cuidarla, mimarla.

—Feliz cumpleaños, cariño —dice finalmente, mirándome a los ojos.

—Feliz cumpleaños, señora Thompson. Esto no ha hecho más que empezar.

—Lo sé.

La atraigo hacia mí y la beso, mientras a nuestro alrededor los invitados nos vitorean.

Poco después nos dirigimos hacia el hotel, donde Abie se cubre la boca con las manos al ver la decoración, cómo está organizado todo: de color blanco, su color favorito. Hay fotos nuestras por toda la estancia; en la mayoría de ellas reímos y nos besamos.

—Nicholas, esto es fabuloso.

—Te lo mereces. —La contemplo de arriba abajo, como siempre. Está tan bonita...—. No quiero que nunca tengas que reprocharme que te falta algo. Quiero dártelo todo.

—Tú eres mi todo.

¿Cómo demonios explicar lo que produce en mí? Casi podría asegurar que dependo de ella. Abie ha conseguido lo imposible: hacerme sentir pleno.

Suena la música. La canción que nos acompañó en aquella primera salida, lo que podría haberse denominado como una cita, aunque por aquel entonces me negaba a aceptar dicho nombre. Una canción lenta, *Perfect*, que sonaba de fondo mientras hablábamos de relaciones, aunque Abie siempre ha pensado que no le presté atención, cuando la realidad es que, desde ese instante, cada vez que la oía me recordaba a ella.

—¿Adónde vas? —susurra cuando, de la mano, me la llevo al centro de la pista. Los invitados se apostan enfrente. Todos, nosotros incluidos, copa en mano—. Nicholas...

—Chis, quiero dedicarte unas palabras.

Se sonroja, haciéndome reír al tiempo que me inspira mucha ternura. Es una mezcla explosiva, que con cualquier gesto consigue tenerme a sus pies.

—Me gustaría que todos brindáramos por mi mujer, porque con ella volví a ser otra persona. Gracias a ella supe realmente lo que es el amor. —Baja la mirada, jugueteando con nuestros dedos, y roza mi anillo—. Sin obsesiones ni egoísmos, sin mentiras ni dolor. Por Abie.

—¡Por Abie! —me acompaña la sala, al unísono.

—Por nosotros —solloza ella, acariciándome el labio, que me muerdo como de costumbre—. Por muchos años celebrando este día que significa tanto para ambos.

—Sí. Un día como hoy nos conocimos, cumplimos años, te pedí matrimonio y nos casamos —completo su frase, acariciándole la cintura—. ¿Qué será lo próximo?

Abie sonríe rodeándome por el cuello, ajena a que somos el centro de atención, pues nadie nos quita ojo. Sus amigas lloran junto a mis padres.

Ian me gui a un ojo y alza la copa, brindando de nuevo a nuestra salud.

— Qu  piensas? —me pregunta, descansando contra mi frente. Su grisácea mirada est  cristalizada.

—Que soy feliz, Abie.

—Lo s , te siento —asegura, emocionada, contenta.

—Entonces brindemos por toda una vida siéndolo.

—Quiero algo más —implora, suspirando.

—P demelo, cariño, p demelo...

—Prom tame que siempre me mirar s así.

Esta vez no tengo dudas. La quiero a ella, la amo con locura. Quizá la vida nos ponga a prueba, piedras en el camino, pero es una promesa que me encargar  de cumplir.

—Te lo prometo, Abie. —Me besa, sonri ndome entre lágrimas, arranc ndome un gruñido. Ella sabe lo que supone esa palabra para nosotros—. Te lo prometo, mi vida.

Porque nunca, jams , le volver  a fallar.

Agradecimientos

A mi familia, especialmente a mi marido, por apoyarme en cada paso, y a mi madre y hermanos, que son un pilar fundamental para mí.

A amigas como Fany, quien, a pesar de la distancia, siempre está cerca.

A los lectores que me acompañan incondicionalmente y a los que se suman a ellos.

A la editorial, que continúa apostando por mí, y a mi editora, que una vez más ha sido paciente y comprensiva, y me ha dado el espacio que necesitaba para que pudiera centrarme en alguien a quien esperábamos desde hace mucho.

Gracias a tod@s por formar parte de este sueño.

Referencias de las canciones

Love on the brain, Copyright: © © 2016 Westbury Road Entertainment. Distributed by Roc Nation Records, interpretada por Rihanna. (N. de la e.)

Sex on fire, Copyright: © 2008 RCA Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Kings of Leon. (N. de la e.)

Perfect, Copyright: ©© 2017 Asylum Records UK, a division of Atlantic Records UK, a Warner Music Group company, interpretada por Ed Sheeran. (N. de la e.)

You sang to me, Copyright: 1999 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Marc Anthony. (N. de la e.)

Apologize, Copyright: © © 2007 Blackground Records/Interscope Records, interpretada por Timbaland y OneRepublic. (N. de la e.)

When I look at you, Copyright: © © 2010 Hollywood Records, Inc., interpretada por Miley Cyrus. (N. de la e.)

Stand by me, Copyright: © © 104pro Media, interpretada por Ben E King. (N. de la e.)

We don't talk anymore, Copyright: © © 2016 Artist Partners for the United States and WEA International Inc. for the world outside of the United States. A Warner Music Group Company, interpretada por Charlie Puth y Selena Gomez. (N. de la e.)

Every breath you take, Copyright: © © 2002 A&M Records Inc., interpretada por The Police. (N. de la e.)

Without you, Copyright: This compilation © 2001 Sony Music Entertainment, interpretada por Mariah Carey. (N. de la e.)

Bleeding love, Copyright: Track 14 © 2006; Tracks 1, 2, 4-13 © 2007; Tracks 3, 15-17 © 2008 Simco Limited exclusively licensed to Sony BMG Music Entertainment (UK) Limited, interpretada por Leona Lewis. (N. de la e.)

Photograph, Copyright: © 2014 Asylum Records UK, a Warner Music UK Company, except track 16 2013 Warner Bros. Entertainment Inc. and Metro-Goldwyn-Mayer Pictures Inc. © 2014 Asylum Records UK, a Warner Music UK Company, interpretada por Ed Sheeran. (N. de la e.)

Biografía



Patricia Geller nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre de tres hijos. Desde siempre ha sido una apasionada de la lectura, hasta que decidió iniciarse de forma no profesional en el mundo de las letras. La trilogía *La chica de servicio* fue su primera obra, a la que siguieron *Culpable*, *No me prives de tu piel*, la bilogía *En plena confusión*, la trilogía *Todo o nada*, que reúne las novelas *Dímelo en silencio*, *Susúrramelo al oído* y *Confíesamelo sin palabras*, *Satisfecho siempre*, *Saciado nunca* y *Amanecer sin ti*. En la actualidad ya tiene en marcha nuevos proyectos editoriales.

Encontrarás más información de la autora y de su obra en <https://www.facebook.com/patricia.gr.980>

Miénteme esta noche
Patricia Geller

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Patricia Geller, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

ISBN: 978-84-08-22553-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

